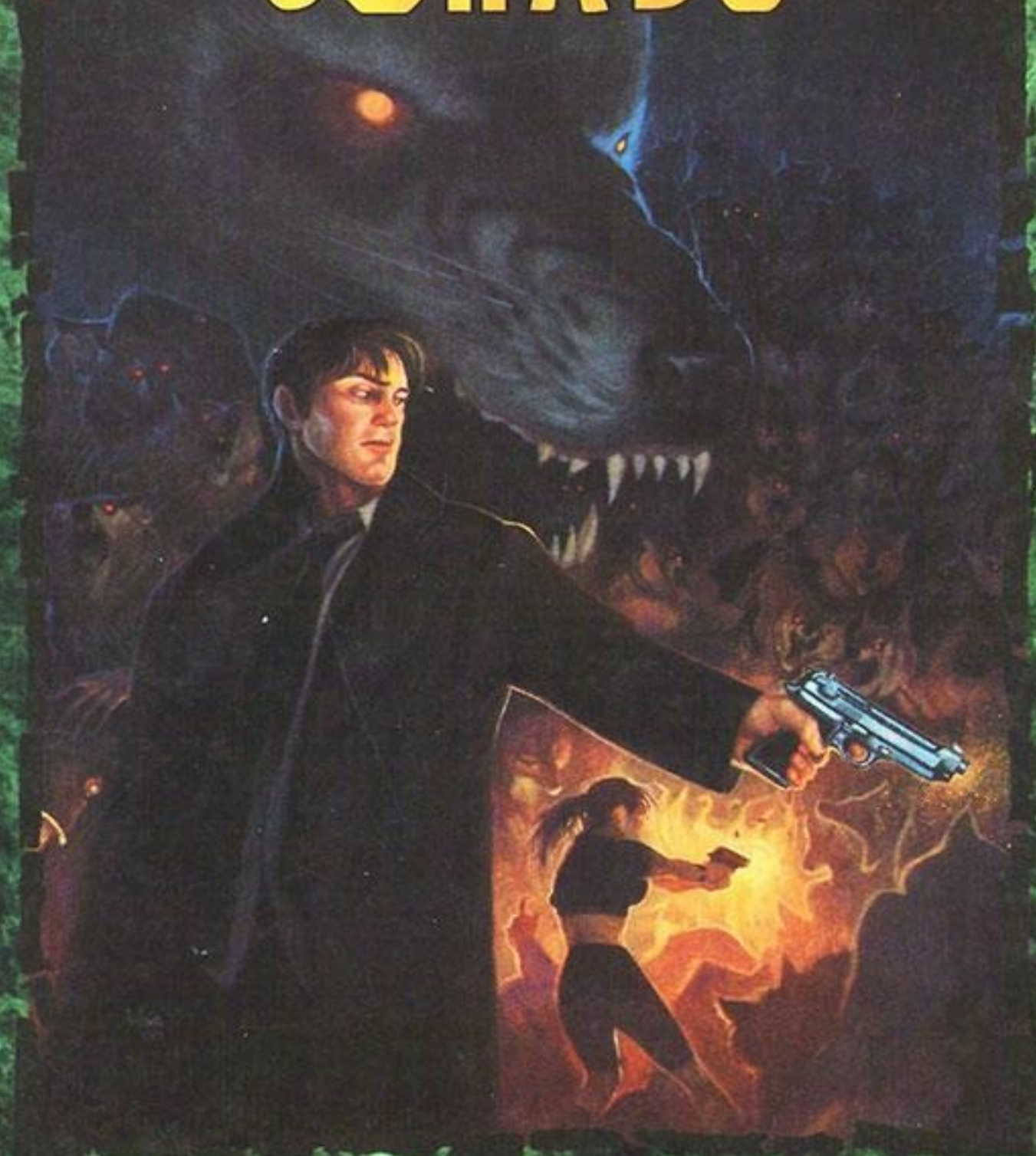


CAZADOR Y PRESA

JURADO



GHERBOD FLEMING

NOMBRE LOBO
EL APOCALIPSIS

CAZADOR
LA VENA

Lectulandia

Sin sitio donde esconderse

Los muertos vivientes merodean por las calles de la ciudad, ocultos a los ojos de un mundo ajeno a ellos. Los pocos humanos conscientes de la amenaza, encaran una ardua batalla. Douglas Sand ha visto morir a sus compañeros cazadores. Escapando de monstruos y ley a partes iguales, busca refugio junto a sus tres compañeros supervivientes más allá de la ciudad (sólo para descubrir que los salvajes bosques también ocultan sus propios horrores secretos).

Kaitlin Stinnet aprecia una dimensión diferente en los monstruos. ¿Son estas bestias furiosas y sedientas de sangre diferentes a los humanos que ella ha conocido? ¿Hay algún punto intermedio aún por ser descubierto? ¿O sólo hay respuestas blancas o negras, que sólo esperan a ser confirmadas por la sangre?

Esta es la cuarta entrega en una serie de seis novelas que exploran a los Cazadores recién llegados al Mundo de Tinieblas, y a los enemigos sobrenaturales a los que creen tener el deber de enfrentarse. En el transcurso de esta serie, la línea que separa al cazador del cazado se difumina cada vez más.

Lectulandia

Gherbod Fleming

Jurado

Cazador y presa - 4

ePub r1.1

TaliZorah 26.12.13

Título original: *Predator & Prey: Jury*
Gherbod Fleming, 2001
Traducción: Pablo Rueda Díaz-Urmeneta
Retoque de portada: TaliZorah

Editor digital: TaliZorah
Corrección de erratas: Basabel (r1.0)
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

**PRIMERA PARTE:
«HUIDA»**

Capítulo uno

La habitación del motel estaba situada en la parte más íntima y apartada del edificio. Sin embargo, la verdad es que Douglas Sands no esperaba la presencia de ojos inquisidores en aquella área de carretera olvidada de la mano de dios, en la Ruta 27. Habiendo pasado casi toda su vida adulta en Iron Rapids, tenía tendencia a olvidar lo que había más allá de la carretera periférica, a saber, las regiones postergadas del Michigan rural: paisajes cubiertos de nieve, con tiosos y oscuros pastos que se extendían bajo la neblina que solía cubrir la zona; lagos helados; y granjas lácteas, con los campos yermos, y las vacas probablemente a aquellas horas de la mañana enganchadas a esas gigantescas ordeñadoras. Excepto por el ocasional estruendo del paso de camiones con remolque por la carretera, al otro lado del motel, el mundo dormía.

Sands deseaba poder hacerlo también. Deseaba poder despertar para descubrir que todo lo que le había pasado en las últimas semanas no había sido más que una larga, perturbadora y enrevesada pesadilla.

—Cuando estés listo. Pete Sampras —dijo Clarence a Douglas, cerrando la puerta del coche a su paso.

Cogiendo a Julia bajo los brazos y las rodillas, Clarence y John la metieron a toda prisa en la habitación del motel. John ya había abierto antes la puerta; no hubiera sido demasiado propicio haberse entretenido buscando la llave del aparcamiento, mientras cargaban con aquel cuerpo flácido.

Sands tenía problemas para ubicar su pasado y su presente. Tenía media cara helada, casi completamente entumecida; se había quedado dormido con la cara apoyada en la ventana. La otra mitad sí la sentía, pero hubiera preferido que no fuera así; todo el hemisferio izquierdo le latía de dolor, con fuerza, mientras la sangre goteaba desde debajo de su empapado vendaje, justo bajo su ojo. Tenía la ropa tiesa, y apestaba a aguas residuales. Sin embargo, un olor aún más nauseabundo y repugnante se coló por su nariz, su boca y su garganta: el fuerte tufo de la muerte, la podredumbre y la descomposición, un hedor que sí era natural y más apropiado.

En pie junto al coche, Sands sentía como un agudo dolor le asaltaba la espalda y el abdomen, con los músculos aún hirviéndole por los espasmos que había sufrido recientemente. Unas surrealistas chispas de luz se arremolinaban ante sus ojos. Las rodillas amenazaban con doblársele, pero alcanzó a tiempo el coche y se apoyó en el capó. El metal estaba caliente pero, al mismo tiempo, la cara se le estaba cubriendo de copos de nieve; aquella incongruencia le infundió pánico por un instante... Nada volvería a tener sentido, nada era como debía, como solía ser antes. Aspiró un profundo aliento gélido. La ansiedad se alejó, lentamente, y no demasiado.

El viento le empujaba el cabello hacia la cara. ¿Cuándo se había cortado el pelo

por última vez? Trató de recordarlo. Aquella idea parecía extrañamente absurda: entrar en una tienda y pagar a alguien por que le cortara el cabello; formaba parte del viejo mundo, de la vida normal, todo eso que había dejado de existir para él. ¿Por qué iba a necesitar presentar un aspecto respetable? ¿Para que su jefe estuviera contento con él? ¿Para su esposa? Sands escuchó el sonido sordo de sus propias carcajadas. Se reclinó sobre el capó, que cada vez estaba más frío, tratando de combatir la náusea que se abría paso entre sus tripas. El viento le hacía temblar. Al menos el viento era *sólo* viento, y no una voz, la de un niño pequeño llamando a su padre. Transcurrido un momento. Sands volvió tambaleándose a la habitación del motel.

—Eh, Pete Sampras, cierra la puerta —le dijo Clarence.

—Deja de llamarme así —dijo Sands. Cerró la puerta y le pasó el cerrojo.

En aquella lúgubre estancia hacía un calor sofocante. John Hetger había desnudado a Julia de cintura para arriba y le estaba limpiando con yodo la herida punzante que tenía sobre su pecho izquierdo. Allí tumbada sobre una de las camas, inconsciente, con la boca flácida, parecía mucho más vieja de lo que aparentaba con sus desgarrados treinta y tantos; pálida, con el rostro cansado, moribunda. Hetger hizo presión sobre su pecho con ambas manos, y acercó el oído para escuchar como el aire escapaba de la herida. Después de repetir la acción dos veces más, pareció satisfecho, aunque mantenía la misma expresión sombría. La hendidura en su barbilla parecía ahondarse cuando se concentraba. Clarence, mientras tanto, estaba en el cuarto de baño sumergiendo las toallas del hotel en agua caliente. Las fue escurriendo una a una con sus fuertes manos cetrinas, y entonces se las acercó a Hetger.

Con un caminar aún vacilante, Sands se abrió paso hasta el baño. Al pasar se trastabilló con Clarence, quien salía con una nueva toalla en la mano.

—¡Vaya! —dijo Clarence—. Estás verde como un...

Sands se cayó de rodillas y vomitó en el váter. Parecía imposible que le quedara algo en el estómago después de todo lo que había vomitado antes en el sumidero. Aun así, aquella bilis que le escocía, y que le goteaba por la boca y la nariz, sirvió para purgarlo de gran parte del sabor a muerte.

—Eso lo explica todo —dijo Clarence agitando la cabeza—. Te has pringado entero, límpiate. No pienso acercarme...

—Clarence —dijo Hetger—. No lo apabulles.

Sands descansó la cara sobre la fría porcelana. Permaneció así durante unos momentos, tratando de ignorar el dolor que se reanudaba en su espalda y su estómago, mientras Clarence empapaba la última toalla. Entonces decidió ir a sentarse a la habitación. Cuando por fin logró ponerse en pie y salir del baño, Hetger ya había cubierto a Julia con unas cuantas toallas y le había colocado las almohadas de la otra cama bajo los pies. La cama hacia la que Sands se arrastraba, hasta por fin tumbarse de forma nada elegante, exhausto.

—¿Qué tal está? —preguntó.

—Podría estar mejor —contestó John—. Podría estar bastante mejor, pero también bastante peor, imagino. No creo que tenga perforado el pulmón, claro que no soy ningún médico. Creo que cuando esa cosa la apuñaló se encontró con el hueso, puede que con su esternón, o con una costilla. Demasiado bajo para que fuera su clavícula. De haberle alcanzado el pulmón, o el corazón, claro, probablemente ahora estaría muerta.

«*Cuando esa cosa le apuñaló...*» Sands trató de frenar las imágenes que aquellas palabras le evocaban. Había estado justo allí, en el túnel, cuando el monstruo había apuñalado a Julia con un hueso, una costilla... una costilla que acababa de arrancar del pecho de Jason.

—¿No deberíamos llevarla a un hospital?

—Harían demasiadas preguntas —dijo Hetger, negando con la cabeza—. Con la explosión en las cloacas y el robo en el apartamento de la Señora Vinn, la policía no tardaría mucho en sumar dos y dos. Mi esperanza es que cuando recupere el sentido, pueda ser capaz de...

—De sanarse a sí misma —le interrumpió Sands—. Como ella me sanó a mí en casa de Albert.

Hetger asintió.

—¿Y estás dispuesto a arriesgar su vida basándote en esa esperanza? —preguntó Sands, incrédulo y cada vez más indignado—. Cuando recupere el sentido... si recupera el sentido...

—Ir al hospital sería demasiado arriesgado, Douglas —dijo Hetger, aún exasperadamente calmado—. Tendremos que exponernos a hacerlo así. Debes comprenderlo, si es que vas a permanecer junto a nosotros.

—Lo tienes todo bajo control, ¿no es así? —dijo Sands, incapaz de controlar por más tiempo la rabia por su vida destrozada, por su matrimonio tirado a la basura, por todo el dolor que había sufrido—. ¿Y entonces como es que Jason ha muerto? Y Julia está en camino. Y Albert...

—*No sigas por ahí* —espetó Clarence señalándolo, inclinándose hacia el frente en su silla. Se había quitado la chaqueta y tenía la camisa ceñida sobre su fornida piel negra. Sus ojos eran oscuros y despedían irritación—. *Tú eres el culpable de que mataran a Albert.*

—Clarence —dijo John, sin alterarse y levantando una mano—. Es bueno que comentemos todas estas cosas. Para Douglas todo es nuevo. Cuesta algo de tiempo acostumbrarse a todo esto.

—¿Acostumbrarme a todo esto? —repitió Sands, sin acabar de creer lo que había oído—. Hay gente asesinada por todos lados, ¿y pretendes que me *acostumbre* a ello?

—¿Sabes? —continuó Clarence—. Te estamos haciendo un *favor*. Velábamos por

tu esposa y tu novia mientras tú estabas ocupado haciendo que mataran a Albert.

—Douglas —dijo John sin variar su imperturbable tono—. No dejamos de aprender cada noche. A veces el precio es alto. Las lecciones de la noche pasada... fueron costosas. Demasiado.

—Maldita sea, ¡eso es lo que estoy diciendo! —explicó Sands—. Nunca debimos haber bajado por esos...

—¡Pero si tú eras el estúpido que no paraba de repetir que debíamos acabar con aquella cosa! —vociferó Clarence, estallando desde su asiento—. ¿En qué quedamos? ¿Querías ir tras ella o no? No es posible hacer las dos cosas a la vez.

Sands abrió la boca dispuesto a responderle con igual vehemencia, pero entonces comprendió horrorizado que Clarence tenía razón. Claro que, darse cuenta no era lo mismo que admitirlo.

—Yo... No necesito esta mierda —dijo esforzándose por compensar su tropiezo—. Pensé que sabíais lo que estabais haciendo. Pensé...

—Y otra cosa más —continuó Clarence, aún alterado, haciendo ondear su dedo en el aire, sin dejar de apuntar a Sands—. Que tengas claro que tú no eres la víctima aquí. Métete eso en la cabeza.

—¿Por qué no te callas de una vez? —dijo Sands—. No hay nada más que tengas que decirme y que quiera oír. —Estaba demasiado fastidiado para pararse a pensar si era sensato hablar de ese modo a alguien que iba cargado de granadas y una recortada.

—Douglas —dijo Hetger en tono conciliador.

—No trates de calmarme, John —insistió Sands—. Y no creas que me voy a quedar por más tiempo contigo y tu banda de despreocupados charlatanes. Ya sólo me preocupa asegurarme de que ese vampiro muera. Que desaparezca de una vez por todas. Que arda y se largue al infierno. No tengo por qué desperdiciar toda mi vida. No pienso hacerlo. —Mientras pronunciaba esas palabras, empezó a pensar que quizá sería cierto: Podría volver en ese mismo momento a Iron Rapids; podría arreglar las cosas con Faye, y tratar de encaminar por fin su matrimonio.

—¿Quieres salir por esa puerta? —preguntó Clarence desafiante—. ¿Quieres caminar calle abajo sin nadie que te cubra la espalda? Vete entonces. Ya veremos cuánto duras. Haz que te maten a ti en lugar de a uno de nosotros. Me parece una buena idea.

Sands se levantó de la cama, temblando de rabia.

—¿Piensas que no lo haré? ¿Crees que no seré capaz?

Clarence se le acercó, pasó junto a su lado y llegó hasta la puerta. La abrió.

—Pues venga entonces. Señor Tengo Todas las Respuestas. Buena suerte, y no dejes de escribir.

Sands sintió entonces como una mano se le posaba en el hombro. Era la mano

calmada y firme de Hetger.

—Clarence —dijo John—. Cierra esa puerta.

—¿Pero qué infiernos...? —proclamó una nueva voz, débil, cansada. Sands, Clarence y Hetger volvieron la vista hacia Julia. Ella hizo un gesto de dolor, mordiéndose el labio inferior mientras trataba de respirar profundamente—. ¿Es que una chica no puede echar una pequeña siesta sin que...? —Entonces movió su mano casi sin fuerza, y no fue capaz de terminar la frase.

—Claro que sí —dijo John, que rápidamente se había colocado a su lado.

Clarence, frunciendo el ceño, cerró la puerta. Sands, al igual que Julia, notó como le flaqueaban las fuerzas. De nuevo volvió a reclinarsse en la cama.

—Todos necesitamos dormir un poco —dijo Hetger, aliviado al comprobar que Julia había vuelto en sí.

Luchando por mantener los ojos abiertos, la mujer inspeccionó la habitación.

—¿Lo... lo hemos conseguido?

—Así es —dijo Hetger—. Lo conseguimos.

Entonces Julia los miró uno a uno, como tratando de vislumbrar algo en la oscuridad.

—¿Y Jason...?

—Será mejor que duermas —dijo John con voz tranquila, acariciándole el cabello con los dedos—. Venga, duérmete.

Julia asintió y cerró los ojos. Viéndola perder de nuevo el conocimiento, Sands sintió ser arrastrado junto a ella a ese mismo estado. Con cuidado, acabó de reclinarsse en la cama. ¿Dónde están esas malditas almohadas?, pensó, y entonces recordó que Julia tenía recostados los pies sobre ellas. Hetger las había colocado así, temeroso de que pudiera entrar en estado de shock. La cama vibró ligeramente mientras otro camión cruzaba la Ruta 27.

Por fin Sands lograba dormir.

Capítulo dos

El viaje en el coche del Sr. Robesin, ahora el coche de Floyd, me resulta terriblemente incómodo. Hace que me estremezca. Me recuerda a los peores días de mi vida. Permanezco erguida, con la vista fija en la franja de asfalto que iluminan los faros. La carretera es como un río de color negro, no hay líneas blancas dibujadas a estas alturas de la región. Recuerdo el olor del alquitrán caliente, lo odio mil veces más que el de la goma caliente. Imagino que la superficie se volviera líquida, que absorbiera al coche, filtrándose por las ventanas, los respiraderos, que me asfixiara hasta dejarme sin vida. Puede que sí *hubiera* líneas pintadas en la carretera. Puede que ésta ya las haya absorbido sin dejar rastro. Puede que acabe como un estúpido dinosaurio, poco más que un montón de huesos al fondo de un pozo de brea, esperando ser descubierta dentro de varios cientos de miles de años.

Vuelvo la vista para mirar por la ventanilla, la del pasajero, nunca lo haría por la de Floyd. La arboleda parece estar tan próxima que casi podría tocar los árboles más cercanos si bajara el cristal. Las ramas parecen encontrarse por encima de nuestras cabezas, como si viajáramos a través de un túnel. Los árboles son las paredes de ese túnel, son lo único que oculta lo que acecha en la oscuridad. Pero no pueden mantenerlo alejado. No pueden hacer que lo olvide. Puedo escuchar los aullidos de la luna, retumbando. Recuerdo el gruñido a escasos metros de distancia, las poderosas mandíbulas cerrándose como una trampa para osos, rasgando la carne, destrozando huesos. Aún puedo sentir la sangre salpicándome en la cara.

—¿Tienes calor, Kaitlin? —me pregunta Floyd. Debe de haber visto el sudor bajándome por la frente.

Lo miro a la cara, a pesar de todo, y muy a pesar mío. ¿En cuántos coches de treintañeros blancos pude acabar metida cuando estuve en la ciudad? Nunca habría imaginado que podrían ser tantos los que dejaran a su esposa e hijos en los barrios residenciales para deslizarse en los suburbios en busca de un revolcón con una jovencita. Floyd bien podría ser uno de ellos. Se está quedando calvo, tiene la edad adecuada, lleva unas gafas espantosas, trabaja en una oficina y tiene el culo de un trabajo de oficina.

—No demasiado —murmuré, pero él ya estaba bajando la calefacción.

Cuando lo conocí, pensé que sería como todos los demás. Supuse que debía ser así. ¿Por qué si no iba a ayudarme, comprarme cosas, conseguirme un trabajo, de no ser porque quisiera un poco de azúcar moreno? Sin embargo, después de todo, puede que no fuera así. Sé que también le gusta mucho Frances, del trabajo. Pero puede que ella no se haya dado cuenta. Ella no ha estado donde yo. No ha visto los hombres que yo. Puede que la pobre excusa de que su mujer me quiera invitar a cenar no sea más que una estratagema, una mentira que ha inventado para poder estar a solas conmigo.

Dejo de pensar eso justo cuando gira para entrar en su casa. Hay una farola junto al garaje, y la luz del porche está también encendida. La oscuridad del bosque se me antoja ahora increíblemente lejana, pero sé que aún está allí. Siempre lo está, me espera. Veo unas caras asomándose entre las cortinas, tratan de verme. Son dos niñas pequeñas. Ahora han desaparecido, y sólo puedo ver las cortinas balanceándose. Me siento estúpida por haber sospechado de Floyd. Si tengo tantas ganas de ser aceptada, ¿por qué no puedo aceptarlos?

Bueno, también puede ser que Floyd y su esposa quieran algo más subidillo de tono.

Entramos en la casa. Los niños no nos reciben. Son tímidos. Escucho sus risas tontas en la habitación de al lado. Anne saluda desde la cocina, dice que enseguida estará con nosotros. Floyd toma mi abrigo y lo cuelga. El lugar es acogedor, no es vistoso, pero es confortable. No es muy diferente del hogar que ahora trato de tener. Los chicos bien podrían haber sido mi hermano y yo, unos años antes que me escapara de casa. Floyd habla atropelladamente acerca de la mancha de vino en la alfombra, y de que la pintura de la pared del vestíbulo necesita un repaso. Empiezo a pensar cuánto se parece mi casa a un basurero. Pero no importa, es mío, y eso me basta. Floyd no dice todo esto para hacer de menos mi hogar, simplemente está nervioso y trata de buscar algún tema de conversación. Muchos de esos hombres blancos de la ciudad se ponían nerviosos; los que no eran tan mezquinos, los que se sentían culpables. ¿Habría algo que estuviera haciendo sentirse culpable a Floyd? Anne llega por fin de la cocina, y casi no salgo de mi asombro. Es una hermosa mujer negra, apenas un par de centímetros más alta que yo de no ser por los zuecos que lleva. No tiene aspecto de haber estado cocinando; parece que acabara de volver de la oficina, con su chaleco habano y su traje de chaqueta. Lleva un collar muy original con un pescado, y su pintalabios le favorece acentuando el color almendra de sus ojos. Me siento una dejada, en botas y con vaqueros raídos, y con el pelo de cualquier manera. Ella no parece notarlo. Las chicas son más valientes con mamá en la habitación. Tienen la piel más clara que ella, que la tiene de un suave color chocolate, casi perfecto. Miro a Floyd, regordete y fuera de línea. Es simpático y todo eso, ¿pero cómo conseguiría una mujer tan preciosa? ¿Cómo ha tenido estas niñas tan monas?

—Ésta es Jenna —dice Anne—. Tiene catorce años. Y ésta es Melissa.

—Mel —dice la más pequeña—. Yo tengo once. ¿Cuántos tienes tú?

—Melissa —dice Anne regañándola gentilmente—: eso no es muy educado.

—Tú le dijiste cuántos años tiene Jenna —insistió Mel.

—Tranquila —les digo—. No me importa. —Me pongo de rodillas y le endezco el collar a Mel—. Tengo veintitrés años. —Las chicas asienten, impresionadas por una edad que les debe de parecer tan lejana en el futuro que deben de sentirla inalcanzable. Mel tiene aún aspecto de niña pequeña. A Jenna, dale un año o dos y los

chicos estarán echando la puerta abajo. Tendrá todas las atenciones que quiera, y puede que más. Me gustaría poder librarla de todo eso. De las miradas lascivas, de los toqueteos. Sin darme cuenta, empiezo a llorar. Me levanto, me aparto de las chicas, simulo mirar los cuadros que hay en las paredes.

Quiero decir algo, decirles que tienen una casa muy bonita, realmente agradable. Pero no creo poder evitar que me tiemble la voz, así que simplemente trago saliva y pestañeo tratando de hacer desaparecer las malditas lágrimas.

—A la cena aún le falta un poco —dice Anne—. Niñas, ¿por qué no lleváis a Kaitlin al cuarto de estar?

Por supuesto, Floyd viene con nosotras. Anne lo tiene todo bajo control en la cocina. Nos sentamos y él apaga la televisión. ¿Hace cuánto tiempo que no la veo? Literalmente años. Estoy a punto de pedirle que la vuelva a encender, pero no sería muy cortés, y las chicas no dejan de mirarme. El cuarto de estar, a diferencia de cualquier habitación de mi casa, es muy cálido y acogedor. Con una alfombra, y muebles. Aún recuerdo los días en los que no me parecían insólitos. Hace tanto tiempo... Formaba parte del mundo normal, de lo rutinario. Pienso en el hombre que podría, o no, estar esperando en casa a mi vuelta. No tiene nada de normal. Forma parte de ese otro mundo, de aquel que no soy capaz de apartar de mi camino. ¿Cambiaría algo que pintara la casa, que pusiera una alfombra y muebles, televisión y una estufa? ¿O aún seguiría viendo muertos caminando, fantasmas y monstruos?

Floyd trata de darme conversación. Las chicas se unen, esperando que yo diga algo también, pero no se me da bien lo de aparentar ser normal. He perdido tanta práctica... Necesitaría de años para recuperar algún atisbo de mi cordura, y apenas estoy empezando a salir de ese maldito agujero. Miro a Jenna y vuelvo a pensar en la chica que será dentro de unos años, por lo que tendrá que pasar, por lo que yo he pasado. Me esfuerzo por sonreírle, pero no lo consigo. Miro a Mel. Su mirada es como la de un halcón; los niños no se muestran vergonzosos en estas situaciones.

—Me gustan tus trenzas —le digo por fin. Es cierto, y he logrado que el halago me saliera bastante bien.

—Puedo hacerte unas si quieres —responde ella excitada—. Tienes el pelo bastante largo.

No sé qué decirle. Sólo es una niña pequeña, pero no sé cómo responderle. Vuelvo a estar nerviosa pensando en mi aspecto desaliñado.

—La cena está lista —dice Anne entrando en la habitación—. Melissa, deja de molestar a Kaitlin.

—Después de la cena —dice Mel—. Puedo hacértelas después de cenar si quieres.

Asiento. Logro sonreír; siento que esta vez me ha salido mejor. Mel se ríe. Todos nos echamos a reír.

Capítulo tres

La siguiente piedra no iba a ceder. Arroyo Negro la asió con sus brazos y tiró. Espalda, hombros y brazos le ardieron, pero el pedrusco no se movió ni un ápice. La fortaleza de su forma de rabia hubiera dado buena cuenta del muro, del sepulcro; sin embargo, expulsó esa idea de su cabeza. Esta vez no era cuestión de cólera, se trataba de penitencia.

Arroyo Negro no estaba solo; los demás lo observaban de cerca, pero él no aceptó su ayuda. El Clan del Claro Aullante era ahora más que una manada. Además, él era el alfa de la manada y por tanto, en ausencia de otros candidatos, gran anciano del clan. Esta tarea era responsabilidad suya y de nadie más. Los demás lo seguían mirando, a él su encorvado y deforme líder, mostrando lástima, perplejidad y resentimiento en diferentes grados: Claudia Permanece Firme, protectora del clan, con el klaive colgando de su cinto, ella que había apoyado a Arroyo Negro cuando nadie más lo había hecho; Cynthia Oreja Suelta, hermana de tribu de Claudia, pero amiga y amante de otra; Astillabedules, una Garra Roja que ya hubiera destripado a Arroyo Negro de haber tenido la oportunidad, volvía a adoptar la forma lupina al mismo tiempo que Cynthia; y Ladra-a-las-Sombras^[1], un Lunático rechazado por sus propios hermanos endogámicos, que parecía sufrir físicamente con cada piedra que Arroyo Negro conseguía retirar del muro.

—¿Por qué? —preguntó hoscamente Ladra-a-las-Sombras, con aspecto de joven ofendido—. ¿Qué sentido tiene que lo echés abajo tú sólo? Es absurdo.

Arroyo Negro interrumpió su labor, aunque no demasiado disgustado por tener que hacerlo. No obstante, fue Claudia Permanece Firme quien respondió:

—Debemos expiar nuestros errores, Lunático. —Sus palabras sonaban extrañamente amables; en sus labios, incluso el peyorativo *Lunático* tintineaba amable, no una burla como en palabras de los otros, como solía ocurrir con Arroyo Negro.

—Pero Serpiente de Agua ha estado siempre con nosotros —insistió Ladra-a-las-Sombras.

El nuevo alfa, hablando con firmeza y sin una pizca de condescendencia o sensibilidad, dirigió su respuesta a toda la manada; pues todos debían entender aquella idea:

—No hay santuario que deba destruir —dijo—. No queda nada de espíritu ahí dentro. Es sólo una montaña de piedras. Serpiente de Agua nos ha abandonado ya. Al morir mi madre, el espíritu partió con ella. No se quedó porque nada había que mereciera su protección.

Arroyo Negro bajó la vista para echar un nuevo vistazo al muro curvado: su aspecto era como el de una serpiente que se deslizara desde la orilla a la corriente. Su

madre, Galia Hija de la Lluvia, había levantado aquel muro, y ella misma había imbuido el santuario con el espíritu servidor de Uktena.

—Búho también nos ha dejado —dijo Arroyo Negro—. Hace mucho que la sabiduría se ausenta de este lugar. Yo mismo soy tan culpable como los demás. Hemos cerrado nuestros ojos a la corrupción que se esparcía por la tierra.

—¿Pero por qué destruir el templo... el muro? —Ladra-a-las-Sombras quería saber más—. ¿Queremos que vuelva Serpiente de Agua?

—Si Serpiente de Agua o Búho o *cualquier* otro espíritu van a resucitar —dijo Arroyo Negro—, deberá ser gracias a nuestra propia lealtad, no impulsados por la de otros que ya han desaparecido... que ya han muerto. —Entonces tragó para bajar el nudo de su garganta. Hablar de su madre en aquel tono, hacer frente a su marcha, todo aquello aún le causaba dolor—. Debemos purificarnos, y entonces deberemos purificar el clan. Sólo así seremos merecedores de la presencia de espíritus guardianes. Pero antes —dijo dando la espalda al Garou, a su gente, y encarando de nuevo el muro de piedras que su propia madre, ahora muerta, había erigido—, antes debo acabar con esto.

Entonces Arroyo Negro levantó la piedra que se le había estado resistiendo, la quitó de la figura de la serpiente y la hizo rodar por la orilla, hacia la corriente, donde se frenó y quedó parcialmente sumergida. Después de ésa arrancó una nueva piedra, y luego otra, y otra, repartiéndolas entre los bosques, la corriente. Fueron varias las veces en las que se hizo cortes en los dedos, pero éstos sanaron en cuanto la sangre salió a la superficie. Decidido a ignorar el abrasador calor en sus músculos, pareció entrar en trance, y como un convicto encadenado y ocupado en una ardua tarea, empezó a entonar un cántico, aunque sólo en el interior de su cabeza:

Esta es mi gente
Éste es mi clan
Velaré por su seguridad
No sufrirán daño alguno
Ésta es mi gente...

Poco a poco, mientras la noche se hacía cada vez más fría y oscura, lo que había sido el santuario de Serpiente de Agua empezó a menguar, a hacerse más y más pequeño; su componente físico se asemejaba cada vez más a su componente espiritual, que definitivamente había dejado de existir.

Ésta es mi gente
Este es mi clan...

Mientras se esforzaba, y a pesar del mantra, Arroyo Negro no lograba alcanzar la

unidad de mente que había deseado. Tenía el cuerpo dolorido, y su espíritu se consumía entre los pensamientos de la difícil situación por la que estaba pasando su clan. Había ideas que lograban desconcertarlo, y a pesar de lo mucho que hubiera logrado mantenerlas apartadas, éstas volvían sistemáticamente para perseguirlo.

«*Debes perdonar el pasado y mirar hacia el futuro. Ése es el don que te transmito*». Esas fueron las palabras del espíritu del lobo, aquel que había hablado con Arroyo Negro envuelto en un pelaje hecho de retales. Pues vaya don, se bufó para sus adentros. Lo cierto es que debía admitir que el sueño que había provocado el horrible Meneghwo le había ayudado a superar su odio, su resentimiento. Desde luego no había vencido a su propio padre y se había convertido en un alfa careciendo de malicia; pero consideraba que se había limitado a hacer cumplir las necesidades del clan. Sin embargo, cuando el resentimiento se había convertido en una forma de vida en sí mismo, ¿podría la simple reprobación cambiarlo todo?

El futuro. Aun habiendo sido un exiliado, el destino de Arroyo Negro descansaba ahora entre su gente, en su clan. Apenas una noche atrás, aún había esperado que fuera de forma distinta. Ahora, mientras retiraba una piedra tras otra del muro, a pesar de su mantra y de sus esfuerzos por conservar la determinación, seguía pensando en la chica, en aquella humana... el resentimiento fluía en su interior con más rapidez que la propia corriente que mojaba sus pies. ¿Cómo había ella osado rechazarlo después que salvara su vida?

«*Olvídalo —se dijo a sí mismo—. Vuelve la vista hacia el futuro*».

· *Ésta es mi gente...*

Pero no era únicamente que le hubiera rechazado. También había regresado a aquel lugar, a la incineradora, después que él le hubiera mostrado la evidencia de la corrupción del Wyrn. Aquello no tenía nada que ver con los sentimientos personales; la magnitud de aquella traición no era ni mucho menos menor. Claro que, puede que ella hubiera hecho bien en rechazarlo, después de todo; de haberse ido con él. Arroyo Negro nunca hubiera vuelto al clan, y nunca se hubiera enfrentado a su padre ni asumido el liderato. Pero volviendo a aquel lugar envilecido, al origen de la corrupción que se extendía por la tierra... ¿cómo iba a poder perdonar todo aquello? Sí, ella era una humana, a pesar de todas las extrañas afinidades que le habían permitido ver a los Garou por lo que eran, y evitar la pavorosa locura que ese conocimiento debía haber infundido en su corazón. No, ella no era Garou. Pero él le había mostrado la corrupción. Y, aun así, se había ido.

«*Debo volver junto a ella —pensó Arroyo Negro—. Si está corrompida, conociendo lo que sabe acerca de nosotros, acerca de nuestro clan...*»

Ésta es mi gente

Éste es mi clan...

Entonces arrancó otra gélida piedra del muro, la levantó con ambas manos, por encima de su cabeza y la arrojó hacia la corriente.

«Si está corrompida, debo acabar con ella».

A la espalda de Arroyo Negro, Astillabedules alzó la mirada a los cielos y aulló de forma débil y lastimera a Luna. Cynthia se unió a su amiga. A su vez, Claudia Permanece Firme y luego Ladra-a-las-Sombras se dejaron caer a cuatro patas, adoptaron aspecto lupino y unieron sus aullidos al coro. Se lamentaban por el pasado del clan, las sendas que habían recorrido y todo lo que ahora debía cambiar para que pudieran servir lealmente a Gaia. Arroyo Negro contempló los restos del santuario. Aún seguía en pie un muro bajo, algunas piedras de lo que su madre había erigido con sus propias manos. Pero ya era suficiente. *«Mira hacia el futuro»*, pensó. Entonces su cuerpo cambió, y se convirtió en un enorme y terrible lobo, con la espalda doblada por la deformidad y los ojos mirando al suelo. Volvería su vista hacia el futuro en cuanto vengara las ofensas del pasado.

Capítulo cuatro

La vuelta a casa en el coche no es tan mala como la ida. La carretera ahora no es más que eso, una carretera. La calidez y la seguridad de la familia de Floyd me acompaña en el coche. Ya no pienso en él como otro de esos treintañeros blancos, otro cualquiera al que tengo que aguantar durante una hora hasta que pueda conseguir mi próxima dosis. Ahora es sólo Floyd, el marido de Anne, y el padre de Mel y Jenna. Es un poco memo, pero inofensivo. Una parte de mí lucha para que no me rinda tan fácilmente, para que no confíe en él. Pero me encuentro tan cómoda sin tener que estar asustada... Casi no puedo recordar la última vez que me sentí así. Prefiero no pensar en ello, o empezaré a llorar otra vez. Enciando la radio, recorro todas las emisoras. No encuentro nada que no sea country o viejos éxitos, pero sólo con oírlo, poder escuchar *algo* después de tanto tiempo...

Tengo trenzas. Hubo un par de ocasiones en las que pensé que Mel me iba a arrancar el pelo, pero aparte de eso disfruté mucho mientras me peinaba. Había olvidado cómo era que te peinaran. De haberme hecho alguna trenza más hubiera podido quedarme dormida. Me gusta mucho como me ha dejado. Casi fui incapaz de reconocerme en el espejo cuando acabó. Hace tanto tiempo que tengo el pelo asilvestrado... y sin embargo ahora está peinado en multitud de finas hileras, cada una con un lazo rojo o púrpura en el extremo. Mel también tenía esas cuentas de plástico, pero creo que el repiqueteo de las bolitas me hubiera hecho enloquecer. Hay que ir poco a poco.

Me gusta Anne. Tiene casi quince años más que yo, no es que se lo preguntara: Mel se ofreció a darme la información. Su tono no fue nada condescendiente y no me hizo sentir como si debiera enmendarme. Simplemente nos limitamos a charlar. No hay mucha gente negra en esta parte del estado, y creo que agradeció ver una cara familiar. Puede que las chicas también lo agradecieran. Deben de sentirse muy distintas en medio de todos esos niños blancos de campo que hay por aquí; más o menos como me ocurre a mí cada vez que bajo a la ciudad.

Creo que Floyd debe estar contento de estar con una mujer tan genial como Anne. Sin embargo, esa otra parte de mí aún no está convencida del todo. ¿Cómo iba a reconocerlo una esposa? ¿Cuántas de esas respetables mujeres saben que sus respetables maridos tienen encuentros con putas a sus espaldas? ¿Llegaría a enterarse algún día Anne de que su marido ha podido tratar de sobrepasarse conmigo y que yo lo he rechazado? Porque sin duda tendría que usar la fuerza, ya no me va esa mierda... Seguro que todo lo que llegaría a saber es que me ha ido mal en el trabajo, y que una nueva chica tuvo que suplir mi puesto. ¿Cuántas muchachas habrán trabajado allí antes que yo? Es imposible saber en quién debes confiar.

Maldita sea, *odio* esto. Quiero *confiar* en Floyd, sentirme bien con él. Hace ya

tanto tiempo que...

Pero eso es lo que ocurre cuando ves a un muerto vagando por la calle, con heridas abiertas supurando pus y sangre, la piel desgarrada y los huesos al aire. Está muerto, maldita sea. Sé bien que está muerto. Puede que incluso él mismo lo sepa. Pero nadie más parece verlo. Hay tanta gente ciega... Es por eso por lo que sé que no puedes confiar en lo que ves. Puede que vea más de lo que ve la mayoría de la gente pero, aun así, ¿puedo distinguirlo todo? ¿Soy capaz de ver el corazón de Floyd, su alma? Puede que no sea igual que muchos otros hombres blancos acomodados, con su fajo de billetes y todo el día empalmado... pero tampoco es tan distinto.

Ya casi hemos llegado a mi casa. Pasamos junto al pequeño bar que hay carretera abajo, en penumbra, con la ventana de la entrada cubierta de tablones. Trato de aparentar que el edificio no existe. Ahí está mi casa. ¿Qué pensará Floyd de ella: vaya piltrafa, parece que va a arder de un momento a otro, deberían derribarla?

—Gracias por venir a pasar la noche con nosotros —dice con esos modales tan sinceros que utiliza siempre—. Estoy seguro de que a Anne le ha encantado conocerte, y también a las chicas. Espero que no te molestará...

—Tengo que irme ya —le digo—. Gracias por... gracias por todo.

Salgo del coche de un salto antes que pueda decir nada, antes que pueda echar a perder lo que *quiero* que sea. No le doy ninguna oportunidad de preguntarme si puede entrar o de echármese encima. Vuelvo la vista al coche sólo una vez, y veo la luz del salpicadero reflejándose en sus gafas. Espera a irse hasta que abro la puerta principal y entro en casa. Sale marcha atrás por el camino de servicio y, así de simple, se marcha sin más.

La casa está en silencio. Fría, oscura, vacía. Vuelvo la vista a la carretera de acceso, donde estaba el coche de Floyd hace sólo unos segundos. ¿Cómo he podido ser tan borde con él? No se merecía que lo tratase así. Pero claro, ¿me merecía yo toda la mierda que me han tirado encima? No importa, debí haberle dado unos minutos, aunque sólo fuera para que prometiera invitarme otro día. Así podría volver a ver a Anne y a las niñas. Puede que sea manipulador por mi parte, pero intento no sentirme culpable por lo que ha pasado. Sólo hago lo que puedo.

Aún estoy junto a la puerta. La casa parece extrañamente amenazadora. Maldita sea, es mi propia casa. La oscuridad, las regiones desiertas, todo eso que hace unas horas había conseguido olvidar ha vuelto. Había estado esperándome aquí todo este tiempo. Permito que mi abrigo resbale por mis hombros y lo dejo caer al suelo. El sonido del nailon deslizándose por mis brazos hasta ir a dar contra el suelo de madera dura rompe el silencio como un cristal que estallara en mil pedazos. Muevo los pies arrastrándolos, para escuchar el sonido, para convencerme a mí misma de que existo, para anunciar mi llegada. Pero no hay nadie a quien anunciarla. Debería haberlo sabido. Hubiera sentido su respiración como ahora siento el vacío en la casa. Dije que

jamás abandonaría este lugar, que correría con todas mis fuerzas, de modo que ahora estoy sola. No puedo seguir dando la espalda al mundo. Tuve que hacerlo un tiempo, pero no puedo continuar así para siempre. Si al menos pudiera dar la espalda a ese otro mundo... Ahora mismo deseo eso tanto como no estar sola.

Me obligo a moverme, a habitar mi propia casa. Antes de subir las escaleras, vuelvo la vista a la puerta que tengo a mi derecha, hacia el salón. Es la habitación que hay bajo mi dormitorio, la que da la bienvenida al sol en la mañana. Salón. Así es como lo llamo. En las casas de la mayoría de la gente es la sala de estar, el comedor, el cuarto donde se reúne la familia, o lo que infiernos sea. Tendrán muebles, un sofá, una mesita, puede que una televisión, una lámpara. Mi salón está vacío excepto por el polvo y un par de hojas que hay en la pared más lejana, que llevan allí ya casi un año.

Me gusta el crepitar de las escaleras bajo mis pies, y el sonido de la cisterna después de hacer pis, el eco del agua recorriendo las cañerías. Podría tomar un baño; las tuberías chirrían cuando abro el agua caliente, pero estoy demasiado cansada. En mi dormitorio, la única estancia de la casa que he hecho realmente mía, piso la manta que hay en el suelo. Imagino poder ver las manchas de sangre que tiene, pero está demasiado oscuro, lo sé. Aun así, siento que algo no va bien. Mi cama, el colchón, las almohadas, las sábanas, todo está hecho jirones, trizas, destrozado, revuelto, hecho un auténtico caos. Contengo el aliento. No puedo escuchar el pulso martilleándome los oídos, pero me esfuerzo para oírlo.

¿Es posible que me hubiera equivocado? ¿Estará él aquí después de todo? Me obligo a que el aire entre en mis pulmones. Huelo el olor a hombre, el olor a lobo, aquello a lo que me he acostumbrado; ese olor que suscita en mí al mismo tiempo terror y consuelo. Me quedo helada. El paso del tiempo significa muy poco cuando estás completamente sola, pero finalmente me doy cuenta de que sí, de que estoy sola. No está aquí. Me arrastro hasta lo que queda de mi cama, sin molestarme en desvestirme, apenas me quito las botas. Ni siquiera he llegado a encender la luz, así que no tengo que apagarla.

Capítulo cinco

Sands estaba dormido cuando Hetger detuvo el coche. John puso la marcha atrás y retrocedió lentamente, hasta que las luces delanteras iluminaron los números que había en el buzón junto al sendero.

—Es aquí —dijo Clarence desde el asiento de atrás.

Julia, a su lado, no se despertó. Habían descansado en el motel hasta que ella se había recuperado lo suficiente para poder sanarse, para que hiciera toda esa mierda. En realidad ella ya le había curado mágicamente las heridas en más de una ocasión, pero, aun así, Sands miró con asombro a Julia mientras ésta cerraba los ojos y la cuchillada en su pecho *sanaba*. La piel se había regenerado justo delante de sus ojos; aquello le recordaba a Douglas una fotografía con tomas a intervalos prefijados, excepto que ocurría en tiempo real. Tocó con sus manos ligeramente el vendaje que le cubría el rostro: era el segundo desgarrón, profundo y doloroso, que había sufrido de las garras del merodeador. Aquel vampiro había intentado matarlos, había matado a Jason, y *habría* matado a Faye y a Melanie de no ser porque los cazadores acabaron con él a tiempo.

La herida de Julia había cicatrizado, su pecho se había convulsionado con un profundo suspiro, y en ese momento había vuelto a recuperar el sentido.

Hetger se atusó el pelo con los dedos.

—Sólo necesita dormir un poco más. Se pondrá bien. —Había notado el modo en que Sands la había estado mirando, contemplando la zona en la piel, junto a su pecho, que había dejado de ser una herida supurante—. Muchos cazadores los llaman *facultades* —dijo John—. La suya, o una de las suyas, es que puede sanarse a sí misma, y a los demás.

Sands asintió, aunque de manera casi imperceptible, y recordó lo que había pasado horas atrás. Ya había experimentado en sí mismo el toque curativo de Julia, la calidez que empezaba en sus dedos y que profundizaba a través de músculos y hueso. Es sólo que no había *visto* una muestra tan... tan irrefutable. Sus heridas habían sido en su mayor parte internas, o bien había estado inconsciente cuando Julia lo había atendido, pero en esta ocasión... *ver* la carne desgarrada crecer de nuevo...

Como reza el dicho, ver es creer. Pues bien, Sands había visto, pero aun así no podía creer. Cuando John, en la habitación del motel, estiró la manta para cubrir a Julia hasta la barbilla, aquella escena a él se le antojó completamente irreal; la estancia le parecía falsa, un escenario de teatro, y el teléfono, la televisión, las camas, las sillas, todo parte de un decorado. Sands sentía que, de haber podido mirar esquina abajo, hubiera podido ver la parte trasera del escenario, con el telón y los actores esperando salir a representar su papel.

Las noticias locales de Lansing hablaron de la explosión en las alcantarillas de

Iron Rapids; la policía había encontrado un cadáver aún por identificar... el de Jason. Hetger y Clarence decidieron que los cuatro no deberíamos quedarnos por mucho más tiempo en el motel. John pagó con dinero en efectivo, y dio una matrícula de fuera del estado para el registro: más valía asegurarse antes que acabar arrestados. De todas formas, según lo que habían oído en las noticias, la policía no tenía aún ningún sospechoso. Mientras escuchaba a John y a Clarence discutir lo que debían hacer, Sands se quedó perplejo al comprobar cómo eran capaces de centrar su atención en unos detalles tan limitados y pragmáticos cuando el mundo que los rodeaba se estaba yendo al infierno. Puede que literalmente. Vampiros que cazaban inocentes, muertos haciéndose pasar por vivos, fantasmas con sus cónyuges mortales y Dios sabe qué más. El presente estaba completamente loco, aunque el pasado resultaba igualmente inaccesible: matrimonio, trabajo, familia, incluso la más básica rutina diaria. Era cierto que la habitación del motel le parecía una farsa, pero es que toda su antigua vida era una mentira, y nunca había sido real. Antes, simplemente era incapaz de ver.

Llevaron a Julia hasta el coche y luego condujeron hacia el norte, en medio de la noche. Arrojaron por la ventana montones de toallas y vendas ensangrentadas; no era el tipo de cosas que hubieran querido dejar en la papelera del motel. En forma de basura repartida por la carretera, aquellas pruebas podrían pasar inadvertidas durante días, o más.

Sands había dormido de manera irregular en el viaje en coche. Podía sentir como le palpitaba el corte en la cara, y todo el ibuprofeno del mundo no parecía servirle de mucho. Deseaba poder tener a mano más de esas pastillas sedantes de cuando había estado en el hospital. Finalmente, a pesar de lo poco gratificante que había sido el sueño en el coche, en cuanto éste paró, le pareció que no iba a ser capaz de librarse del adormilamiento.

—¿Deberíamos volver mejor por la mañana? —preguntó Hetger a Clarence—. Son casi las cuatro de la mañana.

—No le importará —dijo Clarence—. Y aunque sea así, es mi prima. Esperad aquí. —Salió y cerró la puerta a su paso. Con el telón de la nieve cayendo de fondo, Sands apenas podía distinguir una figura oscura cruzando el ancho patio delantero en dirección a la gran silueta de una casa de madera. La vivienda estaba rodeada de árboles y una oscuridad casi impenetrable. Clarence subió los escalones hasta el porche principal, y permaneció aparentemente durante mucho tiempo; Sands pensó haber visto la mano de Clarence levantarse y llamar a la puerta, pero el único sonido que se escuchaba dentro del coche era el de la suave respiración de Julia. Douglas se frotó los ojos; aún no conseguía mantenerse despierto, y el mundo que había más allá del coche le parecía artificial, tanto como le había sucedido con la habitación del motel. Clarence se había alejado caminando, y había entrado a formar parte del enorme lienzo que constituía el telón de fondo de la irrealidad, pintado con infaustos

tonos negros, grises y púrpuras. Cuando Sands volvió a mirar hacia la puerta, Clarence ya había desaparecido. Sands se estremeció. Miró hacia la oscuridad tratando de distinguir su figura, hasta casi quedarse bizco. Entonces se sobresaltó al golpearse la frente con la ventanilla.

—¿Dónde está? —preguntó Sands.

—Ha entrado. —Hetger no había apartado la vista.

—¿Le ha dejado ella... le dejó... le dejó entrar ella o...?

—No estoy seguro —dijo Hetger—. Creo que ella le abrió la puerta.

—No encendió las luces.

—No.

Sin razón aparente, Sands sintió que tenía un ataque de ansiedad. Llevaba horas sentado en aquel coche, y ya no aguantaba más. Se volvió y miró a Julia, en el asiento de atrás. La recortada de Clarence estaba justo allí, en el piso del coche. «¿*Se habrá llevado las granadas?*», se preguntó. En ese momento tuvo una repentina visión: la vieja casa estaba en llamas, y el fuego salía enfurecido a través de sus ventanas destrozadas, repartiendo cristales rotos y madera astillada por todos lados. Clarence estaba medio paso por delante de la explosión, corriendo hacia el coche, con las ardientes legiones del infierno en sus talones...

Clarence ya estaba de vuelta hacia el coche. Venía al trote, no corría, ni huía; la casa a su espalda no se asemejaba a un infierno. Sands volvió a golpearse en la frente con la ventanilla. Con su aliento empañó el cristal. Seguía esforzándose por diferenciar realidad de ficción; para él era casi una proeza.

—Estaciona cerca de la casa —dijo Clarence abriendo la puerta de atrás y deslizándose tras Hetger—. Trata de colocarte a su espalda.

—¿Se alegró de verte? —preguntó John. Clarence se encogió de hombros.

Después de horas del ronroneo hipnótico de los neumáticos sobre el asfalto, al aplastar ahora grava y nieve las ruedas sonaban como fuegos artificiales. Mientras se aproximaban a la casa, Sands seguía esperando que el telón de fondo del escenario cubriera el capó del coche y los parabrisas, pero parecía que la estructura era tridimensional; aquella oscuridad dibujada retrocedía temporalmente ante la iluminación de los faros.

—Douglas —dijo John mientras él y Clarence sacaban a Julia del coche—. ¿Puedes vaciar el asiento de atrás? El equipo lo dejaremos en el maletero hasta que amanezca. —Sands levantó la vista hacia el cielo, hacia las nubes que no subían mucho más allá de las copas de los árboles. Trataba de atisbar algún retazo de esa mañana que distaba sólo algunas horas.

Fuera de la casa, solo, Sands hacía acopio de los sacos de dormir que habían colocado en el coche para que Julia fuera más cómoda; cogió también la recortada. Tomó el arma con cautela. ¿Estaría cargada? Ni siquiera sabía cómo comprobarlo.

Aquella prueba última de su ignorancia lo hizo enfurecer; era la razón, o al menos una de las razones, por las que Clarence mostraba siempre una actitud tan desdeñosa hacia él, cuando lo llamaba Pete Sampras. Sands era un cualquiera que trataba de aparentar ser el rey del mundo, y *ese* mundo podía hacer que la gente muriera. De hecho *había* matado ya a gente. Sands intentó coger la escopeta con aspecto de estar seguro de lo que estaba haciendo, y aquello era aún más complicado con los sacos de dormir a punto de resbalársele. Entonces hizo una pausa en su recolecta, sobresaltado por... ¿por qué? ¿Es que había oído algo? ¿Es que había visto algo moverse? Escudriñó el oscuro paisaje, esperando que aquello que había captado su atención se revelara sobre el coloreado telón de fondo. Lo único que podía sentir era el silencio.

—¿Necesitas ayuda, Douglas? —Hetger estaba de vuelta.

Sands miró a un lado y a otro, observando a John y todo lo que había a su alrededor.

—No —«*aparte de dormir un poco*», pensó. Ya vería qué aspecto tenía todo a la luz del día—. No, puedo arreglármelas solo.

Seguir a Hetger hacia el interior de la vivienda no sirvió para disipar la intranquilidad en la que estaba sumido Sands, que no dejaba de pensar que nada de lo que lo rodeaba era real. Nadie había encendido ninguna luz, y la prima de Clarence no parecía estar por ningún lado. La ausencia de muebles en el piso de abajo impulsaba el sentimiento de irrealidad. En la cocina había una pequeña mesa circular y sillas plegables, pero eso era todo. Una habitación lateral estaba llena de cajas y embalajes. El resto de las estancias estaban vacías. El suelo era de madera y estaba tan lleno de polvo que la suciedad crujía bajo los pies. Ese horrible apartamento de Melanie se antojaba un palacio comparado con aquel lugar.

Acordarse de Melanie lo llevó irremisiblemente a pensar en Faye, en su casa, en todos esos lugares en los que sí tendría sentido que estuviera ahora, y con gente con la que sería normal que estuviera. En esa lista de lugares no entraba aquel ruinoso polvorín, y tampoco aquella gente que daba por sentada la existencia de vampiros y recortadas y granadas en las cloacas, y también amigos muertos. Finalmente, no le quedó otra cosa que hacer que estirar uno de los sacos de dormir en el frío y duro suelo, y tratar de dormir.

El gruñido casi imperceptible rasgó con crudeza la garganta del lobo gigante. Tenía cada uno de sus músculos en tensión, y observaba sin ser visto entre el follaje, envuelto por la noche. Los instintos de cazador de Arroyo Negro se habían despertado y azuzado terriblemente al comprobar como otros entraban en la casa en la que él mismo se había refugiado por algún tiempo. Los humanos eran siempre tan escandalosos... voces que acababan con la quietud de la mañana, el crepitar de las puertas de los coches, las pisadas sobre la nieve y el terreno helado. Un ciervo que huyó por entre la maleza hizo menos ruido. La nariz del lobo estaba tan excitada

como sus puntiagudas orejas; olía el sudor y el aliento de los humanos hacinados durante horas en el coche, y de las puertas abiertas del vehículo surgió también el olor rancio de la sangre seca. Arroyo Negro se pasó la lengua por los labios, tragando la saliva que le inundaba la boca.

De nuevo no pudo reprimir un gruñido. Por un momento, el lobo pensó que el humano que quedaba en el exterior lo había oído. Aquel hombre, que acababa de coger una escopeta del coche, escudriñó la oscuridad, mirando hacia la dirección en que se encontraba Arroyo Negro. El lobo se irguió, sus instintos y su agitada mandíbula lo inducían a matar. Pero el hombre no lo veía, así que esperó, listo para saltar. Estaba tentado de atacar pasara lo que pasara: sus instintos lo movían a ello.

Arroyo Negro se había zafado momentáneamente de sus recién adquiridas responsabilidades con el clan para acudir a aquel lugar; ser un alfa suponía cargar un gran peso sobre sus hombros, quizá más incluso que el que había llevado siendo un descastado. Debía poner a prueba a la chica, se había dicho a sí mismo. Debía asegurarse de que no lo hubiera traicionado al Wyrn, y en caso de que lo hubiera hecho, entonces debía poner las cosas en su sitio. Las veces que hiciera falta, se dijo a sí mismo: debía asegurarse. Y casi lo creía. Al menos podía decir, e iba en serio, que no quería sentarse junto a ella, mentir con ella, acunarla con sus brazos y protegerla de todo mal con su cuerpo fuerte y retorcido.

Ahora estaba un paso más cerca de creer todas esas palabras. Ahora que los humanos habían venido. Mientras miraba a aquel hombre que trataba de cargar con una pila de sacos de dormir sin que se le cayera la escopeta, Arroyo Negro pensó que podría matarlos a todos, destrozar a los intrusos y librarse de ellos sin más preámbulos. Pero ése era el tipo de cosas que solían hacer enojar a Kaitlin; en ciertos aspectos era tan humana, tan frágil... Viendo al torpe humano subir a tumbos los escalones de la entrada a la casa, Arroyo Negro se sintió orgulloso de su propia compostura, orgulloso de, en aquella ocasión, haber tenido en cuenta los sentimientos de Kaitlin, orgulloso de no haber matado a los intrusos. Aún.

Escabulléndose de vuelta al bosque, pensó que beber algo no sería mala idea. Había negado a su lengua lupina la sangre que ansiaba; ahora debía satisfacer a su lengua humana. El bar de Canción de Víspera^[2] estaba sólo unos metros atrás en la carretera, y Arroyo Negro dudaba que éste fuera a utilizarlo mucho más. Así que, ¿qué daño podría hacer?

Capítulo seis

La mañana despertaba con parsimonia en lo profundo del bosque. Aun desnudas de hojas, las escuetas ramas de los árboles de madera noble mantenían a raya el amanecer. Aquello tampoco importaba demasiado, pues el alba no era un gran consuelo para Ryan Murphy, aquel que su gente llamaba Canción de Víspera. La ira que le carcomía la garganta como un cáncer no se aliviaba con algo tan efímero como la luz, filtrada y atenuada además por la gruesa capa de nubes del invierno del Medio Oeste. Quizá el calor de un fuego rugiente que hiciera arder sus huesos en las esqueléticas ruinas del bosque sí podría concederle algo de paz, pero pocas cosas lejos de eso servirían para aliviarlo...

Se agachó junto al amasijo de plumas y nieve salpicada de motas de sangre que antes había sido un pavo salvaje. La carne era fibrosa y sus colmillos la carcomían como la llaga de una úlcera. ¿Por qué elegiría Gaia infringirle tales humillaciones?, se preguntó enojado. ¿Cuál era el motivo? Era una tras otra y tras otra. ¿Es que no la había servido con lealtad desde que cambió por primera vez? ¿Es que no había actuado como memoria de los Garou —y no sólo como memoria, como conciencia! — al contar a los jóvenes las historias de sus héroes, para que así pudieran conocer las virtudes de su gente y cumplieran con su papel como guerreros de Gaia?

—Mmpf. —Escupió un filamento veteadado de cartílago en la nieve—. Y después hablan del poder de las historias. Hablan de la conciencia...

Canción de Víspera contempló con glotonería el trozo que quedaba de pavo, pero finalmente no lo tocó. Que la fortuna del cuentacuentos iba de mal en peor era algo incuestionable. Hacía ya tres noches y dos días que había sido descastado por su propio clan y ¿por qué? Pues porque los demás eran tan estúpidos como para no ver que ese maldito Chepa era el problema, y no la *solución*. ¡Alfa! ¡Consideraban a ese mestizo endogámico alfa! ¡Qué imbecilidad! Era como darle un premio a un perro porque se comiera su propio vómito. Aquella injusticia dejaba un regusto amargo en la boca de Canción de Víspera aún más desagradable que la textura de la carne del pavo. Puede que estuviera obligado a soportar a unos idiotas, pero eso no significaba ni mucho menos que fuera a resignarse a su lastimosa suerte.

Alzándose y dejando a su espalda los restos del pavo, caminó hasta la corriente. El pelaje gris de Canción de Víspera armonizaba con la palidez que mostraba el bosque antes del amanecer. Se movía como un susurro impulsado por el viento del norte. Incluso de haberse estrellado contra la maleza como un oso enfurecido, aun así habría pasado desapercibido para su compañero. Evert Nube de Muerte^[3] estaba sentado con las piernas cruzadas junto al agua, con los ojos cerrados y aparentemente ajeno a la cercanía de su último y leal seguidor, y de la perezosa mañana. El pelaje de su forma de rabia, de color blanco con franjas grises, se adaptaba aún mejor al

entorno invernal que el de Canción de Víspera.

«¿Qué clase de consejo estaría buscando?», se preguntó éste con su exasperación dividida entre sus propios aprietos y la debilidad de espíritu de Nube de Muerte, a la que, por otro lado, consideraba responsable de su situación. «¿Qué otra cosa queda por hacer —quiso gritar Canción de Víspera a su alfa—, que no sea regresar al clan y dar una paliza de muerte a ese cachorro?»

Nube de Muerte seguía inmutable. Meditando. No hacía absolutamente nada; mostraba la misma inmovilidad que cuando el clan se desmoronó a su alrededor, cuando su compañera Galia Hija de la Lluvia había enfermado y muerto, cuando la corrupción del Wyrn se filtró hacia la tierra. Canción de Víspera había optado por respaldar al alfa, al fundador del clan, con la esperanza de rescatar a un Garou tan renombrado de la agonía del Harano. Éste lo había desgastado a voluntad para luego deshacerse de él cuando fue sólo una figura vieja y cansada. ¿Es que no debían lealtad a su líder? Como Galliard, Canción de Víspera no podía olvidar las historias, no podía sencillamente dejar de lado el gran servicio que Nube de Muerte había hecho a Gaia. Quizá incluso, con el tiempo, habría podido conducir a Evert de vuelta al sendero de su llamada. Canción de Víspera ya había tenido éxito en otras ocasiones reavivando la rabia del alfa, restituyendo su espíritu cansado. Sin embargo, finalmente, el Chepa había desafiado a Nube de Muerte y había revelado la impotencia de su líder.

«Ya podría haber mostrado esa impotencia al engendrar a ese maldito Chepa de Galia», pensó. Pero lo que estaba hecho estaba hecho, y no importaba si Canción de Víspera le encontraba sentido o no. Todo lo que podía hacer ahora era recuperar a Nube de Muerte, ayudarlo a encontrarse de nuevo a sí mismo. Entonces podrían vengarse de ese perro asqueroso.

«¿Así de fácil?», se dijo a sí mismo en tono burlón. Aquella misión era más que desalentadora. Mientras observaba a Evert, en el interior del cuentacuentos se agitaba el desaliento. A pesar del enorme tamaño de su forma Crinos, Nube de Muerte aparentaba un aspecto casi frágil, sentado a la ribera de la corriente, con su pelaje apagado y frío, con los músculos flácidos. Canción de Víspera había oído hablar de ancianos que habían sido rescatados del precipicio del Harano y liberados del mal que consumía sus espíritus, pero no habían sido muchos. Los Colmillos Plateados parecían ser más propensos a esa enfermedad, pero los Contemplaestrellas no debían de estar muy lejos con toda su predilección mística, pensó. Siguió contemplando a Nube de Muerte durante unos segundos más, y entonces suspiró. No, no iba a ser tarea fácil. La muerte de Galia le había afectado mucho, muchísimo. Tanto que no parecía importarle siquiera la pérdida de su clan. Aún podría hundirse todavía más antes que Canción de Víspera pudiera rescatarlo.

«Mejor dejarlo que medite durante algunas horas más», decidió finalmente

Canción de Víspera. Entretanto podría dar parte de lo que quedaba del pavo, aunque no estaba demasiado seguro de querer hacerlo. Ya tenía el estómago repleto de cólera y resentimiento.

Capítulo siete

Sands se despertó oyendo la voz áspera de Clarence en el pasillo. Douglas se había hecho con un cuarto vacío para descansar. Los otros dos hombres compartían otra estancia solitaria con Julia, probablemente preocupados por vigilar su sueño. Después de haber pasado tanto tiempo hacinado en el coche y en la habitación del motel junto a los demás, Sands había ansiado la privacidad, aunque fuera la de una habitación sucia, polvorienta, fría y sin mobiliario. Como solía ocurrirle cuando despertaba por primera vez en un sitio nuevo, estuvo desorientado por unos momentos. Las ventanas de la habitación, que iban casi del suelo hasta el techo, le permitían ver el gris cielo. Incluso a través de esos cristales ondulados tan habituales en aquel tipo de casas antiguas, el bosque del exterior no parecía ya tan tenebroso como lo había considerado la noche anterior. Poco a poco, las voces que le habían despertado atrajeron su atención: la poderosa voz de barítono de Clarence se dirigía a otra que no lograba identificar.

—Así que debemos aguardar aquí —estaba diciendo Clarence.

—Perfecto, muy bien —dijo la otra voz, femenina, que hablaba en un volumen más bajo, de forma más pausada, intimidada por la voluntad férrea de Clarence.

—Por lo que parece, aquí te sobra el espacio. —Entonces hubo una pausa que pareció interminable—. ¿Entonces te parece bien?

—Sí, claro. Ya te he dicho que no hay ningún problema. Me parece bien —dijo la voz femenina casi excusándose, pero sonando como si en realidad no quisiera hacerlo del todo.

—Bien —dijo Clarence—. Porque necesitaremos descansar un poco. Recuerda no mencionar que estamos aquí a nadie, al menos no hasta que inventemos una historia. Y no traigas a nadie a casa. ¿Tienes novio?

—Mmm... no. No lo haré. No traeré a nadie.

Sands estiró el cuello para echar un vistazo al pasillo, pero todo lo que pudo ver fue parte de la espalda de Clarence con su vestimenta informal, una camiseta hinchada en músculos. Empezó a retorcerse para salir del saco de dormir, pero pronto se dio cuenta de lo mal que le había sentado a su espalda pasar una noche durmiendo sobre el duro suelo. Gruñó, y la conversación en el pasillo se acalló. Clarence se echó hacia atrás y lo miró. Sands le saludó con la cabeza, aún medio adormilado. Su camiseta no estaba tan llena de músculos y la barriga le sobresalía por encima de los calzoncillos; además, estaba empalmado y tenía que ir al baño.

—Tienes buen aspecto, Pete Sampras —dijo Clarence.

Y entonces ocurrió exactamente lo último que Sands hubiera querido que sucediera. La chica, la prima de Clarence, asomó la cabeza por la puerta. Sands trató de deslizarse de vuelta a su saco de dormir sin aparentar excesiva brusquedad. Los

ojos color almendra de la chica lo contemplaron como si fuera un animal en un zoológico, estudiándolo más con recelo que de forma acogedora. Su piel era algo más clara que la de Clarence y era mucho más baja que él, pero Sands pensó que la hostilidad debía de ser algo intrínseco a aquella familia.

—Gracias por dejarnos usar el suelo de tu casa —dijo tratando de disimular aquel incómodo silencio. Pero no encontró demasiado éxito. La chica no llegó a cambiar su expresión; simplemente continuó observándolo como si fuera una criatura de otro mundo. Finalmente se alejó de la estancia—. Pues sí—masculló entre dientes Sands—: verdaderamente parece familiar tuyo.

—Debo irme —escuchó como le decía ella a Clarence—. Es casi mediodía. Debo ir al trabajo.

—¿Trabajo?

La incredulidad socarrona de Clarence pareció hacer enojar a su prima; su voz adquirió un tono defensivo:

—En una oficina. Archivando y cosas así.

—Guau.

—Vete a la mierda. —Sus pequeños pasos se alejaron pasillo abajo. La puerta principal se abrió con un crujido, y entonces ella hizo una pausa—. Clarence, ¿son ellos...? Ya sabes. ¿Son como nosotros?

Sands pudo distinguir el movimiento de la nuca de Clarence, cuando éste asintió.

—Sí —dijo—. Es por eso que estamos aquí. Por eso necesitamos quedarnos por un tiempo.

Es posible que ella le respondiera en voz muy baja, pero todo lo que Sands pudo oír fue el ruido de la puerta al cerrarse. Con más cuidado esta vez, volvió a deslizarse fuera del saco de dormir y cogió su ropa.

Capítulo ocho

No debería tener que escapar de mi propia casa. Y eso es lo que parece que estoy haciendo. Escapando. ¿Por qué demonios se le ha ocurrido a Clarence traerse a esos desconocidos, a esa pandilla de viejos blancuchos? ¿Y cómo se atreve a decirme que no puedo llevar a nadie a casa? *A mi casa*. Hijo de perra. Siempre ha estado ahí para echarme una mano, me ha ayudado mucho todos estos años, pero... es un hijo de perra. Hace ya dos malditos años que no he necesitado pedir dinero a nadie para vivir. Clarence es el que recoge el cheque en mi nombre cada mes... antes no podía ocuparme de esas cosas. Pero ya sí que sería capaz, aunque siempre dice que no le importa hacerlo. Me manda dinero, mucho, y paga la hipoteca en mi nombre. Pero eso no significa que pueda manejarme, ni que sea el dueño de mi casa. Sencillamente esos favores me los hace porque soy familia suya, y en verdad que no me importa alojarlo por unos días, a él y a sus amigos. Pero no es quién para decirme lo que debo hacer. Puede que sí fuera así hace un par de años, cuando lo estaba dejando, cuando tuve que abandonar la ciudad, cuando no era quien soy ahora. Ahora tengo mi vida encaminada, o al menos más de lo que la tenía entonces.

No me importa que haya venido. Clarence no es la persona más agradable con la que convivir, pero de veras no me importa que haya venido. Pero... ¿era necesario que se presentara en plena noche aporreando mi puerta? Me asustó de veras. Al principio pensé que sería Arroyo, que había decidido volver. Claro que él no habría llamado.

Todos esos malditos tipos que invaden mi casa encima se piensan siempre que me están haciendo un favor. Floyd fue el primero, siempre trayéndome toda esa comida de la tienda de la ciudad; puede que fuera un favor, pero es que no se lo había pedido. No le debo nada. Me consiguió un trabajo, pero eso no quiere decir que le deba nada. Hago el trabajo y me pagan por ello. Ése es el trato. No hay más historia. Incluso pasé un buen rato hablando con su esposa y sus niñas. Lo admito. Es probable que se sienta culpable al verse como un hombrecito blanco que ha arrancado a una chica negra como Anne de su familia, de sus amigos. Quizá tenga mala conciencia por estar criando a sus hijas en un lugar donde no hay nadie como ellas, donde son las raras, donde todos las señalan. Muy bien, pues yo me enfrentaré a ellos. Seré su amiga. Me siento bien al hacerlo. Lo necesito, creo. Necesito no estar sola. Pero todo se reduce a eso. No les debo absolutamente nada.

Conocí a Arroyo el mismo día que a Floyd. Él siempre pareció pensar que me alegraría tener a un tipo fuerte a mi lado, ya fuera un hombre lobo o cualquier mierda, para que me protegiera. Nunca pareció darse cuenta de que no habría necesitado que nadie me protegiera de no ser porque sus rabiosos amigos estaban deseando arrancarme la cabeza. Me enseñó esa mierda de la contaminación en el Wyrn que

tanto lo preocupaba. Casi consigue que me maten. No necesito todo eso. Bueno, en cualquier caso ya se ha ido. Espero no tener que preocuparme más por él. Hablaba de dejar este lugar, quería que me fuera con él. Dios, me dolió mucho decirle que no. Pero ya estoy cansada de huir. No puedo huir para siempre. Aun así...

Y ahora viene el sabelotodo de Clarence con todos esos mierdas. Me alegra pasar unos días con él, pero... chico, al menos tendría que haberle reprendido algo. Decir que qué es eso de traerá gente a casa. Debí haberle reñido. Lo haré cuando vuelva a casa. Le pondré los puntos sobre las íes.

Nunca pensé que me iba a alegrar tanto de salir de mi propia casa. Mira que decirme que no llevara a nadie... Debí haberlo mandado a la mierda. Mejor que no piense más en ello. Me voy a volver loca.

Hace frío hoy. *Siempre* hace frío. Siento como si ya lleváramos ocho meses de invierno. Me subo la cremallera del abrigo y meto las manos en los bolsillos. Camino deprisa. Así entraré en calor. Aún tengo que recorrer unos cuantos metros. Floyd dijo que me recogería, pero le dije que no hacía falta. No quiero deberle nada. Camino deprisa. No me importa salir de casa de día. Ya estoy a la altura del bar...

La entrada principal está abierta. Parece que han echado abajo la puerta. La han arrancado de los goznes. Tengo la boca seca. Si quisiera, no podría escupir. La puerta está en el suelo. El cristal que tenía está cubierto de tablas. Rompí el cristal, y vi lo que ocurrió allí la noche pasada: vi a Arroyo Negro y a su amigo matar a dos tipos, no llegué a ver a Arroyo Negro de frente. Mierda, tengo que seguir caminando, dejar atrás este lugar y no volver la vista. *No* voy a cruzar la carretera. Voy a quedarme a este lado, en el otro lado. ¿Qué me importa si alguien entró a golpes en la Casa del Barril de Murphy? Murphy fue uno de los miembros de la banda de Arroyo que intentó matarme. Y lo habría conseguido de no ser por ese lobo.

No cruzo la carretera. Me paro, pero no la cruzo. ¿Por qué me paro? No quiero pararme. Ni siquiera quería mirar, pero es como cuando pasas junto a un accidente de coche, no puedo evitarlo. No hay nada que ver; sigan su camino. Tengo que obligarme a seguir respirando. Tengo el pecho en tensión, y el estómago también. Es como la primera noche que lo vi. Aquel día no vestía su semblante humano. Cargaba un cuerpo sobre sus hombros, un cadáver. Su compinche también, el que luego trató de matarnos. Vaya amigos. Gracias a Dios que esta vez es de día. Esas cosas sólo salen de noche, ¿no es así? Vampiros, hombres lobo. Sólo de noche.

No hay nada que ver; sigan su camino. Mi pie parece levantarse con más lentitud que el propio sol. El corazón me late con tanta fuerza... parece que me van a estallar los tímpanos. Sigue tu camino, sólo sigue tu camino. Avanzo casi a cuatro patas, como en esos sueños en los que trato de correr y mis pies no me hacen caso, no responden a mis órdenes. Sigue tu camino. Consigo abrirme paso poco a poco. Los ojos me escuecen. Necesito parpadear, pero no puedo, como tampoco puedo correr.

Desde este ángulo aún puedo echar un vistazo al interior del bar. No quiero hacerlo, pero no aparto la vista, no cierro los ojos. Veo la barra. Veo las botellas, algunas rotas, en el suelo. Los bancos están también por el suelo. Y asomando por encima de la barra unas piernas, unas botas. Las observo, y las reconozco.

Aún quiero correr. Siento el estómago como si me hubiera tragado una piedra. *Estoy* corriendo, pero finalmente cruzando la carretera, *hacia* el bar, hacia las botas, no huyo. ¡Estúpida, estúpida, estúpida!, dice la voz de mi cabeza, esa voz que no hago más que ignorar, esa voz a la que luego siempre deseo haber hecho caso. Me digo a mí misma que debo estar tranquila, que todo va bien, que es de día, que esas cosas sólo salen de noche. Hasta ahora sólo las he visto de noche. Puede que si repito esas palabras una y otra vez acabe creyéndolas. Cruzo el puente, el aparcamiento de gravilla. Piso la puerta rota como si fuera una estera de bienvenida. Cruzo el umbral de la puerta y el impulso hace que me dé con un muro invisible de pánico en las narices. Me estremezco, como si alguien se levantara de un salto para apresarme, pero no ocurre así. Mis botas pisan cristales rotos. Puedo sentirlo más que oírlo. El corazón me late con tanta fuerza que apenas logro oír nada por encima de él. Jadeo, respiro con fuerza. Tomo tanto oxígeno que se me nubla la visión. Puedo ver lo que distinguí antes: Arroyo Negro usando sus garras afiladas como cuchillos para rebanarle a un tipo el estómago, esparciendo por el suelo sus tripas con su hocico y sus colmillos, mientras la pobre víctima observa la escena. Hay sangre por todos lados. Murphy, el compañero de Arroyo, le ha desgarrado la cara al otro tipo. Más sangre. Bajo la punta de mis dedos veo estallar un cristal; se destroza formando una tela de araña que surge desde diez puntos de contacto. Me sangra un dedo.

Entonces todo vuelve a desaparecer, de vuelta a su lugar en el pasado. Sólo mi mente inquieta la escena, la desentierra, obliga a esos dos bastardos a morir una y otra vez, sólo para que yo pueda verlo. Intento centrarme en las botas, pero mi cabeza no para de dar vueltas, y siento que mis piernas fueran de goma. Me agarro a la barra. Pienso en algo: ya he visto sexo para dar y tomar, pero puede que mi cerebro no pueda soportar ser un *voyeur* de otra clase de escenas, de muertes, de muertos. Puede que sea por eso por lo que puedo ver todo esto. Toda esta muerte, toda esta sangre.

Pero no hay sangre. Hoy no. Sólo hay cristales rotos y bancos volcados. Y las botas. Me alejo de la barra, pisando más cristales rotos a cada paso. No hay sangre. Llego junto a Arroyo. Yace tumbado boca arriba. Sin sangre. Si hubiera regresado con sus amigos habría sangre. Lo habrían matado. No debería haber hecho eso. Pero seguro que tampoco escaparía. No abandonaría. O, si llegó a hacerlo, volvió. Siento cierta esperanza. Mi estómago, completamente revuelto, da un pequeño salto, y estoy a punto de vomitar. Esto es peor aún que el temor. La esperanza es mucho peor. Al menos el temor te prepara para esperar lo peor. La esperanza sólo te levanta para, acto seguido, darte una patada en los dientes.

Respira, gracias a Dios. Su aspecto es humano. Nadie adivinaría lo que es en realidad. Yo misma trato de no pensarlo, intento no mirarlo con *esos ojos*, no verlo por lo que es. Finalmente nadie ha salido de su escondrijo para abalanzarse sobre mí, y Arroyo parece estar de una pieza. Ahora puedo respirar algo mejor. Siento como si, por una vez, le hubiera ganado la partida a esa voz en mi cabeza. «¿*Quién es la estúpida ahora?*».

Ni tajos ensangrentados en su cuerpo ni nada parecido. Una nueva cicatriz le cruza la cara, una que no tenía la última vez, pero eso no explica que esté inconsciente. No tiene magulladuras visibles ni ningún bulto extraño, excepto, claro está, su joroba, que le hace estar tumbado de esa forma inconfundible, apoyado sobre su espalda. Empiezo a palparle los hombros y los brazos. ¿Habré pasado algo por alto? Entonces gruñe, abre los ojos con dificultad. Ya sabía que respiraba pero, aun así, mi corazón se sacude al tener una muestra más de que está vivo. No ha muerto, ni ha huido. Noto como algo se parte en mi interior, se desbarajusta. Lloro. Le cojo la cara con las manos y lo beso.

La boca se me inunda de regusto a alcohol, me quedo aturdida. Me dejo caer de rodillas, tosiendo. Él se apoya en los codos para erguirse, también tosiendo. Exhala un horrible aroma a güisqui^[4] barato, el mal aliento característico de uno de esos brebajes sin refinar. Ahí está: hay esperanza... había estado aguardándome, y yo le sonrío tan linda como una puntera de acero. Arroyo trata de centrar sus ojos, y tarda tiempo en conseguir enfocar su vista. Me reconoce, sonrío. Le doy una bofetada, con fuerza.

Entonces abre mucho los ojos y luego vuelve a estrecharlos, enojado. Abre la boca pero parece incapaz de articular palabra alguna. Lo abofeteo de nuevo, sólo para ver si eso lo ayuda.

—Apesta a alcohol —le digo.

Me mira, y parpadea dos veces.

—¿Y...?

—Creí que habías abandonado, que te habías largado —*que me habías dejado*, estuve a punto de decir, pero apenas podía admitir estar pensando así, y mucho menos decírselo.

—Fui incapaz de hacerlo —dijo—. Pero tú podrías haberme hecho cambiar de idea. —De nuevo empiezo a abofetearlo, pero esta vez me agarra la mano—. Con dos veces es bastante, de sobra. —Me aparto de él y me suelta la mano—. Me besaste —dice.

—Sí, bueno, pensaba que estarías muerto.

—Parece que te pone ese tipo de cosas, ¿no?

Escupo en el suelo, a su lado. Me deshago del sabor a güisqui y le muestro al mismo tiempo lo que pienso de su sentido del humor. Si los muertos me pusieran,

simplemente volvería a la ciudad para convertirme en un orgasmo andante. Se siente eufórico, no lo soporto cuando se pone insustancial, y menos después de haberlo visto ir de un embrollo a otro desde que lo conocí.

—Ya no te necesito —le digo—. Tengo nuevos amigos.

Eso atrae su atención.

—Lo sé —dice, endureciendo de nuevo su mirada, sin bromas. No puedo evitar pensar lo que es en realidad, y me pregunto si habré pulsado el botón equivocado—. Ya lo vi —dice en un tono que me hace recordar el modo en que Clarence habla de los muertos vivientes a los que ve: incapaz de esperar un segundo antes de matarlos para siempre.

—¿Dónde diablos has estado? —le pregunto. Debo aliviar la tensión. Cuando está así es repulsivo y aterrador. Recuerdo la primera noche, con las tripas de aquel tipo repartidas por el suelo...

—Volviste al incinerador —me dice en tono acusador. No piensa darme cuartel. Se enoja cada vez más.

—Sí —trato de quitarle importancia—. ¿Sabes? Trabajo allí.

—Pero regresaste incluso después de ver lo que te mostré.

—Después de ti... entenderás que ninguno de esos... porque eso son lo que son... —Me derrumbo. Me aterrorizaba que pudiera haber muerto, luego me alivié al comprobar que seguía con vida, pero seguía temiendo sus ojos de cazador, y ahora... ahora trata de mangonearme, como Clarence... hijo de perra—. Escucha, tú...

—¿Por qué regresaste? —me pregunta.

No sé qué decirle. En realidad no sé por qué volví. No tenía ningún otro sitio al que ir, especialmente después que él se fuera. Arroyo busca una respuesta, pero soy incapaz de dársela. Le diría cualquier cosa, aunque sólo fuera para tranquilizarlo, pero soy incapaz.

—Quizá mi jefe pueda ayudar. Si le cuento todo lo que se cuece en el laboratorio... —No suaviza el gesto, ni un ápice. No parece que vaya a conformarse con ninguna explicación. No va a quedarse tranquilo hasta decirme lo que debo o no hacer. Asustada o no, eso me jode—. De todas formas, ¿y qué si voy o no voy a trabajar? ¿A ti qué te importa?

—Me importa —dice con voz fría y dura—. Porque lo que vimos en aquel lugar es justo aquello contra lo que llevo toda mi vida luchando.

—Por como lo dices, parece que llevaras toda la vida peleando contra esos amigos tuyos... ya sabes, esos que intentaron matarnos.

—Ese lugar está corrupto de arriba abajo —dice—. No puedo permitir que siga así.

—¿Qué no puedes permitirlo? ¿Qué significa que *no puedes permitirlo*? ¿Qué piensas hacer, volar toda la puta planta incineradora?

Esta vez no responde. Espero que haga algún comentario malicioso, que me diga que no entiendo nada, que empiece a contarme toda la historia una vez más... pero no dice ni una sola palabra. Oh, Dios mío. Que al menos me diga que estoy equivocada, que eso es una estupidez. No. Simplemente se queda mirándome.

—No se te ocurrirá... —Soy incapaz de volver a decirlo, sobre todo pensando que puede ser cierto—. Has perdido el juicio.

—No puedo seguir así —dice, como dándome alguna clase de explicación.

—Escucha —empiezo a decir de nuevo, tratando de reconducirlo hacia una mínima cordura, olvidando por un instante que puede hacer que su cuerpo adopte la forma de un lobo gigante, un asesino—. Como te dije, es posible que mi jefe pueda ayudar. Es un buen tipo. Sea lo que sea lo que esté ocurriendo allí, sea cual sea la naturaleza de esa corrupción, es imposible que él forme parte de ello. No puede ser. Seguro que nos ayudará.

Arroyo considera la idea. Vuelve a ponerse en pie, lenta y rígidamente, quizá sólo para poder menospreciarme con más facilidad: es endiabladamente alto. No obstante, las secuelas de la borrachera aún hacen mella en él. No parece que vaya a perder el control, a cambiar, a hacerme lo que le hizo a ese otro tipo de ahí.

—Ahora tengo otras responsabilidades —dice.

—¿Qué quieres decir?

—Desafié a mi padre. Y lo derroté —continúa. Siento la culpa, el orgullo, todo implicado en sus palabras—. Ahora tengo unas responsabilidades. Debo servir a mi raza. Debo instaurar de nuevo nuestro santuario para que podamos volver a ser fuertes. Si fueras a hacer algo que pudiera causar daño a los míos...

No entiendo nada.

—¿Que yo dañe a los tuyos? ¿Y a quién diablos voy a hacer daño yo? ¿No recuerdas? ¡Ellos fueron los que intentaron asesinarme!

—La corrupción del Wyrn —dice. Ha subido de estatus, y piensa que puedo poner en peligro su posición. Me cree capaz de hacerle mal.

—Pero yo quiero ayudarte.

Asiente lánguidamente, parece que me cree. Espero que así sea. Me cabrea de veras... pero me alegra que no se haya ido, que no haya muerto.

—Esos amigos tuyos —dice—. No puedes contarles nada de mi gente. Ya hablamos sobre eso antes. ¿Recuerdas?

Ahora soy yo la que asiento. Desde luego que lo recuerdo. Pero cuando ocurrió, no pensaba que iba a tener a nadie a quien *poder* decírselo. No esperaba que Clarence apareciese de repente.

—No puedes pasearte por aquí. No debes verlos... no debes dejar que te vean. —Me mira con aire de desconfianza y desconcierto—. Ellos son iguales a mí —le digo—. Acabarán viéndote. *Te verán* por lo que eres en realidad. Lo sabrán.

De nuevo vuelve a sonreírme. Una vez más siento que en cualquier momento podría... saltar, cambiar.

—Pero no estarán aquí para siempre —sigo diciendo—. Casi seguro no será demasiado tiempo. —«*Y entonces volveremos a estar los dos solos*», pienso para mis adentros.

Quizá pueda leerme la mente, quizá haya hablado demasiado. Alarga su brazo y me coge la mano, apretándola suave, cariñosamente.

—Averigua todo lo que puedas —dice—. Pero ten cuidado.

Trato de no considerar la forma en que me mira, la manera en que me coge la mano. Casi siempre, cuando no está demente mira al suelo, bajando la vista a sus pies. Ahora me clava la mirada. Y soy lo bastante estúpida como para tener la esperanza de volver a ver la luz del día.

—Claro, eso haré —es todo lo que puedo decir—. Genial. —Retiro mi mano. Intento sonreír, o al menos aparentarlo, me doy la vuelta, lo dejo atrás. Mis pies crujen de nuevo al pisar los cristales rotos y luego al pasar sobre la grava del aparcamiento. Nunca debí haberme parado, dice la voz de mi cabeza. Quizá es así. Pero ya está hecho.

Las paredes parecen echárseme encima. Dios, vaya día. Llevo sólo dos horas en el trabajo, pero la oficina se me antoja una prisión. Intento no dejar salir toda la desazón que siento por dentro. Pero soy incapaz. Se abre paso por los poros de mi piel. Con cada aliento llena el espacio que comparto con Frances y se extiende incluso hasta el despacho de Floyd. Frances debe de ser consciente. Lo coloco todo mal: los documentos de personal en el cubículo de niveles de calidad, las estimaciones de toneladas de reciclaje en el cajón de seguridad de los vehículos. Probablemente piense que me drogo. Desearía que fuera así de sencillo.

Puedo tomarme un descanso, salir, fumarme un cigarrillo, lo que sea... pero no estoy segura de lo que encontraré ahí fuera. Y, más aún, tengo miedo de que algo pueda encontrarme a mí. Ya son cinco noches. Cinco noches desde que Arroyo me trajo aquí pasada la medianoche para mostrarme lo que él llama la corrupción en el Wyrn. Me tomó de la mano y con un solo paso me condujo a un mundo completamente diferente... un mundo que existe a mi alrededor, bajo mis pies, un mundo de cuya existencia fui consciente por un instante, pero que enseguida quise ignorar, olvidar. Aún puedo percibir el olor de esa espesa masa burbujeante, o quizá sea sólo mi imaginación. Antes no entendía por qué arrugaba la nariz cuando me acercaba a él, por qué me decía que apestaba cuando volvía del trabajo. Ahora lo comprendo. Es un olor enfermizo, como el de la goma ardiendo pero aún peor, es pegajoso, me inunda la boca y la nariz. Puedo saborearlo. ¿Cuántas veces he ido ya al baño sólo para cerrar la puerta y poder escupir? No sirve de nada.

De una cosa estoy segura: aunque estuviera decidida a dejarlo con Arroyo Negro, a dejarlo ir, *a hacer que se fuera*, no podría continuar con mi vida como si no pasara nada. Supongo que no hay demasiadas salidas. Quizá podría dejar este trabajo, alejarme de la incineradora, pero no abandono el descorazonador sentimiento de que encontraré lo mismo vaya donde vaya. Corrupción. La mácula del Wyrn. Una horrible pus negra manando de la propia tierra. ¿Me lo mostraría sólo por eso? ¿Para que no tuviera elección? Ocurre como con los muertos, con los seres sobrenaturales: puedes alejarte de la ciudad, esconderte, pero no puedes ocultarte para siempre. Ellos me encontraron. Arroyo también lo hizo. Y además quiere que crea que combate por una noble causa, que busca extirpar algún mal cósmico. No sé qué pensar. No creo que haya nadie que pueda oler esa mierda y pensar que es algo bueno o natural. ¿A quién diablos se enfrenta entonces? A pesar de todo, vuelvo a considerar la posibilidad de que le preocupa lo que pienso. A Arroyo le preocupa que pueda ver lo que hace. Y no sólo porque pueda estar o no en lo cierto, eso es más propio de Clarence, sino porque considera muy importante la guerra en la que está inmerso. Y yo... yo soy importante para él.

Vuelvo a tener esa maldita cosa en mi garganta. Contemplo el formulario que tengo en la mano: hojas grapadas, escritura mecanografiada, anotaciones garabateadas a mano. Por nada del mundo soy capaz de sacarle algún sentido. Las letras no parecen concordar, no componen ninguna palabra. La tinta negra se escurre fuera del papel, formando pegajosas burbujas. La roja me surca la cara, chorreando como sangre. Los cubículos y las estanterías son como árboles espirituales, que absorben por sus raíces la oscura corrupción. Frances, en su escritorio, es como un lobo agazapado tras una roca.

—¿Kaitlin...? ¿Kaitlin, querida, estás bien?

¿Y sí Arroyo no está aquí para defenderme cuando este *lobo* intente matarme? ¿Qué ocurrirá si en esta ocasión no hay lobo salvador, o en la próxima, o en la siguiente a esa? ¿Le preocupa en realidad a Arroyo lo que pienso o únicamente está aburrido de estar solo? Bueno, ya no estará solo nunca más. Ahora es el cabecilla de los monstruos, el lobo más grande y malo de todos. ¿Por qué iba a seguir necesitándome? ¿Por qué iba a quererme?

—Kaitlin. —Noto la mano de Frances posándose en mi hombro—. ¿Por qué no te sientas, querida?

Hago como dice. Frances es como mi madre, es reconfortante, siempre quiere que todo vaya bien. Pero nunca podrá ser así. Inhalo su perfume. No es mi aroma preferido, pero consigue enmascarar un tanto la corrupción, quizá lo suficiente. Cierro los ojos y ansío que el mundo, que ambos mundos, desaparezcan y me dejen sola.

—¿Te encuentras bien? —pregunta Frances—. ¿Tienes calambres?

Estoy a punto de echarme a reír. Debo de tener una cara espantosa. Ella está tan envuelta en oscuridad... justo como yo querría estar. Sumergida. Podría contárselo todo, y nunca se daría cuenta, nunca lo entendería, nunca lo creería. Su ignorancia la mantiene a salvo, o al menos la deja despreocupada hacia aquello que finalmente acabará matándola. Asiento. Sí, calambres. Nada que no pueda arreglarse con una bolsa de agua caliente y un par de *pamprins*. O mejor aún, con un enorme canuto de dos palmos de largo.

Respiro profundamente, intento olvidarme de todo, dejar que ese gran cuadro se hunda en lo más profundo de mi mente. Si no, no podré seguir trabajando aquí. Me concentro en el zumbido de la calefacción, en el ventilador del baño.

—¿Quieres que te acerque a casa en coche, cariño?

Muevo mi cabeza en negativa.

—Creo que me ayudará tomar un poco el aire.

Sigo sentada durante algunos minutos más. Frances no para de charlar —«*Si los hombres supieran por lo que tenemos que pasar se lo pensarían dos veces antes de querer tener un bebé*», y cosas así—. Sonrío débilmente cuando me mira, y asiento con la cabeza cada cierto tiempo. Al fin me levanto. Asomo la cabeza en el despacho de Floyd. Está en su escritorio, haciendo anotaciones, completamente ajeno a lo que ocurre, tan ciego como Frances respecto al verdadero aspecto del mundo.

—No me encuentro muy bien —digo—. Mejor me... —Hago un gesto con la cabeza, él entiende que me marchó—. Lo siento.

Su sonrisa se desvanece, sustituida por un gesto preocupado. Se preocupa más por cómo pueda estar que por acabar de rellenar cualquier formulario. ¿Cómo pude haber pensado todas esas horribles cosas de él? No tiene nada que ver con todas las cosas que van mal en mi vida. Sólo es otra pincelada de color en este enmarañado cuadro que es mi visión del mundo. Se merece algo mejor de mí. Ahora mismo no puedo hacer frente a mi propia crueldad, y tampoco a su amabilidad, porque la comparación me convierte en una bastarda. Le concedo una débil sonrisa.

—¿Quieres que te acerque? —me pregunta.

—No —le contesto igual que le dije a Frances—. El aire fresco me vendrá bien. No me dolerá. —Él se ríe. Nerviosamente. Le pongo nervioso.

Estoy a punto de girarme y marcharme, pero noto que no me siento culpable por Floyd, ahora es por Arroyo. Ambos se preocupan por mí, y yo los trato como basura.

—Floyd, respecto al laboratorio —empiezo a decir antes siquiera de darme cuenta de estar hablando—. Hay... hay algo... —Me observa, parece preocupado y desconcertado. Mis dudas no hacen sino empeorar aún más la situación. Él intenta adelantar qué voy a decirle. Y yo misma intento hacerlo también, no estoy segura—. He hablado con unos amigos... —Ahora parece aún más desconcertado, seguramente se preguntará «*qué amigos*». Se preguntará «*qué diablos le debe de pasar a esta*

chica»—. Me han dicho que hay una tubería a la espalda del laboratorio... una con un escape. Dicen que de ella sale algo extraño. Una filtración.

—¿De veras? —El semblante se le llena de preguntas, pero ésa es la única que me hace. Me sorprende comprobar que me toma en serio, que no me ignora como la chiflada que tiene todo el derecho a pensar que soy. Puede que hiciera bien actuando así. No lo sé. Pero le dije a Arroyo que lo intentaría. Significa mucho para él—. El laboratorio emplea toda clase de procedimientos de seguridad —me asegura sin una sola pizca de desdén hacia mí. Parece no entender cómo es posible que ocurra lo que le he contado—. Tenemos inspecciones... y la EPA^[5] viene de forma regular (bueno, con mas o menos regularidad) para comprobar que todo está según aparece en el registro. Ya sabes que AgriTech se preocupa por el medioambiente.

Me descubro a mí misma asintiendo, dejándome convencer por sus palabras. Trato de seguir hablando, pero me encuentro demasiado mal como para seguir con la argumentación de Arroyo. Mientras estoy aquí, hablando con Floyd, todo lo demás me parece muy lejano. Ambos mundos no congenian bien en mi cabeza. Cuando estoy inmersa en uno, el otro se me antoja borroso y lejano. Es tan fácil convencerme a mí misma de que todo es producto de mi imaginación... Después de todo, eso es lo que deseo creer. Pero le dije a Arroyo que intentaría ayudarlo. Y trato de hacerlo, maldita sea. Hace sólo unos minutos no podía sacarme de la cabeza sus mismas convicciones. ¿Cómo es posible que hayan desaparecido tan rápido?

—Sí —le digo a Floyd—. Ya sé que hacen todas esas comprobaciones y demás, pero... —«¿Pero qué? ¿Le digo que conozco a un hombre lobo que ha descubierto que no es así?». No sigas por ahí. No permitiré dejarme llevar. Arroyo no es producto de mi imaginación. Y está dispuesto a morir por esto. Yo misma he visto esa corrupción en el Wyrn. La he oído. Y no creo que la EPA y todas sus pruebas puedan tener la menor idea de lo que estoy hablando. No es que haya arsénico en el agua. No es algo químico, es la propia tierra la que está enfermando, la que está *siendo* aniquilada. Y yo tengo que explicárselo—. No estoy segura, pero... podría estar relacionado con este achaque en mi salud. —En cierto modo estoy diciendo la verdad, aunque de forma algo indirecta. Floyd, aunque no lo entiende, parece querer darme un gran margen para el beneficio de la duda. No creo que se esté limitando a seguirme la corriente, porque sigue pareciendo preocupado. Aún trata de entender lo que le estoy diciendo.

—Veré qué puedo hacer —dice, y lo creo.

Es esa sinceridad tan habitual en él. Es como su imagen constante de bobalicón, de inocente. Ocurre igual que cuando siento la rabia de Arroyo bullendo en su interior, apenas a un paso o dos de estallar. Del mismo modo puedo sentir en Floyd su deseo de ayudar, de hacer que todo vaya bien. Vuelvo a asentirle con la cabeza. No sé qué más decir. Puede que sea esto lo que Anne ve en él. Quizá fuera por eso porque

ella quiso tener hijos suyos, con la esperanza de que esa decencia se transmitiera a otra generación. Puede que piense que debería haber más gente como Floyd en el mundo.

Me giro y salgo del despacho dando un traspié. Murmuro unas palabras a Frances, algo como que la veré mañana. Ella espera que me ponga bien, y está segura de que así será. Yo no lo estoy tanto. Puede que el aire fresco me haga bien después de todo. No lo sé. Pero sí sé que llevo viviendo sin compañía desde hace ya dos años, y que ya hacía mucho tiempo que me sentía abandonada. Sin embargo, ahora, tras todo ese tiempo, me siento abrumada por dos personas... dos *hombres* por amor de Dios, que me consideran una persona. No es fácil abrirse paso entre el aturdimiento, entre la gruesa cubierta de cicatrices que me he ido forjando, cada vez más. Sin embargo, aún me pueden poner el dedo en la llaga, y quizá no sea tan malo después de todo.

Capítulo nueve

A media tarde, Sands decidió por fin que ya ha había dormido suficiente. No había estado así de descansado desde hacía semanas, desde que vio interrumpida su vida normal. En especial, en aquellos últimos días todo había sido una mezcla de estrés, peligro, muertes violentas y la huida de la ciudad que había sido su hogar en los últimos veintitantos años. Quizá sus nervios habían necesitado ese descanso tanto como su cuerpo. Pues bien, ya lo habían disfrutado. Ahora sentía que podía contemplar el mundo con objetividad, algo de lo que no había sido capaz la noche anterior, al llegar a aquella casa. El distante recuerdo del oscuro y nudoso bosque, que cubría amenazador el edificio, parecía revolotear en su mente como una ensoñación. Su breve encuentro con Clarence y la chica, aquella mañana, se le antojaba igualmente confuso. Había permanecido despierto el tiempo suficiente para encontrar el baño escaleras arriba, orinar y volver a arrastrarse hasta su saco de dormir. Ahora, con el sol ya en descenso y la luz del día comenzando a desvanecerse, embutió el saco de vuelta a la bolsa y recopiló los pocos objetos que había tomado del motel: una almohada, una toalla de baño y una pequeña pastilla de jabón. Lo guardaba todo con cierta desazón, quizá por efecto de la menguante luz. La firmeza del día estaba a poco de volver a empujarlo a las efímeras sombras de la noche. También quizá fuera el hedor y el acartonamiento de su ropa lo que le hacía sentirse tan incómodo; no tenía ninguna muda, y no había tenido oportunidad de lavar sus prendas desde que había estado arrastrándose por las alcantarillas de Iron Rapids. Asqueado por su estado e incapaz de liberarse de la ansiedad provocada por la cada vez más inminente oscuridad, dejó su ropa en un montón y avanzó por el pasillo en ropa interior. Mientras recordaba el encuentro de aquella mañana con Clarence, sintió que las náuseas le subían por el estómago.

Hetger y Julia estaban sentados en la habitación contigua a la suya, manteniendo una conversación calmada. Interrumpieron su charla cuando Sands entró en la estancia.

—Probablemente quieras darte un baño y coger algo de ropa limpia —dijo John.

—Mmm... sí, no me vendría mal —consiguió decir Sands, algo desconcertado por la transparencia de sus pensamientos. Pero claro, se había arrastrado por aquellas cloacas; *cualquiera* podría darse cuenta de que querría bañarse y lavar su ropa.

Hetger señaló en dirección a un montón de ropa doblada que había en el suelo.

—No sé si te estarán bien, pero al menos están limpias.

Sands dudó durante un instante, y entonces tomó las prendas. Tras volverse para subir las escaleras, se paró por un momento y se giró.

—¿Qué tal te encuentras, Julia?

Ella se encogió de hombros.

—Casi bien. Gracias por preguntar. —Tanto su voz como su expresión revelaban indiferencia. Sands no estaba seguro de cómo tomar sus palabras, y pensaba que quizá fueran una indirecta por haberse preocupado antes por sus necesidades que por su maltrecha salud. ¿A quién se encontraría aquella noche, a Julia el ángel bendito o a Julia la arpía?

«*Paso de todo esto*», pensó mientras retomaba el ascenso por las escaleras, frunciendo el ceño con esfuerzo. Aún debía curarse la cicatriz que le cruzaba la cara, pero de ningún modo iba a concederle a Julia más leña con la que alimentar sus malditos aires de superioridad. ¿Por qué la tendrá tomada con él? Entonces pensó que debía de ser por el lío con aquel frasco... Había creído que ella no se había dado cuenta de que lo había cogido y utilizado para llenarlo de güisqui antes de devolvérselo. Quizá lo habría supuesto.

«*Diablos, me importa un bledo si se lo ha imaginado o no* —pensó—. *¿Cómo se supone que iba a saber que estaba lleno de agua sagrada que ella iba a utilizar para matar a un vampiro? Claro, es lo primero que se le pasa por la cabeza a uno...*»

Además, a pesar de todo, sobrevivió. Había sido más afortunada que Jason. Sands volvió a recordar los caóticos momentos en las cloacas; más que el hedor de los sedimentos recordaba el olor del merodeador. «*Dios mío, era un vampiro*». La realidad se le había antojado increíble desde entonces; y aún cada vez que lo recordaba le volvía como una bofetada en plena cara. Ni siquiera consideraba todavía del todo real la muerte de Jason; esa forma violenta y espeluznante de morir, con aquel monstruo clavándole las garras en la carne, despedazándole el pecho hasta arrancarle una costilla...

«*Si al menos aquel frasco hubiera tenido agua sagrada...*».

«*No*», se obligó a pensar Sands. No se culparía por aquello. Jason ya había muerto cuando Julia trató de verter lo que pensaba que era agua sagrada sobre aquella criatura. Las garras del merodeador ya habían hecho aquel espantoso estropicio en el pecho del chico. Douglas pudo distinguir el estremecimiento y el dolor en lo que quedaba de la cara de Jason.

«*Ya estaba muerto* —se dijo Sands a sí mismo—. *Ya estaba muerto*».

El baño fue un alivio, y también la ropa limpia. Los pantalones le apretaban algo la cintura, pero no importaba. Resolvió que aquello le obligaría a meter tripa. De vuelta al piso de abajo, guardó su ropa sucia en una bolsa de basura, junto a la de los demás.

—La casa no tiene lavadora —le dijo Hetger—. A ver si podemos encontrar una lavandería cerca de aquí.

Algo en aquella afirmación lo dejó helado. La contrariedad debió de reflejarse en su rostro, pues Hetger le devolvió una mirada medio perpleja.

—¿Cómo lo haces, John? —dijo Sands.

—¿Hacer? ¿El qué?

—No sé —replicó Sands, sin haber acabado aún de digerir sus ideas—. Ya sabes, todo esto —dijo señalando a la bolsa de basura.

—¿La *colada*? —preguntó Julia—. No me sorprende que tuvieras un matrimonio difícil.

—No, la *colada* no, listilla —espetó Douglas—. Quiero decir todo, la colada, los preparativos, los detalles. Me refiero a los detalles triviales, si es que aún puede quedar *algo* que considerar trivial.

—Douglas, todas esas cosas siguen siendo triviales —dijo Hetger—. Siempre lo fueron.

—Ya, claro, pero... pero... —Sands farfulló para sus adentros—. Pero es que ya nada parece serlo.

Hetger asintió.

—Sé a lo que te refieres. Pero el mundo sigue siendo el mismo de antes. Es nuestra perspectiva la que ha cambiado. Ahora somos más conscientes de lo que nos rodea, más conscientes de lo que podíamos serlo antes respecto a algunas cosas. Pero aun así, sin importar cómo podamos tomarnos ese cambio, ese espantoso, exasperante y confuso cambio, seguiremos necesitando igualmente comida y refugio. Aún deberemos dormir, ir al baño, lavar la ropa. Es posible que haya muertos ahí fuera, caminando por las calles, pero eso no significa el fin de la civilización. No es el fin de la vida.

Sands asintió. Desearía poder pensar así. Le gustaría que la vida continuase. El vampiro murió, fue destruido, ya no está. Aún se aferraba desesperado a la idea de poder volver a su antigua vida, aunque sabía perfectamente que no era eso a lo que John se refería.

—A veces es difícil recordar —continuó Hetger— que aún debemos ocuparnos de la vida diaria, de nuestras necesidades comunes. Todos hemos pasado por ese período de adaptación. Puede que incluso ninguno de nosotros haya llegado a acostumbrarse del todo. Hablar de esto me recuerda, Douglas, que debes poner en claro tus últimos días. Has estado fuera casi una semana, y no has concedido ni una sola explicación. Tú y Albert desaparecisteis durante una semana.

Albert. Julia parecía estremecerse con sólo escuchar su nombre, o quizá fuera que, después de todo, su convalecencia no había sido tan milagrosa como ellos habían creído. Hizo una mueca de dolor y se acomodó en su posición, sentada contra la pared.

«*Puede que seas capaz de sanar cortes y huesos rotos —pensó Sands—, pero tienes tantas cicatrices como cualquiera de nosotros*».

—Sí —contestó Douglas a Hetger—. Sé que os puede resultar algo extraño.

—Sobre todo —señaló Julia— porque os fuisteis juntos, y porque fue después

que decidieras *volver a casa por Navidad*.

—¿De qué hablas? —preguntó Sands.

—¿Tu pequeño cisne volando por la ventana de Melanie Vinn? —le recordó ella. Julia parecía reponer su energía a base de estrujarle las pelotas—. ¿No te trae nada a la memoria?

—Sé a lo que te refieres con *eso* —espetó Sands—. ¿Pero qué tiene que ver con todo esto?

Julia lo miró hastiada.

—Pues que la policía aún anda buscando al asesino de ese pútrido que trabajaba contigo y con Albert en la Iron Rapids Manufacturing.

—Gerry Stafford.

—Justo. Y si han puesto en marcha una investigación por asesinato, y uno de los sospechosos desaparece justo con otro de sus compañeros de trabajo, para luego volver a presentarse, pero ya sin su colega...

—¡Pero yo no maté a Albert!

—¿Y qué le vas a decir a la policía cuando vuelva a interrogarte? —preguntó Julia—. ¿Que un hombre de setenta años poseído por su esposa alcohólica muerta lo mató?

—Pues a lo mejor se lo digo —dijo Sands desafiante—. ¿Por qué diablos no iba a hacerlo?

—Pues por una cosita de nada —interrumpió Hetger—: porque acabarías encerrado, sin importar si verdaderamente piensan o no que mataste a Albert. Escucha, ya sé que Julia exagera un poco la situación, pero lo cierto es que a veces actuamos al margen de la ley... Bueno, lo hacemos casi todo el tiempo. La sociedad no ve a esas criaturas a las que nosotros sí distinguimos, ni siquiera sabe que existen, y no está preparada para tratar con ellas. Sin embargo, tampoco está preparada para tratar con nosotros. De modo que debemos asegurarnos de que no nos vean, que no sepan que existimos. Debemos salvar a la civilización sin que ésta llegue siquiera a saber de nuestra existencia.

—¡Ay Dios! —dijo Douglas, que empezó a sentir como si tuviera las piernas de goma. Se dejó caer en el suelo y apoyó su espalda contra la pared, frente a Julia.

—Lo mejor que puedes hacer es no airearte demasiado por ahí —dijo Julia—. Si tienes suerte y consigues que no te encierren, lo mejor que puedes esperar es acabar como Jerry Springer o Ripley: todos los que saben lo que tú te creerán, los demás, no. Y para colmo, algunos de los primeros... serán monstruos. Intentarán darte caza, y matarte, por supuesto.

—De modo que si se lo cuento a alguien —dijo Sands contando con los dedos las opciones que tenía—, o me espera la cárcel, o el psiquiátrico o pasar a ser el cazado en lugar del cazador.

Hetger asintió.

—Exacto. Puedes acabar como cazador o presa; la diferencia no está tan definida la mayoría de las veces.

Mientras más sabía Sands acerca de aquella nueva vida, más comprobaba lo diferente que era; ni siquiera importaba demasiado el bando en el que había aterrizado, siempre habría alguien que fuera tras sus pasos, ya fuera la policía humana o unos monstruos inhumanos.

—De acuerdo, suponiendo que finalmente la policía quiera interrogarme...

—Y de eso que no te quepa duda —dijo Julia.

—Pues tendré que mentir sobre Albert.

—Así es —dijo John—. Lo más importante que debes recordar es que no sabes que está muerto. Ni siquiera sabes que ha desaparecido. Simplemente necesitabas tomarte unos días libres... alejarte del estrés de tus problemas matrimoniales, ese tipo de cosas. Que hayas faltado al trabajo no es fácil de explicar, así que tienes que ser convincente...

—Puedo decir que dejé un mensaje, es algo que haría normalmente —sugirió Sands—. Quizá alguien borrara sin querer el mensaje de voz del contestador... — Julia miraba con escepticismo—. O... no, ya sé. Dejé una nota... una nota para Caroline, en lugar de lo del mensaje de voz, y puede que la chica de la limpieza la tirara.

—Eso podría funcionar —aceptó Hetger—. Pero lo mejor es que sea algo sencillo, lo más cercano posible a la verdad. Puede que simplemente decidieras tomarte unos días libres. Debemos planear todos los detalles de tu coartada; dónde estuviste toda la semana, algo que pueda ser confirmado, o al menos no desmentido. Después de eso, aún deberás tomar algunas decisiones difíciles respecto a tu trabajo, tu familia, tu vida en general. Lo más importante es planearlo todo de antemano, prever lo que pueda ocurrir, que tengamos la menor necesidad posible de cubrir tu rastro después de lo ocurrido. Lo más importante es preparar...

—Espera un segundo —dijo Sands—. No nos dejemos llevar. Cuando todo se arregle, no querré volver a saber más de todo este lío. Quiero decir, gracias y todo eso, pero el vampiro ya ha muerto. Mi tiempo aquí ha acabado. —Julia y Hetger guardaron silencio. Ella frunció el ceño, John, mientras tanto, tan comedido como de costumbre, se mostró alicaído—. Escuchad, no es que no agradezca vuestra ayuda. Me sentía responsable por haber puesto en peligro a Faye, pero ahora ella y Melanie están seguras. Ya no hay razón por la que deba seguir en todo esto. Me encontraré con la policía y quedaré libre y sin cargos.

—¿Pero cómo demonios crees poder irte sin más? —dijo Julia—. ¿Cómo?

—No es que vaya a huir —insistió Sands—. Simplemente mi tiempo aquí ha terminado.

Julia negó con la cabeza, incrédula.

—Eso es lo más egoísta que...

—No empieces con eso —la interrumpió Sands—. Ya sé que quieres recuperar a tu pequeño. Siento apearme aquí, pero así son las cosas. Tú tienes un motivo para seguir adelante. Y tú, John, tienes sospechas sobre la muerte de tu amigo. Ambos tenéis intereses personales en juego. Y algo le ocurrió también a la hermana de Jason, ¿no? No iba a estar interesado en los monstruos sólo por la bondad de su corazón. Pues bien, yo ya he resuelto lo que a mí me movía a estar con vosotros, y no pienso desperdiciar el resto de mi vida. Toda esta mierda que vemos, esas cosas que no deberían estar pasando, no deberían estar ahí... son como una enfermedad. Pero yo ya no quiero tener nada que ver con ella, quiero sanar. Lo he superado.

Las palabras se habían desparramado desde la boca de Douglas casi sin pausa. Ni siquiera sabía cuánto de lo que había dicho era verdad, pero sí sabía que *quería* que todo fuera verdad. Lo deseaba más desesperadamente que cualquier otra cosa que hubiera podido anhelar en su vida. Puede que volviera con Faye, quizá podrían arreglar las cosas entre ellos. Lo cierto es que esa idea no lo emocionaba especialmente y tampoco tenía muchas esperanzas al respecto, pero merecía la pena intentarlo. Y desde luego era mejor que todo *esto*: merodear en la noche, exigiéndose a sí mismo cosas imposibles, y todo tratando de salvar vidas mientras, a su alrededor, la gente moría.

—Está claro que es tu decisión —dijo Hetger.

—Claro, es mi decisión, pero si elijo lo contrario a lo que me decís seré un bastardo desagradecido, egoísta e interesado, ¿no es eso?

—Me has quitado las palabras de la boca —dijo Julia.

—¿Quieres saber si eso me disgustaría? —preguntó Hetger—. La respuesta es sí. ¿Piensas que yo habría obrado de forma distinta de haber estado en tu posición? Pues también. ¿Significa eso que yo tengo razón y tú no? —Se encogió de hombros—. Eso ya no te lo puedo asegurar.

—Pues yo sí —dijo Julia—. Por que eres un bastardo desagradecido, egoísta e interesado, y déjame decirte por qué. Ese vampiro ha desaparecido. ¿Piensas acaso que es el único que acecha ahí fuera? ¿De dónde crees que vino? Jason se ha encontrado al menos con otra criatura igual a esa. ¿Es que hay sólo dos en el mundo, y justo ambas han aparecido en esta pequeña región de Michigan? Vaya, que casualidad...

—No lo entiendes —dijo Sands—. Yo conduje a esa cosa hasta Faye. De no haber sido así, ella nunca hubiera estado en peligro. Ya lo he enmendado. Ya he cumplido.

—¿Crees que de no haber sido así, no hubiera estado en peligro? —le espetó Julia—. ¿Y cómo diablos puedes saberlo? ¿Por qué crees que esa bestia acechaba a tu amiga Melanie? ¿Casualidad? ¿Mala suerte? ¿Cómo puedes estar seguro que no se te

van a cruzar más en tu camino, o en el de tu esposa?

—La próxima vez estaré preparado —dijo Sands—. Si es que hay una próxima vez. Y además seré consciente de lo que ocurra y no...

—¿Y lo resolverás tú solito? —quiso saber Julia—. Pues buena suerte. Aunque, una pregunta: ¿qué pasa si no es un vampiro con lo que te encuentras? ¿Crees que sabes lo suficiente para ocuparte de cualquier ser que te puedas encontrar? Porque no creas que no van a volver a aparecer porque te dediques a hacerte el avestruz y a esconder tu cabeza en la arena. Ese compañero tuyo, Stafford, hay muchos más como él en el lugar del que vino, y aunque él resultara ser más o menos inofensivo, debes saber que muchos otros no lo serán.

Sands escuchaba cada vez con más frustración. Era incapaz de refutar todo lo que Julia estaba diciendo, en realidad ni siquiera sentía que pudiera rebatir apenas alguno de sus argumentos. No estaba de humor para razonar. Julia podría haber estado en lo cierto al cien por cien, que aquello no hubiera cambiado el hecho de que él quería alejarse de aquella locura y no volver a encontrarse jamás con otra criatura sobrenatural. Ya había vivido más de cuarenta años sin haber visto *ninguna*. ¿Por qué era tan difícil creer que pudiera no volver a encontrarse ninguna otra? Además, probablemente, esa voz en su cabeza y las alucinaciones de Adam serían únicamente consecuencia del estrés, del esfuerzo de su mente por hacer frente a la locura. Esas experiencias eran diferentes al encuentro con el merodeador; no eran de carne y sangre. Eran productos de su mente cansada. Ocurría igual que con la Sra. Kilby: el Sr. Kilby sí era real, pero su esposa no. Y no importaba que Albert hubiera presenciado las mismas escenas.

—Y otra cosa más —empezó a decir entonces Julia—. No todo el mundo está metido en esto por sus intereses. Sí, John y yo tenemos razones personales por las que acabamos envueltos en todo esto. Pero eso no significa que vayamos a dejarlo todo y salir huyendo cuando resolvamos nuestros propios asuntos. ¿Qué hay de Albert, Nathan y Clarence? No buscan a seres amados, no están metidos en esto por razones personales.

—¡No creo que sea así! —estalló Sands—. Y aunque fuera por puro altruismo, cosa que dudo, eso sólo significaría que se sienten felices pensando que están ayudando a la gente. Es lo que hay. Y no me pongas a Clarence como dechado de virtudes. Por el amor de Dios, no es más que un sociópata, un psicópata, y así hasta una decena de "-patas" más.

Por el modo en que Hetger y Julia cruzaron sus miradas hacia la puerta, Sands supo con relativa certeza que Clarence debía haber entrado en la habitación, escuchando todo lo que él acababa de decir. Douglas se giró para verlo. Clarence estaba apoyado contra el marco de la puerta, con los brazos cruzados, sus prominentes antebrazos y bíceps abultados, y el pecho hinchado y sobresaliendo entre

ellos. El sudor había oscurecido su sudadera gris en algunas zonas, y sus botas militares refulgían cubiertas de nieve derretida. El viento fuera de la casa parecía soplar ahora con más fuerza, y el balanceo de las ramas rascaba o golpeaba contra la fachada de la casa.

—No te preocupes, Sands —dijo Clarence—. Hay mucha gente por ahí que no se siente cómoda si no ve a los negros vestidos con un traje blanco y diciendo «Sí, *bwana*».

—¡Ay Dios! —dijo Sands poniéndose en pie—. No me vengas ahora con esa mierda. Y no intentes hacerme pasar por racista. Esto no tiene nada que ver con que seas negro. Que encuentre alarmante el que disfrutes *matando personas* no significa que sea un racista.

—Yo no mato personas —dijo Clarence con frialdad—. Mato *cosas*, cosas que ya deberían estar muertas, pero que no aceptaron la muerte la primera vez.

—Gerry Stafford fue una persona que estaba sufriendo y que necesitaba ayuda —dijo Sands—. No era un monstruo. No era una *cosa* como tú dices. No tenías derecho a matarlo.

—La cuestión es que él no tenía derecho a volver de entre los muertos —replicó Clarence a Douglas—. No es mi culpa que el infierno esté desbordándose. La gente de bien no regresa. Se quedan muertos cuando se supone que es así como deben estar.

—¿Y se supone que tú eres quien lo decide? —preguntó Sands.

—Amigo mío, cada uno debe tomar sus decisiones —dijo Clarence—. Y si no te gustan las mías, entonces qué demonios haces en medio de mi camino.

—Douglas —dijo Hetger interponiéndose entre ambos—, vuelve a recordar por un instante los momentos que pasamos en las cloacas: Jason estaba malherido, probablemente ya debía de estar muerto incluso; Julia estaba herida: Clarence y yo acabábamos de llegar. ¿Recuerdas qué pasó después?

El giro en la conversación, así como la forma en que el tono pausado y razonable de Hetger sustituyó al sermón de Clarence, dio a Sands un descanso. De mala gana, hizo según le había dicho Hetger: volvió a pensar en lo ocurrido dos noches atrás.

—Clarence le disparó... al merodeador... al vampiro. Le voló la cabeza con la recortada.

Hetger asintió.

—Recuerda qué ocurrió antes de eso. Dime qué sucedió justo antes. La criatura le hizo un tajo a Julia. Intentaba matarla, y también a ti.

Sands volvía a estar en aquel lugar. Era lo que menos quería del mundo, pero la casa empezaba a volverse borrosa. A su alrededor podía escuchar los gritos, resonando, y también distinguía la oscuridad, rota sólo por los destellos de las linternas, y por el pútrido hedor a aguas residuales e inmundicia. El estómago se le retorció.

—Le dijiste que se quedara donde estaba —dijo apenas pudiendo pronunciar las palabras—. Tú... tú le dijiste que no se moviera de donde estaba... y así lo hizo. No tenía otra elección. Era incapaz de moverse.

—Así es —dijo Hetger—. Ésa es una de mis facultades, uno de los poderes que a veces tengo sobre ellos. ¿Y qué pasó entonces, Douglas? ¿Antes que Clarence disparase?

Casi inconsciente de sus actos, Sands estiró una mano y se apoyó contra la pared. Clarence había hecho volar al merodeador en pedazos, pero la recortada había tenido un efecto tan devastador sólo porque el merodeador ya estaba en llamas, con su carne muerta carbonizándose y desprendiéndose de su cuerpo.

—Yo... —Sands no sabía qué palabras utilizar; recordaba lo que había sucedido, pero no alcanzaba a comprenderlo—. Yo hice... algo.

—Se formó una extraña nube rojiza —dijo Hetger—. No sé cómo, pero provino de ti... y fuera lo que fuese, hizo caer un infierno sobre aquella bestia, la prendió en llamas, sucedió como las historias cuentan que la luz del día hace con un vampiro.

El puño que parecía agarrarle el estómago a Sands se retorció, parecía apretarle cada vez con más y más fuerza. Se apoyó con más ímpetu contra la pared y estuvo a punto de gritar. Él había vomitado esa nube rojiza; había salido de su interior para hacer arder los restos de vida del merodeador.

Aquella criatura había hecho trizas el cuerpo de Jason, éste se había sacudido enloquecido y entonces, cuando el disparo de Clarence alcanzó el cuerpo, que degeneraba con rapidez, éste dejó de existir.

—Fue una facultad, Douglas —explicó Hetger sin abandonar su habitual tono calmado, como si el mundo pudiera tener sentido realmente, como si no estuvieran sucediendo cosas imposibles, como si Sands y todos ellos no hubieran visto y obrado esos hechos inverosímiles—. Y fue una facultad poderosa, algo que ninguno de nosotros es capaz de hacer. Yo ya había oído hablar antes de algo así, pero nunca lo había visto. Cada uno representa su propio papel en esta lucha.

—Pues yo no —dijo Sands, deseando en ese momento tener algo a mano que beber—. Ya he cumplido. Eso ya no tiene nada que ver conmigo. —Entonces se apartó de la pared y agitó la cabeza. Cuando estuvo más o menos recuperado, pasó junto a Clarence sin volver la vista ni a John ni a Julia. Era incapaz de enfrentarse a sus miradas, al menos no en aquel momento.

Sands fue dando tumbos hasta la cocina, al tiempo que en el exterior se apagaban los últimos rayos de sol. Allí abrió el grifo y puso la cara debajo del chorro de agua fría. La dejó correr sobre su rostro, abriendo la boca, bebiendo lo que alcanzaba a tragar. Un vaso de güisqui escocés hubiera sido bastante mas reconfortante, pero aquello debería bastarle por el momento. Se negó a pensar en el futuro, en ese tiempo en que quizá sí tendría algo mejor que beber; pero tampoco podía permitirse recordar

el pasado, ni pensar en nada que no estuviera pasando en ese preciso instante. Sólo era el agua fría corriéndole por la cara, sólo el ahora, sin ninguna decisión que tomar.

Capítulo diez

«*Ya basta de esperar* —decidió Canción de Víspera—. *Y si no ha acabado de meditar, bueno, ya ha tenido tiempo suficiente*». En el pasado, Canción de Víspera nunca habría llegado a pensar así, no se habría atrevido a imponer su voluntad sobre la de su alfa, pero según consideraba Murphy, Evert Nube de Muerte carecía en aquel momento de voluntad propia. Además, el bosque estaba endemoniadamente frío. No es que Canción de Víspera no estuviera habituado a los rigores de la intemperie, pero no veía con malos ojos dormir a cubierto. El Motel Route 42 no estaba a demasiado lejos de allí. Era un establecimiento de la época en la que el aire acondicionado y la televisión en color eran considerados lujos en lugar de bienes habituales, y el cartel del motel anunciaba orgulloso esos servicios. En realidad el lugar era un antro de mala muerte, no mucho mejor que un chiringuito de caza en el campo, pero al menos tenía luz, electricidad y agua corriente. Canción de Víspera imaginaba que, como mínimo, aunque Evert rechazara las comodidades humanas, podrían encender un fuego.

Los últimos rayos de luz se desvanecían mientras Canción de Víspera recorría el camino que lo llevaba hasta el lugar donde había dejado a Nube de Muerte la última vez. El paisaje invernal del bosque parecía más inhóspito que nunca, y podía sentirlo en su pellejo. Era incapaz de imaginar que los árboles desnudos pudieran volver a dar vida; el crepitar de las hojas marchitas cubiertas de hielo y nieve era el único sonido que llegaba a sus oídos. Entonces, cuando llegó junto a la corriente, vio que Nube de Muerte había desaparecido.

Canción de Víspera miró a un lado y a otro, confundido y receloso. Cambió a forma lupina, para poder oler, escuchar y seguir los rastros mejor. ¿Habría podido confundirse y acabar en una zona distinta del curso de la corriente? No. En la nieve aún estaba la huella que había dejado Evert, sentado con sus piernas cruzadas, incapaz o no deseoso de moverse, prácticamente durante todo el día. ¿O al final había sido el día completo? Hacía tiempo que Canción de Víspera no bajaba hasta allí a comprobarlo. Donde quiera que hubiese ido Nube de Muerte, le llevaba ya una gran ventaja. ¿Pero por qué? Decidió dejar a un lado esa pregunta por el momento: por ahora, *dónde* era más importante que *por qué*.

Varios olfateos rápidos le indicaron que no había pasado demasiado tiempo desde que Evert había abandonado el lugar. Las pistas no eran difíciles de rastrear. Aparentemente Nube de Muerte no se había preocupado por ocultar su rastro. Al menos ese hecho era tranquilizador. Probablemente despertaría desorientado después de haber estado un día entero en trance, meditando: quizá no sabría dónde estaba ni por qué, y se habría dedicado a vagar por la zona. Si ése era el caso, Canción de Víspera no tendría demasiados problemas para alcanzarlo.

La pista transcurría a lo largo del curso de la corriente. Canción de Víspera la siguió sin dificultades, con apenas un ligero olfatear en alguna que otra ocasión. Mientras avanzaba, cavilaba sobre la cuestión secundaria que antes había postergado ¿Por qué iba Nube de Muerte a salir corriendo y dejarlo atrás? ¿Por qué el alfa había hecho todo lo que había hecho en las últimas semanas y meses, con su mente confundida por la más profunda pena, y su espíritu lastrado por la desesperación? No había explicación, concluyó. No hasta que encontrara a Evert, y quizá incluso ni entonces la habría.

Tras percatarse de que el sonido de la corriente parecía debilitarse, casi hasta el extremo de quedar amortiguado. Canción de Víspera se sorprendió al volver la vista y descubrir que no se había alejado de la orilla. Lo que había ocurrido había sido que la superficie del cauce se había congelado, se había convertido en una lustrosa capa de hielo de color negro que brillaba bajo la luz de la luna. Bajo la superficie de hielo, a algo menos de medio metro, la corriente de agua seguía fluyendo, pero su rumor era como el de un grito ahogado por una almohada. Algo en su interior impulsó a Canción de Víspera a acelerar su paso. Trotó llevado por la urgencia, y a cada paso un sentimiento de temor ganaba fuerza en su pecho lupino. Tras unas cuantas zancadas más se lanzaba ya casi a una carrera a la desesperada, avanzando tan rápido como podía al tiempo que se esforzaba por no perder la pista. Aquella gélida intuición se hacía cada vez más intensa. El pelo se le erizaba, las orejas parecían aguzársele, intentando recoger cualquier indicio de peligro. Su mente racional se abría paso entre esa instintiva agitación. Canción de Víspera se rió de modo poco convincente de su ansiedad. Era un Garou. No había muchas cosas a las que pudiera temer en el bosque. Pero incluso así, como cazador sabía bien cuándo prestar atención a sus instintos. Frenó su marcha, tratando de escudriñar más concienzudamente el terreno que tenía ante sí, mientras avanzaba. Entonces fue cuando se encontró con Nube de Muerte.

El rastro, que no había abandonado ni por un momento la ribera de la corriente desde hacía tres kilómetros o más, viró bruscamente a la derecha, hacia el agua, o lo que hubiera sido el agua de no estar haber estado congelada. Canción de Víspera se detuvo junto al hielo negro, mirando hacia la otra orilla en busca de la pista. Segundos después distinguió con estupor la figura de Nube de Muerte mirándolo desde debajo del hielo, con el semblante de la forma Crinos apretado contra la superficie cristalina, las garras incrustadas en la misma y el cuerpo completamente inmóvil.

A Canción de Víspera se le paró el corazón durante un segundo, y ése fue todo el tiempo que dudó. Entonces se lanzó, y sus rasgos lupinos cambiaron a los de su forma de rabia. Se abalanzó contra la superficie de hielo con toda la fuerza de su cuerpo: casi tres metros de furia y músculos como piedras. El hielo no era tan grueso

después de todo; cedió bajo su empuje, estallando de tal forma que la corriente empezó a arrastrarlo. Entonces fue cuando Ryan Canción de Víspera Murphy se dio cuenta de que no era el hielo el que era de color negro, sino el agua que circulaba bajo él. Si es que podía considerarse así.

Aquel líquido en que se había sumergido Canción de Víspera era como un jarabe, espeso como la sangre, frío como el viento del norte y oscuro como la noche más tenebrosa en la que Luna oculta su semblante. Aquella corriente, que no había imaginado nada profunda, lo envolvía por completo, sumergiéndolo. Entonces cometió el error de abrir los ojos, porque aquella negrura líquida lo abrasó. Canción de Víspera forcejeaba, tratando de encontrar el lecho de la corriente para poder propulsarse hacia la superficie; sin embargo, no había ningún lecho que encontrar. Cerró la boca para no tragar nada de aquella agua viscosa, ni una sola bocanada de aquella asquerosidad, pero la negra sustancia se abría paso entre sus labios, deslizándose hacia su nariz y sus cuencas nasales. El inconfundible hedor de la corrupción del Wyrn envolvió a Canción de Víspera, luchando por eliminar de la faz de Gaia su propio olor. Él se sentía desfallecer frente a la negrura, y los pulmones empezaban a arderle por el esfuerzo y la falta de oxígeno.

«Evert —se recordó a sí mismo en medio del pánico—. *Encuentra a Evert. Libéralo*».

¿Pero dónde estaba su alfa? El mundo entero era una noche asfixiante y ausente de estrellas. Canción de Víspera sintió como unas cintas fibrosas se formaban alrededor de sus brazos, lo agarraban por los tobillos, apresándolo, tirando de su cuerpo hacia las profundidades. ¡Hacia abajo! Entonces se encorvó para apresar la cinta, y con un golpe con sus garras rebanó los tentáculos, se liberó de ellos y pateó y se sacudió con toda su fuerza para ascender. No conseguía abandonar la oscuridad. Sentía como los latidos del corazón le retumbaban en los oídos, y pensó escuchar una carcajada en la distancia. Cuando el aire finalmente se le acabó, y mientras se esforzaba por no ceder al impulso de tragar una bocanada de la negra sustancia, sus pensamientos dieron paso a la rabia. El odio por aquello que lo consumía le dio fuerzas renovadas. Se estremeció con todo el poder que pudo reunir, desgarrando la oscuridad, con la furia ardiendo en su pecho. Con un resoplido se deshizo del sabor a corrupción que le inundaba la boca y la nariz. Durante un instante, la negrura volvió a ser agua y Canción de Víspera aprovechó el momento para impulsarse a través de ella, hacia arriba, sin dejar de subir, hasta que con un jadeo triunfante consiguió irrumpir en la superficie, en medio de un estallido de agua corrupta.

Aspiró aire y su sentimiento de victoria duró sólo lo que su primera bocanada. El bosque había desaparecido, al igual que la oscura noche, y había sido reemplazado por la tenebrosidad de un subterráneo. Distinguía muros de tierra y piedra a una distancia que era incapaz de determinar, pero la impresión de contención era

evidente. Canción de Víspera, aturdido, receloso, buscó en la oscuridad alguna señal de terreno firme. Pero distinguir algo en medio de aquella negrura absoluta era prácticamente imposible; y antes siquiera de darse cuenta se dio de bruces contra un afloramiento de roca que antes no había llegado a distinguir.

—Al menos ésta será una historia sensacional —murmuró para sí mismo.

—No lo dudes.

Canción de Víspera se volvió hacia aquella voz, al menos hacia su procedencia aproximada. Era difícil determinar con seguridad cualquier dirección. Ahora que el corazón no le latía con tanta fiereza, percibió los ecos de gotas espectrales de agua que caían invisibles en la distancia. Aquella voz, reverberada y alterada, sonaba como las frases de un ventrílocuo que surgieran de aquí, de allá y de ningún lado al mismo tiempo. A pesar de todo, le resultaba familiar.

—Evert —dijo Canción de Víspera—. Te he encontrado.

—Sí, lo has hecho —dijo la voz de Nube de Muerte, que parecía amortiguada, como si cientos de bocas susurraran las mismas palabras junto a él.

Mientras Canción de Víspera usaba sus garras para ascender por la protuberancia rocosa contra la que había ido a parar, abandonando el abrazo del líquido putrefacto, empezó a distinguir la figura de su alfa posada sobre la roca.

—Ven conmigo —susurraron aquellas cien bocas.

Canción de Víspera dudó, y su instinto hizo una vez más que se le erizara el pelo.

—Ven —graznó Nube de Muerte.

Canción de Víspera, frenando el primer impulso de trepar embravecido, se esforzó por aferrarse desesperadamente a la roca, por no volver a caer al líquido. Tras descubrir el objeto de su búsqueda, ahora no estaba seguro de querer haberlo encontrado. La voz de su alfa parecía... inapropiada. También había algo raro en sus ojos, en medio de aquella oscuridad. Canción de Víspera podía distinguir cómo refulgían con un rojo feroz.

—¡Ven conmigo, cachorro! —bramó Nube de Muerte. Entonces la piedra, el agua, y las cien bocas que se ocultaban en la oscuridad repitieron su orden.

Canción de Víspera sintió como volvía a ascender, como sus manos y sus pies buscaban asideros en la roca, a pesar de que sus sentimientos le indicaban que debía hacer lo contrario. Sus garras se clavaban en la roca y sus músculos lo impulsaban hacia arriba, cada vez más cerca de aquellos ojos rojizos. Por encima de él, Nube de Muerte lo aguardaba regocijándose, con los colmillos brillando con un blanco centelleante. Tenía el pelo enmarañado y apelmazado, y la piel parecía moverse, como reverberando con vida propia. Canción de Víspera se estremeció horrorizado ante aquella abominación, que podía ser cualquier cosa menos su alfa. Sus instintos lo apremiaban a huir o luchar, pero su cuerpo no obedecía. La boca flácida de Nube de Muerte escupía babas que escaldaban la roca a sus pies, disolviéndola en medio de

siseos y vapores.

Ya casi en la cima de la protuberancia rocosa. Canción de Víspera bramó desafiante, pero su aullido no retumbó en la cámara, sino que fue absorbido por la oscuridad. Nube de Muerte recibió aquel gesto con una extasiada carcajada, emitiendo un sonido nada apropiado a la musculatura de su forma Crinos. Canción de Víspera volvió a rugir. Esta vez. Nube de Muerte escupió. El pútrido veneno acertó, y fue a parar en la boca de Canción de Víspera, abrasándola, obligándolo a tragar saliva. La sustancia achicharró cada milímetro de carne a su paso.

El aullido de Canción de Víspera logró imponerse frente a la voluntad de la socarrona y susurrante bestia. Levantó una zarpa para golpear en nombre de Gaia, pero aún no estaba aferrado con fuerza a la roca. Resbalando, escarbó tratando de asirse a la protuberancia. Cayendo hacia la oscuridad, notaba como de nuevo los oscuros zarcillos fibrosos se levantaban para acogerlo en su seno. Cuando fue a parar en medio del agua viscosa, los tentáculos se enroscaron a su alrededor y lo arrastraron de nuevo hacia el fondo.

Sus aullidos ya no eran más que un torrente de burbujas que luchaban por abrirse paso hasta la superficie. Entonces cesaron, y todo fue oscuridad.

Capítulo once

Sands se sentó en la mesa redonda de la cocina. Ni siquiera encendió la luz; se veía incapaz de levantarse. Se concentraba en respirar, esforzándose por ignorar el nudo que le apesaba el estómago, y observaba por la ventana como la noche robaba la silueta a los árboles que había fuera: troncos, ramas y ramitas independientes pasaron a ser siluetas que se balanceaban y finalmente franjas indeterminadas en movimiento. Escuchaba la conversación que llevaban unas voces en la habitación contigua.

—Puede que al final decida abandonarnos —dijo Hetger.

—Perfecto —bufó Clarence.

—Pero eso no significa que debemos echarlo sin más —continuó Hetger con un evidente tono de frustración en su voz.

—Si no se enmienda, no nos sirve de nada —dijo Clarence con total naturalidad—. Y ya sabes lo que le pasa a la gente que intenta desentenderse. Van derechos a su propio funeral.

—¿Qué es lo que no nos sirve, Clarence? —Hetger parecía acalorarse un tanto—. En aquellas alcantarillas dimos con un vampiro. Y tú has leído los mismos avisos en la red de cazadores que yo. ¿Crees que tu recortada hubiera podido hacer el trabajo si él antes no hubiera puesto las cosas un poco más fáciles? ¿Querrías haber probado suerte intentando atravesarle el corazón con una estaca?

—Ya sabes qué ha querido decir, John —dijo Julia—. Con esa actitud, tiene tantas posibilidades de hacer que nos maten como de servirnos de ayuda.

Todo muy impersonal. Nada de nombres. Pero Sands sabía bien que hablaban de él. No ocultaban nada. Estaba claro que no se andaban con miramientos. El rumor de aquellas voces vecinas llegaba hasta la cocina con tanta claridad como el repiqueteo de las ramas contra el exterior de la casa.

—Quizá sea así —dijo Hetger—. Pero podría acabar siendo un magnífico aliado. Recuerda, Julia, que te salvó en las cloacas.

—Y también propició que mataran a Albert —gruñó Clarence.

—Eso no lo sabemos —respondió John.

—Tuvimos suerte en las alcantarillas —dijo Julia—. A Jason se le acabó la suya. Y a Albert.

—Albert no fue lo suficientemente precavido —apostilló John.

—Ninguno va a vivir para siempre —dijo Clarence—. Yo, por lo pronto, querría quedarme todo el tiempo que pudiera, y llevarme conmigo a tantos como sea posible. Nosotros cuatro, que conseguimos salir con vida de las alcantarillas, podemos considerarnos enormemente afortunados. No estábamos listos para enfrentarnos a esa criatura, y Pete Sampras ni siquiera estaba preparado para venir con nosotros. Sé que

debemos dar paso a nueva sangre, ya sabes a qué me refiero, a nueva gente, pero debemos ser cuidadosos al seleccionarlos. Nada de hola qué tal, un apretón de manos, y ya pueden venir con nosotros a matar monstruos.

Los tres cazadores guardaron silencio, y entonces Hetger volvió a hablar:

—Tenemos que esforzarnos por minimizar los riesgos siempre que podamos y también por hacer un mejor trabajo adiestrando a los nuevos y facilitando su adaptación. —Entonces suspiró—. Es sólo que todo se antoja tan... *urgente* a veces... En realidad, ocurre así casi todo el tiempo.

—¿En serio? —dijo Clarence—. Pues si alguna vez nos dan una buena sorpresa y nos patean el culo, entonces sí que dejará de ser urgente, y no quedará nadie para hacer algo al respecto.

Oyéndolos hablar, a Sands se le hacía cada vez más complicado recordar la vida normal que había llevado hasta hacía muy poco, y mucho más aún ni por asomo imaginar recuperar algo que se le pareciera. ¿Cómo iba a comportarse la siguiente vez que viera por la calle, caminando, a una persona que supiera que estaba muerta? Incluso suponiendo que pudiera volver con Faye, ¿dónde iban a vivir, en una fortaleza? ¿Cómo iba él a dejarla apartarse de su vista, sabiendo todo lo que había allí afuera? Aunque, después de todo, ahora mismo la tenía perdida de vista, ¿no era así? Sands podía sentir un viento encantado que soplaba a la espalda de la casa, una voz que llamaba a su papi, el susurro de un chico que estaba muerto pero no acababa de estarlo. La voz tenía algo de especial: pertenecía a Adam, su propio hijo.

Las voces en la habitación contigua se hicieron más vagas. Su mente pareció perder por momentos la habilidad para ordenar las palabras en frases coherentes que tuvieran algún sentido. Sus pensamientos se consumían con unas horripilantes palabras que no debía haber escuchado en la oscuridad de su propia casa: *Papi*. Aterrorizado, volvió la vista hacia la ventana, se recordó a sí mismo quién era, dónde estaba. La frontera entre sus recuerdos y lo que estaba viviendo volvió a erigirse.

Algunos minutos más tarde, Sands era incapaz de precisar cuántos exactamente, se sobresaltó tras escuchar el clic del interruptor y sentir un destello de luz iluminando la cocina.

—Lo siento —dijo Julia con aparente sinceridad. Se arrastró hasta la nevera con aspecto de estar muy cansada. No es que se preocupara especialmente por mantener una postura erguida la mayoría de las veces, pero es que ahora tenía los hombros especialmente caídos, y eran reflejo de las oscuras ojeras que mostraba.

Sands trató de entablar una conversación, y se aclaró la garganta.

—Me alegra verte de nuevo en pie, y rondando por aquí.

—Gracias. —Julia escarbó en la nevera y terminó sacando un paquete de salchichas. Arrugó la nariz al olerías, pero acabó por echarlas en una olla de agua que estaba sobre la cocina—. Escucha —acabó diciendo, mientras se reclinaba sobre la

encimera y sin volver la vista hacia él—: a veces... me enfado con facilidad. Suceden tantas cosas que escapan a mi control, cosas que me gustaría que fueran de otra forma... —Entonces se volvió y lo miró a los ojos—. Siento haber sido tan brusca contigo... Quizá no lo merecieras del todo. No puedo esperar que lo sepas todo si ni siquiera has tenido oportunidad de aprender. Así que, de ahora en adelante, trataré de responder a las preguntas que tengas siempre que pueda. Sólo asegúrate de decírmelas.

Sands asintió.

—Aprecio...

—Espera. Aún no he acabado. Cuando las cosas se pongan feas, si nos metemos en líos, en algún asunto grave, tendrás que hacer lo que te diga. O lo que John te diga, o incluso lo que Clarence te diga, porque él sabe mucho de esto, aunque no te guste o siempre estés discutiendo con él. Nada de peleas, refunfuños y quejidos. Nosotros dictamos lo que se debe hacer. Tú lo haces. ¿Estás de acuerdo? —Entonces esperó, expectante.

Sands volvió a asentir.

—Está bien. —Se sorprendió pensando que Julia parecía tan agradable en aquellos momentos como cuando estaba demasiado cansada de ser una zorra. Quizá él también habría tenido parte de la culpa.

—Incluso aunque decidas no quedarte con nosotros —añadió—, debes saber que con esto no intento convencerte de nada. Tú tomas tus propias decisiones. Pero debes pensar a dónde te llevarán. —Ella lo miró ahora de forma diferente, estrechando sus ojos y frunciendo el ceño. Caminó lentamente hasta él y, despacio, levantó su mano hasta la altura de su cara, hasta la cicatriz que el merodeador le había dejado como recuerdo de su encuentro definitivo—. Aguanta.

Cuidadosamente, deshizo el vendaje, que no era lo suficientemente extenso como para cubrirle la herida al completo. Entonces colocó los dedos con delicadeza sobre su piel. Sands deseó haber tenido a mano un espejo; quería ver qué estaba ocurriendo, como cuando pudo verla a ella sanándose a sí misma en la habitación del motel. Bueno, esta vez no podía ver, pero podía sentir. Podía percibir el calor en las puntas de los dedos de Julia, la calidez balsámica y sobrenatural que se repartía por su rostro, calmando el punzante dolor del corte en la piel. Sintió también diminutos pinchazos, tan débiles que casi le hacían cosquillas. Notó como la hinchazón se desvanecía y la piel se regeneraba, tersa. Y eso fue todo. Aquel calor se mantuvo durante unos segundos después que Julia retrocediese. Sands se tocó la cara y comprobó que la herida había desaparecido.

Julia lo miró y frunció el ceño.

—Te ha quedado una pequeña cicatriz —dijo, no del todo satisfecha con su trabajo—. Pero supongo que suele ocurrir habiendo transcurrido un día o dos,

especialmente cuando debían haberte dado puntos.

Sands se encogió de hombros, imitando el gesto habitual de Hetger.

—Hará juego con la otra cicatriz que tengo sobre el ojo. La de la caída en el hielo en la casa de Kilby. En aquella ocasión tampoco te ocupaste de mí hasta un día más tarde.

—Una cicatriz por semana —dijo Julia—. Deberías aprender a cuidarte mejor.

—Brindo por eso —dijo Sands levantando una copa imaginaria—. Al menos me gustaría poder hacerlo.

—Hay un antro de carretera camino abajo —dijo Clarence, que entraba en ese momento en la habitación con Hetger a su lado—. Aunque no parece que esté abierto, quizá más tarde.

—¿Has salido a explorar el terreno? —preguntó Sands.

—Entrenamiento.

—Ah, te mantienes en forma —asintió Sands—. Completaste un kilómetro a la carrera y las cien abdominales justo a tiempo para cenar.

—Ocho kilómetros y quinientas abdominales —dijo Clarence sin perder el gesto grave—. Y también quinientas flexiones. Deberías considerar hacerlo, Pete Sampras.

Sands no tenía ganas de empezar una nueva discusión, así que dejó pasar el sarcasmo de Clarence. Además, Douglas no podía evitar sobrecogerse, aunque fuera sólo un poco, ante una persona que corría ocho kilómetros calzado con botas militares, por no mencionar las abdominales y las flexiones. «*Apuesto a que está mintiendo*», pensó Sands. Entonces echó otro vistazo al físico de Clarence. «*Diablos, quizá esté diciendo la verdad*».

Clarence y Hetger habían acudido a la cocina en busca de algo que gorronear para comer. Había comida de sobra. Los armarios estaban llenos a rebosar, aunque con un surtido bastante insólito y variopinto: cantidad de salchichas, pero sin panecillos ni condimentos; muchísima pasta, y casi apenas salsa; macarrones y queso, pero nada de mantequilla; y así con todo. La prima de Clarence, Kaitlin, debía de comprar sin duda a granel, o en caso contrario era un poco caprichosa en sus compras. De todas formas, después de cómo habían transcurrido los últimos días, cualquier clase de comida era bienvenida, y Sands incluso sentía que la reciente disputa había servido para despejar un poco el ambiente. Se sentía bien por haber transmitido a los demás, aunque hubiera sido en términos no demasiado claros, su deseo de dejar de formar parte de su pequeño operativo. Quizá apreciaran su honestidad o esperaran que pudiera cambiar de opinión; o puede también que no les preocupara en absoluto qué pudiera decidir. Pero al menos todos compartían ahora la comida amigablemente.

—¿Cuánto tiempo calculas que estaremos aquí? —preguntó Clarence a Hetger, sin dejar de comer.

John se encogió de hombros.

—Lo consultaremos con Nathan, que nos diga cómo van las cosas en Iron Rapids.
—Nadie pareció tener objeciones—. ¿Cuánto tiempo lleva tu prima viviendo aquí?
—preguntó Hetger a Clarence minutos más tarde.

—Un par de años. Estuvo metida en algunos líos durante un tiempo. Pensó que lo mejor sería alejarse de la ciudad. No volver la vista atrás.

Sands pensaba a qué debía referirse Clarence con eso de «*metida en algunos líos*». Y la verdad es que prefería no saberlo. Aquel lugar, aquella casa, era un vertedero. Sands no sabía qué era peor: la forma en que Melanie vivía en aquel inmundo cubículo en medio del complejo de apartamentos y rodeada de tunantes, o el modo en que esta chica habitaba una vieja casa desvencijada, que probablemente debía de estar cerca de ser declarada en ruinas, y perdida allí en medio de la nada.

—Estaba pensando —dijo Hetger— que quizá podamos hacer algo por Kaitlin, ya sabes, en señal de agradecimiento por haber permitido que nos quedáramos. Le gastamos la comida. Al menos podríamos reponérsela. Quizá hacer algunas reparaciones, y también parece que hay amontonados bastantes despojos que podríamos tirar. ¿No tiene coche?

—Que va —dijo Clarence—. Demasiado mantenimiento, demasiadas preocupaciones. No está para esos gastos, ni para trabajar. No sé desde hace cuánto tiempo tiene el trabajo al que acude ahora, pero seguro que no le durará. Lo mejor que podría hacer sería largarse de aquí, con nosotros.

—Pensé que dijiste que quería alejarse de la ciudad —interrogó Sands.

—Eso era antes —dijo Clarence—. Puede que ahora ya haya despejado su mente. No hay razón por la que deba estar aquí encerrada, desperdiciando su vida.

—Puede que *le guste* estar aquí encerrada —señaló Sands, aunque sin concebir cómo a alguien podría gustarle algo así.

—O puede que no sea asunto vuestro —interrumpió Clarence de manera cortante.

Sands tuvo el impulso de contestarle, pero se lo pensó mejor. Dio otro bocado a la salchicha que tomaba con un simple pan blanco, y finalmente decidió hablar:

—Tienes razón. No es mi familia, se trata de la tuya, y ya veo que es tan equilibrada como tú.

Clarence lo miró fijamente, pero no le respondió. Julia iba a hacer algún comentario, pero el crujir de la puerta principal al abrirse la interrumpió. Segundos más tarde, Kaitlin entraba en la habitación. Apenas hacía ruido, hasta el punto de que casi no se escuchaban sus pisadas.

Inspeccionó la habitación, como tímida, aun cuando era su propia casa. Ni siquiera se atrevió a quitarse el abrigo.

—¿Qué tal?

—Buenas, Kaitlin —dijo John—. De verdad que no sé cómo podemos agradecerte que nos hayas permitido quedarnos unos días. Perdona que llegáramos

tan temprano esta mañana. —Hetger había tomado la palabra y hablaba en nombre del grupo, intentando que se sintiera cómoda. Era extraño, pensó Sands, sobre todo teniendo en cuenta que Clarence era su primo. Claro que Clarence bien podría no haber tranquilizado a nadie en toda su vida—. Clarence dice que llevas viviendo aquí desde hace un par de años.

La chica asintió. Tenía un aspecto lamentable: cansada, incómoda de estar en su casa rodeada de extraños, y como si deseara estar en cualquier otro lugar en el mundo antes que en aquella cocina. Una de sus manos rodeaba a la otra, cerrada en forma de puño, y tenía los pies como soldados al suelo con pegamento. Eludía todas las miradas, al menos todas menos la de su primo. Sands pensó que debía de tener la edad de Melanie, quizá algo menos, pero carecía de la presencia y la confianza en sí misma que hacían a esta última tan atractiva. No tenía su encanto personal.

—Esto es muy tranquilo —dijo Hetger intentando ofrecer algo de conversación—. Bueno, lo será aún más cuando no tengas a tipos como nosotros dando vueltas por aquí.

Ella asintió.

—Sí, muy tranquilo.

Hetger no se rendía, y Sands estaba impresionado. Claramente, John trataba de hacer que la chica se mostrara más comunicativa, quería entablar conversación con ella mostrándose sincero. Sonaba como si realmente estuviera interesado.

—Hemos pensado en ir a comprar algunos víveres mañana, al menos para reponer los que hemos gastado. —Entonces sonrió calmadamente—. Por favor, dinos si hay algo en particular que quieras que traigamos. Probablemente tengas hambre. Permite que te dejemos espacio.

Julia, que había estado sentada en la única silla de la sala, se levantó para dejar paso.

—No te preocupes —dijo Kaitlin apresuradamente, en realidad mirando a John y esforzándose por mostrar una sonrisa nada convincente, y que fue poco más que un parpadeo—. No tengo hambre —dijo mientras se disponía a salir de la habitación—. Ha sido un día muy largo —apuntó a modo de explicación. Y entonces desapareció sin más, dobló la esquina y subió las escaleras, sin dejar rastro de su paso, como si nunca hubiera estado allí. La única pista eran los semblantes perplejos de Sands, Julia y Hetger. Clarence se reclinaba contra una esquina, con los brazos cruzados y el rostro serio.

—Parece buena chica —murmuró Sands, entornando los ojos.

—Calla la boca —le espetó Julia, que ya había perdido sus modales conciliadores de la última media hora.

—Somos sus invitados —le recordó John con voz pausada, que no debía propagarse más allá de la cocina—. No tiene por qué adaptarse a nuestras

expectativas. Según Clarence me ha contado, lo ha pasado muy mal.

Sands contuvo su lengua. No tenía sentido cebarse con aquella pobre muchachilla. Ya se había encontrado en la calle a mucha gente enloquecida, vagabundos, drogadictos, fugitivos, delincuentes. Probablemente ella encajaría en muchas de esas categorías, incluso puede que en todas ellas. Pero no era asunto suyo. Iba a estar allí un par de días más, y luego regresaría a su antigua vida.

Casi he acabado de subir las escaleras y no consigo recuperar el aliento. Me arde el pecho, lo siento rígido, casi como si alguien me hubiera disparado. Me esfuerzo por no hacer crujir los escalones, y aún siento que la gente abajo me está oyendo. Chico, ahí en la cocina pensé que iba a morirme. Demasiada gente respirando mi mismo aire, haciendo ver que podían estar interesados en cualquier cosa que pudiera decir. Quizá sí estén interesados. Puede ser que necesiten saber cualquier información que puedan sacarme, como por cuánto tiempo podrán quedarse o en qué medida podré serles útil. Sólo porque crea que puedo tomarle la palabra a Floyd no significa que todo el mundo sea como él. Puede que sólo me esté haciendo ilusiones.

Cierro la puerta del baño para mear. Nunca antes había tenido que hacerlo, nunca tengo visita. No hasta que vino Arroyo. Y ahora esos tipos. Ya puestos, podría haber colocado un maldito cartel de motel y cobrar por noche.

Entro en mi habitación y dejo la ropa en un montón. Estoy helada, tengo la carne de gallina, pero el frío no es mayor que el que sentía antes, camino de casa. Debería haber dejado que Frances me trajera. Me lleva mucho tiempo hacer el camino a pie. Mucho tiempo. Tenía puesto el abrigo, pero el frío iba de dentro afuera, tenía los huesos congelados. No he conseguido volver a entrar en calor desde que vi a Arroyo, y tampoco puedo respirar en condiciones. Además, toda esa gente ahí abajo no hace sino empeorar las cosas. Estoy hambrienta, pero no pienso comer delante de ellos. Ahora, desnuda, siento como desciende la temperatura de mi cuerpo. El calor de la piel se desvanece, se evapora como el vapor del asfalto cuando llueve y el firme está muy caliente. Tirito. Aprieto la mandíbula para que no me castañeteen los dientes. Mi exterior debería estar tan frío como siento mis entrañas. Tendría sentido. ¿Acabaría por congelarme del todo de quedarme así toda la noche? ¿Me endurecería hasta morir? ¿O quizá debería salir ahí afuera y tumbarme en el bosque para poder quedarme bien helada? Podría tumbarme en la corriente de Arroyo. Eso estaría bien. O en un estanque, o en un lago. Por aquí hay muchos. ¿Equilibraría eso mi temperatura interior y exterior, si me quedara tiesa, con la piel gris pálida y los labios y las uñas morados?

En esta época del año, en el bosque, todos los árboles parecen muertos, parecen madera para muebles. Algunos de ellos lo son, pero no son conscientes aún. Podrán echar algunas hojas este año, y quizá también el próximo. Pero su interior está

muerto, podrido. En cuanto llegue una tormenta con unos buenos rayos... estarán listos. Puede que mi interior esté también muerto. Puede que este ímpetu por volver al mundo real indique que aún no soy consciente de ello. Cuando caigan unas hojas más ya será demasiado tarde. Me rodeo con los brazos, pero no sirve de mucho.

Clarence es un auténtico bastardo. Y ya sé que soy una desagradecida. Pero no me intranquiliza, me han llamado cosas peores. Él siempre se ha preocupado por que no me faltara el dinero. Me manda hierba... hace que las cosas sean menos difíciles. No digo que lo que me esté pasando sea culpa suya, pero cuando lo tengo cerca, me doy cuenta de cómo me ve. No es agradable. Pensé que estaba preparada para reintegrarme en el mundo. Ahora me doy cuenta de que sigo siendo un caso para los asistentes sociales. ¿A quién quiero engañar? Sólo a mí misma. A Clarence no, desde luego. Ni a sus amigos. Les vendría bastante bien, a todos, si me quedara aquí toda la noche, congelándome hasta morir, y encontraran mi cadáver por la mañana. Los hombres blancos piensan que con sólo comprarte algo de comida ya pueden colarse en tu casa. Floyd lo hace. Y a ese parlanchín de abajo le pasa lo mismo. Quizá esa mujer sea su chica. Puede que crea que puede engatusarme. Además, está también ese otro tipo, puedo sentir cómo me mira de arriba abajo, como midiéndome. Entiendo bien por qué Clarence no congenia con él, claro que Clarence tampoco es precisamente Don Congenio-con-Todo-el-Mundo. Que se vayan a la mierda. Todos.

Me siento helada, moribunda, pero estoy demasiado cabreada para poder congelarme hasta morir. Esta es mi casa, y no pienso regalársela a una pandilla de creídos cazadores de la ciudad. Pongo mis piernas y brazos a trabajar. Me arrastro hasta la cama, bajo el edredón... o lo que queda de él. Debería estar furiosa con Arroyo por destrozarlo todo, pero en cuanto descubro qué muelles saltados debo evitar y consigo recostarme, todo lo demás, sabanas hechas jirones y el relleno de las almohadas y el colchón, me sirve de aislamiento. De un modo extraño me siento más segura y caliente de lo que nunca me he sentido antes. Al menos el exterior de mi cuerpo comienza a calentarse algo. Oigo el viento soplar fuera. Sé que la casa está llena de corrientes de aire, pero aquí no pueden alcanzarme. Ya no tiritó demasiado. Cada pocos segundos se me tensan los músculos y un espasmo recorre todo mi cuerpo, pero cada vez ocurre menos. Pienso en todo lo que tengo amontonado sobre mi cuerpo. Me acurruco como un pajarito en su nido. Olvido a todo el mundo, a todos esos bastardos, a todos los que habitan ahora mi casa. Olvido todo lo que está fuera de esta habitación. Olvido la propia habitación.

No estoy segura de cuándo me quedo dormida, ni de por cuánto tiempo duermo. Tampoco sé qué me despierta, no hasta que vuelvo a escuchar el sonido. No se trata de uno de esos tipos, que estén subiendo las escaleras para utilizar el único baño de la casa que funciona. No es el ruido que pueda hacer una persona, viene del boque. Es un crepitar, como el ruido que hacen los árboles al rozar contra la casa. La única

diferencia es que ese sonido sordo está justo en la ventana, abriéndola. La estructura es vieja, se atranca, pero él es fuerte. Es como un niño que haya crecido en el cuerpo de un hombre, todo furia y fuerza. Tiene tanto de ambas que casi no sabe qué hacer con ellas. Ha levantado aire. Puedo sentir la corriente incluso en mi nido. Me acerco la colcha, la coloco para que no haya rendijas por las que pueda colarse el frío. Él cierra la ventana.

Creo que ya sabía que vendría esta noche. Quería que fuera así. Temía que fuera así. Y también temía que finalmente decidiera no hacerlo. Estoy encerrada en mi nido pero mentalmente puedo verlo cambiar, convirtiéndose más en algo más humano que lupino. Veo su ropa raída y la curva en su espalda, esa que tanto le preocupa, que tanto le hace enojar. Recuerdo que hubo una época en que yo deseaba ser blanca: la vida hubiera sido mucho más fácil.

No se acurruca sobre la manta, en el suelo. Se cuela bajo la colcha, siento su increíble fuerza. Sabría qué hacer exactamente si quisiera matarme. Su ropa es como la había imaginado, pero mucho más fría. Vuelvo a tiritar. Su piel, sin embargo, me calienta. Nos quitamos la ropa, apresurados, sin tiempo a pensar, antes que alguno de los dos cambie de opinión, antes que la luna caiga o el mundo se acabe. Nos enredamos los dedos tratando de desabrochar un botón. Los liberamos, hay que darse prisa. No hay caricias o risas nerviosas, sólo hambre, desesperación. Siento el picor de su barba contra mi cara, mi cuello, mi pecho, mi vientre. Su piel es tan cálida, y sus besos... Dos años. ¿Sólo hace eso que no estoy con un hombre? Me parecen siglos. Estamos locos de cariño, soy incapaz de abrazarlo con fuerza suficiente, quiero acunarlo y besarlo al mismo tiempo. Siento que mi cuerpo recupera su calor. La piel es siempre la parte más fácil. Sus manos hacen brotar la sangre. Quizá mi corazón también pueda deshelarse. A lo mejor no es demasiado tarde. Puede que haya encontrado el lugar en el que necesito estar. Siento como él alarga sus manos, demasiado solo como para seguir mostrándose temeroso. Le devuelvo los abrazos. Dios Santo, hacía tanto tiempo que no sentía los latidos de otra persona. Estoy viva. Estoy viva.

**SEGUNDA PARTE:
«PERSECUCIÓN»**

Capítulo doce

—¿Qué tal van las cosas por allí, Nathan? —preguntó Hetger.

Sands intentó acercarse para escuchar la conversación telefónica sin atraer la atención de los paseantes, aunque no es que hubiera demasiados. El centro de Winimac no ofrecía una perspectiva demasiado excitante: algunas casas bajas, un par de iglesias, una ferretería que hacía al mismo tiempo la función de oficina de correos y algunos negocios muy pequeños, incluida la tienda de comestibles en cuyo exterior él y John estaban ahora, la que tenía el único teléfono de pago de la ciudad.

—No tan mal como cabría esperar —contestó Nathan—. Todos parecían haber asumido en un principio que había estallado una tubería de gas, o algo parecido. Después que la brigada de incendios sacara el cuerpo de Jason, las altas esferas debieron de tener sospechas. La fuerza de seguridad de Iron Rapids dio una batida por las cloacas. Ayer por la tarde anunciaron que encontraron restos de alguna clase de artefacto explosivo.

—Genial —suspiró Hetger.

—Espera, que hay más —dijo Nathan—. Han llamado al FBI. El tema se comenta mucho en la Oklahoma City y todo eso. La gente está bastante asustada.

—¿Y ha habido algún otro tipo de información? —preguntó Hetger.

—No creo. No se ha hablado de alguien que haya sido interrogado más allá de los cuestionarios de rutina. No se ha declarado ninguna busca y captura. No han dicho haber identificado el cuerpo, al menos no públicamente.

—Bien —dijo Hetger, haciendo una pausa para sopesar las noticias de Nathan—. Probablemente pasaremos todavía aquí unos días antes de regresar.

—Comprendido —dijo Nathan—. Ah, y John, me he topado con algunos datos interesantes para lo nuestro en Iron Rapids. Y también he establecido un par de contactos prometedores.

—Ya nos pondrás al corriente cuando volvamos. Reúnete con esos posibles candidatos si crees que es necesario, límitate a no hacer nada que sea irreversible antes de que volvamos, ¿de acuerdo?

—Comprendido. Cuidaos bien.

—Lo haremos. También tú —dijo Hetger, y colgó.

—¿El FBI? —dijo Sands, en voz no muy alta—. No me gusta como suena eso. Me siento como... como un delincuente.

Hetger inspeccionó con indiferencia la calle.

—Bueno, volamos parte del alcantarillado municipal de Iron Rapids y dejamos a nuestro paso un cadáver. Con algo de suerte, podrán identificar a Jason, pero no podrán establecer vínculos con nuestro grupo. Con todos nuestros antecedentes, bastante turbulentos, y con sus encontronazos con las autoridades, supondrán que es

un terrorista de segundo orden al que se le cruzaron los cables y que pagó por ello.

—Vaya forma de honrar su memoria —dijo Sands.

—Ya sé que no es muy agradable —dijo Hetger con aire de gravedad—. Y las perspectivas para el resto de nosotros no son mucho más esperanzadoras. No esperes ninguna medalla. Douglas.

—Lo sé, lo sé. Pero... Quiero decir que fue por su propio bien, por el bien de todos, que esa criatura fuera destruida.

—Y es muy posible que nunca nadie llegue a saberlo —dijo Hetger—. Y si es así, no lo entenderán.

—También lo sé —suspiró Sands—. Salvar a la civilización sin dejar que ésta sepa de nuestra existencia, y no hay que esperar más. Bueno, supongo que para ti está bien. Yo, por mi parte, cuando regresemos a casa, me alejaré de todo esto.

Hetger observó a Sands con gravedad, pero no dijo nada, no discutió, no intentó hacerle cambiar de idea, no se enojó con él como Julia habría hecho, ni lo insultó como habría sido propio de Clarence.

—Voy a entrar —dijo Finalmente Hetger, señalando a la tienda de alimentos— a recoger provisiones. ¿Me acompañas?

—No, gracias. Dejaré la diversión para ti. Esperaré aquí fuera.

Sands había echado un breve vistazo a la tienda: había visto a las dos chicas sentadas junto a la caja registradora, las dos fumando como chimeneas. No le apetecía nada entrar a asfixiarse en aquella pequeña tienda. Ahora que consideraba la idea, comprendió por qué las reservas de comida de la casa de Kaitlin tenían olor a humo de tabaco. Además, la mañana era bastante hermosa: las nubes no se mostraban tan espesas como de costumbre y tampoco había demasiado viento, la temperatura podía haber subido perfectamente hasta los veinte grados. Claro que Winimac no es que fuera muy estimulante, pero al menos era mejor que el interior de una casa ruinoso, o el de un coche, o el de la habitación de un motel. Deambulando calle abajo, a Sands aquel aire fresco le sabía a libertad. El barrio de los comercios, apenas un cruce, era muy reducido, y podría ver perfectamente el momento en que Hetger acabara en la tienda. Entonces tendrían que ir a buscar la lavandería. Winimac no tenía ninguna.

Sands se acordó de la bolsa llena de ropa apestosa que habían dejado en el maletero del coche de Hetger. Le parecía imposible que su abrigo fuera a poder librarse alguna vez de aquel terrible olor a cloaca, al menos no sin una limpieza en seco en una máquina industrial. Entonces posó la vista en la tienda del Ejército de Salvación, que estaba al otro lado de la manzana, y decidió que una sudadera gruesa, algo que lo abrigara más que la prenda que Hetger le había prestado, pero que fuera menos elegante que su propio abrigo, podría resultar una buena inversión si es que aún iban a pasar algunos días más por allí. Mientras se encaminaba hacia el

escaparate, se dio cuenta de que se había puesto a mirar a los transeúntes locales, del mismo modo que hubiera hecho con los habitantes de Iron Rapids, como si pudiera llegar a reconocer a alguno. Se ríe para sus adentros, y justo en ese momento sí que reconoció a alguien. No era nadie de Iron Rapids, por supuesto, se trataba de Kaitlin, la prima de Clarence. Iba acompañada de un hombre, un tipo que discutía con ella, aunque no de forma especialmente acalorada. Parecía más musitar comentarios y hacer contenidos gestos de irritación, como una pareja que llevara años casada. Ambos entraron en la tienda del Ejército de Salvación sin avistar a Sands. Éste se quedó parado en la acera, junto a la tienda, considerando la posibilidad de darse la vuelta y regresar a la tienda de alimentación. Por alguna razón, pensó que cuanto menos viera a aquella chica, mejor. Quizá sabía qué se traía Clarence entre manos y, por extensión, también todos ellos, o puede que simplemente estuviera fastidiada y no se sintiera cómoda teniendo visita. Finalmente se encogió de hombros y avanzó. ¿Qué le importaba si se compraba las medias a montones? Era un país libre, y después de un par de días más, no tendría que volver a verla jamás en toda su vida.

Le digo a Arroyo que entremos en la tienda. Dice que *él no va a entrar. Que no va a comprar nada*. Ya sé que no va a hacerlo, pero yo sí. *Muy bien*, me dice, *entra tú entonces. Yo esperaré aquí*. No puedes hacerlo. Quiero ver que te esté bien. *¿Que me esté bien? ¿Pero qué demonios...?* Lo cojo del brazo y lo arrastro hacia dentro. No opone demasiada resistencia. Sabe que soy testaruda, y elige qué batallas pelear.

Hoy nos levantamos temprano, mucho antes que nadie en la casa. Había pensado que la mañana sería extraña, pero no fue así. De vuelta a los días difíciles, a los días de la heroína, los días en que estaba metida en chanchullos, los días de las peleas con puteros cuando se enfadaban, a veces, casi siempre. No me preocupaba demasiado. Yo ya tenía mis cincuenta dólares. Pero dejó de ser así. La última noche no fue un simple negocio. Ayer debimos pararnos a pensar lo que hacíamos, pero entonces no nos importaba nada. Esta mañana salimos a hurtadillas de la casa: abrimos la ventana como había hecho él al entrar, pasamos por encima del techo del porche y nos deslizamos columna abajo. Cuando estuvimos fuera de la casa, caminando por la carretera, entonces fue cuando toda esa mierda pudo haberse complicado, pero no fue así. Creo que ambos nos tranquilizamos al comprobarlo. Simplemente lo sugiero, como suelo hacerlo respecto a lo que pienso, a lo que siento, respecto a lo que él hace. Quizá fuera un gran error, pero ¿qué ha habido en mi vida que no lo haya sido?

En la tienda del Ejército de Salvación voy derecha hasta los abrigos. Este lugar tiene algo que me hace sentir nostalgia por mi casa, mi antigua casa, y por la ciudad. Supongo que serán los recuerdos de Papá Noel, con esas hebillas y esas campanillas, incluso en los barrios más bajos de la ciudad. Puedes decir muchas cosas acerca de esos militantes cristianos, pero desde luego saben cuidar el dinero.

—Pruébate esto —le digo a Arroyo cogiendo un abrigo del perchero.

—No necesito un abrigo.

—Claro que sí. Esa camisa de franela está hecha jirones, y me entra frío sólo de verte vestido nada más que con ella. —No menciono las manchas de sangre. Mejor no atraer la atención de la vendedora sobre ellas, pues ahora está ocupada ordenando la ropa que saca de una caja. Parece no tener demasiadas ganas de atender a un loco borracho y a una negrita histérica.

Rebusco en el estante de los mitones y los sombreros, mientras Arroyo simula no mirarse en el espejo, no interesarse por cómo le queda el abrigo. Cogí el más grande de todos, para que pudiera colocárselo sobre la joroba sin que le apretara demasiado. Creo que le gusta. Puede que sólo le agrade ver que alguien se preocupa por él... pero sólo Dios sabe lo difícil que me lo pone.

Le acerco unos mitones, pero los rechaza. Lo mismo sucede con un sombrero. Exasperado, agita la cabeza.

—Me estorbarían —dice. No especifica para qué, pero lo imagino cambiando, con las garras abriéndose paso entre la más resistente pareja de mitones, haciéndolos trizas. No insisto. Yo también sé elegir qué batallas luchar.

La falta de costumbre me hace volver la vista a la puerta cuando escucho la campanilla. Observo al tipo que entra y reacciono tardíamente al darme cuenta de que lo conozco. Es uno de los compinches de Clarence, Sands, el que piensa que es demasiado bueno para estar en mi compañía, claro que no le he escuchado quejarse por quedarse en mi casa. Saluda a la tendera, que parece aliviada al ver entrar en la tienda a alguien a quien debe considerar normal. Don Arrogante me saluda con la cabeza, amabilísimo blanquito él que consiente reconocerse en público. Entonces dirige su vista hacia Arroyo. Veo venir lo que va a pasar, pero no hay nada que pueda hacer. A Sands se le ponen los ojos como platos, y se le queda la cara completamente blanca.

El tipo asqueroso que acompañaba a Kaitlin le devolvió la mirada a Sands, pero éste dejó en ese instante de verlo como hombre. Ahora veía a una descomunal bestia peluda de casi tres metros de alto, encorvada por una prominente joroba en la espalda. De sus infames colmillos goteaba sangre que le caía en el pecho. Sus ojos lupinos eran los de un asesino. El monstruo asía con sus garras... ¿un mullido abrigo de invierno? Sin acabar de creer aquella visión, Sands pestañeó una y otra vez. Podía oler la sangre, la muerte.

—Buenos días —dijo la dependienta con buen humor. La mujer, de pelo canoso, pareció aliviarse al verlo. ¿Por qué?, se preguntaba. ¿Por qué el lobo que tenía en la tienda lo preferiría a él como bocado en lugar de a ella? Sands miraba a la mujer, casi sin entender lo que ocurría. Entonces su expresión de alivio se congeló, saltó en

pedazos y desapareció. Volvió a concentrarse en su caja de ropas de donación, sin dejar de ordenarlas concienzudamente, intentando aparentar que se encontraba sola en su extraño mundo.

Sands trató tardíamente de ocultar el miedo que lo atenazaba; un sudor frío le recorría ya el cuerpo. No tenía ni idea de qué clase de cosas podría provocar aquella bestia. Volvió la vista hacia ella, pero ya había desaparecido. El humano había vuelto a reemplazarla, tenía la piel oscura, no estaba afeitado y seguía manteniendo la joroba... pero era humano. Tenía *aspecto* humano. Sands podía ver a través de su disfraz, y maldijo a Dios o a quienquiera que hubiera considerado apropiado maldecirlo con aquel saber.

«*No quería saber*».

Se obligó a adentrarse en la tienda, aunque su impulso era el de darse la vuelta y salir corriendo de allí. Eso podría dar indicios a la bestia de que algo iba mal, la despertaría. Sands podía imaginarla perfectamente partiendo en dos a Kaitlin, cortándole la garganta a la dependienta y entonces corriendo hacia él...

«*Vendrá a por mí, y ellas podrán escapar*», pensó fugazmente, pero no había ninguna garantía de que eso fuera a ocurrir así, lo único seguro es que él acabaría muerto.

Sands intentó actuar de forma despreocupada y empezó a mirar la ropa del primer estante... hasta que se dio cuenta de que eran vestidos de mujer, y entonces fue hasta los percheros de ropa de hombre. Intentó controlar sus nervios para mirar con aparente indiferencia al monstruo que no lo observaba, no lo acechaba, no estaba a punto de saltar sobre él para destriparlo. En lugar de ello, el hombre-bestia parecía estar haciendo lo mismo que él, lo mismo que la dependienta, mostrando un absoluto interés por las cajas de ropa y los artículos domésticos. Parecía que todos en la tienda estuvieran ocupados en hacer ver que se ignoraban los unos a los otros. Todos excepto Kaitlin, que *observaba a Sands*.

Cuando se percató de que lo estaba mirando, Sands decidió que debía alertarla, que debía hacer que abandonara la tienda. «*Pero ¿y la dependienta?*». No estaba seguro de qué era lo que debía hacer; nunca antes había tenido que trazar sobre la marcha un plan de vida o muerte. No confiaba plenamente en que fuera a dar resultado, pero no se atrevía a demorar su acción por más tiempo.

Sin dejar de mirar a Kaitlin, y moviendo sólo su cabeza y sus ojos, intentó hacer que se dirigiera hacia la puerta. Era un gesto que esperaba que ella interpretara como: «*sal de aquí ahora mismo*», o algo más burdo aún. Puede que entendiera su mensaje o puede que no: lo cierto es que su única respuesta fue mirarlo con más frialdad, de un modo que, y ahora era él quien interpretaba, entendió como «*Qué haces, capullo*».

Comprendió que aquello no iba a funcionar. Ella no lo entendía, era *incapaz* de entenderlo. Al igual que Faye y Melanie no tenían ni idea del infierno en el que se

había metido para protegerlas: aquella golfilla aturullada por la droga debía de pensar que estaba intentando ligar con ella, o que tenía un tic en el cuello. Sands sintió ganas de cruzar la tienda a toda velocidad para cogerla del brazo, hacerla despertar, abofetearla, gritarle y decirle que corría un horrible peligro. ¡Las mujeres podían ser tan burras a veces!

Tratando de improvisar algo que no lo delatara, se aproximó hacia una mesa llena de enseres del hogar de todo tipo: una alarma de cocina, cucharas para servir, piezas de vajillas, calendarios, una pizarra y una tiza pequeña. Agarró esto último y, mientras decidía qué hacer, su mano ya trabajaba sola. Mientras sentía como si fuera otro el que dibujaba los trazos, esbozó una figura sencilla, un rectángulo. En las esquinas añadió unos pequeños círculos, y otro más en el centro. Sin llegar a entenderlo, podía ver el significado de aquel símbolo: su mente era capaz de interpretarlo, aunque no tenía ni idea de qué esquina de la misma había brotado aquella comprensión. «*Peligro*». Significaba pura y simplemente «*peligro*». Sands se giró y se encontró encarando al hombre lobo, ¿qué otra cosa podría hacer? Veía la imagen de aquella criatura borrosa, de hombre a bestia... hombre... bestia. La criatura miraba a Sands, y a la pizarra, pero sus ojos cambiantes no parecían reconocer nada.

La mirada de Kaitlin era más hosca que nunca. Se esforzaba por dejar a un lado su enojo, pero no lo hacía mejor que Sands a la hora de contener el pánico que la inundaba por momentos. En cuanto Chepa comprendiera lo que Sands había escrito. La bestia estallaría con rabia asesina.

Sands casi escuchó perfectamente a Kaitlin decir «*Larguémonos de aquí*». Un instante más tarde, se dio cuenta de que no se había dirigido a él, sino al monstruo.

«*¡Ay Dios, tengo que salvarla!*».

No importaba cuánto pudiera resistirse ella a sus esfuerzos, ni lo poco dispuesta a colaborar que pudiera estar. Si al menos pudiera saberlo, ¡si pudiera ver lo que él veía!

—¿Cuánto por el abrigo? —preguntó Kaitlin a la dependienta—. ¿Siete dólares? —Metió la mano en su bolsillo y dejó unos billetes arrugados en el mostrador—. Aquí tiene. —Entonces se encaminó hacia la puerta... y la criatura la seguía.

«*Deba hallar un modo de hacérselo ver*», pensó Sands. El mundo empresarial no lo había preparado precisamente para pensar con rapidez. Hasta ahora no había tenido éxito, y estaba cada vez más desesperado. Debía seguirlos, conseguir que Kaitlin se quedara sola, y entonces alertarla. La campanilla repiqueteó y la puerta se cerró, y Sands se dirigió hacia ella. La abrió, *ding-dong*, y en ese mismo instante escuchó como Kaitlin decía a su demoníaco compañero: «*Espera aquí un momento, creo que he olvidado algo*».

Ella traspasó el umbral al mismo tiempo que Sands salía, pero se mostró bastante

menos sorprendida que éste. Le incrustó en el pecho dos dedos. Sands retrocedió, tambaleándose, con la mano derecha de ella amenazante frente a él.

—No te *atrevas* a seguirme, hijo de perra —dijo con un brusco susurro. Enseguida se volvió y se marchó de nuevo, dejando a Sands con la boca abierta y la puerta cerrándose de nuevo en sus narices. *Ding-dong*.

Douglas miró a la dependienta, que ante la sucesión de acontecimientos inexplicables mostraba una expresión de aturdimiento y vergüenza. Confundido y desconcertado, Sands volvió al interior de la tienda, cogió la pizarra y la borró con el puño de su manga.

Capítulo trece

Abrazó de nuevo la oscuridad tras abandonar las pútridas aguas. Degustaba el aire como si fuera la primera vez. Aquel fango primigenio se escurría por entre sus ojos, sus oídos, su boca, cayendo a salpicones de vuelta a las aguas estancas en las que había renacido. Su pelaje, apelmazado y enmarañado, se le adhería a la piel. Una extraña sensación en los laterales de su cara y cuello (unas branquias) le hacía ser consciente de que nunca dejaría de respirar, y lo señalaba como una criatura de agua. Colmillos sedientos de sangre y zarpas de obsidiana le concedían los deseos de un cazador.

Respirando la hedionda atmósfera de la gruta y el vapor sulfuroso que emitían las irregulares simas, llenas de pus, que cubrían el suelo de la misma, pudo sentir un cosquilleo en el fondo de su garganta; el rumor del distante recuerdo de un nombre. Intentó pronunciarlo: *Vííííspeera, Víspeeraaa...* Pero su boca era incapaz de articular los sonidos. Se sintió ahogado y escupió unas flemas sanguinolentas y oscuras. Había una historia detrás de aquel nombre. Él mismo era un narrador de historias, o lo había sido. Sin embargo, no le correspondía a él contar esa historia en particular.

Otro nombre lo aguardaba, un nombre de su tierra natal, un nombre más añejo que la propia tierra, más ancestral que el remoto Fomoiro, aquel que se dio el festín con los huesos de los Hombres Primigenios. Él era también un cazador de hombres: exhalaba odio, escupía y hacía rechinar sus dientes ansioso de venganza. Era *Fir Bolg*. Percibía aquel sonido al mismo tiempo dulce y terrible, como las tonadillas tocadas con los tendones de una presa despedazada.

Aún había una historia que esperaba a *Fir Bolg*, una fábula unida a su espíritu, antigua y manchada de sangre, tan ancestral como los cráneos bañados en lodo y los gritos que resonaban en el viento. *Chepa* era el nombre de esa historia, y debía de ser una narración desgarradora y sustanciosa. *Chepa*. Aquel sonido impulsaba un cosquilleo nervioso en el hocico de *Fir Bolg*.

¡*Chepa*! Era incapaz de pronunciar o concebir aquel nombre sin agitarse, sin rascarse el cuero cabelludo con sus garras. Con un mordisco feroz y enloquecido se cortó su propia lengua bífida, sólo para sentir el sabor de la sangre. Se ahorraría aquel nombre. No volvería a pronunciarlo hasta que volviera a crecerle la lengua, hasta que tuviera por fin a su alcance la orgía y el frenesí.

El final de la historia estaba próximo, muy, muy cercano. La chica. La chica era la clave. El principio. El final. Vida y muerte, imperecederas. Se carcajeó, escupiendo con fuerza la sangre que manaba del fondo de su garganta. Tembló, estremecido, y las aguas del estanque, como un amante que le correspondiera, se agitaron al compás del movimiento de su cuerpo.

Capítulo catorce

En señal de duelo por la muerte de la humilde maestra Serpiente de Agua, cinco lobos montaban guardia alrededor de un murete de piedras apiladas, el antiguo santuario ahora despojado de vida. En el corazón del Clan del Claro Aullante ya no quedaba más que una montaña de piedras. Los lobos aullaban desalentados, entristecidos por la defunción de su tutora. Todos reconocían la grandiosidad del mundo espiritual, y eran conscientes de que para abrazar el futuro antes debían resolver sus deudas con el pasado. Sus angustiados gritos, que resonaban disonantes, eran dirigidos a Luna. Ella, con el semblante descubierto, revelando su hermoso rostro, los miraba desde lo alto, concediéndoles la esperanza de que al igual que ella todos lograrían atravesar el período de tinieblas para volver a emerger al servicio de Gaia.

Arroyo Negro marcaba la pauta del cántico, y sus cuatro compañeros lo seguían. No estaba acostumbrado a ocupar tal posición de prominencia, y tampoco a verse abrazado con tanto entusiasmo dentro de la vida del clan. Anteriormente siempre había sido objeto de desprecio, escarnio, resentimiento o, en el mejor de los casos, de forzada tolerancia. Posiblemente su aullido sonara vacilante, pues temía equivocarse, pero también porque su mente estaba en otro sitio. Habitado a no ser bien acogido tanto en el mundo Garou como en el humano, ahora se hallaba dividido entre ambos. Mientras atendía los deberes de su clan, se esforzaba por combatir la distracción de los pensamientos acerca de los humanos: pensaba en Kaitlin a quien se había declarado y quien, pasado el tiempo, le había confesado que le correspondía; pensaba también en el extraño con el que se habían topado aquella mañana, una de las personas a las que ella había acogido en su casa, uno de los que Kaitlin le había alertado que sería capaz de verlo como realmente era, como un Garou. ¿Estaría a salvo Kaitlin unida a esos humanos que de alguna forma eran más que simples humanos? ¿Acabarían ellos por suponer una amenaza para el clan? Ahora no era momento de considerar esas cuestiones, pues el canto fúnebre demandaba la más completa atención de Arroyo. La manada necesitaba toda su energía, su fortaleza, su esencia.

Mientras el aullido de lamento se acercaba a su fin, otra voz, más poderosa y con más experiencia, tomó un nuevo protagonismo. De los cinco Garou, sólo Astillabedules, la Garra Roja, era un lupus natural. Como tal, su dominio del canto de la forma lupina no tenía parangón, y le permitía además ejercitar entonaciones más sutiles.

«¿Un desafío?», se preguntó Arroyo Negro, celoso de sus recién adquiridos derechos de líder. Un ronco gruñido suyo silenció el nuevo aullido. Todos los ojos se volvieron hacia él. Astillabedules percibió la hostilidad. Sin dudar, giró hasta

colocarse con la espalda hacia el suelo, mostrando su vientre a Arroyo. Éste se percató de que no había habido desafío alguno en su cántico: sólo el que él mismo había imaginado. «*El que hace alarde de su dominio cuando no hay verdadera necesidad no es un auténtico líder*», pensó mientras mantenía un embarazoso silencio.

Aún panza arriba, Astillabedules volvió a aullar, esta vez calladamente y no entonando un canto dedicado a la resplandeciente Luna que los contemplaba a lo lejos, sino uno para los Garou reunidos alrededor de aquel murete.

—Nuestro clan volverá a ser consagrado esta noche —dijo entre aullidos y ladridos—. Glorificaremos una vez más nuestro grupo, nuestra manada. Y es justo que nos sometamos ante vos, alfa de la manada, gran anciano del clan. Mi vida pertenece a Gaia, la del clan os pertenece a vos.

Arroyo Negro no salía de su asombro. La adhesión de Astillabedules no tenía nada de falsa modestia y estaba vacía de artificio o ingratitud; sólo mostraba respeto por el orden adecuado, aquel que un individuo lupino considera natural y correcto. Puede que, antiguamente y como lo habían hecho también los demás, lo hubiera considerado con desdén. Pero ahora él era su alfa, y su deber era acatarlo. Los Garras Rojas, los menos humanos de todos los Garou, conservaban inmaculadas las antiguas costumbres, las tradiciones de la Letanía. Así sería hasta que pudiera sentir la obligación de desafiarlo cara a cara. Siempre que Arroyo sirviera al clan, Astillabedules le ofrecería su más incuestionable lealtad.

«*¿Cómo he podido dudar de ella?*», se preguntó Arroyo Negro. Sin embargo, sí tenía toda una vida de razones para dudar de todos los demás, y nadie olvida unas lecciones tan duramente aprendidas en un par de noches. «*Me esforzaré por ganarme su lealtad —pensó—, lucharé por ser merecedor de la misma*».

Mientras pensaba que era hora de que Astillabedules se alzara para que el rito pudiera continuar, en ese momento Claudia Permanece Firme se unió a su compañera de clan, en el suelo y también panza arriba. La protectora del clan había sido siempre la más proclive a aceptar a Arroyo, y vivía sólo para proteger a la manada del Claro Aullante. Cynthia Oreja Suelta era más recelosa a dar su conformidad, pero siguió el ejemplo de su confidente Garra Roja. Ladra-a-las-Sombras fue el último en mostrarse sumiso. Aunque fuera un Colmillo Plateado repudiado era una bestia orgullosa, y parecía someterse más cediendo al deseo de cumplir que por hacer cualquier gesto de reconocimiento a Arroyo Negro como su alfa.

Jamás en su atribulada vida Arroyo había imaginado un momento semejante el que ahora presenciaba. Parecía que le habían sido concedidas sus más descabelladas fantasías; ya nunca más se burlarían de él los miembros de su propia raza. A menudo la bebida le había servido como respiro para la desgarradora realidad, pero aquello no le había supuesto ninguna salida. Ahora, rodeado por cuatro lobos tumbados panza

arriba y valedor de la honra de su manada, Arroyo Negro alzó su mentón y aulló por fin con verdadera fuerza. Aullaba a la Hermana Luna, la guardiana de la noche, la custodia de los espíritus. Su cántico ondeaba entre senderos de gratitud y de lealtad correspondida hacia sus compañeros de manada, y también de ruego por lo efímero y místico que los rodeaba, y que existía en el interior de todo lo mundano.

Tras un único destello de luz cegadora, los Garou se hallaron a sí mismos en una gran llanura; esa extensión era lo único que alcanzaba su vista. El mundo se empequeñecía bajo sus zarpas. La enorme curva del vientre de Gaia se presentaba ante sus ojos, y entonces, justo en el horizonte y sin embargo casi al alcance de la mano, allí se mostró la Hermana Luna, saludándolos. Las últimas notas de su cántico apenas habían abandonado sus labios, y Arroyo Negro ya se había puesto en movimiento, cruzando la llanura en dirección a tan engañoso horizonte. Su manada siguió su estela, nariz con cola, nariz con cola. Por encima de ellos, extendiéndose como para engullirlos, se abría el oscuro e infinito cielo, salpicado por incontables motas brillantes: los rostros cambiantes de las danzantes constelaciones.

Arroyo Negro había pensado en un principio que tres poderosas zancadas le iban a bastar para alcanzar a la Hermana Luna, que entonces iba a poder saltar y aterrizar sobre su hermoso semblante repleto de hoyuelos. Pero fue que esas tres primeras zancadas no sirvieron para aproximarlos, y tampoco las tres siguientes, ni las tres que siguieron a éstas. Bien podría recorrer tres leguas en tres zancadas, que aquello no le serviría de nada. Pero aun así no cesó en su carrera. Fueron diez veces tres leguas, y otras diez veces más, con la tierra deslizándose bajo sus zarpas, y sus hermanos siguiendo su paso, sin dejar de jadear, a su espalda. La llanura no terminaba de extenderse ante sus ojos, y cada vez más se incrementaba la distancia entre ellos. Los Garou, que habían sido una cadena con eslabones fuertemente unidos, formaban ahora un dibujo holgado, una costura que cruzaba el extenso semblante de Gaia, de un horizonte a otro. Arroyo Negro sentía como sus compañeros cada vez se alejaban más, pero era incapaz de frenar su carrera. Aquel antiguo horizonte estaba apenas a un salto de distancia, siempre a una sola zancada, sin importar cuán veloz corriera, sin importar lo que pudieran abrasarle pulmones y músculos.

Ladra-a-las-Sombras fue el primero en perderse de vista; con las patas titubeantes y esforzándose por mantener el ritmo, dio un mal paso, se tropezó y desapareció. Arroyo apenas volvió la vista un instante tras escuchar el grito de desfallecimiento del Colmillo Plateado, pero era el alfa, y no podía parar, no podía detener a la manada. Los cuatro siguieron su camino.

Al frente, la Hermana Luna se distanciaba en el horizonte, cayendo cada vez más y más en el cielo. Con un nuevo estallido de velocidad que le sorprendió incluso a él mismo, Arroyo Negro se lanzó con renovada fuerza al frente. Superó una loma, que tardó un instante en formar parte del horizonte a su espalda, y se adentró en una

enorme sima que hendía la llanura. Con la rabia violentada por la visión de Luna más allá de distantes montañas, saltó. Su hocico bañó de polvo el filo de la sima, apenas una diminuta nube que se dispersaba en las profundidades del olvido, pero Arroyo levantó el vuelo, con las orejas agachadas contra el lomo y el cuerpo afilado contra el viento. Entonces se encogió temeroso del abrazo de la sima y empezó a caer, mientras la gravedad y su impulso jugueteaban en un arriesgado tira y afloja en el que él participaba como premio.

Aterrizó con una gran zancada y se impulsó con sus patas traseras, haciendo caer al vacío la fracción de tierra sobre la que éstas se habían posado. Al frente, vio que Luna había desaparecido por completo tras las montañas. Por la llanura que lo separaba de ellas corría un lobo gris. *«Así que de esto se trata —pensó Arroyo—, Luna ha querido llamarme a una cacería. Pues no flaquearé».*

Volviendo la vista, vio como Cynthia Oreja Suelta, tras superar la loma, frenaba en seco justo al borde de la sima. Su vacilación le había costado cualquier posibilidad que hubiera tenido de superarla con éxito. Ella aulló en señal de alarma, y eso sirvió para alertar a Astillabedules. La lupus, al alcanzar la cima de la loma, estaba preparada. Con un tremendo salto lleno de fuerza, surcó el aire y cruzó el desfiladero, cuya longitud era varias veces la de su propio cuerpo. Idéntica fue la acción de Claudia Permanece Firme, que momentos más tarde atravesó también la hendidura en el terreno.

«No avisé a Cynthia», se quejó Arroyo mientras volvía a centrar su atención en el lobo gris que corría frente a él. No había tenido tiempo, concluyó. De haber dudado no habría cruzado la sima, y ninguno de ellos habría visto a aquel lobo. *«Enmendaré mi error atrapándolo»*, decidió, y se lanzó de nuevo a la carrera, haciendo caso omiso del terrible agotamiento que, cada vez más, hacía mella en él.

El lobo gris corría insolente, como si la propia Luna lo hubiera depositado en ese mismo instante sobre la llanura, como su agente. Mientras Arroyo se esforzaba por mantener el paso, aquel lobo aumentaba paulatinamente su ventaja; la distancia entre ambos crecía lenta pero inexorable. Arroyo Negro apretó aún más el paso, ahora con más fuerza que nunca, y logró mantener la distancia. Entonces, lenta y dolorosamente, comenzó a acortarla. A su espalda resonó el aullido de Astillabedules, y la respuesta de Claudia Permanece Firme: eran ladridos de ánimo. Ellos también debían de ver que Arroyo se aproximaba a su presa, y lo alentaban para que corriera con más fuerza. Sus zancadas se hicieron más largas, más poderosas, y la tierra se deslizó con más brío bajo sus patas. El lobo gris mantenía su paso firme, pero Arroyo le ganaba terreno.

Por fin podía avistar un final en aquella llanura aparentemente interminable. Ante sus ojos, en las estribaciones de unas escarpadas montañas, se abría un bosque. El lobo gris se deslizó veloz entre los árboles, hasta perderse de vista. Pero Arroyo

Negro era un cazador sin igual, y más ahora que sus sentidos estaban libres del efecto adormecedor del alcohol. Así, no tuvo problemas en seguir el rastro. Arroyo se lanzó como una flecha entre los árboles, subiendo y bajando una loma tras otra, una tras otra. No pasó mucho tiempo cuando se sintió asediado por el hambre. El estómago le crujía como si no hubiera comido en días, y mientras seguía adentrándose en el bosque, aquel apetito se hizo más y más intenso, hasta el punto de que le pareció llevar corriendo no sólo días, sino incluso años. Sus patas, débiles y correosas, pesaban toneladas. Cada paso se convirtió en una batalla, una proeza de su voluntad, pero aun así no cejó en su esfuerzo.

Cuando el rastro del lobo gris cruzó una veloz corriente de agua, Arroyo decidió cambiar a su poderosa forma de rabia para saltar. Sin perder el paso, se abalanzó sobre el agua, agarró un pez de escamas plateadas con la mano e inició el gesto de llevarlo a sus colmillos.

—Espera un momento —dijo el pez, un lustroso salmón. Arroyo detuvo su mano, pero continuó corriendo. El estómago le ardía pidiendo comida, tanto como sus pulmones hacían lo propio ansiosos de aire—. Perdóname la vida —dijo el pez—, y te indicaré cómo hacerte con lo que anhelas.

Arroyo dudó, inseguro de poseer la fuerza necesaria para contener su avidez. Un vacío le roía el interior, y la furia de su forma de Crinos ardía en deseos de sentir como los colmillos desgarraban carne y despedazaban espinas. Pensó: «*Estoy en el mundo espiritual, y nada ocurre aquí sin razón*». Quizá aquel pez quisiera engañarlo, pero recordó que su madre Theurge. Galia Hija de la Lluvia, le había dicho una vez que el salmón era una criatura de sabiduría mística. El Clan del Claro Aullante ya había sufrido bastante por la falta de sabiduría.

—Esté bien, pero date prisa —gruñó Arroyo, que paró por un momento.

—Devuélveme a mi riachuelo —dijo el salmón.

—Pero está en dirección contraria. —Ahora sí que Arroyo sospechaba que le quería tender una trampa. Gruñó y levantó el salmón hasta acercarlo a su boca.

—Devuélveme a mi riachuelo —dijo el salmón—, y te contaré qué debes hacer. Cómeme y saciarás tu hambre momentáneamente, pero seguirás surcando colinas y montañas sin llegar a alcanzar nunca aquello que buscas.

Arroyo prolongó su duda, la pista del lobo gris se enfriaba más a cada segundo que pasaba, pero ¿y si el salmón no lo estaba engañando? Entonces se giró y obligó a sus cansadas patas a correr de vuelta al arroyo.

—Ya estamos —dijo al llegar junto al riachuelo—. Ahora, dime.

—Muy bien —dijo el salmón—. Mira ahí. —Levantó una aleta y señaló.

Arroyo Negro observó, y a través de un claro entre los árboles distinguió las montañas, al otro extremo del bosque. Apenas divisible sobre un sendero que ascendía por los cerros, una diminuta manchita se desplazaba: era el lobo gris,

demasiado alejado ya para ser perseguido.

—¡Por tu culpa he fallado en la cacería! —bramó Arroyo. Hasta el más pequeño de sus músculos le ardía de dolor y agotamiento, y supo que no tendría modo alguno de alcanzar al lobo gris. Enfurecido, estrujó al salmón.

—¡No tan rápido! —aulló el pez, asustado, con los ojos saliéndosele de las órbitas—. El premio en la cacería no siempre lo cobra el más veloz, también es para el más sabio.

—Habla rápido —dijo Arroyo con un chasquido de su dentadura— si no quieres que tenga el estómago más sabio de toda la Teluria.

El salmón le tomó la palabra:

—El camino por el que avanza el lobo gris, al oeste de las montañas, serpentea una y otra vez hasta alcanzar la ladera opuesta. Debes avanzar por ese otro lado —dijo el pez, señalando con la aleta contraria—: hacia el sur. Allí podrás atravesar las montañas. Apresúrate, y esta carrera será tuya. Ah, y otra cosa más...

Pero Arroyo ya había lanzado al salmón por los aires, de vuelta a su riachuelo. La criatura aterrizó en el agua sin levantar ni una sola salpicadura.

Arroyo Negro se lanzó a toda prisa en dirección oeste. Sospechaba que, a estas alturas, Astillabedules y Claudia debían de estar a punto de alcanzarlo. «*Deberían seguir al lobo por el paso del oeste —pensó—, para que éste no pudiera darse la vuelta y escapar por el camino que ahora recorría*». Había dos caminos por los que adentrarse: el que había tomado el lobo gris, hacia el oeste, y el de Arroyo, hacia el sur. «*¿Cómo sabrían cuál tomar?*»

—¿Por qué no se lo dices tú mismo? —dijo una voz que descendía sobre Arroyo llevada por un aleteo. Búho se posó en su hombro tras descender en picado. El pájaro espiritual preguntó—: ¿Has olvidado todo lo que te enseñé tiempo atrás? ¿O es que has pasado tanto tiempo escondiendo aquello que es imposible cambiar, que ahora has olvidado cómo hacer algo que tienes en tus manos?

La repentina aparición de Búho sorprendió a Arroyo, pero aquella reprimenda consiguió atraer su atención. Sabía bien a qué don espiritual se estaba refiriendo Búho: era uno que llevaba muchos años sin emplear, ya que casi siempre había estado buscando evitar a sus compañeros Garou, sin intención alguna de comunicarse con ellos.

«*Astillabedules, Permanece Firme —dijo conjurando esos nombres en la mente de sus compañeros de manada—. ¿Habéis alcanzado ya el arroyo que cruza el bosque?*»

«*Lo tengo justo a la vista*», respondió Astillabedules.

«*Y yo estoy justo detrás de ella*», añadió Claudia.

«*Bien —pensó Arroyo Negro—. Pues cruzadlo y dirigíos hacia el oeste a través del paso que cruza las montañas. Debéis impedir que el lobo gris escape de vuelta*

por ese sendero». Ambos estuvieron de acuerdo, y de nuevo Arroyo recuperó la propiedad absoluta de sus pensamientos.

Arroyo reemprendió su marcha; Búho lo siguió desde las alturas y se posó en una rama, frente a él.

—Arroyo Negro, si los espíritus conceden dones es por una razón. Si decides ignorarlos, deberás atenerte a las consecuencias.

«*Dones y sabiduría*», pensó Arroyo. Los primeros deben emplearse, la segunda, buscarse.

Unas zancadas más allá del árbol de Búho, el bosque llegó a su fin; sencillamente dejó de existir. Arroyo no volvió a encontrarse en medio de una llanura; en lugar de ello se vio frente a un escarpado muro de rocas. Las montañas se alzaban ante él, hacia el cielo, como una fortaleza impenetrable. Sintió un ligero alivio en sus piernas y pulmones al detenerse para contemplar con inquietud el paisaje: el muro de piedra no tenía ni una sola grieta, ni mostraba sendero o paso alguno, apenas algún asidero que utilizar para escalar.

—Ese salmón me ha tomado el pelo —murmuró mientras jugueteaba con la idea de regresar al riachuelo para vengarse de aquel espíritu. «*¿Pero cuáles fueron exactamente las palabras del pez?*» Arroyo se esforzó por recordarlas. No habló de un camino, de escalones o un sendero. «*Hay una forma de atravesar las montañas*», recordó Arroyo. «*Atravesar*». Entonces recordó la reprimenda de Búho: «*Si los espíritus conceden dones es por una razón. Si decides ignorarlos, deberás atenerte a las consecuencias*».

Con el apremio que siente un cazador que ve cómo se le escapa la presa, Arroyo se abalanzó sobre el muro de piedra y empezó a rascarlo. Sus garras brillaban con el poder del mundo espiritual, y tal y como el temperamental Tejón le había enseñado tiempo atrás, Arroyo comenzó a excavar. Entre chispas, se abrió paso por el interior de la montaña. Se empleaba a una velocidad endiablada, dejando atrás rápidamente el bosque y el riachuelo, a Búho y a Salmón. Se reclinó, sin dejar de avanzar, y hacía pasar los escombros y la roca entre sus patas extendidas. Zarpas y garras se le calentaban cada vez más y brillaban en la oscuridad, bajo la montaña. En algún lugar a su espalda, Astillabedules y Permanece Firme habrían cruzado el arroyo, surcarían a toda prisa el bosque, y probablemente ahora estarían trepando por el paso de montaña. Delante de ellos, quizá por encima del propio Arroyo, el lobo gris corría para dejar atrás las montañas y alcanzar aquello que pudiera esperarlo.

Arroyo Negro siguió esforzándose entre tinieblas, con los brazos y hombros tan castigados y fatigados como hacía sólo un momento había tenido las piernas. Respiraba el arenoso polvo en el interior de su excavación cuando, sólo un instante más tarde, la penumbra explotó en lo que a él le pareció una brillante luz, pero que en realidad sólo era el cielo de la noche y el brillo de Luna, con el rostro entero y

encarando el oeste. Tropezó al no hallar oposición sus garras, y se encontró al borde de una nueva llanura sin fin que se extendía hasta Luna. Aturdido por haber abandonado de forma tan repentina las tinieblas y el calor, la noche se le antojaba muy fría. De sus garras y su pelaje apelmazado y sudado surgían volutas de vapor. Apenas había tomado el primer aliento de aire fresco cuando vio al lobo gris descendiendo a toda velocidad por una ladera cercana, en el fin del paso que había tomado al otro lado de las montañas.

Arroyo se percató que aquel lobo gris era mucho más grande de lo que a él le había parecido en un primer momento, desde la distancia. La criatura medía en su cruz tanto como su forma Crinos. Se había entregado a sí mismo y a su manada en aquella cacería, y a su espalda tenía la inmensidad de la llanura que había atravesado; no estaba dispuesto a dejarse amilanar. Mientras saltaba, vio en los ojos del lobo un destello familiar: uno era castaño y el otro verde. Arroyo ya estaba en el aire...

Una enorme zarpa con grandes garras lo agarró del cuello. Al frenarse tan repentinamente el impulso de su embestida, a punto estuvo de romperse el pescuezo. Arroyo escupió y tosió a la cara de su presa que, empleando una sola mano, lo mantenía en el aire.

—Me perseguiste hasta que fui yo el que te cazó —dijo el lobo espiritual, que en menos de un segundo había cambiado a forma de rabia y se elevaba muy por encima de Arroyo.

Éste carraspeó cuando la mano endureció la presa alrededor de su garganta. Arremetió contra su presa, pero ésta no dejaba de sostenerlo en el aire, y no tenía forma de impulsarse contra ella. Frente a sus ojos tomaron forma unas luces, y a sus oídos llegaron los sonidos de unos gruñidos. No eran de su captor, sino de unas voces familiares: las de Astillabedules y Permanece Firme, que cargaban montaña abajo, siguiendo el mismo sendero que había cruzado el lobo espiritual un momento antes.

—¿Pensáis salvarlo? —dijo el lobo gris, oculto tras las luces tintineantes—. ¿A esta *cosa*? ¿Esta criatura informe, este jorobado?

—Es de nuestra manada —refunfuñó Astillabedules en tono amenazador.

—Es nuestro alfa —gruñó Permanece Firme en lengua Garou.

—¿Y estáis dispuestos a morir por él? —preguntó el lobo.

—Tú eres quien va a morir —dijo Astillabedules entre babas.

—Haremos lo que haga falta —dijo Permanece Firme—. Pues es nuestro alfa.

De repente la mano que agarraba la garganta de Arroyo alivió su presa. Fue a parar al suelo, y un instante después se puso de pie, agitando la cabeza para espantar a la última de las luces, aspirando aire profundamente para aliviar sus maltrechos pulmones.

—Parece que al fin he hallado una manada merecedora de mis atenciones —dijo el lobo. Arroyo, por fin con la vista aclarada, reconoció entonces a aquella criatura a

la que había perseguido hasta que había sido ésta quien le había dado caza—. Has atendido a mis consejos —dijo Meneghwo. Había abandonado su forma de Crinos y ahora era un Lupus gigante. Su pelaje ya no era gris, y ahora mostraba las célebres manchas marrones, grises, negras y rojas que Arroyo conocía—. Volviste la vista hacia el futuro, pero aún hay asuntos que debes solucionar.

Astillabedules y Permanece Firme, aún en posición de ataque, dudaron qué acción adoptar. Quizá recordaran el modo en que aquel lobo de pelaje moteado había puesto fin a aquella pelea que podría haber arrebatado la vida a Arroyo, en casa de la chica humana. Consideraron las palabras de aquel misterioso extraño y observaron a Arroyo que, percibiendo verdad en las palabras de Meneghwo, se echó al suelo. Se giró hasta quedar patas arriba, mostrando su vientre al lobo espiritual. Instantes más tarde. Astillabedules y Permanece Firme lo imitaron.

El lobo gigante, que se alzaba sobre ellos, esbozó una sonrisa.

—Ahora os diré lo que ha de suceder.

Capítulo quince

Ahora ni siquiera Clarence tenía algo injurioso que decir. En realidad parecía no tener *nada* que decir.

—Repítenoslo una vez más —pidió Julia a Sands. Ya no era la arpía, esa Florence Nightingale.

Douglas respiró profundamente y suspiró.

—Una vez más.

Debía de haber contado ya cada detalle al menos una decena de veces: mientras Hetger conducía, y cuando ambos fueron a la lavandería de la cercana ciudad de Morey Este; y al menos la mitad de las ocasiones de vuelta en la casa, con Julia y Clarence. Sands estaba cansado e irritable, y la inyección de adrenalina por lo que había sucedido se había consumido hacía ya varias horas. Sin embargo, en cierto aspecto no le importaba repetirlo. Hetger y Julia no reaccionaban con horrorizada incredulidad, como hubiera podido hacer cualquier persona cuerda y en una situación normal. Le urgían a contar más detalles, intentando ponerlo todo en orden y averiguar cuantos más pormenores mejor. Para Sands, que en el transcurso de las últimas semanas se había mostrado incapaz de creer lo que sus ojos veían, el crédito de sus compañeros le suponía un gran alivio. Sólo Clarence parecía no tener ninguna pregunta que hacerle. Permanecía sentado, con la vista fija en el suelo.

—Como John estaba en la tienda de comestibles, aproveché para encaminarme a la tienda del Ejército de Salvación —empezó a decir Sands—. Como ya os conté, entonces fue cuando vi que Kaitlin y ese tipo también se disponían a entrar.

—Dijiste que estaban discutiendo —dijo Julia—. ¿Estás seguro de que ella no intentaba librarse de él?

—Ya os lo he dicho, no estaban *realmente* discutiendo, sólo... —Sands había explicado también aquello antes. «*Diablos*», pensó, «*Julia ha pasado por un matrimonio malogrado, debería entenderlo*»—. Sólo estaban, ya sabes, como riñendo. Al menos eso es lo que parecía. Esa fue la impresión que tuve. Pero sí estoy bastante seguro de que ella no trataba de sacárselo de encima. Fue ella quien lo agarró por la manga para meterlo en la tienda. —Sands miró entonces a Clarence, que seguía mostrándose indiferente.

—Muy bien —dijo Julia—. De modo que reñían, y entonces ella lo metió en la tienda.

—Eso es, y yo los seguí hasta el interior.

Douglas no había mencionado, ni tenía intención de hacerlo, que su primer impulso fue el de evitar a la chica. Eso sólo serviría para molestar a Clarence.

—¿Cuánto tiempo pasó entre que ellos entraron y lo hiciste tú? —quiso saber Julia.

—No sé... puede que un minuto o dos. —Sands trató de visualizarse recorriendo la manzana de edificios y se sorprendió al comprobar lo poco precisa que era su memoria respecto al paso del tiempo—. Tres o cuatro como mucho. ¿Qué diablos puede importar eso?

—Puede que nada —dijo Julia con crudeza. No soportaba que nadie fuera impertinente con ella—. O puede que todo.

—Douglas —interrumpió Hetger—, estas cuestiones específicas pueden o no revelarnos algo interesante, pero sí es posible que sirvan para recordarte algo que hayas podido olvidar, algo a lo que no dieras importancia en su momento, algo que pueda finalmente resultar clave.

Sands volvió a respirar profundamente.

—De acuerdo. De modo que entré en la tienda y los vi mirando ropa, como cualquiera hubiera hecho.

—¿Qué clase de ropa?

—Él cogía un abrigo —recordó Sands. Aquella imagen se le había quedado grabada—. Un abrigo de invierno. Y justo en ese momento dejó de parecerme un tipo corriente.

—¿Qué aspecto había tenido hasta entonces? —preguntó Julia—. Cuando te parecía un chico normal.

—Mugriento. Con el pelo largo, oscuro. Bastante desaliñado. Parecía llevar tiempo sin afeitarse.

—¿Te has mirado últimamente al espejo? —dijo Julia mordaz.

Sands resopló, pero siguió hablando:

—Parecía que tenía algo de chepa. Se erguía de forma extraña.

—¿Y cuál fue su aspecto cuando cambió? —dijo Hetger.

Sands se estremeció con una súbita y violenta sacudida. Por un instante revivió el pánico de estar frente a una bestia monstruosa, casi como en la pesadilla de un niño. Aunque aquella criatura lupina carecía de la feroz malevolencia del merodeador, sí había estado rodeada de una hirviente furia y empapada en una violencia, casi apenas contenida, que había hecho que con sólo mirarla, e incluso sólo con pensarlo ahora, las piernas le temblaran.

—Garras —dijo—. Y dientes. Con la boca ensangrentada, chorreando babas...

—¿Cómo era de grande? —preguntó Hetger.

—Me sacaba bastante más de medio metro, y eso que estaba jorobado. Tenía la chepa más pronunciada que cuando me pareció un hombre. Estaba por completo cubierto de pelo. Un hombre lobo... —musitó Sands, sin albergar ni una sola duda acerca de lo que había visto, pero sin dejar de tener que recordarse que aquellas cosas sí eran posibles en el nuevo mundo en el que había despertado—. Un hombre lobo en toda regla.

—Pues no debía de serlo en realidad —dijo Julia. Sands la fulminó con la mirada—. Quiero decir, que no se apareció como acostumbra a hacer, pues los demás, al contrario que tú, no lo veían por lo que era en realidad.

—Porque no podían —dijo Sands, consciente de lo que ella quería insinuar—. No reaccionaban frente a él. Hubieran... Quiero decir, sus ojos... sus ojos eran... Me hacían sentir como un corderito. Tenía la mirada de... de un cazador. Seguro que ellos no lo sabían. La chica tras el mostrador... Kaitlin...

—Ella lo sabía —dijo Clarence rompiendo su silencio—. Vaya que si lo sabía.

Clarence no había apartado la mirada del suelo. Por un segundo. Sands se preguntó si había imaginado aquel comentario, pero entonces Clarence lo repitió:

—Lo sabía.

Sands miró a John y a Julia. Ambos parecían entender a qué se había referido su compañero.

—¿Qué quieres decir? ¿A qué te refieres con que lo sabía?

—Es como nosotros —dijo Hetger.

—Como nosotros.

—Una elegida. Una imbuida.

—¿Es una cazadora? —Pues si lo sabía, Sands era incapaz de imaginar por qué iba a querer acompañar a aquella criatura a... ¡a comprarse un abrigo, por el amor de Dios!

—No todos los elegidos son cazadores —dijo Julia—. Precisamente tú deberías saberlo mejor que nadie.

—¿Qué yo debería...? —A Sands le hicieron daño aquellas palabras. Aquella puya le había alcanzado de pleno. Empezó a caminar en círculos por la habitación—. ¿No podrías ser algo más condescendiente, Julia? Me refiero a que podrías dejar por un momento de regodearte viéndome pasarlas canutas.

—Es un hecho —dijo Julia, defendiéndose—. Hay personas a las que no les preocupa para qué puedan servir esos poderes, ni tampoco el motivo por el que ellas los poseen. Es gente que se aparta a un lado. Tú eres la prueba viviente de que existen, y Kaitlin también.

—¡Ay Dios! No me compares con ella —espetó Sands—. Puede que quiera regresar a mi antigua vida, a mi vida normal, pero tengo los ojos bien abiertos. Quizá no forme parte de vuestra pequeña cruzada, pero protegeré a mi familia cuando tenga que hacerlo. Ese vampiro está muerto, fue destruido, desapareció para siempre. No eludí ninguna responsabilidad. No lo invité a tomar té. No salgo por ahí con un hombre lobo, Dios mío, así que no me compares con ella. Traté de alertarla. Intenté ayudarla.

—*Siempre tú...* —dijo Clarence levantándose repentinamente, con el ceño fruncido—. Eres incapaz de pensar en nadie más, ¿no es así? Pues deja a un lado tu

adinerado culito blanco y tu cabecita de club de campo: todo esto no te concierne. Ya nos dejaste bien claro que no te importa qué podamos hacer ni qué pueda ocurrirnos. Perfecto, entonces no hay vuelta de hoja, querido, guárdate esas lamentaciones para ti. Esto no es asunto tuyo.

—¿Y puedes decirme de quién es asunto? —dijo una voz femenina desde la entrada. Era Kaitlin. Sus palabras sonaban suaves pero incisivas.

Ninguno de ellos la había oído entrar. La discusión había ahogado cualquier otro sonido, y ella era especialmente silenciosa; una fuerte brisa hubiera bastado para disimular el eco de sus idas y venidas. La primera reacción de Sands fue la de bochorno, por pensar que pudiera haberle escuchado hablar sobre ella. Ese sentimiento lo enojó, y decidió que no debía preocuparse. «*Demonios, intenté ayudarla. Podría haber hecho enfadar a ese monstruo y lograr que me matara, y a ella le habría tenido sin cuidado*».

—¿Quién es ese novio tuyo? —preguntó fríamente Clarence.

Kaitlin titubeó. Pero a diferencia de la noche anterior, en esta ocasión no rehuyó las miradas del grupo. No había en su rostro expresión alguna identificable, pero tras esa ejercitada cara de póquer se escondían la rabia y el resentimiento. Cualquier vínculo familiar que pudiera unirlos a ella y a Clarence estaba indudablemente deteriorado y crispado, por no decir ausente a todos los efectos.

—Ya os dije que no me importa que os quedéis aquí por algún tiempo —dijo en un forzado tono calma—. Eso es todo.

—¿Quién es ese novio tuyo? —volvió a preguntar Clarence, como si ella no hubiera hablado.

—Cierra el pico, Clarence. —Kaitlin no se amedrentaba. No se dejaba intimidar por las imperativas de su hosco primo.

—¿Quieres decirme quién es ese novio tuyo? —volvió a preguntar Clarence, como si su rabia pudiera bastar para hacerle escupir la respuesta.

«*Sería mejor preguntar qué es tu novio*», pensó Sands, pero conocía perfectamente la respuesta a aquella pregunta. Un hombre lobo. «*Dios bendito*».

—Hago lo que me da la gana —dijo Kaitlin.

—Y lo haces con quien te da la gana, ¿no es esa la cuestión? —replicó Clarence con desdén. Kaitlin se mordió el labio, y no respondió. Los primos sostuvieron sus miradas. Y finalmente Clarence negó con la cabeza—: ¿Cómo has acabado metida en un lío así? Lo cierto es que siempre estás con el agua al cuello.

—No te pedí permiso para nada —dijo Kaitlin.

Hubo otra pausa. Sands, Julia y Hetger bien podrían no haber estado en la habitación; nadie habría notado su ausencia.

—A mi no se me ha pasado por la cabeza preguntarte porqué necesitas quedarte aquí —dijo finalmente Kaitlin—. Ni lo sé, ni me importa. No soy quién para decirte

lo que debes hacer.

—Pero él es el enemigo —dijo Clarence con rotundidad.

—¿El enemigo? —se burló ella—. ¿Y qué demonios se supone que significa eso? ¿El enemigo...? ¿Por qué? Porque tú lo dices.

—Ya sabes por qué.

—¿Oh, de veras?

—Muchacha, te has juntado con bichos raros y perdedores. Con drogadictos, chulos y putas, pero ese tipo...

—¡No sabes de lo que estás hablando! —explotó—. Siempre hablas sin saber, pero nunca pierdes el aplomo. ¿Piensas que siempre tienes razón, no Clarence?

«*Tiene razón*», pensó Sands. Miró a Julia y a Hetger. Ser espectadores de aquella riña entre primos parecía incomodarlos tanto como a él, pero aquel asunto trascendía al ámbito familiar. Involucraba a todos, ya que, independientemente de lo que pudiera pensar Kaitlin, aquel tipo no era *humano*. Pero nadie sacaba el tema. Parecían temer hacerlo. Los cazadores ya lo habían discutido, pero tratar el asunto con un extraño a ellos podría, de algún modo, hacerlo más real. Sands reconocía esa indecisión. Él mismo había tenido el mismo sentimiento respecto al merodeador. La presión no haría otra cosa que crecer, crecer y crecer.

—¡Es un hombre lobo! —intervino Sands—. Y lo sabes bien, ¿no es así, Kaitlin? Puedes verlo. Es un hombre lobo. —La tensión, con la entrada de Sands en la conversación, no sólo no se disipó, sino que acabó de cristalizar. Kaitlin y Clarence dirigieron su furia hacia Sands, como si lo creyeran sin derecho a intervenir—. Sé lo que vi —dijo Douglas—. Es posible que esté loco, pero no soy ciego y tampoco estúpido. —Volvió la vista hacia Julia y Hetger, pero ambos permanecieron expectantes; no eran familiares de la chica, y no habían visto lo que Sands. No podían hablar con conocimiento de causa, así que prefirieron mantenerse callados.

—No soy ninguna estúpida —dijo Kaitlin con frialdad, desafiante.

—Pero sí lo bastante necia para pensar que algo que tenemos que matar pueda ser tu amigo —dijo Clarence.

Ella dirigió su mirada a Clarence y a Sands, con los ojos inyectados en sangre, y los orificios nasales aleteando.

—Os quedareis el tiempo que necesitéis —dijo finalmente—. Pero ni un solo día más. En cuánto os sea posible, os quiero fuera de mi casa... de *mi casa* —repitió antes de abandonar enfurecida la habitación y encaminarse escaleras arriba.

Capítulo dieciséis

El viento del norte aullaba donde no le correspondía. Se adentraba por los recovecos del Árbol de las Cenizas, y los restos de todos los Garou que habían ardido en el pasado se arremolinaban formando pequeñas espirales. Tres puñados por cada uno, esquirlas de hueso y finas cenizas de ataúdes inquietos; ninguno conocía la paz desde que los espíritus habían huido de aquel árbol marcado por un rayo, y que ahora era sólo una cáscara, la Ceniza era sólo un roble, el lugar del descanso eterno que no ofrecía descanso alguno.

A Arroyo Negro aquel viento le erizaba el pelaje. No era por el frío, sino por la lástima y la rabia. Sus orejas de lobo se erguían al arrodillarse él ante el viento de los espíritus, el viento de la muerte. Levantó el hocico y añadió su voz a los ruidos de la noche, como si su aullido pudiera ahogar al viento que no debía estar en aquel lugar. Cuatro voces se unieron a la suya, embraveciendo su llamada. Así con todo, el viento no cesó de revolver su pelaje mientras jugueteaba con las cenizas.

*Buscamos la paz para nuestros muertos —entonó Arroyo en su cántico,
y la fuerza para los vivos.*

Sus compañeros le sirvieron de eco, el resonar de aullidos idénticos a su son que hilaban tonadillas en el gran telar de la Tejedora.

*Paz para nuestros muertos.
Fortaleza para los vivos.
Madre Gaia, escucha nuestra llamada —suplicó Arroyo.
Nacimos de ti, y a ti volveremos.
Nacimos de ti, volvemos a ti, entonó la manada.
Madre Gaia, escucha nuestra llamada.
Hermana Luna —canturreó Arroyo—, escucha nuestra llamada.
Una noche después de tu resplandor completo,
yo nazco del menguar de La Luna Guerrera.
Hablo en nombre de mi gente.
Él es el alfa.
Hermana Luna, escucha nuestra llamada.
Lobo espiritual, Meneghwo, escucha nuestra llamada.
Te hemos perseguido hasta que fuiste tú quien nos alcanzaste.
Volvemos la vista al futuro para enmendar los errores del pasado.
Volvemos la vista al futuro.
Enmendar los errores del pasado.
Meneghwo, escucha nuestra llamada.*

Buscamos la paz para nuestros muertos, y la fuerza para los vivos.

Paz para nuestros muertos.

Fuerza para los vivos.

Una vez más, los Garou del Clan de Claro Aullante entonaron sus aullidos a los cielos: a Gaia, a Luna, a Meneghwo el lobo espiritual. Al unísono, buscaban limpiar sus errores del pasado, librarse de la ceguera que les había impedido ver, lavar las manchas que habían mancillado su honor.

Paz para nuestros muertos.

Fuerza para los vivos.

Su aliento humeante se elevó hacia los cielos, abriéndose paso por el gélido aire, ascendiendo imperturbable, sin ser sacudido por viento alguno de norte, sur, este u oeste. Las cenizas de los muertos por fin se asentaron para ser contempladas, mientras el cántico de la manada se transformó en vítores y ladridos de júbilo. Cinco lobos, bañados bajo la luz de la luna, rodeaban al árbol muerto, saltando y girando en círculos a su alrededor. Cada uno mordiscaba la cola de su compañero, y gruñía y bufaba para mayor gloria de Gaia. Entonces, Arroyo sacó una manta raída, un paño tejido en el que, entre otros muchos olores, destacaba el suyo propio.

Una ofrenda para Gaia, para los espíritus, para la manada —entonó.

Para Gaia.

Para los espíritus.

Para la manada.

Y entonces todos los lobos se arrojaron sobre la manta. La rasgaron y la despedazaron, y en unos segundos ya no quedó nada de ella, apenas hilos y hebras, parches de tela levantada al viento entre vítores y gruñidos. El mundo de los Garou volvía a asentarse. Bajo el amplio semblante de Luna, todos corrían y bailaban.

Del cielo sin nubes empezó a caer una lluvia espiritual, y las gotas se helaron hasta convertirse en copos de nieve que cayeron sobre los lobos y los cubrieron de blancura y pureza. Cuando el último jirón de manta se humedeció y se cubrió de nieve, los Garou fueron incapaces de contener su furor. Como una presa que estallara, se lanzaron desde el Árbol de las Cenizas hasta lo profundo del bosque, y entonces, con sus aullidos resonando entre los árboles, dieron inicio a la cacería.

Capítulo diecisiete

Al infierno todos, los odio. Sobre todo a Clarence. Lo habría esperado de esos extraños, de esos blanquitos. Bueno, lo cierto es que también debí haberlo sospechado de Clarence. La familia se siente siempre con derecho a decirte todo lo que se le antoje. Por primera vez en mi vida es él quien acude a mí en busca de ayuda, pero eso parece que no le importa. Sólo se preocupa por enderezarme la vida. Ojalá hubiera podido decirle todo esto allí abajo. Son tantas las cosas que me gustaría haberle dicho, si se me hubieran ocurrido... Siempre me pasa lo mismo. Enloquezco, lo revuelvo todo y quiero gritar, y luego, cuando ya estoy en otro lugar, se me ocurre lo que podía haber dicho. Al diablo con todo. Al diablo con ellos.

El bueno del parlanchín estaba bastante calladito esta noche. La mujer también. Es del tipo de persona que desea agradar a todo el mundo, siempre se esfuerza por mostrarse apacible y razonable, y nunca encuentra las palabras a usar en medio de una discusión. Al diablo con él. La vida no es para nada apacible y razonable; no funciona así. Por mí se puede ir al infierno, y ella también. Seguro que no deja de pensar ni por un momento lo contenta que está de no ser yo. Imaginará todas las cosas en las que me equivoqué, todo eso que ella nunca habría hecho, pensará en todas las razones por las que nunca podrá acabar como yo. Pero no sabe nada sobre mí. No sabe una mierda. No sabe por lo que he pasado. Sólo porque como yo pueden ver fantasmas y cosas, se creen que pueden saberlo todo sobre mí, que conocen mi forma de pensar. Creen que somos iguales, y piensan que yo he tomado las elecciones incorrectas, y que ellos han elegido siempre bien.

Luego está el bueno de Clarence, ése sí que piensa que no se equivoca nunca. Todo lo hace tan bien. Claro, por eso lo metieron en la cárcel, por eso lo echaron del trabajo. Nunca se equivoca. Menudo bastardo. Que lo jodan. Por mí se puede ir al infierno. Yo al menos reconozco que no soy perfecta. No conozco a mucha gente que lo haga. Por lo que sé, Jesucristo hace mucho que dejó esta cloaca. Y qué diablos, si Clarence lo viera andando por la calle... ¡querría volarle la cabeza! «*Se supone que deben seguir muertos*», —diría—. Siempre tiene todas las respuestas.

Y ese otro tipo es aún peor. Otro blanquito deseoso de decirme cómo debo actuar. Allí en la ciudad creía estar ayudándome. Mierda, si era yo quien *lo ayudaba*. Dios sabe qué podría haberle hecho Arroyo de haberse dado cuenta de que era uno de los tipos que están quedándose en mi casa, uno de los que pueden verlo como es en realidad. Por un momento pensé que ese capullo iba a señalarlo y a empezar a chillar. Creí que Arroyo iba a poner patas arriba aquella tienda, a matar a don blanquito sabiondo, y probablemente también a esa perra que estaba detrás del mostrador. Mierda, no sé qué hubiera podido llegar a hacer Arroyo de haberse enfurecido. Ya he visto antes lo que los de su clase pueden hacer. Lo vi a través de la ventana del bar, a

través de mis dedos que atravesaban la ventana. Como una mosca en la pared. No quiero que vuelva a estar tan cerca de suceder. No quiero que Arroyo pueda perder los estribos. Puedo sentir cuándo va a ocurrir. Percibo que está tan cerca de aflorar que un simple empujoncito, una palabra equivocada, pueden bastar para hacerlo estallar. Diablos. Mejor no pensar en eso. Pero ese capullo del piso de abajo no sabe lo cerca que ha estado de dar su último consejo. Que se vaya a la mierda. Que se vayan todos a la mierda.

Debí haber cogido algo para comer. No he tomado nada en todo el día, excepto esos dulces de la máquina dispensadora, en el trabajo. Arroyo no quería que volviera, pero ya le dije: «*No me hagas elegir. No me hagas elegir*». Además, sabe que intento conseguir que Floyd nos ayude. Que nos ayude con esa mierda que se escapa del laboratorio. La corrupción del Wyrn, como la llama Arroyo. Maldición, seguro que para Floyd eso no tiene sentido alguno. Bueno, dijo que lo comprobaría, pero aún no habrá tenido tiempo de hacerlo. No hay problema. ¡Pero que se asegure de mirarlo! Que no me haga cambiar de idea sobre él. Sé que quiere ayudar. Lo puedo ver en su cara, en sus ojos. Lo único es que no entiende lo que ocurre, y yo tampoco se lo he explicado demasiado bien, probablemente no hubiera sido capaz ni entendiéndolo. Arroyo no pudo explicármelo del todo, fue incapaz de convencerme de que era verdad: tuvo que demostrármelo. Sólo ve y compruébalo por ti mismo, Floyd. Ve allí y echa un vistazo con tus propios ojos.

Estoy sentada en el borde de mi cama, con los puños cerrados como dos pequeñas rocas. Hay demasiadas cosas que me hacen enfurecer. Llevo mucho tiempo arreglándomelas sola, y ahora todo el mundo parece haber aterrizado en mi puerta al mismo tiempo, y todos sin nada mejor que hacer que joderme la vida. La luz de mi habitación está apagada, así que puedo ver bien lo que ocurre fuera. Está nevando otra vez. Son copos pequeños, pero gruesos. Es la clase de nieve que puede estar cayendo durante horas y horas, incluso días. Lo cubrirá todo. No ayuda cuando intentas volver a empezar. Pero antes o después se derretirá, claro que en esta zona suele ser más bien después. La nieve se derrite, y al final descubres que sigues atrapada en el mismo asqueroso mundo, con las mismas asquerosas personas. Me parece escuchar aullar a los lobos en la lejanía. Seguramente será sólo mi mente tratando de joderme. Tengo la cabeza llena de lobos. Después de dejar la ciudad, Arroyo estaba enfrascado en la idea de volver con su manada. Manada, así lo llama él. Como lobos o perros. Manada. Ya sé que él no es como yo, que es distinto a la mayoría de la gente, pero a veces dice cosas que me hacen recordar lo diferente que es. Él y los de su clase. Lo divertido es que eso es lo que él mismo me dice. Es terrorífico ver como combaten y se despedazan los unos a los otros, y también cuando matan a personas. Sin embargo, en realidad no es del todo *distinto*. Diablos, he conocido a muchos tipos terroríficos, gente que disfruta haciendo daño a la gente, a la

que le entusiasma actuar así. No es tan diferente. Y Arroyo no lo hace de forma intencionada. Simplemente se enfurece. He conocido a muchos que actúan del mismo modo. El propio Clarence es así.

Me ruge el estómago. Es una lástima, porque no pienso bajar. No con esos tipejos ahí. No con Clarence esperándome. Estuve toda la tarde dando vueltas para evitar volver a casa y encontrármelos. No debería ser así. No tendría que estar huyendo de mi propia casa. Al infierno. Que se jodan todos. Y tú también, Clarence. Especialmente tú.

Tengo mucha hambre. Bueno, no es para tanto. A ver si puedo engañar un poco al estómago. Me arrastro bajo la cama y cojo una caja de cigarrillos. Me lío un porro. Me siento culpable, como si debiera estar escondiéndome. ¿Y qué si lo huelen allí abajo? ¿Qué mierda me importa? Es mi casa. ¿Que no les gusta? Pues que se larguen. ¿Qué van a hacer, llamar a la poli? Como si no supiera que a ellos es justo a quienes tratan de evitar. ¿Por qué si no habrían venido aquí? Capullos...

Aspiro el humo. Lo mantengo en mi interior. Lo dejo escapar suavemente. Y aspiro de nuevo. Cierro los ojos. Los abro y veo las volutas de humo que he exhalado subir hasta el techo. Sigo haciendo lo mismo durante un rato más. Un largo rato más. Dejo que la tensión abandone mi cuerpo y se escurra por las rendijas de mi maltrecho colchón. No hay nada que pueda hacer que el mundo y todo lo que hay en él desaparezca, pero al menos puedo olvidarlo todo por unos instantes, ignorarlo, aparentar que no existe. ¿Qué pueden ser una o dos horas comparadas con dos años? Sigo dando caladas hasta que casi me quemo los dedos. Podría pensar que entre mis pocas posesiones mundanas debería tener una boquilla, pero no hay suerte. Doy otra última calada más, me acabo quemando los dedos. Dejo caer la colilla y la tiro fuera de la cama. La veo brillar por unos segundos sobre el suelo de madera, antes de consumirse.

No oigo nada en el piso de abajo. Nadie discute, no se escucha el repiqueteo de las tablas del suelo. Intento pensar que se han marchado. No me preocupa adónde pueden haber ido. No pienso echar a perder un buen colocón. No me importa lo que puedan hacer. No me preocupa nada de lo que pueda haber ahí fuera. Me tumbo en la cama, me deslizó a un lado para que uno de los muelles rotos no se me clave en la espalda. Miro las goteras del techo y me echo a reír. Recuerdo a una vieja amiga, Maleva. Era húngara, o albana, o polaca... algo así. Le encantaba pasar ácido. Vaya, esas gotas de agua del techo tienen una pinta curiosa. El chulo de Maleva le rompió la mandíbula con un bate de béisbol. Hubiera sobrevivido si aquel bastardo no la hubiera dejado inconsciente, ahogándose en su propia sangre.

Me arrastro por debajo de las mantas. Me siento a gusto tapada. Me da seguridad. Me caliento. Aún estoy algo colocada, pero no consigo dormir. Las goteras no son producto de mi imaginación, pero me imagino que forman la cara de Maleva. Sé

perfectamente que no se parecen en nada, llevo mirando esas goteras cientos de noches. Eso es lo que pasa con los porros. A veces escapar de la realidad del mundo consciente sólo hace que el inconsciente, o el subconsciente, como quieras llamarlo, espere en una esquina para patearte el culo. Unas caladas no alejarán a los espíritus que me atormentan. Más bien al contrario, eso casi siempre acaba atrayéndolos. Nunca he podido convencerme del todo de que son malos. ¿Los espíritus son gente que ha muerto, no es así? Y no todo el mundo es malo, así que, ¿por qué iban a serlo todos los espíritus? ¿Por qué diablos quiere Clarence matarlos a todos?

De eso nada. No voy a volver a pensar en él. Ahora mismo ni siquiera me acuerdo de quién es.

Arroyo no es humano. No es del todo humano. No es *simplemente* humano. Pero, diablos, teniendo en cuenta la clase de humanos que he conocido... tipos que ni siquiera se merecían el aire que respiraban, ¿qué hay de malo en no ser del todo humano? Yo misma no sé si lo soy. Puede que *ya-sabes-quién*, ése en quien no estoy pensando, también quisiera matarme. Pero entonces también tendría que matarse a sí mismo, y también a todos sus amigos. Me río nerviosa. Es más un bufido que una carcajada. Tendría que matarlos a todos primero, antes de matarse a sí mismo. A menos que se matara y luego volviera como un fantasma para acabar con todos ellos, pero entonces tendría que volver a darse muerte a sí mismo. Eso le haría feliz. Muerte por todos lados.

Estoy divagando. No consigo decir nada que tenga sentido. ¿Pero qué más da? Siempre se me pasa al poco rato. Debo pensar en... no pensar en nada. Me concentro en respirar. Hincho el pecho. ¿Cuánto tiempo podré contener el aliento? Son demasiadas molestias para averiguarlo. Y además, ¿a quién le importa? Vuelvo a hinchar el pecho. Ahora suelto el aire. Respiro. Los latidos de mi corazón se ralentizan. Es fácil, divertido... esto ya es otra cosa. Sólo estoy yo con mis pulmones ralentizados. El corazón nos sigue el ritmo. Cuento los latidos, pero pierdo la cuenta pasados... ¿cuántos, veinte, treinta? Bueno, los que sean.

Debo de tener el cerebro aturdido. No escucho el escarbaren la ventana hasta que la corriente de aire capta mi atención. Es tarde, ya ha trepado hasta el interior de la habitación. Puede que hallara un modo de abrir la ventana silenciosamente. Quizá los latidos de mi corazón me tenían completamente fascinada. Se sacude la nieve de encima de su cuerpo. Me río, en esta ocasión no es un bufido, sino una risa entre dientes. Odio como resoplo cuando me río. Llevo mucho tiempo sin razones para poder hacerlo, pero el modo en que se sacude, como lo haría un perro... Pienso en eso un segundo. Quizá la idea no sea tan divertida después de todo. Está demasiado próxima a la verdad.

Se acerca a la cama. No está la manta sobre la que solía echarse en el suelo. Me fijo y no está. La manta. Me pregunto adónde habrá ido a parar. Debe de haberse

escurrido bajo la cama. Se quita el abrigo que le compré esta misma tarde. Lo llevaba puesto. Eso me hace sonreír. Incluso con el cielo encapotado, la nieve fresca, el temporal de nieve, un pálido rayo de luz parece proyectarse desde los altos ventanales hacia el interior de la habitación. Lo observo desvestirse. La forma en que la chepa le hace encorvarse le da aspecto de hombre de las cavernas. Nunca me ha preocupado demasiado su figura grande, fuerte, desgarrada. Ahora tampoco. No es ningún estúpido. Sólo tiene un aura algo... primaria. Tiene aspecto de cazador, pero no de esos que disparan a patos a ciegas y se reúnen a beber cervezas con sus compinches cazadores, sino de los que dan caza a su presa y le desgarran la garganta con sus dientes de depredador. Sé bien que eso es lo que es. Un cazador. Es extraño. Así es como se hacen llamar Clarence y sus amigos. Ni siquiera conocen el verdadero significado de esa palabra. Claro, quizá rastrearán a algún hijo de puta zombificado y harían trizas su cráneo. Cuando ese tipejo en la tienda pensaba que necesitaba que viniera a rescatarme, le debería haber presentado a Arroyo; le hubiera enseñado lo que puede hacer un verdadero cazador. Diablos, Arroyo tiene diez veces lo que ellos de pretenciosos en instinto de supervivencia, y eso es decir muchísimo.

Lo que yo necesito es un superviviente, alguien a quien le den una patada en el culo y se levante. Incluso para mí misma es difícil admitir que necesito a alguien. Arroyo lo sabe bien. Él también está aquí, al fin y al cabo. Es gracioso que necesite lo mismo que yo. Somos el uno para el otro. Es mucho más difícil ser fuerte por uno mismo.

Viene hasta mí, se acurruca a mi lado bajo los restos de la colcha, me tira de la ropa. Puedo sentir lo ansioso que está por poseerme, percibo su hambre. Lo beso con fuerza, me sale solo. Ahora por fin me olvido del resto del mundo, únicamente ocurre cuando estamos los dos solos. Su boca es cálida. Sabe y huele a... sangre. Dios mío. No dejo de besarlo. Me siento atraída hacia su mundo, hacia su alma. Tengo los ojos cerrados, pero siento que todo da vueltas a mi alrededor. *Mi visión*. No, ahora no. Como siempre, no me escucha. Quería un cazador, pues bien, ahora puedo ver a través de sus ojos: corro por el bosque, me deslizo entre árboles, saltando arbustos y con el viento de frente, me muevo velozmente, mi cuerpo despide poder... Los copos de nieve casi ni me tocan, giran cediendo a mi ímpetu. Un ciervo, puedo oler su miedo, corre, salta, pero soy más veloz. Aúllo para que mis hermanos puedan escucharme, y sepan que yo seré quien dará alcance a la presa. Nunca me había sentido antes así, tan natural, con todo en su lugar. Acorto la distancia, cada vez estoy más cerca, lanzo un mordisco a una de las patas traseras, giro la cabeza y el hueso se rompe, se astilla. El ciervo cae. Puedo sentir el dolor, el cazador lo conoce bien, pero es breve, los colmillos sobre la garganta son misericordiosos, y por fin todo termina. Escucho a mis hermanos aproximarse, pero tengo el hocico enterrado en su vientre, la primera ración de la presa debe ser para el miembro de mayor rango. Saboreo las

frescas entrañas, engullendo, con el vapor manando desde sus tripas como una plegaria a Luna.

Arroyo trata de zafarse. Volvemos a separarnos. De nuevo somos dos individuos diferentes. Mordisqueo su labio. Está sangrando. Lo libero, y él suelta su carne de la presa de mis dientes. Sonríe; aunque haya probado la sangre de su boca, en sus ojos aún hay hambre. Entierra su cara en mi nuca, y coge un pellizco de mi piel con sus dientes hasta que chillo. La angustia se ha subordinado a la urgencia y al hambre. Abro los ojos, Dios, mi *visión* otra vez. Veo a un hombre lobo arremetiendo contra mí, y prefiero cerrar los ojos. Lo reconozco por el tacto, le clavo las garras, mis dedos, mis dedos y mis uñas, en la carne. Él ataca de nuevo a mi garganta, la chupetea, saborea mi propia sangre como lo hago yo con la suya y la de su presa. Lo siento sobre mi pierna. Lo agarro del pelo, empujo su cabeza contra mi pecho, arqueo la espalda en respuesta a sus lametones...

Siento el estallar de cristales. La ventana. Está destrozada. Hay trozos de cristal por todas partes, cortantes y afilados. Grito asustada mientras me arrebatan a mi amante. Unas garras tan negras como la noche se clavan en su cuerpo, apartándolo de mí.

—¡Chepa! —aúlla una trémula pesadilla. Sus ojos bullen de locura y muerte. Su negra lengua bífida escupe veneno y sus colmillos amarillentos chorrean gotas del mismo líquido asqueroso.

Vuelvo a gritar, pero ahora de puro terror. Me aparto a un lado, tengo que salir de la cama, de la habitación, de la casa; escapar a cualquier lado, pero entonces me quedo helada. No. No soy yo sola... la criatura también, todo a mi alrededor. Mi *visión* juguetea con la realidad, puede que sencillamente con mi percepción de la misma, no estoy segura, pero el mundo parece pararse. De nuevo empieza a moverse, pero ahora puedo verme a mí misma, veo mi propio cuerpo desnudo, cayendo desde la cama al suelo, intentando correr pero siendo incapaz de mover los pies, luchando desesperado, arrastrándose y rodando hacia la puerta. Contemplo como la pesadilla salta sobre la cama, abalanzándose sobre mí. Su pelaje está repleto de parches de pelo chamuscado. Volutas de un humo de olor acre bullen de su enmarañado pelaje, se entremezclan con el humo del porro y hacen que el aire sea demasiado espeso de respirar. Veo como intento gritar, pero la criatura me agarra por el pelo. Tira de mi cabeza, su fuerza es terrible, y algo en mi cuello revienta. Su otra zarpa me desgarró la garganta, unas garras color obsidiana despedazan hasta la última fibra que hubiera podido emplear para gritar, para respirar, para vivir.

Mi sangre encharca el suelo en el que, en otro tiempo, un extraño solía acurrucarse sobre una manta. Satisfecho, el monstruo se aleja de mi cuerpo. Mi maltrecha cabeza choca con estrépito contra el suelo de madera. Estoy muerta, mi cadáver retorcido yace cabeza abajo, sobre un charco de mi propia sangre... Qué asco

de viento.

Satisfecha, la visión se desvanece. Estoy medio tapada por mi colcha, observando a la bestia que está posada sobre mi cama. Me resisto al primer impulso de huir, de actuar como una presa. Me sonrío. Tiene una sonrisa enloquecida, repleta de dientes. Parece saborear el momento. Aunque lo deseo más que nada, no puedo correr, sé lo que ocurriría entonces. Me abalanzo sobre la criatura, dejo que la rabia y el miedo tomen el control, trato de saltarle sus malditos ojos. Un chasquido de su mandíbula, la mueve como tratando de matar a una mosca, y vuelve a reír. No siento nada. No puedo creerlo. Sólo me limito a contemplar lo que solía ser mi mano, donde solía estar. El demonio se carcajea socarronamente, saborea mi sangre con sus labios.

Mi mano... Dios... Me falta medio brazo, aprieto el muñón contra mi cuerpo. Dios mío. El monstruo se ríe con la boca llena de mi sangre, me salpica la cara, el pecho. El líquido chorrea de mi brazo. Intento girar, caigo de la cama, aterrizo con fuerza contra el suelo de madera, sobre el hombro. El diablo está listo para saltar, con la sonrisa babeando sangre... y de repente Arroyo está sobre él. Bufando, ondeando sus garras y sus colmillos, mordiéndolo y lanzándole tajos con una velocidad deslumbrante y una fuerza increíble, cualquiera de sus golpes podría bastar para acabar con una persona. Con un humano.

Me arrastro por el suelo, hacia la puerta. Me muevo lentamente, casi como un gusano. Como el animal, dejo también un rastro. Me río. Mi propio cuerpo chorreante deja un rastro de sangre, mientras me arrastro apoyada sobre mis codos, buscando alejarme de la habitación. No debería asustarme aquí. No debería morir aquí.

Capítulo dieciocho

El estrépito del estallido de cristales despertó a Sands con tanta delicadeza como lo hubieran hecho unas astillas clavadas bajo sus uñas. Se levantó de un salto, arrancado de sus alborotados sueños por una realidad igualmente turbulenta, y con el pulso a cien por hora. Estaba solo, en la habitación que había reclamado para sí, bañado por la pálida luz de la nieve que caía cansinamente en el exterior. Aunque sentía que el ruido procedía de muy lejos, miró a su alrededor, aterrorizado. Un instante más tarde atrajo su atención un espantoso grito que procedía del piso de arriba. Sintió movimiento en la habitación contigua: Clarence, Julia, Hetger. Sands salió de un salto de su saco de dormir, enredándose las piernas, buscó a tientas sus zapatos, pero encontró sólo uno y lo tiró al suelo enfurecido. Se abrió paso hasta el pasillo y vio como Clarence subía a tumbos por las escaleras.

—¿Qué ocurre? —chilló Sands a su espalda, pero Clarence ya había desaparecido.

Entonces otro grito. Femenino. Era Kaitlin. Sands no sabía qué hacer. Julia y Hetger pasaron a toda velocidad junto a él para correr también escaleras arriba. Hetger llevaba una pistola. Douglas intentó decirles algo, pero tenía la boca demasiado seca para hablar. Decidió seguirlos, y encendió el interruptor de la luz de la escalera hacia el piso de arriba. Llegó al rellano justo cuando una explosión pareció sacudir toda la casa. Instintivamente, se encogió y se tapó los oídos con las manos. ¿Serían granadas? No, no había sido eso: era la recortada de Clarence. Éste debía de haberla llevado consigo, aunque Sands no había tenido tiempo de verla. Escuchó otra descarga, y volvió a encogerse. Al fondo, en el dormitorio de Kaitlin, observó el fogonazo del disparo. Aquella breve iluminación reveló una escena sobrecogedora.

Había tres figuras agachadas junto al suelo, en el espacio que iba entre el lugar que ocupaba Sands al final de las escaleras y la puerta que daba al dormitorio de Kaitlin. En realidad dos de los cuerpos estaban agazapados. Hetger, con la pistola en ristre, observaba la descarga de la recortada; Julia, mientras tanto, centraba su atención en la tercera figura... Kaitlin. Yacía en el suelo, con los ojos vidriosos y la cabeza medio levantada. Estaba cubierta de sangre, y reía y lloraba al mismo tiempo.

Dios mío.

La luz de las escaleras iluminaba débilmente el pasillo, y después que el repentino destello del dormitorio se apagara, el piso de arriba pareció quedar en penumbras. Aturdido, después que el eco de los disparos dejara de resonar en sus oídos, Sands empezó a distinguir los sonidos que provenían del dormitorio. Eran aullidos inhumanos, demoníacos, bramidos guturales interrumpidos por súbitos estrépitos y enfurecidos gemidos de dolor. Parecía el alboroto de dos perros que estuvieran despedazándose el uno al otro.

Sands se agazapó, imitando a sus compañeros. Había estado intentando buscar, con poco entusiasmo, otro interruptor de la luz, pero de repente luz era lo que menos quería en aquel momento. Por nada del mundo quería ver qué era lo que producía aquel clamor infernal, y aún menos deseaba *ser visto*. Rodeado de oscuridad, era incapaz de quitarse de la cabeza la imagen de Kaitlin cubierta de sangre. Debía de estar agonizando. Había tanta sangre... Era como le sucedió a Jason, con el pecho despedazado, con una costilla arrancada, con todos los órganos internos batidos en un amasijo de sangre. Pero aquello había sido obra del merodeador. Después de aquella noche en las cloacas, Sands se había considerado capaz de enfrentarse a cualquier cosa, pero el fragor de la furia y el baño de sangre emanando de la habitación contigua hacían que el merodeador pareciera en comparación un boy scout.

—J-John... —consiguió articular—. Julia... —No podían oírlo. Apenas si podía escucharse a sí mismo, y el histérico sollozar de Kaitlin y los sonidos de la disputa primaria y letal que se libraba en la habitación ahogaban sus patéticos susurros—. Tenemos que ayudar a C-Clarence —tartamudeó Sands. La única forma que tenía de obligar a su mente a escupir algún pensamiento, a liberarse del terror que la apresaba, era hablando—: ¿Clarence? —Mientras avanzaba un torpe paso al frente, encontró respuesta a su pregunta.

Clarence, un intimidante Clarence grande y poderoso, apareció volando desde la puerta del dormitorio de Kaitlin, arrojado por los aires. Tras completar el vuelo, fue a parar con su cabeza y sus hombros contra la pared contraria, dejando una marca en la escayola. Se estampó contra el suelo, muerto, inconsciente o aturdido, sólo Dios lo sabía. Su recortada repiqueteó al caer a su lado. Sands sentía que el corazón se le iba a salir por la boca.

La criatura estuvo en el pasillo antes de que a nadie le diera tiempo a ir junto a Clarence. Era negra: negra como la brea, como el carbón, como la pestilencia. Sands no podía evitar que los ojos se le fueran tras aquella figura, pero aun asiera incapaz de distinguirla. Parecía absorber la menor pizca de luz que los árboles cubiertos de nieve que había más allá de la ventana pudieran dejar pasar. Sobre su oscura figura, dos ojos color carmesí refulgían con fuerza. Eran rojos y brillantes, y rebosaban ganas de matar por el simple placer de hacerlo. La criatura clavó su mirada en Clarence, y avanzó hacia él.

—¡Quédate ahí! —dijo Hetger.

Aquella oscuridad andante se detuvo. Los ojos rojizos se entornaron y su imponente mirada escudriñó todo el pasillo, observando al resto de los humanos que lo habitaban. Sands tuvo que hacer un gran esfuerzo para no mearse encima. Deseaba darse la vuelta y lanzarse escaleras abajo. Pero no lo hizo. Clarence había sido derribado, pero quizá aún estaría con vida. Con Kaitlin ocurría tres cuartos de lo mismo. Y Julia y Hetger iban a necesitar ayuda. Douglas miró a un lado y a otro

buscando un arma, cualquier cosa que poder asir; pero no había nada.

John sí que empuñaba un arma, y ahora la criatura no se movía. Resoplaba y emitía unos sonidos que parecían espantosos ladridos, y cuando su saliva salpicaba el suelo o las paredes, éstos hervían y se prendían. Una fina capa de humo asfixiante empezó a cubrir el pasillo. Le escocían los ojos. La criatura no se movió. Se quedó estática donde estaba, como John le había ordenado, como había hecho con el merodeador. Levantó su pistola y disparó una ráfaga. Una de las balas hizo estallar la ventana que tenía la bestia a su espalda, algunas otras dieron en el blanco, y al menos una de ellas atravesó el cráneo de la criatura, entre sus brillantes ojos. La bestia retrocedió, aulló de rabia y dolor, pero cuando se retiró las manos de la cara, la carne y los huesos que habían sido despedazados hacía un segundo recuperaron su antigua forma. La bestia sonrió, dedicándoles una mueca malévola y hambrienta. Entonces desapareció. Se desvaneció sin más. Se volatilizó.

—¿Pero qué...? —John movió su pistola a un lado y a otro, apuntando a toda la extensión del pasillo, pero no había nada a lo que apuntar. La bestia negra había desaparecido, aquella monstruosidad igualmente vil a ojos humanos y de la naturaleza se había evaporado. Parecía como si, en menos de un parpadeo, hubiera dejado de existir.

Sin embargo, Sands podía sentir que aún estaba allí, con ellos, acechándolos. *«Esto no puede estar ocurriendo —pensó frenéticamente—. Esto no puede estar ocurriendo, no puede ser real. Estas cosas no existen. He debido perder la cabeza. Creo que esta vez he perdido la chaveta del todo. Debo de estar tumbado en algún hospital, sumido en un profundo coma, agonizando, y mi cerebro debe de haberse aburrido»*. Deseaba que aquello fuera cierto. Deseaba estar en otro sitio, no estar a punto de morir a manos de una criatura que ni siquiera debería existir, ¡un ser que hacía unas semanas no existía, al menos no en el mundo que había conocido! *«No es justo, —pensó—. Matamos al merodeador. Ya cumplí con mi parte. Esto no puede estar pasando»*.

Pero sí estaba pasando, y volvió a quedar atrapado en medio de la acción cuando la bestia, tal y como se había volatilizado, volvió a reaparecer con la misma brusquedad. Ahora estaba justo a la espalda de Hetger.

—¡John! —Sands sintió como la energía le recorría el cuerpo. No podía ver morir a su amigo, no permitiría que eso ocurriese. Con un solo movimiento, Douglas arrancó uno de los postes del pasamanos de la escalera y embistió contra la bestia, gritando con todas sus fuerzas.

Hetger escuchó su aviso y se giró. El sonriente demonio le arrancó la pistola de la mano y le escupió. John se echó las manos a la cara y se derrumbó hacia atrás, chillando, con la carne chamuscándosele, crepitando y cubierta de ampollas burbujeantes. El yeso y las tablas del suelo frenaron bruscamente su caída, y Hetger

aterrizó junto a Kaitlin, que ahora guardaba silencio y levantaba la vista como esperando encontrar su muerte.

—¡No! —gritó Julia, aún agachada junto a ellos, en el suelo. En ese momento estalló un esplendoroso fogonazo dorado que lanzó chispas en todas direcciones. Parecía producto de la descarga de un relámpago que hubiera alcanzado el pasillo.

La oscura bestia se tambaleó, con sus orejas lupinas agazapadas junto a su cabeza. Casi en ese mismo instante, Sands estampó la barra del soporte del pasamanos justo entre las orejas de la criatura. La madera hizo un ruido seco y se astilló, y al mismo tiempo se escuchó un satisfactorio estallar de huesos. Mientras empezaba a sentir un agudo dolor en la espalda, Douglas incrustó el extremo astillado del poste de madera justo entre los omoplatos de la criatura, ensartándole la improvisada estaca en la espalda.

Con una velocidad casi imposible, la bestia, en vez de caer derrumbada, se giró. Sus ojos rojizos se clavaron en Sands, al que le empezaron a temblarle las piernas. «*Debería estar muerto —pensó enfurecido—. No es justo. Voy a morir inútilmente*». Douglas se dejó caer en el suelo, incapaz de resistirse al agudo dolor de los acalambrados músculos de su espalda. Si al menos pudiera continuar luchando... Pero el haber arrancado el poste de la baranda de la escalera y haberlo empuñado con una fuerza de la que se creía incapaz había pasado factura en su cuerpo.

Al hombre lobo, con su pelo sarnoso y su carne sudorosa, aquello no le preocupaba. El brillo de sus ojos le decía que hubiera disfrutado dando caza a Sands, enfrentándose a algo más parecido a un desafío en lugar de acabar de un manotazo con aquel patético humano. Julia estaba detrás de la bestia, a cuatro patas, buscando la pistola de Hetger, aunque no demasiado segura de que pudiera servirle de algo. La monstruosa criatura se echó un brazo larguirucho y desgarbado a la espalda, se arrancó el trozo de baranda con un gesto de dolor y entonces bramó y movió la cabeza como diciendo «*Así está mejor*». Entonces se agachó, dispuesto a hacer tragar a Douglas aquel poste ensangrentado.

Al instante siguiente, Sands fue a parar de lleno contra el suelo, con el monstruo rodando sobre él en medio de una maraña de pelo y chasquidos de garras. Aquella vil y oscura bestia no estaba sola. Otra nueva criatura, toda garras, sangre y muerte, formaba parte también del enredo de gruñidos y quejidos.

«*Genial. Nos van a arrasar*», pensó Sands. Entonces, en ese mismo instante, dolorido y aterrorizado, se dio cuenta de que la otra bestia le había *salvado* la vida. «*¿Por qué diablos habría hecho algo así?*». Esas criaturas se alimentaban de carne humana. Podía verlo en sus ojos, en la forma en que sus cuerpos poseían una fuerza y una velocidad más letales de las que cualquier cuerpo tenía derecho a poseer. Pero verdaderamente se estaban enfrentando entre sí. «*Quizá estén decidiendo quién va comernos*», pensó.

Fuera cual fuera el motivo, ambos se empleaban con una ferocidad tal que Sands se obligó sí mismo a olvidarse del dolor en su espalda para alejarse de allí como fuera. Ambas bestias se embestían, se recuperaban y se golpeaban con una velocidad tan increíble y de un modo tan letal que él apenas podía seguir sus movimientos. El nuevo elemento en la refriega era también bastante oscuro. Jadeaba y sangraba, y tenía unos terroríficos cortes en el pelaje. Sin embargo, su piel no despedía un vapor semejante al de los pozos sulfurosos del averno, como hacía la de la otra bestia.

La primera de las diabólicas criaturas lupinas ladró algo que recordó vagamente a unas palabras humanas, *¡Chepa!*, o algo parecido. Ambos se separaron entonces, durante unos breves instantes. Sands vio como el segundo monstruo se alzaba de forma extraña: tenía una horrible joroba en la espalda, y entonces lo reconoció como la criatura con la que se había encontrado aquella mañana. En ese momento ambas bestias volvieron a enzarzarse, en un caos de sangre y pelos. Los oscuros demonios se atacaron ferozmente, hundían con fuerza colmillos y garras en la carne, atacando y contraatacando, mordiendo, produciéndose tajos. En medio de la refriega brotó entonces un alarido de dolor. Unas fauces se cerraron con fuerza, y un giro de cabeza bastó para hacer aterrizar un brazo en el suelo, junto a Sands. Era un brazo de color negro... ¿pero a cuál de las dos bestias pertenecería?

Una sangre viscosa y de color marrón brotó de la extremidad seccionada, y de ella surgieron gusanos que excavaban la carne, como si ya estuviera muerta. El demonio infernal que emanaba vapor chilló y se agarró con el brazo sano el muñón que tenía ahora en su hombro derecho. La segunda bestia lupina se le acercó para certificar su muerte.

Sands era incapaz de apartar sus ojos del brazo que yacía en el suelo. Sintió una macabra satisfacción por la agonía que sufría la bestia, pero en absoluto alivio. Estaba seguro de que todo lo que había cambiado era la identidad de la bestia que iba a darle muerte. Un sentimiento de repugnancia se apoderó de él con la misma fiereza que los pastosos y retorcidos gusanos abandonaban el brazo caído. En lo más profundo de su interior no dejaba de crecer, y lo hacía con mucha más fuerza impulsado por el asco que sentía por la hedionda, sangrienta y parásita corrupción que correteaba frente a sus ojos. No podía soportar por más tiempo ver aquellas criaturas, esas ofensas vivientes hacia la naturaleza, y se esforzó por imaginarlos separados del que era su mundo. Pero formaban parte de él. Sólo había un mundo, y estaba repleto de abominaciones dispuestas a darle caza, a él, a su familia, a sus amigos. Entonces, en su garganta, algo cedió, chasqueó, y su repugnancia tomó forma, arremolinándose, batiéndose. Enfrentado con la irrefutable realidad y la inminente muerte vomitó, escupiendo una nube agria y abrasadora. Y como si aquella nube fuera la misma esencia de su alma, se sintió vacío al expulsarla, poco más que una masa informe de músculos, yaciendo en el suelo sobre su propia bilis, que fluía a chorros por su boca y

su nariz. Sands no dejaba de retorcerse y estirarse, incapaz de deshacerse de todo el asco que se había apoderado de él.

A lo lejos, vagamente, escuchó unos alaridos agónicos, y pudo percibir el olor a carne y pelo chamuscado. Una sombra sobrevoló su cabeza, una oscuridad más intensa y maléfica que la más oscura penumbra imaginable. Entonces sintió el estallar de unos cristales. ¿No había sido así cómo había comenzado aquella pesadilla? Douglas abrió los ojos por un instante para ver cómo la segunda bestia lupina saltaba por encima de él, aterrizaba en el otro extremo del pasillo y atravesaba la ventana rota. Sands dejó que la cabeza le rebotara contra el suelo de madera. El charco de sangre y vómitos le servía de almohadón. De nuevo cerró los ojos. Intentó escupir, como si tuviera esperanza alguna de deshacerse de aquella sensación abrasadora que le inundaba la boca y la garganta. Las bestias se habían marchado y él seguía con vida, aunque eso no sirviera ahora de mucho. No deseaba más que levantarse y alejarse de todo aquello: del pasillo, de la sangre, de los cuerpos, de la casa, de su dolor, de aquel cruel e inexorable mundo... Unas manos se posaron sobre sus hombros, zarandeándolo. Alguien le hablaba, casi gritándole.

—¡Douglas, levanta! ¡Necesito que me ayudes! —Era Julia. No iba a dejarlo descansar. No le concedería ni un solo momento de paz—. Venga, levanta. —Tiraba de él, lo obligaba a levantarse, lo reclinaba contra la pared, levantándole los párpados. No dejaba de zarandearlo.

«Déjame», intentó decir Sands, pero se sentía incapaz de transformar ese pensamiento en palabras. No iba a dejar de zarandearlo. Lo veía venir. «Déjame, no te atrevas a abofetearme, mierda. Si me das una torta, ya puedes ir rezando que...».

Julia le dio un tortazo. Sands abrió los ojos, y de su boca salió una retahíla de maldiciones y babas.

—Bien. Puedes decir lo que quieras, pero levántate —le ordenó. Y entonces se marchó.

Sands se sentía demasiado furioso para volver a dejarse caer. Vio que Julia corría hasta llegar junto a Clarence, comprobaba si respiraba, le buscaba el pulso. Volvió antes de lo que Sands hubiera deseado, tirándole del brazo, ayudándolo a ponerse en pie. Kaitlin aún yacía en el suelo, con la mirada perdida. Tenía un torniquete en el brazo, bueno, mas bien donde ahora le acababa el brazo, unos centímetros por debajo de su codo. Hetger estaba también tirado en el suelo, estremeciéndose de dolor, con las manos en la cara.

—Ayúdame a llevarlo al baño —dijo Julia—. A la bañera. ¡Vamos! —Volvió a zarandear a Sands, y esta vez logró hacerle entrar en acción. Su espalda se esforzaba por hacerle volver al suelo, por obligarlo a acurrucarse tembloroso; pero luchó por combatir ese impulso, ayudó a Julia a levantar a Hetger, a arrastrarlo hasta el baño y a colocarlo bajo el grifo de la bañera. El agua corría fría y con bastante presión, y John

parecía aliviarse en cierto modo. Finalmente lo colocaron en el suelo, reclinado contra el lavabo. Y entonces Sands se sintió desfallecer, y cayó de rodillas.

—Creo que Clarence esta bien —dijo Julia. No parecía preocuparle que Douglas apenas estuviera escuchándola. Hetger tampoco daba muestras de estar haciéndolo. Hablaba sólo por oírse hablar a sí misma, para demostrarse que estaba viva—. Si se ha lastimado el cuello o la columna... eso no puedo saberlo. No lo sé.

Sands, a punto de caer de bruces, se esforzaba por no derrumbarse sobre John. Ahora tenía la cara casi pegada la suya. Se le empezó a nublar la visión, y cuando consiguió centrar su mirada estaba lo bastante cerca de Hetger como para ver claramente los agujeros de carne consumida que tenía en las mejillas y la nariz. Sus ojos enfocaron entonces lentamente otros dos cráteres de mayor tamaño, la piel ennegrecida y retorcida. De los huecos que solían ocupar sus ojos brotaban ahora gotas de agua, que caían por su cara. Sands se sacudió hacia atrás, y se golpeó contra la bañera al tratar de levantarse, completamente aturdido. Fue tambaleándose hasta el pasillo y estuvo a punto de caer sobre Kaitlin. Ella estaba ahora sentada, agarrando la mano, *su mano*. La volvía a tener en su sitio. Allí donde antes no había habido más que un muñón de huesos y carne. La chica lo miró como sin comprender. Sands volvió la vista atrás, cada vez más confundido, y entonces lo envolvió la oscuridad.

Capítulo diecinueve

Arroyo Negro era incapaz de aspirar suficiente aire fresco con sus pulmones. Parecía como si su jorobada espalda impidiera a su pecho ensancharse de forma correcta. Respiraba tan profundamente como podía, pero aun así se sentía casi asfixiado, consumiéndose por efecto de la vil sustancia que el humano le había arrojado. «*No el humano —se recordó Arroyo a sí mismo—. Porque era algo más que un humano, más peligroso que un humano*». Sentía también como le ardía la piel. Tras sofocar el fuego, el pelo se le había caído a puñados, y la piel se le había agrietado y desprendido, arrugándose como hojas marchitas. Todo eso encima del efecto igualmente abrasador de la saliva de Canción de Víspera. En realidad no había sido exactamente él, se dijo Arroyo. Pudo reconocer un reflejo de su antiguo compañero en aquellos ojos de psicópata, pero no quedaba apenas nada de lo que había sido Canción de Víspera. «*Cuando no quede realmente nada será cuando acabe con él*», pensó Arroyo. Pero antes debía atrapar a esa criatura y ahora apenas podía respirar, así que mucho menos rastrear o cazar. Rodar sobre la nieve alivió un tanto sus quemaduras. Arroyo tosió y carraspeó, escupiendo sangre.

«*Debo ir a por los otros —pensó—, a por mi manada*». Sentía un cierto consuelo en aquellas palabras: tenía una manada a la que reclamar ayuda. En el pasado, nunca antes había sido así. Toda su vida había sido un miembro del Clan del Claro Aullante, pero nunca había sido aceptado en una manada. Los tiempos habían cambiado sobremanera, y aquella noche actuaría como alfa de la única manada que quedaba en el clan. Con aquel pensamiento regresaba junto a sus compañeros, apresurándose por volver antes que la pista se enfriara demasiado. Sin embargo, nada más empezar a correr, dudó. Su pensamiento, hasta aquel instante lleno de venganza y sangre, fue atraído a regañadientes de vuelta a la casa, a Kaitlin. Estaba herida, sangraba a borbotones y yacía en manos humanas. «*No son peligrosas para ella —pensó Arroyo—. No quieren matarla. La ayudarán*». Esperaba que fuera así. Y apartó de su mente la duda de qué podría pasar de no ser así. «*La ayudarán. Ahora debo volver con mi manada*». Tenía asuntos muy importantes de los que ocuparse, asuntos que bien podrían decidir la supervivencia de su gente, la salud de la propia tierra. Él había jurado leal servicio a Gaia, había firmado un pacto con los espíritus. Ningún simple humano podía interponerse en aquello. Ni siquiera Kaitlin.

Sin embargo, no logró disipar por completo su incertidumbre y volvió la vista a la casa, como pudiendo ver qué estaba pasando, como pudiendo escuchar sus gritos de dolor, sus ruegos para que la consolara como ella había hecho con él.

Pero no podía olvidar al hombre que le había herido tan gravemente, aquel que le había escupido una nube de ardiente y abrasador dolor.

«*Ella eligió su compañía —pensó Arroyo iracundo—. Debe morir o vivir según*

su *decisión*». Con esta obligada determinación, reanudó el camino hacia el clan.

Al llegar, los demás Garou se congregaron rápidamente a su alrededor, alarmados por sus terribles heridas. El aire se llenó de aullidos y ronquidos sordos al olisquear todos las quemaduras y los tajos en los que pervivía el olor a bestia del Wyrm. Pero había algo más, algo que no eran capaces de reconocer. Su agitación creció cuando Arroyo contó lo que había ocurrido.

—Canción de Víspera ha sucumbido a manos del Wyrm. Me atacó en la casa de la chica.

—Él nunca se vendería —gruñó Astillabedules.

—El Wyrm conoce muchas formas de seducir a nuestra gente —dijo Claudia Permanece Firme—. ¿No recordáis las historias del propio Canción de Víspera sobre los Aulladores Blancos? —Los Garou maldijeron, bufaron y escupieron al escuchar aquel nombre—. ¿No fueron una tribu que odiaba fervorosamente al Wyrm? Y aun así, fue seducida.

—No hay lugar para la duda —dijo Arroyo lacónicamente—. No hay discusión posible. Debemos seguir su rastro ahora. Y aquellos que sigáis sin creer mis palabras cuando lo tengáis ante vuestros ojos —dijo dirigiendo una mirada amenazadora a Astillabedules—, podréis tomar mi puesto como alfa.

—¿Fue él quien te hizo esas heridas? —preguntó Ladra-a-las-Sombras, sin dejar de olisquear las lesiones de Arroyo—. Capto el olor a corrupción del Wyrm, pero hay también un rastro de... algo más.

—Había también humanos en aquella casa... otros humanos aparte de la chica. Humanos peligrosos, capaces de hacer... cosas que nunca antes había visto —dijo Arroyo. Pudo reconocer la mirada lúgubre de sus compañeros ante las noticias de una nueva amenaza para su clan, que justo acababa de recuperarse del abandono. Sus miradas de desconfianza, de hostilidad—. Nos ocuparemos de ellos más adelante. La chica no está entre ellos —añadió, creyendo en buena parte sus propias palabras—. Ahora debemos ir tras Canción de Víspera. Es la mayor amenaza para nuestro clan. Venid.

Cinco elegantes y poderosas sombras se deslizaron surcando el bosque, dejando apenas rastro de su paso en la nieve recién caída. La mañana no estaba ya muy lejos, y ellos se movían como la noche: sigilosos, furtivos.

Capítulo veinte

Nadie había muerto, pero la casa se había quedado tan silenciosa como una tumba. Finalmente todos habían logrado, con mayor o menor ayuda, alcanzar el piso de abajo, llegar hasta la habitación que habían estado habitando John, Clarence y Julia. Sands estaba estirado sobre un saco de dormir, esforzándose por encontrar una posición en la que estuviera cómodo. No obstante, cada pocos minutos volvía a sufrir un nuevo calambre en su espalda, con los músculos contraídos, agarrotados, exigiendo el pago por la carga forzada e inoportuna que había depositado sobre ellos. Ya le había ocurrido antes, cuando se arrojó a través de la ventana de Melanie, en aquella ocasión combatiendo al merodeador. Sin embargo, esta vez no podía buscar ninguna excusa para explicar aquel dolor. No se había golpeado ni le habían arrojado. Había actuado con una fuerza impropia de él, que no podía ser suya... y ahora pagaba el precio. Hizo una mueca cuando se contrajo un nuevo músculo en su espalda, sentía como si una mano invisible la recorriera, tratando de agarrar cualquier cosa que pudiera para rodearla con un puño. Aquel era el pago por las hazañas que estaba descubriendo ser capaz de hacer: poseer fuerza suficiente para arrancar el poste de la barandilla de la escalera sólo con las manos y empuñarlo como si fuera un arma mortal... eso le había dejado extenuado hasta sufrir espasmos en la espalda; vomitar una nube de vapor que hacía arder a vampiros y hombres lobos por igual... eso le había dejado con una sensación de vértigo, de desmayo y una náusea incesante; y, por último, ver por primera vez a esos malditos monstruos... eso destruyó todo lo que había conocido como su vida. «*Vaya ganga*», pensó. Y todo porque, como los demás lo llamaban, era un elegido, un imbuido, un cazador.

No le extrañaba que ellos encontrasen tan fácil mostrarse tan pretenciosos. Ellos no parecían sufrir aquella tortura de reacciones por cada una de sus inusitadas acciones, cada vez que algún hombre del saco sobrenatural se plantaba en su camino. Simplemente se limitaban a hacer sus truquillos: bum, bam, toma esto, uff menos mal... y se quedaban tan felices. Claro que aquello no era del todo cierto, Sands era consciente pero, diablos, al menos sus lesiones se las producían monstruos y no ellos mismos. Cada vez que Douglas intentaba ayudar, acababa dolorido, en un estado lamentable, y sumido en la impotencia. ¿Cómo podían ellos esperar que viviera así? ¿Cómo podían pensar, aunque fuera sólo por un segundo, que aquello podía merecer la pena? Claro que, al menos aquella vez ellos no habían acabado mucho mejor que él, casi estaban peor. Clarence estaba sentado y apoyado contra la pared, con una bolsa de hielo en la cabeza. Podía moverla, aunque con dificultad, pero tanto él como Julia *pensaban* que no debía ser nada grave. El tiempo lo diría. Sands ya había visto sanar heridas a Julia de forma milagrosa. Había sido blanco de su talento varias veces. Había sentido la calidez vital del toque mágico de sus dedos. Ahora sonreía al

recordar aquella imagen: echa una moneda por la ranura que Julia se ocupará del resto. ¿Podría tratar una vértebra rota si era esa la lesión que había sufrido Clarence? Quizá. Pero por el momento parecía abatida, y era comprensible. Se había estado ocupando de todos desde que la pelea había terminado, en realidad desde *antes* que la pelea terminase, y aún no parecía haber recobrado toda su energía tras las heridas que había sufrido durante el enfrentamiento con el merodeador. Incluso así, había ayudado a Clarence y a Sands a sentirse lo más aliviados posibles. Y también lo había hecho con Kaitlin, aunque ésta parecía no haberse dado cuenta. Estaba recluida en su propio mundo. Quizá todo esto había sido demasiado para ella. Sands podía entender perfectamente como debía sentirse. Se vería cada vez más tentada a dejarse caer en un mundo de sueños y olvidar todo lo que había visto. Aquello sería mucho más fácil que seguir así. De no ser por lo responsable que se sentía por la seguridad de Faye, él mismo no habría durado mucho tiempo. Pero sabía que no habría sido capaz de actuar de otra forma. Puede que fuera un marido asqueroso, pero al menos había conseguido mantener a su esposa con vida, o eso esperaba. ¿Qué tendría Kaitlin que le hiciera merecer la pena luchar por no perder la cabeza? ¿Este destartalado montón de mierda al que llamaba casa? ¿Su primo Clarence, que le trataba con tanto cariño, y al que parecía querer tanto?

—Hmpf.

Julia le miró con aspecto cansado.

—¿Te encuentras bien, Douglas?

—Sí, muy bien. Nunca había estado tan bien antes. —Entonces cerró los ojos de nuevo. No debía molestarle que Kaitlin se escabullera y encontrara la paz que pudiera; tampoco es que fuera especialmente activa.

Hetger sí suscitaba algo más la simpatía de Sands. Quizá con la excepción de Nathan, junto al que Douglas no había pasado el tiempo suficiente, Hetger era el único cazador que en ningún momento se había comportado como un completo capullo. Y eso era de valorar. Al igual que Clarence, estaba recostado contra la pared, con los ojos cubiertos por las últimas gasas y vendas del botiquín de primeros auxilios de los cazadores. «*Gracias a Dios teníamos esas vendas*», pensó Sands. Ya había tenido ración de sobra de cuencas vacías de ojos abrasados. El agua, junto con una importante dosis de tiempo y energía por parte de Julia, parecían haber aliviado un poco a John. La imposición de sus manos había enfriado sus quemaduras más eficazmente que el agua, pero eso seguía dejando a Hetger sin ojos. Al menos, con las oscuras y ennegrecidas cuencas de los ojos cubiertas, parecía estar dormido, o incluso hasta pensativo. La expresión de la mitad inferior de su rostro no revelaba un dolor especial. Observándole, Sands casi podía imaginar que nada importante le había sucedido... casi.

Entre tanto dolor y sufrimiento, Sands siguió buscando con su mirada una cosa

más: la mano de Kaitlin. En el piso de arriba, subiendo las escaleras, sabía que yacía un brazo que había pertenecido a la feroz y voraz bestia. ¿Estaría allí también la mano de aquella muchachilla negra? Sands había visto el muñón ensangrentado, y el torniquete que Julia le había aplicado, pero ahora Kaitlin volvía a tener dos manos. Había recuperado su mano izquierda... aunque ésta parecía diferente. Había perdido un poco su color, no de manera muy ostentosa, pero sí lo suficiente para llamar la atención. Aun más inquietante era su textura: liso y sin una sola mancha, era perfecto.

Si Sands no le hubiera visto mover los dedos, habría pensado que se trataba de un brazo artificial, rígido, formado por alguna sustancia gomosa inerte. Pero era real, de carne y sangre, y tenía vida. ¿Había hecho aquello Julia? Eso había pensado en un principio, pero luego lo descartó. Él mismo había estado ayudando a Hetger cuando había aparecido «la mano». Sospechaba que no tenía demasiado sentido preguntar a Kaitlin qué había pasado. No con esa mirada vidriosa y distante que no abandonaba sus ojos. Él tampoco quería pensar más en esa maldita mano, ni tampoco en el brazo que había en el piso de arriba, o en la espantosa máquina de matar a la que éste había pertenecido.

«Realmente lo más horripilante no es ese monstruo —pensó—. Se limita a hacer aquello para lo que ha nacido. Matar. Nosotros somos los horripilantes, tonteando con estas cosas que no deberíamos ver, no en el fondo».

—Sabéis —susurró Sands—. Ahora mi casa no me parece un lugar tan malo, después de todo.

Julia rió cansinamente mientras aseguraba el vendaje que cubría el rostro de Hetger.

—La hierba crece siempre más verde encima de una fosa séptica —dijo.

—Prefiero asumir mis riesgos allí —dijo Sands.

Entonces empezó a pensar en todos los quebraderos de cabeza que le esperaban en Iron Rapids; un matrimonio que hacía aguas, la posibilidad de ser despedido, un viento incesante que pronunciaba su nombre, un chiquillo muerto pero cuya memoria parecía demasiado real... y entonces decidió que quizá la *idea de casa* era más atractiva de lo que le aguardaba en realidad. Aun así, esa casa debía aguardarle en algún sitio que no fuera aquel.

—Pues eso afirma mi teoría —dijo Sands.

Julia ahuecó una almohada, intentando hacer que Hetger se sintiera más cómodo, y entonces devolvió una mirada escéptica a Sands.

—¿Y cuál es esa teoría?

—Pues que no estamos hechos para esto.

Julia se quedó con la boca abierta, y no volvió a hablar hasta transcurridos unos instantes.

—¿Qué dices?

—Echa un vistazo a tu alrededor —Sands, con desdén, hizo un gesto con su mano refiriéndose a toda la habitación, a todos ellos—. Con o sin nuestros pequeños poderes, no estamos preparados para enfrentarnos a estas situaciones.

Julia se mostraba incrédula, y no tardó en estallar, enfurecida.

—¿Qué no estamos preparados...?

—¡Esas criaturas podían habernos matado! ¡Estuvieron a punto de hacerlo! Y parece que está convirtiéndose en algo normal. Dime —le desafió—. ¿Albert no fue el primero, verdad? ¿Antes que él y Jason hubo otros que fueron asesinados, o que desaparecieron, no es así?

—¿Pero nosotros no hemos muerto, no? —Insistió Julia—. Hemos sobrevivido.

—Por esta vez. Y por Dios que espero que no haya una próxima. Puede que no seamos tan afortunados.

—¿Afortunados? —Preguntó Julia. Se levantó para no gritar a John al oído—. ¿Llamas a esto afortunados?

—¿Comparado con lo que nos podría haber pasado? Sí. Diablos, Julia, mira a tu alrededor. Tú eres quien intenta recomponer a todo el mundo. Si todo hubiera sucedido de manera un poco diferente allí arriba, ¡entonces ni siquiera habría alguien a quien recuperar!

—Es posible, Douglas. Pero estuvimos allí. Yo estaba allí. Tú estuviste allí. Y todos juntos conseguimos marcar la diferencia. Si uno o dos de nosotros no hubiéramos estado allí, probablemente todo habría ido mucho peor.

—No has respondido mi pregunta —dijo Sands—. ¿Cuántos ha habido antes que Albert? ¿Cuántos han muerto ya en estos jueguecitos?

—No son juegos.

—Pues como quieras llamarlos.

—Dos —dijo Julia sin disculparse—. Albert fue el tercero. No hace mucho que estamos metidos en esto.

—Vaya, no parece que nadie viva demasiado para estar metido en esto durante mucho tiempo.

—Algunos de nosotros —dijo Julia— no consideramos la huida una opción. Tú ya dejaste bien claro que sí lo es para ti. Perfecto. Si puedes volvernó la espalda a todos, a la humanidad...

—Ah, vamos —dijo Sands sacudiendo sus manos en el aire—. Ahora pon a toda la humanidad a mis pies. Me parece un poco presuntuoso, pero sigue, sigue. ¿La Segunda Guerra Mundial? Fue por mi culpa. ¿El accidente nuclear de la isla de las Tres Millas, lo de Newt Gringrich? Todo culpa mía.

—¿Quién está siendo ahora teatrero?

—Se llama ser sarcástico.

—Vaya, no me había dado cuenta —Julia agitó la cabeza, indignada,

desilusionada—. ¿Preguntas si hay sacrificio de por medio? Claro que sí, por supuesto. Pero lo olvido. Tú, en cambio, parece no creer en el sacrificio. Normalmente el matrimonio supone para un marido renunciar a otras mujeres. ¿Pero, claro, eso para ti también habría sido demasiado sacrificio, verdad?

Sands entornó los ojos.

—¿Así qué ese es el problema? ¿A eso se reduce todo para ti? Déjame adivinar: ¿Tú marido te dejó por otra, no? Así que ahora quieres desquitarte conmigo, sea como sea.

—Pues el de tu matrimonio sería un sacrificio mucho menor comparado con el que tenemos que soportar nosotros —continuó Julia, ignorando sus palabras—. Sufrimos lesiones y, sí, puede que hasta incluso acabemos muriendo. Tú aparentemente no parece conocer a nadie que merezca esa clase de sacrificio. Y respondiendo a tu pregunta, no, David no me engañó con otra. Quizá no fuéramos compatibles, pero no era de esa clase de capullos. Y creo que aquello que acabó con él también tiene a mi hijo, así que no pienso rendirme. Es posible que cuando encuentre a Timothy vea las cosas como tú las ves ahora, pero no lo creo. Espero que no sea así.

—Yo también lo espero —resopló Sands—. Según tu egoísta visión de las cosas...

—*Eh.*

Sands y Julia guardaron silencio al mismo tiempo, y volvieron la vista a Clarence, que se apartaba la bolsa de hielo de su cabeza.

—¿Por qué no os calláis la puta boca? Os juro que preferiría tener que enfrentarme otra vez a esos monstruos antes que aguantar toda esta mierda. —Dejó caer la bolsa de hielo y algunas vendas al suelo y, apoyándose en la pared, se puso en pie. No tenía aspecto de estar del todo firme—. Gastas tu aliento en vano, Julia. Un hombre tiene que hacer lo que tiene que hacer, y aquí nuestro amigo Pete Sampras tiene que volver a su club de campo. Pero te diré una cosa, Señor Douglas Sands. ¿Puedes levantarte?

A Sands no le gustó como sonaba eso. A menudo había tenido la lejana impresión de que Clarence iba a estallar hasta darle un puñetazo en la mandíbula, y levantarse sólo para poder ser noqueado no era una idea muy apetecible, incluso aunque Clarence estuviera en pie tambaleándose. Por otro lado, parecía esperarle expectante, y Sands no pensaba dejar que le intimidara. Se encorvó y empezó a levantarse. Casi en ese mismo instante, la espalda se le quedó paralizada. Con un alarido, se derrumbó de vuelta a la bolsa de dormir.

—¡Ja! —Fue todo lo que dijo Clarence.

—Aún no he acabado —le dijo Sands—. Déjame unos segundos más. —Un instante después, cuando el dolor pareció apagarse, Sands se atrevió a preguntar—.

¿A todo esto, qué es lo que quieres?

Clarence sonrió. A Sands no le gustó nada como pintaba aquella sonrisa.

—Cuando te levantes —dijo Clarence—. Cuando puedas tenerte en pie, saldremos fuera, y voy a enseñarte cómo disparar.

A Douglas aquello no le auguraba nada bueno. Aquel hombre había expresado a menudo su aversión, su desprecio, hacia él, y no lo había pensado dos veces antes de golpear el cráneo del pobre Ferry Stafford, ni tampoco a la hora de hacer estallar unas granadas en las cloacas de Iron Rapids... y ahora quería salir a los bosques, donde los lobos caminan a sus anchas, y con una escopeta. A Sands se le venían a la mente multitud de preguntas, pero sólo acertó a decir.

—Mmmh...

—¿Qué pasa? —preguntó Clarence—. ¿Es que ya te han enseñado a disparar?

Sands no pudo dominar su orgullo lo suficiente como para preguntar a Clarence lo que realmente quería: «¿Quieres dispararme, no es eso?». Así que optó por andarse por las ramas, aunque sin eludir el enfrentamiento.

—¿De veras te pareció que las balas sirvieran de mucho? ¿O es que no viste bien lo que ocurrió allí arriba?

Entonces sucedió algo del todo inesperado. En lugar de enfurecerse o guardar silencio, Clarence sonrió. La suya era una sonrisa amplia, mostrando todos los dientes. Entonces empezó a carcajearse. Aquello puso más nervioso a Sands que si le hubiera visto perder los estribos. Douglas miró a un lado y a otro, intentado encontrar la recortada. «*Puede que ni siquiera se moleste en acompañarme fuera* —pensó—, *igual me dispara aquí mismo*». ¿Habría estallado al fin? ¿Era el golpe en la cabeza lo que le hacía carcajearse, o se había dejado llevar finalmente por su natural inclinación por el sadismo?

—No, lo vi perfectamente —dijo Clarence dejando de reírse—. No sirvió de mucho, no. La verdad es que tienes razón. Pero por esta vez. Puede que la próxima... Funcionó contra el vampiro, ¿no?

«*Y fue porque Hetger tenía apresado al merodeador* —pensó Sands, pero no lo dijo—. *Y también porque yo hice... aquello*».

—Una pistola no es siempre la respuesta —admitió Clarence—. Pero está bien tener una a mano. Sands aún no acababa de entenderle.

—¿Pero quieres qué...?

—*Douglas* —interrumpió Julia—. Se está ofreciendo a enseñarte algo que puede serte útil algún día. Cierra el pico y dile que sí. —Sands intentó contestarle, pero ella no le dio oportunidad; se volvió a Clarence y le dijo—. Dice que sí. Deja que le refriegue un poco la espalda, y estará encantado de acompañarte.

«*Ella quiere que me dispare*», pensó Sands. Estaba a punto de protestar, pero aparentemente tanto Julia como Clarence consideraron el tema zanjado.

—Tiéndete y quítate la camisa —le dijo Julia a Sands—. Deja que le busque algo de beber a John, y luego... —Entonces se detuvo mientras se disponía a salir de la habitación, se giró y se arrodilló junto a Kaitlin, que parecía ajena a toda la discusión—. Kaitlin —dijo Julia apremiándole prudentemente—. Kaitlin... lo que hiciste con tu mano... ¿puedes hacerlo con los ojos de John? —La joven siguió con la mirada perdida en la distancia—. Kaitlin, sé que puedes oírme. Ya sé que has pasado por mucho... que hemos pasado por muchas cosas. *Kaitlin*.

Hasta que Julia no agarró a la chica por los hombros, esta no centró sus ojos en ella. Le tomó la mano izquierda, aquella mano tan perfectamente formada, demasiado perfectamente formada, y la levantó.

—Me refiero a esto, Kaitlin. ¿Tú hiciste esto, no? —La chica mantuvo la mirada, sin cambiar su expresión—. ¿Puedes hacer lo mismo con los ojos de John? ¿Puedes hacer que los recupere?

Julia se sobresaltó cuando la chica por fin respondió. Kaitlin apartó su mano, y sustituyó su expresión paralizada por otra de desagrado, con el ceño muy fruncido y los ojos muy abiertos. Kaitlin, por primera vez desde el final del combate en el piso de arriba, miró a su alrededor. Contempló a Sands, a Clarence, y de nuevo a Julia. Entonces se levantó.

Julia le imitó.

—¿Kaitlin, puedes ayudar a John? ¿Puedes hacer que recupere sus ojos?

Kaitlin se giró y abandonó la habitación, escurriendo la mano cuando Julia intentó agarrársela de nuevo.

—Deja que se vaya —dijo Clarence—. Volverá. ¿Adónde va a ir? ¿De vuelta con el perrito de su novio?

Kaitlin se enderezó la ropa que Julia le había arrugado, se ató las botas, cogió su parka del suelo y salió enfurecida de la casa, dando un portazo. Entretanto, Hetger se acomodó contra la pared, con la cabeza reclinada, la cara cubierta de vendas. Puede que estuviera escuchándolo todo, o quizá simplemente hubiera conseguido dormir.

Capítulo veintiuno

No es mi mano, pero está al final de mi brazo. Es como ese edificio de ahí, parece mi casa, pero no lo es. Ha dejado de serlo. Ya no es mía, no es el lugar seguro que creía que era. Todo el que quiera puede llamar a la puerta, irrumpir a golpes por la ventana. Fui estúpida al pensar que iba a ser de otra manera.

La nieve no deja de caer. El sol aún no ha salido, pero la mañana aquí tarda siempre mucho en llegar.

¿Dónde está? ¿Dónde está Arroyo, y cuán malherido estará? Aquel lobo demoníaco lo agarró bien, con sus garras y sus vapores. Escupía una especie de ácido. Abrasaba todo. La criatura también me babeó a mí. Aún me quema. Ya casi he logrado olvidar todo lo sucedido, claro que... Mi mano. Muevo los dedos. Puedo sentirlos. Me obedecen. Me duele cuando me los pellizco. Se supone que a la gente no le crece el brazo cuando se lo arrancan. Y también se supone que los muertos o los monstruos no van por ahí caminando y arrancando brazos.

Arroyo. ¿Estará muy malherido?

Clarence tiene suerte de no haber muerto. Sé que disparó a todo lo que se movía. Pasó corriendo a mi lado. Me dejó yaciendo sobre mi propia sangre. Le preocupaba más disparar a Arroyo y a aquella cosa que ayudarme a mí, a su propia sangre. Suerte que Arroyo no le arrancó la cabeza. Suerte que esa cosa no lo bañó en escupitajos de ácido hasta derretirle la cara, como hizo con ese otro tipo. ¿Podré sanarle los ojos? ¿Cómo demonios puedo saberlo? Apártate de mi vista, perra. ¿Pero es posible que...?

Arroyo. ¿Y adónde voy a ir yo ahora? ¿Con el chico perro? Quizá Arroyo debería haberle arrancado la cabeza a Clarence. Probablemente lo habría hecho si esa bestia no se le hubiera echado en la espalda. Escuché los disparos y Clarence nunca falla, pero no vi que nadie hubiera salido especialmente malherido. Excepto Clarence. Pero, diablos, estaba oscuro, había humo por todas partes, y mi mano...

No sé si podré dar con Arroyo estando tan cansada. Sólo he estado una vez en ese lugar. Era de noche. Y él me llevó... mierda, no tengo ni idea de por dónde me llevó. Surcando otro mundo, el mundo espiritual. De ningún modo podría regresar a ese mismo camino. Pero sé que seguimos el arroyo desde el laboratorio. Luego nos desplazamos a otra corriente, y continuamos hasta llegar a ese... ese santuario. Dios, espero que esté bien. Tanto como pueda estarlo. Mierda, seguro que me echará toda la culpa. Nunca debí dejar entrar a esos bastardos en mi casa. Pero Clarence es mi familia. Es un bastardo, pero es mi familia. A esa otra perra que ni se le ocurra acercarse. Y el otro tipo, el que ahora ya no es tan charlatán. No sé si podré ayudarlo. ¿Y por qué iba a hacerlo? Intentaron matar a Arroyo. Le dispararon. Y ese otro... convulsionándose como si fuera a escupir las tripas, y luego esa bruma, ese humo... que exhalaba por la boca... y todo lo que podía escuchar eran los alaridos de

Arroyo, sus aullidos. Los suyos y los de ese lobo diabólico. Los de los dos. Esa cosa podría haberlo matado. Lo que les preocupa a ellos ahora es matar a Arroyo. Quedarse en mi casa y matarlo. ¿Por qué diablos iba a ayudar a alguien que quisiera matar a Arroyo, aunque pudiera hacerlo?

Seguir caminando. Es lo único que debe preocuparme ahora. Seguir caminando. Alejarme de esa casa, de esa gente. Pero la mano me acompaña. Supongo que me pertenece, me guste o no. Yacía en el suelo, deseando recuperar la mano, y aquí la tengo. Pero es que no es mía. En realidad no.

Dios, no debería dejar que Arroyo me culpara por esto. Nunca quise que fueran tras él. Él trataba de salvarme de las manos de esa cosa. ¿Es que no podían verlo? No saben más que matar a esos monstruos. Arroyo me estaba salvando. Me habría salvado y habría matado a esa cosa si ellos no se hubieran puesto en medio. Ahora, ¿quién sabe dónde puede estar, lo malherido que estará y qué pensará de mí?

Respiro con demasiada fuerza. Me duele la garganta, y los pulmones también. Dejo de caminar tan deprisa. Freno en seco. Me siento. Estoy en la carretera. Sentada. Es una locura. No, una locura no. Una estupidez. Algún granjero en su camioneta me va a pasar por encima. La nieve será la excusa perfecta.

«No, no vi a esa estúpida negrita sentada en la carretera, pisé el freno, pero patiné. Cuando conseguí detener la camioneta, ya estaba aplanada sobre el alquitrán». Pues vaya cosa, y qué si me atropellan, mira lo que me va a importar.

Mierda, no les daré esa satisfacción. Me arrastro con los hombros. Apoyo mi nueva mano sobre la nieve. Siento el frío. Transcurridos unos minutos empiezo a no sentir los dedos. Los dedos. La mano. Mierda. Saco los mitones del bolsillo de mi abrigo y me los pongo. Mejor no mirarla. Me coloco la parte de abajo del abrigo bajo el culo; se me están empapando los pantalones.

¿Y ahora qué? ¿Me quedo aquí sentada hasta congelarme? Mejor me arrastro un poco bosque adentro, o algún atontado samaritano me encontrará antes de que esté bien muerta. No hay necesidad de pensar así. No va a morir nadie, y menos yo. Daré con Arroyo antes o después. O será él quien me encuentre. Si piensa que tengo algo que ver con que ellos trataran de matarlo, bueno, sólo tengo que convencerlo de que no es así. Y, diablos, ¿qué demonios hacía esa cosa atravesando mi ventana para tratar de matarme? Mierda, no era ninguno de mis invitados. Era alguien que vino porque él estaba allí. Así que no se ponga tan arrogante conmigo. No estoy dispuesta a oír su mierda. Puede que mis amigos intentaran matarlo, aunque en verdad no sean mis amigos, pero ya van dos veces que *sus* amigos intentan liquidarme. Así que puede irse olvidando.

Dios, ¿qué demonios estoy pensando?

Mierda, estoy llorando otra vez. No debo seguir lamentándome. No voy a permitirlo. Tengo que dominarme. Ahora mismo. Parar. Hace demasiado frío para

llorar. Se me congelaran los mocos y me ahogaré. Mierda. Bueno, ya basta.

¿Y ahora qué? No tiene sentido que vaya a buscar a Arroyo. Probablemente estará siguiendo el rastro de esa cosa. Si es que puede. Si no está demasiado malherido. Seguro que no está tan mal. Es demasiado cabezota para morir. Estará a la caza de esa criatura y acabará con ella como con cualquier otro capullo. Seguro que no tardaré demasiado en encontrarlo.

El sol se alzaré en el cielo dentro de muy poco. No pienso volver a casa. No con ellos allí, después que hayan intentado matar a Arroyo. Me pregunto si Floyd estará ya en su despacho. Debe de haber ya alguien en la oficina. Puede que Frances. Alguien normal. No los del laboratorio, los que portan pistolas. De todas formas, debo arreglar lo de Floyd. Tampoco es que vaya a acabar entendiendo lo de la corrupción del Wyrn, pero al menos podrá averiguar lo que está sucediendo en el laboratorio. Dijo que lo haría. Será mejor que mantenga su palabra. La corrupción del Wyrn. Yo misma no la entiendo, pero seguro que estaba detrás de la criatura de esta noche. La corrupción del Wyrn. En un sentido u otro. Tenía el mismo hedor. Apestaba igual. A algo podrido, muerto, a algo peor aún que eso. La muerte es algo normal. Es parte de la vida. Pero esa cosa estaba por encima de eso. Era algo... incorrecto.

Por fin me levanto del frío y húmedo suelo. La nieve sigue cayendo. Cada vez va a peor. Debo entrecerrar los ojos mientras camino. No es que pueda perderme por la carretera. Sólo tiene que preocuparme que no me atropellen. Dicen que no hay dos cristales de nieve iguales, todos y cada uno de ellos son diferentes. No sé nada de eso, pero de veras que me esfuerzo por ver a través de ellos mientras camino. Es mejor que pensar en Arroyo, en Clarence, en que todo el mundo está preocupado por matar a los demás, en la mano que tengo en el bolsillo.

No tardo mucho en empezar a sentir retortijones. Me recuerda que llevo sin comer... ¿cuánto? ¿Dos días? Es demasiado tiempo. Al pensar en ello, mi estómago ruge con fuerza. Que cierre la puta boca. ¿Es que cree que tengo el almuerzo en el bolsillo? La caminata parece más larga hoy. Puede que mis pasos sean más pequeños, no me dejan avanzar, consumo el doble de tiempo que la mayoría de la gente para llegar a cualquier sitio. Oigo lobos aullar, parece venir del bosque. Me paro. Debería saber si es Arroyo, pero no lo sé. Debería ser capaz de reconocer su llamada. Pero todas suenan iguales. Me carcajeo. Seguro que ellos son diferentes. El sonido se calma. Quizá era mi imaginación. No, no creo. Pasé demasiadas noches tratando de decirme a mí misma que estaba imaginando todo lo que había visto. Que era sólo mi cabeza buscando una salida fácil. Ahora no hay nada que escuchar. Debe de estar ahí afuera, por algún lado. Me encontrará cuando llegue el momento. Seguir caminando. Tengo que seguir caminando.

Cuando por fin tengo a la vista la valla del complejo de la incineradora, ya casi he

olvidado adónde iba. Las puertas están abiertas. Debe de haber alguien dentro. Nunca he tenido un horario demasiado regular. «*Ven y ponte a archivar siempre que quieras*», me dijeron Floyd y Frances. Nunca antes había llegado tan temprano. Está empezando a amanecer y aun así ya hay mucha gente por aquí. Hay un tipo con un buldózer echando una carga de desperdicios en el pozo. Hay otro con una pala, intentando que lo que sea que lleve no se moje, que no le caiga nieve. Nunca imaginé que la gente quisiera cuidar tanto la basura. El gobierno cuida de todo, me dice siempre Frances. Regulaciones medioambientales, esa clase de cosas, así que siempre hay mucho papeleo. De no ser así me despedirían, supongo, así que no me quejo.

Dios. Los coches de Floyd y Frances ya están junto al despacho. No hay dinero suficiente que compense el pasarse por aquí tan temprano. Desde luego la casa de Floyd era estupenda, pero no era para tanto.

Me deslizo hacia el interior, no saco la mano, «mi mano», del bolsillo. Frances está preparando café.

—¡Dios santo, Kaitlin! ¿Qué haces aquí tan temprano?

Anticipo cada una de sus palabras. No es nada relacionado con *mi visión*, con la percepción extrasensorial, o con ninguna de esas cosas. Sé que siempre va a decir lo más amable que pueda ocurrírsele. Podría cagarme en el suelo que daría gracias a Dios porque nadie lo hubiera pisado. ¿Que si quiero un café? Claro, gracias. Estará en unos minutos. No hay problema. No deja de mostrarse afable, y eso me mareo un poco. Puede que sea por llevar tanto tiempo en ayunas.

—Parece que aún no has acabado de despertarte.

No, la verdad es que no. «*Creo que prefiero no quitarme aún el abrigo*». Es todo lo que soy capaz de decir. Qué excusa iba a poner si no, con esta nueva mano... Es mucho más fácil esconderla en el bolsillo del abrigo que en el de los vaqueros. Pero antes o después... «¿*No es ese el coche de Floyd?*» Creo que consigo que mis palabras tengan sentido. Estoy algo mareada.

—Ha ido a hablar con el Doctor Evans —dice Frances—. Intentó reunirse con él ayer por la tarde, pero sus auxiliares en el laboratorio le dijeron que no estaría disponible hasta la mañana siguiente. Alguna clase de experimento que tendría que vigilar, supongo.

Consigo entender todas las palabras. En algún lugar en el fondo de mi cabeza se enlazan entre sí. El Doctor Evans. Floyd fue al laboratorio. ¿Para hablar respecto a lo que le consulté? Frances me dice que sí. Diablos, no quería preguntarle eso. ¿Qué? No, eso tampoco. No importa. No, estoy bien. Quizá debería tumbarme unos momentos. Sí, es buena idea. Floyd tiene un sofá en su despacho, no es suficientemente largo como para que te estires, pero servirá. Cierro la puerta al entrar. Me tumbo, me coloco el abrigo a modo de manta, dejo la mano escondida. Floyd ha ido al laboratorio. Gracias, Floyd. Sabía que mantendrías tu palabra. No lo dudé ni

por un segundo. Me pregunto si el café tardará mucho en estar listo. Sólo cierro los ojos durante unos minutos...

Capítulo veintidós

—Muy bien, sobre todo nunca jamás me apuntes con esto, o te patearé el culo —dijo Clarence. Parecía inmune al frío. La nieve caía sobre su calva, a veces derritiéndose, a veces quedándose sobre ella hasta que él movía la cabeza o se deshacía de aquella fina y cristalina capa de agua helada.

Después de la noche claustrofóbica y agobiante que habían pasado, con el sangriento combate entre nubes de humo en el piso de arriba y las amargas recriminaciones en el hospital de campaña del piso de abajo, el amanecer parecía irreal, blanco e inmaculado. Las nubes se agolpaban en torno a la casa, como lo hacía el bosque que la rodeaba, como si el hombre y todas sus tretas perniciosas no existieran más allá de aquel diminuto emplazamiento. Pero si era la primera mañana de un nuevo mundo y todos los pecados debían aún cometerse, ¿por qué, se preguntaba Sands, se sentía entonces tan exhausto, tan abatido? Además, para mayor inquietud, Clarence le estaba apuntando con una pistola.

—Presta atención —le dijo Clarence mostrando la pulcra y oscura culata de la pistola sobre su palma—. Ésta es una Glock 9 mm. Este pasador de aquí es el seguro. Estando así no disparará. En esta otra posición, estarás listo para la acción. —Volvió a colocar el seguro y metió la mano en el bolsillo—. Admite un cargador de diecisiete disparos, justo aquí —dijo encajando el receptáculo en la empuñadura—. Quitas el seguro. Bang. Cuando acabas, vuelves a colocar el pasador, compruebas que la recámara está vacía. Pulsas aquí y el cargador sale.

Sands esperaba más información, pero Clarence se quedó mirándolo expectante, con la Glock de nuevo posada sobre la palma de su mano.

—¿Eso es todo? —preguntó Sands dubitativo.

—Otra cosa más —dijo Clarence—. No sé si te he mencionado ya que nunca, nunca me apuntes con esto...

—O me patearás el culo. Sí. Ya me los has dicho. Lo mencionaste antes.

Clarence le guiñó un ojo.

—Perfecto.

Sands cogió la pistola. Intentó empuñarla con confianza, como si aquello no lo intimidara tanto, y asegurándose al mismo tiempo de no encañonar a Clarence o apuntar cerca de él.

—Muy bien —dijo Clarence—. Vigila el seguro.

—Está puesto.

—Pues claro que está puesto. ¿Crees que voy a darte una pistola con el seguro quitado? Y menos todavía viendo lo nervioso que estás, puesto ahí, como un pasmarote, sin saber qué hacer, como si tuvieras la polla en la mano.

—Pero no está cargada.

—Es algo personal. Aunque la pistola no esté cargada. No importa. El seguro siempre puesto. Debes preocuparte siempre por comprobar si el seguro está puesto. Si no lo haces, te arriesgas a sufrir un accidente. Te acabarás disparando a ti mismo o a tus amigos, o apuntarás a la cabeza de un zombi y no ocurrirá nada.

Para Sands aquello tenía sentido. Asintió.

—El pestillo debe ir colocado así. Perfecto; entonces... ¿el seguro ahora está quitado?

—Perfecto —dijo Clarence—. Parece que te has hecho con ello.

Mientras Julia masajeaba la espalda a Sands, haciendo trabajar sus dedos mágicos y aliviando la tensión y el dolor de sus músculos, Clarence había estado escarbando en el trastero, junto a la cocina, y había cogido una caja de cartón y media docena de latas y botellas que luego había colocado sobre ésta. Sands apuntó y apretó el gatillo. El retroceso no lo impresionó tanto como la detonación, cortante y penetrante a pesar del efecto amortiguador de la nieve. Muchos metros detrás de la botella y las latas, la nieve que cubría unas ramas voló por los aires.

—¿Sabías que esas piezas pequeñas de metal entre la punta y la parte trasera del arma sirven para apuntar? —preguntó Clarence—. Inténtalo de nuevo. Prueba varios disparos seguidos.

Sands tomó aliento y volvió a apuntar. Disparó cuatro veces, esperando apenas unos segundos entre cada detonación. El segundo disparo acertó en la caja de cartón, y una de las botellas cayó al suelo.

—Podemos considerarlo una victoria moral —dijo Clarence—. Puede que el próximo zombi que te encuentres esté sobre una caja de cartón, y entonces podrás...

—Escucha, es la primera vez que hago esto —dijo Sands con brusquedad—. ¿Te importa?

—¿A mí? Qué me va a importar. Vacía la pipa.

Sands volvió a centrar su atención en los blancos. Metódicamente, disparó las doce balas que restaban y logró hacer estallar una botella y darle de refilón a una lata, haciéndola volar fuera de la caja de cartón. Cuando acabó, volvió a colocar el seguro, comprobó que la recámara estuviera vacía, como Clarence le había enseñado, y retiró el cargador.

Clarence no le había quitado ojo en todo el rato, y ahora volvió a coger la pistola. La contempló, y entonces volvió a observar los blancos que quedaban en pie.

—No te preocupes. Requiere algo de práctica; en cinco años... diez... estarás hecho un hacha.

—Vete al cuerno.

—Ya sabes —continuó Clarence—. Había calculado que, como Hetger parece que va a perder la vista para siempre, el bueno de Pete Sampras podría ser una apuesta algo más segura con la Glock. —Miró a Douglas y se encogió de hombros—.

Creo que mejor será devolvérsela a John.

—No la necesito —dijo Sands, volviéndose y alejándose.

Clarence lo cogió del abrigo y tiró de él hacia atrás.

—Vuelve aquí. Vaya, ¿acaso he herido tus sentimientos? —Con un cuidado exagerado, alisó las arrugas del abrigo de Sands—. Escucha, a mí me ocurría igual cuando empecé a disparar, nunca lograba acertar a nada.

A Sands le sorprendió aquella inusitada muestra de franqueza y humildad.

—¿De veras?

—Bueno, en realidad no. ¿Pero no es eso lo que quieres escuchar? ¿Te hace sentirte mejor? Quédate aquí. —Clarence devolvió la Glock a la bolsa de gimnasio que tenía a su lado, en el suelo.

—¿Y por qué te preocupa entonces? —preguntó Sands, crispado y susceptible ante el sarcasmo de Clarence—. ¿Por qué te preocupa que pueda saber con qué extremo de la pistola disparar, o si puedo apuntar bien?

Clarence cerró la cremallera de la bolsa deportiva para proteger su contenido de la nieve y se quedó de pie, sosteniendo ahora su recortada.

—Lo llaman instinto de supervivencia —dijo entonces—. Puede que cuando nos larguemos de aquí no vayas a seguir con nosotros. Quizá piense que eso te convierte en un gallina, pero es tu decisión. El hecho es que, en las dos últimas escaramuzas en las que hemos estado metidos, tú has vomitado esa poderosa sustancia. Puede que no sepas qué diablos haces, pero eres capaz de hacer algo que yo no puedo, y tampoco Julia. Supongo que, aunque estés cagado, mientras estés con nosotros eso no será nada bueno para los malos. Y cualquier cosa que sea mala para ellos será buena para mí. A veces es útil saber empuñar una pistola. Cuento con que así tendrás más posibilidades de sobrevivir y, por tanto, yo también las tendré.

Sands esperó entonces alguna puntilla, un comentario final, pero esta vez no hubo ninguno.

En lugar de ello, Clarence levantó la recortada.

—Ésta es una Winchester, de palanca. Le he recortado la culata y el cañón. Así es más fácil de esconder en la bolsa de deportes, bajo un abrigo, debajo del asiento del coche, pero eso le hace perder algo de alcance. Pero qué diablos, es una recortada. Apuntas y disparas. Ya estás preparado para apuntar a unos veinte metros.

—¿A cuánto está eso? —preguntó Sands señalando a las botellas y las latas.

—A unos quince. Mira. Aquí está el seguro. Se carga aquí, en la recámara. Los cartuchos van de uno en uno. Admite hasta seis. Estos son del calibre veinte. Mejor que no sean más pequeños. Si lo prefieres pueden ser más grandes, pero éstos son las más fáciles de encontrar. A mayor número, más pequeños son los perdigones. Los del calibre veinte son más pequeños que los del doce. ¿Lo vas cogiendo?

Sands dudó. No estaba seguro de haberlo comprendido todo, pero asintió.

Clarence cargó y descargó la recortada, enseñándole a vaciar la recámara.

—Ahora prueba tú. Y recuerda...

—Nunca debo apuntarte. Lo sé, lo sé. —Sands cogió la recortada, cargó los seis cartuchos y quitó el seguro.

Cuando levantó el arma para apuntar, como había hecho con la Glock, Clarence colocó su brazo sobre el hombro de Douglas.

—Con ésta no hace falta que apuntes. Estarás cerca. Colócala en posición y dispara sin más.

Sands asintió.

—Colocar y disparar. —Así lo hizo, y la explosión lo hizo retroceder un paso. Debía de tener cara de sorpresa.

—Sin la culata completa no puedes apoyarla en tu hombro —le dijo Clarence—. Debes contener el retroceso con los brazos. Por eso debes agarrarla con fuerza, pero manteniendo los codos flexionados, para tener algo de elasticidad en los brazos, como un muelle. Ah, a propósito... buen disparo.

Sands tardó en darse cuenta de a qué se refería, y cuando vio que la caja de cartón estaba llena de agujeros, que la última botella había estallado, y que las latas habían salido por los aires, dijo:

—Eh, ya he aprendido.

—Sí, recortadas y vómitos. Tienes talento. Ahora acuérdate de poner el seguro —le dijo Clarence. Sands así lo hizo, y Clarence colocó entonces más botellas sobre la caja—. Perfecto. Ahora, como te dije, estarás más cerca, más próximo a lo que sea que estés disparando. Como muy perspicazmente señalaste antes, un disparo a menudo no sirve de mucho, pero una salva rápida puede servir para que salves el culo. Y eso es lo que vas a hacer la próxima vez, vas a descargar hasta agotar los cartuchos de la recámara. Eso de ahí se llama el antebrazo. Debes hacer palanca con él. Hazlo. Bien. Ahora, cuando dispires, aprietas el gatillo sin dejar de hacer palanca. Cada vez que lo hagas lanzarás otro disparo. ¿Lo coges?

Sands asintió, y cuando Clarence le dio la orden, disparó. Esta vez estaba preparado para el retroceso, y también para el estruendo. En lugar de apretar el gatillo y olvidarse, puso el dedo sobre éste e impulsó la recortada con el antebrazo. El segundo disparo siguió inmediatamente al primero, y lo mismo hicieron el tercero y el cuarto. Estaba tan concentrado en los movimientos de sus manos que apenas se dio cuenta de que la caja y todo lo que había sobre ella estaba volando en pedazos. Tras el quinto disparo, impulsó dos veces más la palanca, pero no sucedió nada más.

—Tranquilo, Rambo —dijo Clarence—. Te quedaste sin cartuchos. Recuerda que son seis.

Sands asintió. Tenía los ojos pegados a lo que quedaba de sus blancos. El cañón manipulado exhalaba humo.

—Es divertido cuando consigues darle a algo, ¿no? —le dijo Clarence.

—La verdad es que sí. Bastante.

—Pues déjame decirte una cosa —siguió Clarence, recuperando su pistola—. Puede que disparar a una caja y unas botellitas resulte divertido. Pero hacerlo con una persona no tiene nada de alegre. Aunque sea un muerto, o alguna de esas cosas de la noche pasada. Y no lo es, sencillamente, porque si no aciertas, esa cosa, esa persona o lo que pueda ser, va a hacer todo lo que esté en su mano para matarte, a ti o a tu esposa, o a otra gente que puede que ni siquiera conozcas. Así que diviértete disparando a las botellas y asegúrate de ser lo bastante bueno para acertar en tus blancos, porque cuando llegue el momento de disparar en serio, no tendrás tiempo para pensar. No tendrás un segundo para payasear con el seguro. Tendrás que acertar y punto. ¿Entiendes?

Sands asintió una vez más. Notó que le retumbaban los oídos... por los disparos, y también por el eco del sermón de Clarence.

—Recoge toda esa basura antes de entrar —dijo el gigantón. Entonces volvió a guardar la recortada en la bolsa de deportes y entró en la casa.

Capítulo veintitrés

—¿Y cuándo *podrá* atenderme? —preguntó Floyd, que empezaba a irritarse, pero que no quería sonar demasiado agresivo.

—No lo sé —dijo el ayudante, de gran envergadura y que no se movía de la entrada al edificio de los laboratorios, impidiendo el paso a Floyd. La etiqueta de identificación en la bata blanca rezaba *Gunderson*. Floyd recordaba aquel nombre; lo había visto escrito en su papeleo. Este tipo era uno de los nuevos auxiliares que habían acabado en el complejo después que otros cinco empleados hubieran sido transferidos repentinamente—. Puede que sea mejor que el Dr. Evans vaya a su despacho cuando quede libre —sugirió Gunderson amablemente.

—Anoche me dijeron que podría charlar con él hoy por la mañana —dijo Floyd. Trataba de mirar por encima del hombro del auxiliar, hacia el interior del edificio, intentando distinguir la figura de Lawrence Evans o de alguna otra persona conocida, de alguien que pudiera serle de ayuda. Pero la enorme figura de Gunderson ocupaba gran parte de la entrada, y Floyd no tuvo demasiada suerte. «*Apártate de mi camino, enorme y estúpido sueco*», pensó.

—Lo siento Sr. Robesin —dijo Gunderson, aunque sus palabras no sonaban a verdadera disculpa—. El programa del doctor a veces está sujeto a experimentos bastante imprevisibles. Ahora mismo le es imposible encontrarse con usted.

—Sí, sí, ya me dijiste eso antes. —Floyd se puso de puntillas, pero siguió sin poder ver por encima de la figura de Gunderson—. ¿Hay alguien por ahí con quien pudiera...? Ya sabes, soy el director del complejo.

—Sí, Señor Robesin, estoy al tanto de eso.

Y eso fue todo. Todo lo que tenía que decirle. Entonces se limitó a quedarse observando a Floyd.

Floyd estuvo a punto de gritar. Nunca antes se había dado de bruces con la inusitada estructura empresarial que otorgaba al brazo de I+D de AgriTech una especial independencia. Siempre lo había considerado peculiar, pero había asumido que cuando necesitara hacer alguna consulta, como adultos responsables, en pro de la cooperación entre departamentos, sus peticiones serían tratadas con la mayor celeridad, y que no serían entorpecidas por algún auxiliar venido a más.

—Escucha —dijo Floyd—. Tengo algunas quejas... bueno, no quejas exactamente, pero sí preocupaciones. Preocupaciones que me han trasladado... grupos algo preocupados. Humm... preocupaciones sobre sustancias presentes en escapes de este complejo de laboratorios, en unos desagües en su parte trasera. Me gustaría discutir este asunto con...

—Es que *hay* un campo de desagüe a la espalda del edificio, Sr. Robesin —dijo Gunderson—. Por eso las sustancias se escapan ahí, pero puedo asegurarle que

ninguna de ellas es nociva para el medio ambiente ni para ninguno de esos grupos que dice usted que están preocupados. Si fuera usted tan amable de darme los nombres y las direcciones de esas personas preocupadas, les enviaremos gustosos información acerca de los procedimientos de seguridad y de las regulaciones medioambientales a las que estamos sujetos. Nuestro complejo ha superado todas las inspecciones reguladoras establecidas.

—Sí, sí. Ya sé que es así, y... mmm... no... mmm... no, no pretendo causar ninguna molestia. Quiero decir, no creo que sea necesario enviar esa información... —cada vez más aturullado, Floyd apoyó las manos en las caderas—. Escucha, simplemente me gustaría poder hablar con Larry. Sólo serán unos minutos y podremos dar por zanjado todo esto. De verdad que sólo quiero que me acompañe a echar un vistazo allí atrás, estoy seguro de que todo estará correctamente.

—Como ya le he explicado —comenzó a decir de nuevo Gunderson en su tono equilibrado hasta la exasperación—, el Dr. Evans no está disponible en estos momentos. Yo mismo puedo acompañarle gustosamente a echar ese vistazo a la parte trasera del complejo, si eso le sirve de ayuda.

Floyd ladeó la cabeza.

—Oh, ¿de veras? Bueno... pues sí, supongo que... eso estaría bien. Gracias. Muchas gracias.

—Un momento, por favor. —Gunderson salió del complejo y cerró metódicamente la puerta a su paso.

Floyd siguió entonces a Gunderson hasta abandonar el recinto vallado que abarcaba la parte delantera y los laterales del edificio de los laboratorios, y los dos se encaminaron entonces hacia su espalda. La nieve caía con fuerza, y hacía desear a Floyd haber cogido su sombrero, pero no lo había hecho al suponer que simplemente mantendría una breve conversación con Larry, y que enseguida todo aquel asunto quedaría resuelto. Pero eso había sido antes que aquel inmenso sueco se negara a dejarlo entrar, y también antes que él exigiera que alguien fuera físicamente a inspeccionar el campo de desagüe. Bueno, quizá tampoco había exigido exactamente, pero se había mantenido en sus trece, y al fin aquello parecía estar en camino de resolverse, y eso era lo importante. Había prometido a Kaitlin «*ocuparse del asunto*», y eso era lo que estaba haciendo. Pobre chiquilla, parecía llevar tanto peso sobre sus espaldas... Si el que él se ocupara de aquello podía servir para aliviarla de algún modo, Floyd lo haría gustosamente.

—¿Así que eres nuevo aquí? —dijo Floyd a Gunderson mientras ambos caminaban. Aquel enorme tipo le ponía nervioso por alguna razón, y cuando Floyd se ponía nervioso, hablaba—. ¿Qué tal te encuentras?

—Muy bien, gracias.

—Muy bien. Perfecto. Me alegro mucho. ¿Y desde dónde te trasladaron? Vi los

papeles de tu ingreso, pero sólo había referencias a la oficina central. No aparecía demasiada información personal, ya sabes a qué me refiero. Casi todo era ese rollo de títulos y cursos, jerga científica, para mí como si estuviera en griego.

—He trabajado en varios laboratorios —dijo Gunderson.

—¿Vaya, de veras? ¿Así que suelen desplazarte a menudo? Eso hace que las cosas sean difíciles para una familia. ¿Tienes esposa o hijos?

—Encuentro que mi trabajo consume el tiempo libre necesario para conservar tales relaciones —dijo Gunderson.

—Vaya, comprendo. Suena bastante solitario, pero cada cual con lo suyo. —Entonces siguieron caminando algunos pasos en silencio—. Seguro que haces mucho ejercicio —dijo Floyd bruscamente—. Eres un tipo fornido. Quiero decir... Supongo que no serás grande sólo por eso. Yo mismo soy bastante... grande, a mi manera —dijo mientras se señalaba sonriente la tripa—. Pero tú parece estar en forma. Y no hay muchos gimnasios por esta parte del estado.

Ya estaban rodeando una de las esquinas traseras del edificio, y Gunderson dirigió la atención de Floyd hacia un barranco de proporciones considerables, quizá de unos siete metros de profundidad y con una pendiente pronunciada a cada lado, que lindaba con la parte trasera del edificio.

—¿Ve esa chapa metálica? —preguntó Gunderson, señalando en dirección a la pared de tierra que había justo detrás del muro de ladrillos a la espalda del edificio.

—¿Esa estructura que parece la boca de una alcantarilla, justo al final de esa gran tubería? Sí.

—Ésa es la boca de desagüe —explicó Gunderson—. Verá que tiene un pequeño orificio a través del cual desagua el líquido. Esa disolución es en su mayor parte agua, junto con cantidades mínimas de algunas sustancias químicas, todo perfectamente ajustado a los límites establecidos por el consejo regulador, puedo asegurárselo. Controlamos exhaustivamente las emisiones de líquidos. Si está interesado en consultar las tablas de registro...

—¿Podríamos acercarnos un poco más? —preguntó Floyd.

Gunderson frunció la boca.

—Creo que consultando esas tablas le quedaría bastante claro que...

—Claro, claro, estoy seguro de que sería así... si supiera qué significa toda esa palabrería técnica. *Ése es el motivo* por el que quería hablar con el Dr. Evans antes que nada. —Floyd intentó contener su sentimiento de satisfacción. «*¿Has querido ponerme las cosas difíciles, no? Puede que la próxima vez no te muestres tan terco por una petición tan sencilla*». Normalmente no solía malhumorarse por cosas tan simples, y en cierto modo se sentía culpable por deleitarse con las dificultades de Gunderson, pero así era el caso—. Pero, ya que estamos aquí, no me importaría echar un vistazo más de cerca, para poder hablar con más propiedad cuando *finalmente*

consiga mantener esa conversación con Larry.

—Ese talud es resbaladizo, Sr. Robesin —dijo Gunderson—. Por nada del mundo quisiera que se cayera y pudiera hacerse daño.

—Creo que podré arreglármelas —dijo Floyd. Y empezó a descender por la pendiente que había a los lados del barranco—. No te preocupes por mí —dijo volviendo la cabeza atrás.

—Perfecto —dijo Gunderson—. Estoy a su espalda.

Estaban ocultos entre la maleza. Silenciosos, sin moverse. Al otro lado del barranco, los dos humanos se disponían a descender por la pendiente, ajenos a la presencia de los cinco Garou, que los observaban agazapados. «*Tienen los sentidos tan atrofiados...*», pensó Arroyo. ¿Cómo habían podido desempeñar un papel tan importante en el expolio de Gaia unos seres tan patéticos como los humanos? Estúpidos títeres. La clave era que se extendían con una tenacidad tal que amenazaban con ayudar a la Tejedora y al Wym a destruir el Kaos. «*Pues no será aquí. Nuestro clan prevalecerá*».

Aquel lugar apestaba a Wym contaminado, tal y como Arroyo había recordado, justo como había explicado al resto que sería. Tras volver a encontrar el rastro de Canción de Víspera, éste los había conducido hasta allí. Aquello no le sorprendía en absoluto. La corrupción había echado raíces en aquel lugar, había degenerado y había propagado sus tentáculos por la tierra, a través de la propia corriente que surcaba el territorio del clan. «*Debimos haberlo supuesto hace mucho tiempo*». Pero no fue así. Mientras Arroyo Negro se revolcaba en la autocompasión y el odio, y su padre Nube de Muerte caía atrapado en las garras de la locura, la corrupción se había extendido, ensanchando sus dominios y su poder. Cuando Arroyo asumió el mando del clan, Canción de Víspera, en un acto de rebeldía, se marchó junto a Nube de Muerte. Ahora el Wym había reclamado para sí al cuentacuentos. «*¿Significaría eso que Nube de Muerte estaba también por allí?*», se preguntaba Arroyo. ¿Se habría rendido su padre a la más absoluta demencia?

No había espacio para la compasión en el corazón de Arroyo cuando pensaba en su padre. El propio Nube de Muerte y sus arengas se la habían arrancado a golpes años atrás. «*Él era él débil —pensó Arroyo—, y no yo. Todos los defectos que veía en mí eran reflejos de los suyos propios, y ahora él es quien ha caído. Lo mismo ocurría con Canción de Víspera. Era difícil que hubiera un día en que no me señalara como poseedor de una mancha del Wym, ¿y quién ha acabado contaminado?*»

La nieve, que no dejaba de caer, cubría a los inmóviles Garou. Los copos que caían sobre las quemaduras recientes de Arroyo se derretían al instante, chisporroteando, y le hacían estremecerse de dolor y maldecir su carne. Sentía también que ardía por dentro, ansioso por cobrarse venganza por todo su sufrimiento.

A ambos lados, los demás miembros del clan esperaban agazapados su señal. Frente a ellos, los humanos seguían descendiendo por la pendiente del barranco. El que iba a la cabeza tenía aspecto de ser pesado y flácido. Arroyo podía oler el sudor que exhalaba por el esfuerzo. Aquel tipo hablaba sin cesar. El segundo, más grande, vestía una bata de auxiliar del laboratorio. De los dos, él era quien trabajaba dentro del edificio que estaba de algún modo relacionado con la contaminación del Wyrn. Él era, en cierto modo, un responsable más directo de la corrupción que mancillaba la tierra. Una vez más, ningún humano era inocente. Arroyo dio la señal, un breve ladrido, y los Garou se lanzaron a la acción.

Ladra-a-las-Sombras fue el primero en moverse. Sobrevoló el barranco, aterrizó y dobló a toda velocidad una de las esquinas del edificio antes que ambos humanos fueran siquiera conscientes de que una sombra había sobrevolado sus cabezas. Un instante más tarde, fueron cuatro las sombras que surcaron el cielo: los demás Garou habían saltado hacia el barranco.

Floyd alcanzó por fin la base del barranco. La pendiente era resbaladiza, especialmente con la nieve recién caída, pero tampoco tan peligrosa como había sugerido Gunderson. Floyd consideraba comentarle ese hecho cuando le recorrió un escalofrío repentino, una violenta sacudida, un dolor punzante, como de haber mordido metal. Miró hacia el cielo, creyendo haber visto algo moverse. ¿Un pájaro que sobrevolara su cabeza? Fuera lo que fuese, Gunderson también lo había sentido, y ambos subieron la vista para ver como, justo en ese momento, cuatro figuras más saltaban hasta el barranco.

En menos de un segundo, Floyd distinguió lo que eran: lobos, pero estaban de pie, como hombres, y eran enormes, se alzaban hasta emborronar el cielo. Estaban cubiertos de pelo de los pies a la cabeza, con una capa de nieve sobre ésta. Tenían las orejas gachas y los hocicos arrugados. Gruñían. La saliva goteaba desde sus enormes colmillos, más largos que sus propios dedos. Sus garras brillaban, y sus ojos... sus ojos lo observaban, como despreciándolo, como considerándolo poco más que nada.

Aquel instante pareció congelarse, el propio tiempo pareció hacerlo. Floyd se sentía de piedra, con los músculos inmovilizados, los ojos y la boca abiertos de par en par. Durante un instante le vino a la cabeza la imagen de Anne tal y como la había dejado antes de marchar al trabajo: vestida con su albornoz azul, con las impresiones de la almohada aún recientes en la piel deliciosamente tersa de su mejilla. Aún no había despertado del todo, no había levantado a las niñas para que fueran al colegio. Las niñas... Debió haberse despedido de ellas antes de marchar; Jenna, esa hermosa jovencita, tan parecida a su madre; y Mel, aún una cría, y una constante fuente de risas y juego. Debió haber entrado en su cuarto. Pero no lo hizo. Apenas intercambió unas palabras con Anne. «*Te quiero, cariño. Yo también te quiero*». Aquellas palabras

resonaban en sus oídos, retumbaban mientras su recuerdo se disipaba. Entonces todo volvió a ponerse en marcha, y Floyd se echó en brazos de la locura.

El hombre más alto empezó a correr. Intentó escabullirse pendiente arriba, pero la nieve fresca le dificultaba el ascenso. Por cada dos pasos que subía resbalaba otro hacia atrás. Estaba asustado, pero no tan enloquecido como era costumbre. Arroyo Negro se acordó de los humanos en la casa de Kaitlin, aquellos que lo habían visto como era realmente, y que no habían caído presa del Delirio. Astillabedules y Oreja Suelta no estaban al tanto de aquello, pero sí habían visto morir a Frederick Terror Nocturno, lo habían visto morir acibillado a balazos a manos de humanos que no corrían, que les hacían frente con poderosas escopetas. Lo recordaban, y no perdonaban. Se arrojaron sobre aquel hombre alto; Astillabedules lo inmovilizó de pies y manos mientras Cynthia le rebanaba la garganta.

El otro humano se limitaba a observar y parlotear, perplejo ante el baño de sangre que salpicaba su rostro mientras los Garou despedazaban a su compañero hasta hacerlo trizas. Arroyo bufó. El incomprensible discurso que brotaba de labios de aquel humano lo molestaba, y no era porque quisieran llevar a cabo una acción sigilosa, pues los sonidos del ataque de Ladra-a-las-Sombras se propagaban ya por el interior de los muros de ladrillo, sino porque aquel barranco apestaba a contaminación del Wyrn, a corrupción, y él era humano, y por tanto era parte del problema. Con un solo ataque de su enorme mano repleta de garras. Arroyo casi seccionó por completo la cabeza de aquel humano enloquecido. Su cuerpo rebotó contra el suelo y se abrió un nuevo chorro de sangre, que se convertía en un surco rojo de nieve derretida.

Entonces se hizo un extraño silencio en el barranco.

—¿Es esto? —preguntó Claudia Permanece Firme tamborileando la chapa metálica que tapaba la enorme tubería que sobresalía de la ladera. Un líquido manaba en forma de pequeño chorro desde un agujero que había en la lámina.

Arroyo asintió. Claudia clavó sus garras en el metal y arrancó la tapa. La repugnancia que los Garou sintieron ante la visión de la oscura sustancia que contenía la tubería era incalificable. El intenso hedor que les sobrevino no procedía únicamente del agua, sino de lo que había tras ésta, a su alrededor; estaba en ella, pero no formaba parte de ella. La luz de la mañana reflejándose en aquel líquido contaminado hizo en cierto modo más fácil su paso.

De nuevo el silencio se hizo en el barranco; el silencio y dos cuerpos inmóviles, con la sangre que les había dado vida absorbida por la nieve.

Ladra-a-las-Sombras atravesó la puerta de cristal en la parte frontal del edificio de

los laboratorios, y entonces se activó la alarma. Aquel atronador pulso electrónico martilleó en los sensibles oídos del Garou, pero aquello sirvió sólo para incitarlo con más fuerza a dejarse llevar por el frenesí. Todo lo que veía y oía lo hacía a través de una capa de odio. Se lanzó enseguida al ataque, sin piedad ninguna. Un fornido hombre enfundado en una bata blanca se apresuró a acudir al vestíbulo para investigar la causa de la alarma. Ladra-a-las-Sombras lo destripó con un simple giro de muñeca. Una Secretaria lo observó con la boca abierta, aterrorizada, desde detrás de su escritorio. Ladra-a-las-Sombras saltó sobre la mesa, le rebanó la garganta y continuó moviéndose con una fluidez asombrosa.

Más y más humanos acudían atraídos por el revuelo, y entonces empezó el griterío. Hombres y mujeres corrían para salvar sus vidas, mientras que otros se derrumbaban en el suelo, encogidos como pequeñas bolitas, incapaces de hacer otra cosa que no fuera temblar y sollozar. *Sin piedad.* Ladra-a-las-Sombras repetía las instrucciones de Arroyo Negro una y otra vez, para sí mismo. *Sin piedad.* Aquel era un lugar del Wym, y desde él la corrupción se había extendido hasta filtrarse en la vida de su propio clan. *Sin piedad.* Los humanos eran, en el mejor de los casos, herramientas en manos del enemigo, y en el peor, agentes serviciales del Wym. *Sin piedad.*

Ladra-a-las-Sombras había destripado ya a varios humanos, masacrándolos directamente donde se habían dejado caer en el suelo o dándoles caza mientras corrían. Entonces uno en particular llamó su atención. El tipo vestía la misma bata blanca que los demás, pero sus movimientos eran diferentes: parecía tener un propósito, no estaba llevado por la misma locura que no lograba comprender. Ladra-a-las-Sombras ignoró a un tipo con gafas que se agazapó en una esquina intentando protegerse junto a la pared, y decidió seguir a aquel tipo más peculiar, girando una esquina, a través de un largo pasillo y de nuevo girando otra esquina más. Azuzado por el ansia de la persecución, la boca se le hizo agua. Gruñó y dejó que aquel líquido fluyera libremente de su boca mientras saltaba pasillo abajo. El hombre de la bata volvió la cabeza por encima de su hombro y los ojos se le pusieron como platos. Aceleró su paso. Gritó unas palabras de aviso a un camarada que Ladra-a-las-Sombras no logró ver, y entonces se lanzó por una puerta. Un instante más tarde, aquel compañero del conspirador, invisible hasta entonces, salió por la misma puerta, también en plena posesión de sus facultades, y empuñando un enorme rifle con el que le apuntaba.

Ladra-a-las-Sombras se agazapó contra el suelo y el pasillo explotó a su espalda. Una lluvia de placas despedazadas del techo y fragmentos de hormigón cayó sobre su cuerpo. Dio una voltereta y siguió avanzando, sin cesar en su persecución. Antes que el humano pudiera dispararle una segunda vez, Ladra-a-las-Sombras agarró el cañón, arrancó el arma de las relucientes manos que sobresalían de la bata blanca y le

estampó la culata contra el cráneo. Un solo paso al interior de la habitación le bastó para descubrir que el primer humano al que había perseguido estaba colocando un cargador en un arma idéntica. Nunca tendría oportunidad de disparar. Ladra-a-las-Sombras lo golpeó con el arma que había arrebatado a su compañero, y le hizo tragar el cañón hasta unos diez centímetros. Aún no del todo satisfecho, el Garou apretó el gatillo, pero debió de haber dañado el rifle, pues éste se negó a disparar. A pesar de aquello, y después de algunos segundos más de gritos ahogados, el humano se silenció.

Ladra-a-las-Sombras se detuvo unos instantes, jadeando por el esfuerzo que había realizado, con el pulso acelerado, sus garras y colmillos cubiertos de jirones de carne fresca. Por todo el edificio las alarmas resonaban y los humanos, llevados por el pánico, corrían de un lado para otro. Sólo ahora que se había ocupado de su última presa se percató de cuáles eran los contenidos de la habitación a la que había llegado: un enorme y profundo armario contenía una hilera de armas como aquella que había volado el pasillo. Las paredes de la estancia estaban llenas de más armarios semejantes al primero. Uno a uno. Ladra-a-las-Sombras los destrozó todos hasta abrirlos. Los cerrojos no le suponían más impedimento que el metal retorcido, y sacó las puertas de sus goznes. Cada armario contenía el caparazón hueco de un humano: armaduras para el cuerpo, y un casco con una lámina frontal reflectante para la cabeza. Eran cinco juegos en total. Canción de Víspera les había contado muchas veces la historia de la muerte de Frederick Terror Nocturno, y les había hablado de los soldados, de sus armaduras y sus rifles de cargas explosivas. Ladra-a-las-Sombras sintió que la rabia lo llevaba de nuevo. Aunque sus compañeros en la tribu de los Colmillos Plateados le decían que carecía de intelecto y sensibilidad, era capaz de relacionar ambos sucesos. Arañó y escupió a los dos cuerpos que yacían a sus pies, y entonces dirigió su furia sobre el equipo, rompiendo los rifles con sus rodillas, despedazando las armaduras pieza por pieza, hasta que nada quedó que pudiera ser reconocido. Aun así, no había saciado su rabia.

Sin piedad. Ésa había sido la orden de su alfa... aunque ese alfa fuera Arroyo Negro. Desde algún otro lugar en el edificio, resonó el grito de una mujer. Ladra-a-las-Sombras abandonó la habitación al instante, abriéndose paso entre la polvareda y los escombros de los restos del pasillo. Sus oídos y su hocico le decían que había más humanos correteando, escondiéndose. Esos humanos habían matado a Terror Nocturno. Habían corrompido la tierra. *Sin piedad.*

Capítulo veinticuatro

El hedor de la corrupción del Wyrn era tan intenso que Arroyo Negro rechinó los dientes hasta clavarse los colmillos en las encías y hacer que la sangre fluyera dentro de su boca. La enfermedad de la tierra es una enfermedad del espíritu, le había dicho Meneghwo en la llanura al pie de la montaña. Habían entrado en el mundo espiritual; allí en la Umbra no había tubería por la que arrastrarse, tampoco barranco ni edificio de ladrillos que albergara los laboratorios; sólo había un hueco desde el que manaba un burbujeante líquido infecto en el que la corrupción y la putrefacción tomaban forma. Los demás Garou maldecían aquella hediondez y pedían fuerza a Gaia. Arroyo dedicó su silenciosa plegaria a Meneghwo, el tótem espiritual de la manada, un espíritu guerrero. *«Ayúdanos a destruir lo que encontremos aquí, espíritu lobo. Por el bien de Gaia, debemos prevalecer».*

Condujo a los demás hacia la viscosa oscuridad, conteniendo su aliento mientras nadaban penosamente en aquel lodo, mientras el aire y la luz y todo lo sagrado se perdían en el pasado. No se atrevía a abrir los ojos por temor a que aquello que ahora abrasaba todo su cuerpo los hiciera hervir en sus cuencas. Las paredes de aquel túnel eran viscosas y pegajosas al tacto, y él se limitó a continuar avanzando a través de ellas, como alguna clase de criatura sorda y ciega que volviera sobre sus pasos, que regresara arrastrándose a través de un cauce que lo viera nacer con un espantoso llanto.

«Seguidme», dijo a sus compañeros de manada, y le alivió comprobar que aún estaban tras él. Todos menos uno. Ladra-a-las-Sombras había rehusado en un principio hacer frente a las amenazas mundanas mientras el resto de sus compañeros se enfrentaba a la corrupción del mundo espiritual. *«Si supieras lo que te estás perdiendo —pensó Arroyo—, me lo estarías agradeciendo».* Ese momento aún estaba por llegar, cuando todo terminase, cuando pudieran contarse las historias. Antes debían sobrevivir.

El avance por aquel enconado túnel era realmente lento. Arroyo se abría paso con sus garras. Pronto empezaron a arderle los pulmones, como su carne, pero ya había pasado por peores sufrimientos antes, como cuando persiguió a un espíritu lupino: entonces sus pulmones le habían abrasado hasta que estuvieron a punto de arderle. Había también un sueño, uno en el que recordaba haber respirado una inmundicia semejante a aquella que ahora lo rodeaba. Recordaba el sabor de la muerte, incluso parecía colársele por el hocico y las fosas nasales. *«¿Irían bien por allí? —se preguntó por primera vez—. ¿O estaré conduciendo a mi manada a su fin?».* Luchó por sofocar esas dudas antes que los demás se percatasen de su humor. *«¿Qué más había dicho Meneghwo en la llanura? Cuando llegue el momento, sabrás qué camino seguir».* Aquella parecía ser la ruta correcta, decidió Arroyo. Debía confiar en sus

instintos. No debía dudar de sí mismo.

Casi acababa de llegar a esa conclusión cuando el túnel giró bruscamente, hacia un lado y hacia arriba. Entonces los Garou alcanzaron la superficie. Uno tras otro, entre jadeos, se arrastraron desde el lodo hasta una orilla rocosa. El aire viciado de aquella cueva subterránea les pareció tan fresco como la primera flor de la primavera. Arroyo, en medio de la oscuridad, volvió a comprobar que estaban todos juntos.

—Que magnífico que vengas a hacerme compañía, Chepa —dijo una voz sibilante que no parecía provenir de ningún sitio en particular, hasta que, de repente, Canción de Víspera dio un paso al frente y abandonó la oscuridad. Estaba desconcertantemente cerca, con los ojos en blanco y su pelaje chamuscado y enmarañado concediéndole el aspecto de una criatura semejante a una rata que no cesaba de gruñir. Tenía el brazo derecho desproporcionado respecto al resto del cuerpo. Aquella extremidad parecía tratar de recuperar su tamaño adecuado, pero las heridas sufridas por las garras o los dientes de un camarada Garou sanaban con lentitud. Hasta el momento, todo lo que le había brotado era un escuálido brazo sin pelo, poco más grande que una fina capa de músculo sobre el hueso recién formado.

Arroyo escuchó a su espalda alientos entrecortados. Los demás no habían visto aún a Canción de Víspera, no habían presenciado en lo que se había convertido.

—Decías la verdad —gruñó Astillabedules.

—No debemos permitir que esta abominación sufra el horror de vivir —coincidió Claudia Permanece Firme sacando su klaive. El arma brillaba en medio de la penumbra como un sol de plata en el cielo más oscuro—. Nunca habría pensado esto de ti, Canción de Víspera —dijo.

—¡No más Canción de Víspera! —aulló la criatura, con sus palabras resonando desde invisibles alturas—. ¡A partir de ahora, Fir Bolg! ¡Fir Bolg!

Abrió y cerró sus fauces, castañeteando los dientes. El brazo a medio formar de la criatura trató de completar aquel movimiento, como intentando formar un puño de dedos huesudos, pero fue incapaz.

—Lo que digas, bola de pelo —musitó Cynthia Oreja Suelta—. Vas a ver.

Y ya estaba surcando el aire, con las garras listas para cortar y los colmillos en ristre.

Aterrizó allí donde había estado Fir Bolg un momento antes, pero éste se había desvanecido entre las sombras, como si formara parte de ellas. Una frenética risa llenó la oscuridad, rodeando a los Garou, acechándolos. Aquel sonido varió ligeramente, se hizo más intenso, se alejó y se aproximó, y entonces pareció tomar forma, revolviendo aquel aire añejo.

—Criaturas aladas —dijo Claudia.

Algo rozó las piernas de Arroyo Negro, y también su hombro. Lanzó un golpe, pero la criatura esquivó sus garras. De repente aquellas alas estaban por todas partes,

sacudiéndose como sacos de lona. Las carcajadas de Fir Bolg volvieron a sonar con más fuerza, esta vez llevadas por cientos de bocas sonrientes, hambrientas fauces repletas de dientes. Aunque se agazapada y esquivaba a las criaturas del Wyrn, Arroyo no era capaz de verlas con claridad. Parecían una vela oscura en la penumbra, descendiendo en picado desde todas partes para reclamar como premio bocados de carne fresca. Intentó vislumbrar algo en la oscuridad, y sus ojos brillaron con el don de la vista de un espíritu felino, pero aun así no pudo distinguir nada, sólo negrura; la luz que no fuera devorada en aquel lugar de Wyrn quedaba oculta tras el muro de alas con forma de extremidad de murciélago.

Por los aullidos y gruñidos de frustración. Arroyo supo que sus compañeros estaban sufriendo su mismo destino. Girándose y revolviéndose para alejar los dientes de la criatura murciélago de su espalda, se abrió paso hasta el lugar donde se escuchaban sonidos de lucha de Permanece Firme. Al aproximarse, distinguió una luz entre la oscuridad: el destello plateado de su klaive surcando la penumbra, como un rayo en la impenetrable tormenta.

«*Te cubro la espalda*», le dijo Arroyo, esperando su respuesta antes de terminar de aproximarse a su espalda. No tenía ninguna intención de acabar en el lado equivocado del klaive. Espalda con espalda, se mostraron más competitivos, concentrando sus ataques, cada uno con lo que tenía frente a sí. Esperaba que Astillabedules y Oreja Suelta estuvieran haciendo lo mismo, y pensaba que era probable que así fuera, teniendo en cuenta lo a menudo que Garra y Furia parecían actuar y pensar al unísono.

El batir de alas se había hecho ya tan espeso que Arroyo encontraba blanco en cada golpe de sus garras. Y no podía desear que fuera diferente; con cada golpetazo retiraba su mano con restos de alas, tendones desgarrados y sangre espesa. Alaridos de dolor se entremezclaban con los hambrientos chillidos de las bestias del Wyrn. «*Parece que nos llevará años acabar con todas*», pensó. Los Garou eran capaces de mover montañas y océanos sólo con las manos, y si aquella era la guerra que el Wyrn había declarado, Arroyo estaba dispuesto a combatir hasta su último aliento.

De repente, mientras Arroyo clavaba sus garras sobre otro puñado de bestias aladas, un alarido ensordecedor irrumpió en la oscuridad, agudo y persistente, y que se desvaneció hasta convertirse en un gemido lastimero. Antes que acabara, el batir de alas cesó. Arroyo y Claudia seguían espalda contra espalda. Todo seguía en penumbra, pero la oscuridad no era ya tan impenetrable ahora que las hordas de bestias aladas del Wyrn habían desaparecido con la misma urgencia con la que habían surgido. El silencio no era absoluto. Unos gimoteos y lamentos resonaban en la cámara. Arroyo y Claudia siguieron aquel sonido, llegando hasta donde estaban Astillabedules y Oreja Suelta, y también Canción de Víspera convertido en Fir Bolg.

—Gaia nos proteja —musitó Permanece Firme. Cynthia Oreja Suelta tenía la

vista fija en el suelo de la cueva; su sangre se unía a los riachuelos de negra corrupción que discurrían sobre la piedra, a sus pies. Tenía la garganta, el pecho y el vientre desgarrados, y las tripas hechas trizas. Arroyo reconoció en su cuerpo la obra de afiladas garras. Se imaginó a Fir Bolg cargando en medio de la oscuridad, camuflado entre la cobertura de incontables criaturas aladas, arremetiendo con sus colmillos y quizá también con su mano buena sobre la garganta de Cynthia, mientras se impulsaba sobre ella con todo el peso sobre sus piernas, desgarrando carne y músculos, órganos y huesos. Ante la vista de los impotentes Garou, el último suspiro de vida de Cynthia se derramó en el suelo.

Astillabedules se había cobrado una amarga venganza en Fir Bolg. Había acabado con él, de eso no había duda, pero a un precio muy alto. El engendro aún movía sus fauces, abriéndolas y cerrándolas, y tenía la vista perdida en la oscuridad, sollozando, tosiendo, escupiendo sangre y emitiendo en ocasiones un débil sonido que parecía una risa histérica. Tenía el vientre tan despedazado como el de Cynthia y le habían arrancado su muñón; la extremidad superior buena estaba despedazada, con sólo un dedo sano. Allí donde su sangre se vertía sobre la piedra, desde cráteres ardientes salía un humo sibilante.

Astillabedules no estaba muy lejos de allí, de rodillas, y con Claudia a su lado. Al acercarse, Arroyo comprobó que la Garra tenía las manos desolladas, con los huesos a la vista, con el pelo y la carne abrasados por la corrosiva sangre de Fir Bolg. Arroyo se acercó hasta donde estaban las dos hembras, asqueado casi hasta sentir arcadas. Astillabedules se había quedado literalmente sin cara. El hocico, que debía haber hundido en la garganta de Fir Bolg, no era más que los restos de un armazón de huesos chamuscados, sin piel, sin fosas nasales, sin lengua; todo abrasado. Tenía desollada la piel de la garganta y el pecho. Cada esforzado aliento iba acompañado de un suave resollar.

Tenía un ojo consumido, el otro parecía perdido, y parpadeaba cada pocos segundos.

—Todavía vive —musitó Arroyo Negro. Los Garou eran capaces de soportar el dolor físico hasta extremos increíbles, pero no en aquella forma, no sufriendolo a manos de otro Garou, no con esa pestilente sangre que circulaba por el cuerpo de quien en otro tiempo había sido Canción de Víspera. A Arroyo le escocían las quemaduras que había sufrido a manos de Fir Bolg; eran dolorosas, pero no habían sido tan destructivas como aquellas que afligían a Astillabedules.

—No durará demasiado —dijo Claudia en voz baja, mientras dejaba reposar a Astillabedules en el suelo.

—Déjame tu klaive —pidió Arroyo.

Claudia lo observó y entonces le dio el arma plateada, cediéndole la empuñadura. Arroyo se giró hacia Fir Bolg. La bestia sonrió, sacando y metiendo la lengua como

una serpiente. Las piernas le temblaban en espasmos, como si estuvieran soñando con una cacería.

—Canción de Víspera nunca se habría escondido en la oscuridad como un cachorro asustado —dijo Arroyo.

—Ya no existe Canción de Víspera —dijo la bestia entre jadeos—. Ahora sólo Fir Bolg. Fir Bolg. —La criatura parecía deleitarse con el sonido de su nombre. Su sonrisa pareció estirarse, incluso cuando gorgojeaba su propia sangre en su garganta hasta chorrearle barbilla abajo—. La historia de Fir Bolg.

—La historia de Fir Bolg —dijo Arroyo sacudiendo la cabeza— ha terminado.

Y, tras unas cuantas cuchilladas en la cabeza, así fue. Arroyo no se deleitó en su hazaña. Gotas de sangre que no pudo evitar le abrasaron mechones de pelo y piel, mientras que el ácido que cubría el klaive burbujeaba y chisporroteaba hasta desaparecer, hasta que la hoja plateada volvió a brillar inmaculada. Arroyo devolvió el arma a Claudia.

—Canción de Víspera nunca me cayó bien —dijo Arroyo—. No era paciente ni cortés. Pero no se merecía esto. —Astillabedules yacía rígida, y su cuerpo había adoptado la forma de un lobo de pelaje rojizo. Arroyo agitó la cabeza, consternado—. Que un miembro de nuestro clan deba acabar así...

—No era un miembro de nuestro clan —dijo Claudia Permanece Firme, aún arrodillada junto a Astillabedules—. Nos dejó cuando te convertiste en gran anciano del clan, en el alfa de la manada. Ya no era uno de los nuestros, y había dejado de ser también Canción de Víspera.

Aquello era cierto, y Arroyo lo sabía, pero aun así sentía un profundo pesar por el fracaso, por el vacío de su pariente caído. «*Si hubiera decidido seguirme —pensó Arroyo—, todo hubiera podido acabar de forma diferente*». Indudablemente, Fir Bolg hubiera supuesto lo mismo. Después de haber renegado de Arroyo, había vuelto para enfrentarse a él como alfa, junto a otros tres de sus antiguos compañeros de manada, y con consecuencias fatales. «*No era Canción de Víspera, pero tenía la sabiduría de éste. Sabía que, de todos nosotros, tendría más probabilidades de abrirse paso sobre la guardia de Cynthia, y sabía también que Astillabedules se lanzaría sobre él para castigarlo, sin dudarlo, sin piedad, sin pensarlo dos veces. — Las implicaciones de aquella idea eran terribles—. Había sido un suicidio. Qué mejor forma de hacerme daño que acabando con dos miembros de mi manada... Y de un solo golpe, cualquier resto que pudiera quedar de Canción de Víspera debió encontrar una vía de escape*». Arroyo contempló el cuerpo ennegrecido, que se descomponía rápidamente, ya con la rigidez propia de la muerte, despojándose del poco pelo que pudiera quedarle. Creyó poder sentir una pizca de alivio por Canción de Víspera, pero Arroyo fue incapaz de encontrar la menor compasión por él.

—Debemos seguir adelante —dijo con gesto adusto. Claudia se levantó de junto a

Astillabedules y echó una última mirada a los dos Garou muertos—. Dejémoslos juntos —dijo Arroyo—. Ya nos reuniremos con ellos luego.

Permanece Firme asintió, pero no dijo nada. Agarraba con fuerza su klaive enfundado. Juntos, Arroyo y Claudia Permanece Firme, se adentraron de nuevo en la oscuridad.

Capítulo veinticinco

Me incorporo tan rápido que, por un momento, lo veo todo blanco. Levanto la cabeza como una bala. Ya estoy despierta. Libre de imágenes de una bestia de ojos rojos que se reclina sobre mí, babeando, dispuesta a arrancarme el corazón. ¿Pero dónde diablos estoy? Parece el despacho de Floyd, estoy acurrucada en su pequeño sofá, en el trabajo. El monstruo no era sólo un sueño. Dios mío, desearía que lo fuera. Desearía poder recuperar mi casa, como la tenía antes que todos la invadieran. Desearía recuperar mi vida, sin monstruos, sin sueños ni visiones.

El sueño. No fue eso lo que me despertó. Era un ruido, un estrépito en el exterior. El corazón vuelve a ponérseme a cien, como si un colibrí revoloteara dentro de mi pecho. Seguro que no era más que uno de esos gigantescos camiones. Salgo dando tumbos del despacho de Floyd, a donde está Frances.

—¿Escuchaste...? —empiezo a preguntarle, pero puedo ver por su expresión que sí ha escuchado algo, que está sobresaltada, que no sabe qué hacer—. Espera aquí —le digo. No estoy segura de por qué. Puede que seaporque parece estar perdida. Normalmente es ella quien me ayuda a mí, recordándome que los formularios azules van en ese cajón, que las facturas se agrupan por semanas en esa carpeta. Quizá hoy pueda devolverle parte de esa amabilidad y paciencia. Quédate aquí, Frances. No sé por qué deberías hacerlo. No me preguntes. Mi intuición me alerta de algo. Y cuando sucede nada bueno me espera.

Ella me contempla, «*observa mi mano*». Mierda. La vuelvo a esconder en mi abrigo. Avergonzada, aparenta no haber estado mirando, pero ambas sabemos que ha sido así. La dejo donde está y salgo fuera, a la nieve. Tengo taquicardia. El aire parece más frío aún que cuando llegué. Me abrocho con fuerza el abrigo y coloco la mano sobre el estómago. Lo tengo revuelto. No me extraña, después de todo lo que he presenciado hoy. Me dirijo hacia el laboratorio. Allí es adonde iba Floyd. Veo gente corriendo por todas partes, algunos de ellos gritan, pero los sonidos y todo el espectáculo me parecen lejanos, como si la nieve nos hubiera separado a todos en pequeños mundos individuales. Siento como si me estuviera observando a mí misma en uno de mis sueños, una de mis visiones, pero no me parece recordar ésta en particular. Quizá sea realmente un sueño, y me despierte en cuanto me canse de él. Pero es que ya estoy cansada de él, cansada de todo. Todavía aprieto mi mano, mi nueva mano, contra la barriga. Es como si fuera allí donde le correspondiera estar.

El corazón se me para por un segundo al ver el laboratorio. La entrada, una verja con alambre de espinas en lo alto, está abierta como suele estarlo durante el día. En cuanto a la puerta del edificio... bueno, la estructura de metal sigue ahí, pero el cristal está roto, y casi no quedan restos de él. Sólo unos cuantos retazos irregulares en las esquinas.

Sé que eso fue lo que escuché. El cristal rompiéndose a lo lejos. Y no soy la única que lo ha oído. El edificio del laboratorio parece un hormiguero en el que hubieran metido un palo. Auxiliares con cascos, corriendo y gritando, es de allí de donde escapan, desde donde salen profiriendo alaridos. Algunos se atreven a entrar, casi todos huyen despavoridos. Ninguno de ellos parece verme, una muchachita negra que camina entre la nieve. Nadie sabe qué está sucediendo. Y creo que yo sí lo sé.

Me acerco. Atravieso la cerca. En la escalera que sube al edificio hay abandonados una tablilla de notas y un casco azul. Tras las puertas rotas veo un cuerpo en el suelo. Hay un hombre arrodillado junto a él, buscando señales de vida. Que tenga suerte. Hay sangre por las paredes, salpicada a una altura tal que puedo imaginar la fuerza imposible del ataque, la furia que había tras él.

¿Será la pesadilla de ojos rojos la responsable de todo esto? ¿Será Arroyo? ¿Acaso importa eso en realidad?

Es como si hubiera vuelto a la casa, sólo que ahora no es mi sangre la que se encharca en el suelo. Llego hasta las escaleras y me siento en ellas. No es que haya elegido hacerlo en realidad. Las piernas me flaquean, no quieren andar más. Las rodillas se me doblan y ya estoy sentada. Así, sin más. A mi lado pasa un hombre corriendo. La cabeza me da vueltas de nuevo. Tengo ganas de vomitar, pero me contengo. Siento una mano que me tapa la boca, es mi mano. Es parte de mí, pero no forma parte de mí.

«*Sin piedad*». Ladra-a-las-Sombras se lanzaba a la caza arriba y abajo por cada uno de los pasillos. Atravesaba enfurecido cada una de las puertas que encontraba cerradas. El sonido del cristal rompiéndose le hacía cosquillas en los oídos, como la mañana tras una tormenta helada, cuando los árboles derramaban su manto de cristal. «*Cuidado con los productos químicos*», le había dicho Arroyo. Ladra-a-las-Sombras había tenido en cuenta su advertencia, pero su entusiasmo le hacía volverse loco. Sólo una de las vitrinas que había destrozado despidió un vapor especialmente doloroso que lo aturdió, le hizo arder los ojos. Pero simplemente abandonó aquella habitación y pasó a la siguiente.

Evert Nube de Muerte siempre había advertido a los Garou de que se alejaran de los emplazamientos humanos, pero Chepa había cambiado esa norma. A Ladra-a-las-Sombras le complacía que fuera así. Aquel edificio era como un tesoro escondido. Al girar cada esquina encontraba el gozo de una cacería con una persecución no demasiado complicada o duradera. Claro que los humanos acababan resultando algo tediosos después de un rato de caza: corrían, gritaban y morían, eso era todo. Pero el estallar de cristales, el astillar de la madera, el arrancar los muebles de metal de las paredes y arrugarlos hasta hacerlos una bola, todo aquello era un festín para sus sentidos. Ladra-a-las-Sombras se dejó llevar por la rabia, y no dejó una sola

habitación intacta. El incidente con los productos químicos le sirvió de advertencia, pero después de un rato incluso eso parecía una molestia sin importancia.

No fue hasta alcanzar el laboratorio más alejado, el mayor de todos con los que se había encontrado, cuando se topó con otro hombre que se atreviera a hacerle frente. Éste también era bastante grande para ser humano, y fuerte, como los que se había encontrado en la armería. Sin embargo, este tipo sólo empuñaba una raquílica pistola, apenas más grande que su mano, y no uno de esos rifles capaces de provocar gigantescas explosiones. El hombre ya estaba esperándolo cuando echó abajo la puerta. Un segundo humano se cobijó, acobardado, junto al muro trasero. Pero era el que sostenía la pistola quien miraba desafiante a Ladra-a-las-Sombras, lúcido, en absoluto aterrorizado.

—Venga —gruñó Ladra-a-las-Sombras en lengua Garou—. Estoy listo —dijo alargando los dedos, estirando sus garras.

El humano abrió fuego. La descarga alcanzó a Ladra-a-las-Sombras justo en el pecho.

Apretó los dientes y sonrió, el dolor le abría el apetito. En unos segundos la herida había sanado, como si el disparo nunca lo hubiera alcanzado. Entonces un primer atisbo de miedo brilló en los ojos del humano. Aquello bastaba. El segundo disparo no encontró su blanco, pues Ladra-a-las-Sombras ya volaba por los aires. Se lanzó sobre el humano, clavándole las garras traseras en el pecho, desgarrándole con las delanteras el rostro, hundiéndole los colmillos en las sienes. El impulso de su caída hizo que sus golpes fueran todavía más profundos. El humano gritó.

—¿Es esto lo que quieres ver? —gruñó Ladra-a-las-Sombras, con las fauces abiertas, englobando toda la cabeza del hombre—. ¿Por eso no corrías como el resto?

Mordió con más fuerza y escuchó el cráneo romperse. Con la lengua, acarició un globo ocular que se había salido de su cuenca. Apretó con más fuerza aún y el cráneo cedió, y los chillidos cesaron. Ladra-a-las-Sombras liberó sus garras. Sin dejar de aferrar la cabeza del humano, lo agitó hasta que todo el cuerpo se levantó en el aire. Escuchó el chasquido de algunos huesos más en el cuello.

El combate había terminado más rápido de lo que había esperado; Ladra-a-las-Sombras atizó al humano, pero no sirvió de nada.

Entonces centró su atención en los gimoteos que se escuchaban en el fondo de la habitación y saltó sobre un mostrador, esparciendo todo el material científico que contenía. Ladra-a-las-Sombras se agazapó frente al escuálido humano que quedaba con vida, un anciano con gafas que estaba acurrucado en el suelo, con los ojos apretados, la bata blanca cubriéndolo como si fuera a poder servirle de más que al resto de los humanos sus armaduras.

—Os cazamos —murmuraba sin cesar—. Os cazamos. Os cazamos... se supone que no debe ser así. No debe ser así...

Ladra-a-las-Sombras ladeó la cabeza. ¿Humanos que cazan Garou? Se reía de lo absurdo de aquella idea y le despedazó la garganta a aquel tipo. «*Todos estos humanos, —pensó—, y todo ese equipo, sólo para intentar darnos caza*». Contrariado, agitó la cabeza. «*Mataron a Terror Nocturno, —se recordó a sí mismo—, y así han acabado*».

Le quedaba poco que hacer en el edificio. Había destruido prácticamente todo lo que podía destrozar. Mientras salía de vuelta, se topó con algunos humanos a los que despachó diligentemente. Pero no eran los que llevaban las batas blancas. Iban con sombreros azules. Pensó que debía de haber dado buena cuenta de todos los de batas blancas, y que éstos eran los que más preocupaban a Chepa. En la puerta principal, otro casco azul más huía despavorido, pasando de largo junto al primer humano que había asesinado aquella noche, hacia el exterior del edificio, junto a una jovencita que estaba sentada en los escalones.

Ladra-a-las-Sombras se acercó a ella y ésta lo miró. Se dio cuenta de que *lo miraba*. Como los pocos humanos armados que lo habían mirado. No corría ni gritaba aunque él se le estuviera acercando, aunque estuviera levantando su mano engarrada.

Gracias a Dios que no era Arroyo quien salía del edificio. Creo que no podría haberlo soportado. Toda esta sangre, toda esta gente... Pero Dios es misericordioso conmigo, creo que lo reconozco de cuando Arroyo me llevó hasta su guarida, al muro junto a la corriente. Pero a él todos les parecemos iguales. Sólo soy otra humana más. Está cubierto de sangre. ¿Se va a preocupar por mancharse un poco más? Contengo el aliento, no grito. Puede que haya llegado el momento. Quizá ya has vivido demasiado si eres capaz de distinguir a un hombre lobo de otro. Creo que ha recogido sus garras.

—¿Eres compañero de Arroyo, verdad? —le digo. Él duda, ladea la cabeza. Quizá me haya reconocido. Quizá.

Baja su mano pesadamente, no me arranca la cabeza como hubiera esperado, como iba a ser su intención. Pienso en algo más que pueda decirle, como «*Hazme daño y Arroyo te pateará el culo*». Perfecto, seguro que ahora se cabrearía y me mataría igualmente. Estoy demasiado cansada. No estoy segura de ser capaz de encontrar las palabras adecuadas.

Gruñe, me enseña los dientes como para demostrar que le importa un pimiento lo que pueda decirle, que no tiene miedo de Arroyo. Pero no me mata. Sencillamente desaparece. Así de simple. No como un fantasma, sino con grandes zancadas, como saltos. Parece que apenas toca el suelo. Son tan endiabladamente veloces, tan fuertes... Como los dioses. Como los diablos. Se ha ido sin más.

Me quedo sentada donde estoy, con la vista perdida. El frío se me cuela por el abrigo, por las botas. No es la primera vez que me siento así, fría y aturdida por fuera hasta igualar el aturdimiento y el frío que siento en mi interior. Tengo que

levantarme, moverme, alejarme de aquí. No quiero volver a entrar. Puedo imaginar... pero prefiero no hacerlo. Antes o después alguien volverá en sí y llamará a los polis. Y no quiero estar aquí para cuando eso ocurra. Me siento como si fuera su cómplice. Yo fui quien trajo a Arroyo hasta aquí, y él trajo a su gente. Su gente. Así es como los llama. No sabía que esto acabaría así. Me levanto sin volver la vista hacia el laboratorio, ni a los cuerpos en la entrada. Me alejo caminando. No debo dejar de caminar. Mis pies saben bien cómo funciona. He caminado toda la mañana entre brumas. No me irá mal andar un poco más. Me alejo, y no dejo de pensar en la forma que ese hombre lobo tenía de mirarme. No era la mirada enloquecida de la bestia de refulgentes ojos rojos, pero sí estaba igual de ansioso que ésta por probar mi sangre. Matan con tanta naturalidad, es como cuando me cambio de ropa o voy a cagar. He conocido a gente así... gente de verdad, humanos. Algunos creen tener razones para hacer daño a los demás, otros simplemente disfrutan haciéndolo. Ya hace mucho tiempo que sé que existe gente así, pero nunca lo he entendido. Sigo sin comprenderlo.

¿Y Arroyo? ¿Disfrutará él también? El modo en que ese hombre lobo me miraba, como si hubiera preferido matarme que pararse a hablar, es la mirada que brilla en los ojos de Arroyo cada vez que menciona la frase «*contaminación del Wyrn*». Arruga la nariz y dobla el labio. Y cuando lo hace puedo ver que es un monstruo, es cuando ese lobo se refleja delante de mis ojos, mostrándome los dientes. No me dedica esa mirada, pero sé reconocerla. Éste es el lugar que provocó toda esa corrupción del Wyrn que tanto lo preocupa. Ya me la mostró, tanto como pudo. Podía tenerle miedo, podía sentir que era algo incorrecto, pero nunca pensé que iba a llegar a odiarla tanto como él lo hace. Nunca había tenido una razón para hacerlo. ¿Por qué me sorprende que haya venido hasta aquí, con su gente, para limpiar este lugar? Puede que no lo hiciera. Quizá está en su madriguera, lamiéndose las heridas, y este tipo vino por su propia cuenta. Puedo esperar que haya sido así.

Atravieso la verja, me alejé cada vez más del edificio. Algunos trabajadores deambulan aún por los alrededores, cautelosos, todos aterrorizados. Uno o dos de ellos me miran perplejos. Quizá también estuvieran dentro y consiguieran salir ilesos, sin que les arrancaran la cabeza. Es posible que quisieran no haber visto lo que han presenciado. Yo apenas vi uno o dos cuerpos en el vestíbulo. Seguro que habrá mucho más. ¿Es ésta la única forma de arreglarlo? ¿Es esto mejor que la corrupción del Wyrn?

Mis pies me conducen hasta dar la vuelta al edificio. Estoy decidida a dejar este lugar para siempre. A cada paso que doy, espero que el mundo pueda cambiar, desaparecer, y que yo no tenga que estar donde estoy ahora. Al menos si no es en este paso, que sea al siguiente, o al otro, o al otro... Pero nada cambia. Es como si estuviera reviviendo ese sueño que soy incapaz de recordar del todo. Sé lo que me

voy a encontrar. Y sé que no quiero encontrármelo. Pero aun así sigo avanzando, paso a paso, esperando que no vaya a ocurrir exactamente lo que sé que va a ocurrir. Mi *visión* funciona así. Es como hacer trampas, pero no me permite saltarme ni un solo paso. Cuando llego a la espalda de la ventana estoy llorando. Me desgañito, berreo. No me avergüenzo. No me preocupa respirar. No me importa que me corran las lágrimas y los mocos por la cara. Desde lo alto del barranco alcanzo a ver los cuerpos. Ya sé qué va a ocurrir. Pero debo continuar, tengo que verlo.

Por segunda vez, desciendo por el barranco. La nieve está resbaladiza. Me caigo de culo. Tampoco me preocupo por eso. Resbalo el resto del trecho con el culo. Esquivo las manchas más grandes de sangre. Unos cuantos pasos más y por fin lo sé, sé lo que ya supe desde el momento en que me levanté, pero no lo admito hasta ahora. Finalmente mi intuición estaba en lo cierto, aunque había deseado que no fuera así, quizá nunca antes había deseado algo con tanta fuerza en mi vida. Aquel sombrío terror que no quería que tomara forma se ha hecho realidad. Floyd. La nieve a su alrededor está derretida, y en parte se ha vuelto a congelar en una fina capa de hielo color rojo. La nieve no ha caído con fuerza suficiente para cubrirlo por completo. Un polvo blancuzco ha cubierto su abrigo, sus pantalones, sus botas. Pero no su rostro. Aún no está lo suficientemente frío. Pero no durará mucho tiempo así. El hielo color rojo cruje bajo mis pies cuando piso por encima para acercarme. Hay otro cuerpo más, pero apenas lo observo. Puede que fuera culpa suya. Puede que lo mereciera por los dos. No puedo pensar que alguien mereciera esto. Floyd no se lo merecía. Dios mío, Dios mío, casi tiene la cabeza arrancada...

Observo su cara, sólo me fijo en eso. Lloro copos de nieve. Lloro por Anne, y por Jenna y por Mel. Yo también lloro por ellas. Y por Floyd. Estoy de rodillas. Mierda de sangre. Contemplo su cara, sólo eso. Los copos de nieve empiezan a pegársele. Está frío, cada vez más, se está apagando. Le cierro los ojos. La suave presión de mis dedos hace que la cabeza se le vaya hacia un lado. No hay mucho que la sostenga. Me doy la vuelta, vomito. Mi mano agarra instintivamente mi barriga. ¿Por qué tiene que suceder así? ¿Podía haber sido tan dañina la corrupción del Wyrn? ¿Podría igualar algo este espanto? Lloro con más fuerza, hasta que me escuece el pecho y se me seca la garganta. Entonces... entonces lloro aún más.

Capítulo veintiséis

«*Cuando llegue el momento, sabrás qué camino seguir*». Arroyo Negro anhelaba que Meneghwo tuviera razón. Se detuvo brevemente en la bifurcación triple del túnel, con Claudia Permanece Firme a su espalda, y optó por la rama más a la izquierda. Mientras avanzaban, el techo se hacía cada vez más bajo y una mugre putrefacta cubría el suelo. Los Garou chapotearon abriéndose camino, y Arroyo, por su joroba, incluso tuvo que encorvarse algo más. «*Si hay un sendero más fácil —pensó para sí mismo y para Claudia—, no está hecho para que viajen nuestros pies*». Permanece Firme premió su adusto humor con un gruñido mordaz.

Arroyo apreciaba cada vez más su don de Búho, la capacidad de hablar sin pronunciar palabra alguna. Nunca antes había sentido tales ligaduras: el vínculo del tótem de una manada, la aceptación entre los de su especie. Las pérdidas de Astillabedules y Cynthia Oreja Suelta le apenaban, el dolor de una extremidad fantasma partida en dos, la inseguridad de un cuerpo incompleto, pero si todo había ido bien en el mundo mundano, Ladra-a-las-Sombras estaría aguardando ya en el clan para felicitar a los supervivientes: el propio Arroyo, que probaría estar a la altura de aquella misión que los espíritus le habían encomendado, y Permanece Firme, aquella que incluso en los días más oscuros no lo había maltratado.

«*Perdonar el pasado. Mirar al futuro*». Aquellas eran también palabras de Meneghwo, el lobo espiritual. Arroyo se esforzaba por cumplirlas. Pensó que podría perdonar todos los fallos que pudiera ver en Claudia; era cierto que no había desafiado directamente el comportamiento despectivo y cruel habitual en Nube de Muerte hacia Arroyo, cuando Evert ejercía como alfa, pero a menudo sí lo había protegido de los más graves abusos, y había disuadido a los demás de atormentarlo permanentemente. Su responsabilidad, después de todo, había sido en pro de la seguridad del clan, y no destinada a proteger a un autocompasivo metis, un Ahroun que a todas luces debía ser capaz de cuidar de sí mismo. «*Era más culpa mía que suya —pensó Arroyo, con cuidado de no compartir esos sentimientos—. Debí haber soportado mejor los insultos y saber exigir mi lugar como cazador y guerrero, en lugar de escabullirme como un cachorro herido*».

Arroyo escupió en la mugre, que había subido desde sus tobillos hasta la altura de sus rodillas. ¿Perdonar el pasado? Estaba más dispuesto a perdonar a Claudia antes que a cualquiera de los otros, y a su vez perdonaría de mejor gana a ellos antes que a sí mismo.

Sin embargo, ahora podía empezar a vislumbrar el futuro, incluso en medio de aquella creciente oscuridad de los túneles olvidados por Gaia. «*Purificaremos la tierra y volveremos a levantar nuestro clan. Los Garou acudirán a unirse a nosotros cuando oigan lo ocurrido. Nuestra gente volverá a prosperar. Y Kaitlin...*». Arroyo

eligió sus pasos cuidadosamente entre el barro resbaladizo. Kaitlin. Sin duda habrá un lugar para ella en el futuro.

Una mano sobre su hombro atrajo su atención. Era Claudia, que le indicaba que debían parar para escuchar algo... «*Algo se mueve* —le dijo ella, sigilosamente—. *Bajo la superficie*». El brillo de su klaive refulgía en medio de la oscura corriente de mugre, pero no penetraba en ella.

Arroyo también sentía un movimiento bajo la superficie. Con la fuerza y la velocidad de un halcón que se lanzara en picado, sus garras se sumergieron en el espeso fango, golpearon y dieron cuenta de un tentáculo reptante tan grueso como su propia mano. Descubierta, o puede que porque las cinco garras atravesaban su circunferencia, el tentáculo se estremeció enloquecido. Arroyo lo siguió agarrando a pesar de sus violentos tirones y de la increíble manera que tenía de retorcerse. Aquellas convulsiones espasmódicas hacían penetrar sus garras en el tentáculo, rebanando tejidos y membranas, despedazando la carne, repartiendo sus fluidos internos por el fango a sus pies.

La plata destelló frente a los ojos de Arroyo. Un mandoble del klaive de Claudia seccionó el tentáculo. El extremo opuesto se liberó de las garras de Arroyo y cayó a la corriente. De nuevo volvió a hacerse el silencio.

—Tengo un mal presentimiento —dijo Claudia.

Entonces el fango empezó a bullir.

El angosto túnel se cubrió de inmediato de reptantes tentáculos, que atestando el espacio soltaban latigazos, los rodeaban y estrujaban. Arroyo no pudo evitar estamparse la cabeza contra la superficie de piedra resbaladiza y cubierta de líquenes mientras forcejeaba para defenderse en un espacio en el que un Garou en forma Crinos era incapaz de erguirse. Sus garras desgarraban la nervuda carne, hacían trizas una extremidad tras otra, pero siempre surgían otras para sustituir a éstas, dando zarpazos y mamporros. Permanece Firme vendía cara su piel mientras las criaturas trataban de hacerse con ella. Su klaive destellaba en la oscuridad y hediondas tiras de carne ensangrentada colgaban de sus garras. Durante unos instantes ambos lograron defenderse, pero un solo tropezón sobre el traicionero piso de la oscura corriente sirvió para que Claudia cayera al fondo de la misma. Sin su apoyo a la espalda. Arroyo se vio rápidamente abrumado, con sus golpes desesperados truncados por la falta de espacio, y sus piernas y brazos, en realidad todo su cuerpo, envuelto en una gomosa vaina de tentáculos. Finalmente, él acabó también sumergido bajo la superficie.

A pesar de tener los ojos cegados por el barro, unas ensoñaciones recorrieron su mente a fogonazos: una caverna sin fin repleta de apéndices semejantes a anguilas que se retorcían, arrastrándolo hasta unas fauces hambrientas, unos anillos concéntricos de colmillos que despedazaban la carne con bocados que bastaban para

engullirle un brazo al completo. Arroyo se arrepintió de haber podido cuestionar alguna vez a los espíritus ofrendados por la profecía cuando, finalmente, logró abrirse camino hasta la superficie, abandonando el burbujeante lodo para encontrar ante sí que las imágenes soñadas se hacían realidad. En aquel momento hubiera dado casi cualquier cosa porque sus sueños hubieran estado equivocados, por haber exagerado el tamaño y la monstruosidad de las fauces que se abrían ante él o, mejor aún, por poder despertarse en la maltrecha cama de Kaitlin. Sin embargo, la caverna y sus horrores eran absolutamente reales.

Arroyo sentía escozor y quemazón allá donde los tentáculos lo abrazaban, mientras que las infectas secreciones circulaban por su piel, carcomiendo su carne.

—Mira lo que has traído hasta nosotros —hablaron aquellas fauces en un tono profundamente grave, pero con una perfecta entonación en lengua Garou.

—Incluso tus palabras profanan nuestra lengua —bufó Arroyo.

—¿Vaya, de veras? —preguntaron las fauces en lo que parecía ser una sonrisa, aunque la exagerada magnitud de los colmillos hacían casi imposible percibir expresión alguna. Lentamente, en medio del bullicio de los tentáculos, surgió un nuevo apéndice, éste especialmente grueso, como un muñón nervudo, y sobre él la cabeza en forma Crinos de un Garou, no empalada en el apéndice sino formando parte de éste. Aquello que hiciera las veces de sangre en el interior de la abominación era impulsado a través de bulbosas arterias, y era visible bajo la supurante piel. Los ojos del Garou refulgieron verdosos, como siempre habían hecho en los años que Arroyo recordaba—. ¿Acaso es esto más de tu gusto, hijo querido? —se pronunció la cabeza de Evert Nube de Muerte.

Arroyo se sintió sin fuerzas, y dejó de forcejear.

—Veo que has traído contigo a tu fiel protectora —dijo Nube de Muerte—. Tan leal que incluso me volvió la espalda.

—¡Era leal al clan! —bufó Claudia, luchando contra los tentáculos que la apresaban—. Mi único crimen fue confiar demasiado en ti, ¡hasta estar ciega ante tu debilidad!

—¿Es que fui débil acaso? —siseó Nube de Muerte—. ¿Es eso entonces lo que ocurrió? ¿O fue que simplemente me sometí al devenir de la historia? Un clan crece fuerte y poderoso para luego desvanecerse y morir. Lo mismo se puede aplicar a nosotros. Si un Garou no tiene la suerte de caer en batalla, envejece y enferma. Y muere. ¿Iba a escapar yo acaso a ese destino?

Arroyo, sin acabar de creer lo que veían sus ojos, se sintió aún más desconcertado por lo que parecía ser un atisbo de incertidumbre en las palabras de su padre, algo que podía interpretarse incluso como arrepentimiento.

—Fallaste a Galia —dijo Permanece Firme—. Nunca combatiste a la corrupción que recorría la tierra. Ésta la abatió primero a ella porque era la más pura, ella hubiera

podido reconocerla y le habría puesto freno. Tú eras demasiado débil, demasiado débil para Galia, demasiado débil para el clan. Y ahora no eres más que un juguete en manos del Wym, el portavoz de una Perdición.

La vacilación momentánea de Nube de Muerte se disipó, y sus ojos color verde y su rostro se retorcieron de odio y resentimiento, emociones que Arroyo encontraba más familiares en aquel semblante. Aunque sometido bajo una maligna Perdición, aún debía quedar algo de Nube de Muerte bajo aquella monstruosidad... si eso podía ser considerado algo bueno.

Nube de Muerte se retorció, escupió y aulló, y los tentáculos que apresaban a Arroyo y a Claudia se hicieron más gruesos. Esta última gritó de rabia y dolor cuando sintió que la presión a su alrededor aumentaba. Apretó los dientes y dirigió una mirada llena de odio a Nube de Muerte. Los tentáculos la levantaron en el aire, retorciéndose, estrujándola hasta reventarle las articulaciones y despedazarle los huesos. La guerrera agarraba con fuerza el klaive, aguardando una oportunidad para golpear. Un desgarrón ahogado resonó en la caverna, y acto seguido descubrió que su brazo, aún rodeado por tentáculos, estaba imposiblemente alejado de su cuerpo. Permanece Firme se horrorizó todavía más cuando los tentáculos comenzaron a ondular de forma espástica, agitándose cada vez más excitados, hasta que finalmente le arrancaron una pierna.

—Creo que ya he oído suficiente de esta desleal protectora —dijo Nube de Muerte.

Arroyo redobló sus esfuerzos por liberarse al comprobar como los tentáculos arrastraban el inmóvil cuerpo de Claudia cada vez más cerca de las fauces, que ahora se abrían y cerraban sin parar, escupiendo unas babas verdosas. La criatura agarraba a Arroyo con demasiada fuerza como para que éste pudiera escapar. Indefenso, retorciéndose con todas sus fuerzas pero sin apenas moverse, se dejó llevar por la furia. Intentando patear, golpetear y desgarrar, era incapaz de aflojar la presa de los tentáculos, y eso le hacía enfurecer sobremanera. Intentó ignorar el efecto abrasador del corrosivo líquido que se abría paso, cada vez más, por su piel. Nada le importaba ya. Sus ojos sólo veían el semblante de deleite de Nube de Muerte, y cómo Claudia era arrastrada cada vez más hacia su perdición.

—Os merecéis el uno al otro —se burló Nube de Muerte de Arroyo—. Ambos fuisteis condenas para mí, y tú especialmente. Nunca debí haberla escuchado, no debí confiar en Galia. Si hubiera sofocado tu primer aliento, nada de esto habría ocurrido. Ella aún estaría a mi lado, y el clan... el clan estaría al completo. De no ser porque... porque... —Las palabras de Nube de Muerte se convirtieron en una retahíla de bufidos incomprensibles, de sonidos propios de la más profunda rabia y rencor, tan virulentos como la sangre de cualquier engendro del Wym, inundando la caverna desafiando a la razón.

O quizá era Arroyo que no alcanzaba a oírlos del todo: era él quien estaba desafiando, perdiendo la razón. Sus oídos se inundaron con un estruendo de alaridos, siseos y risas demoníacas. Sintió como empezaban a estallarle vasos sanguíneos mientras se esforzaba inútilmente por liberarse. Entornó los ojos, pero no pudo apartar de sí la espantosa imagen que volvía una vez tras otra a su mente, la de Claudia arrastrada hasta aquellas fauces, con esos incontables dientes clavándose en su cuerpo, desgarrándola, con las mandíbulas en tensión, juntándose, retorciéndose, destrozando su cuerpo hasta convertirlo en una masa carnosa y pulposa. No gritó ni aulló, pero Arroyo lo hizo en su nombre, en un alarido de completa angustia y odio, de furia y de lamento.

Nunca antes había sentido que su rabia fuera llevada hasta tal extremo, hasta un punto en que pensaba que iba a explotar, de un modo tan intenso que su cuerpo y su alma eran incapaces de contenerla por más tiempo. Pero, aun así, estaba indefenso ante el feroz poder del Wyrn, impotente ante el semblante de la condena de su vilipendiado padre. Explotó henchido de rabia y el mundo, a su vez, pareció implosionar.

Y entonces se hizo el silencio, la paz.

Arroyo sintió como si sus ojos se abrieran por primera vez. Vio la feroz corrupción de la insidiosa Perdición, pero no la temió. Vio el resentimiento, el orgullo desmedido, la insoportable arrogancia y la negación de haber fracasado... todo aquello que contaminaba el pequeño germen que aún quedaba de su padre. Vio en lo que se había convertido Nube de Muerte, una extensión de lo que había sido en vida: retorcido, corrupto, repleto de todo eso que siempre había temido potencialmente. Arroyo no sintió odio por él. El tiempo para el miedo, el odio y el aborrecimiento había pasado.

Arroyo se sintió cambiar, mutar, y todo con una fluidez y rapidez que nunca antes había sentido. Adoptó forma humana, zafándose de los innumerables tentáculos que lo apresaban. Casi al mismo instante, de nuevo volvía a cambiar, aterrizando en el suelo sobre poderosos pies lupinos, alejándose de un salto en cuanto sus patas tocaron la superficie cubierta de apéndices del Wyrn que surgían de aquel negro lodazal primordial. Los tentáculos se lanzaron tras él, pero él ya había saltado más allá de las limitaciones del mundo espiritual. Su forma cambiaba con solo pensarlo. Ahora, surcando el aire, su forma era de Crinos, de rabia, pero incluso esa rabia no era sino un pequeño destello a muchos kilómetros de distancia. Aterrizó junto al brazo de Claudia Permanece Firme, la mano que aún apresaba su klaive de protectora. Arroyo blandió la hoja plateada.

Entonces escuchó el furioso bramido de su padre. Arroyo volvió la vista en dirección a la cabeza lupina, en cuyo interior aún albergaba los vestigios de lo que fuera otrora un noble Garou, aunque Arroyo nunca había visto en él evidencia alguna

de nobleza, compasión o sabiduría en sus días de vivo. Contempló el klaive que empuñaba en su mano, mientras los tentáculos reaccionaban pesadamente ante su escapada, lanzándose tras él, convergiendo a su alrededor.

Arroyo lanzó un mandoble con el klaive, pero no hacia Nube de Muerte, como le impulsaba a hacer su sentimiento de venganza, sino hacia las gigantesca fauces, hacia lo más profundo de los anillos concéntricos de dientes, hacia el gajate del Wyrn que había devorado a Claudia, devorado a Nube de Muerte, devorado al clan y amenazado con consumir la misma tierra. Con un destello de plata, la hoja Garou desapareció en el más oscuro corazón de la Perdición.

Nube de Muerte abrió la boca en una silenciosa mueca de angustia, como si Arroyo hubiera incrustado el klaive en su retorcido corazón Garou. El rugir de la bestia, de las hambrientas fauces que se abrían y cerraban con fuerza, fue de todo menos silencioso. El intenso estallido derribó a Arroyo. Dio de bruces contra el lodo, de nuevo visible entre los tentáculos que desfallecían, azotando el aire, estallando en una bruma de sangre. El mundo se tambaleó y Arroyo se esforzó por mantener la cabeza por encima del hediondo líquido que cubría la caverna. Los restos de los tentáculos amenazaron con enredarlo mientras se derrumbaban, sin vida, vacíos por fin de conciencia y maldad. Arroyo buscó con la mirada a Nube de Muerte, su padre, pero el pedúnculo que había sostenido la cabeza del Garou había desaparecido, tras explotar como el resto de los tentáculos y tallos o hundirse en el lodo para siempre.

Capítulo veintisiete

Sostengo la cabeza de Floyd en mi regazo, le aparto la nieve de la cara. Mis lágrimas se mezclan con los copos de nieve derretidos. Lo cojo de modo que puedo creer que está dormido. Incluso puedo intentar olvidar ese horrible tajo que casi le ha arrancado la cabeza. Estoy sentada sobre la sangre. Está fría, como la nieve. No es esa cálida sustancia que nos mantiene con vida, que lleva el oxígeno al cerebro y todo eso, ya no es ese líquido. Contemplo el rostro de Floyd, su estúpido, amable y exasperante semblante. Si aún estuviera con vida, si no fuera una víctima de todo este caos, seguro que estaría nervioso, estaña de cháchara, hablando por hablar. Quizá estaría más nervioso de lo que lo estuve yo en su coche... es difícil imaginarlo.

Ninguna de mis ensoñaciones puede traerlo de vuelta. No pueden hacer nada por él; sólo, si acaso, servirán para que pueda sentirme algo mejor. Aplazan lo inevitable, con la esperanza de que todo pueda cambiar, de que me despertaré en ese pequeño sofá que tiene en su despacho, y que él estará sentado en su mesa de trabajo.

¡Mierda! ¿Por qué tuvo que cruzarse en mi camino? ¿Por qué tuvo que ayudarme en la tienda de comestibles, ofrecerme un trabajo? Maldito sea. Podría estar vivo todavía. Seguiría siendo el mismo tontorrón de siempre. Arroyo vino hasta aquí porque yo lo traje. Con «*su gente*». Mierda. La *gente* no hace este tipo de cosas, ya sean humanos u hombres lobo, o lo que sea. Los monstruos hacen esto. Que se vayan a la mierda.

No sé cuánto tiempo llevo así. Este barranco cubierto de sangre es un mundo en sí mismo. Sólo estamos Floyd y yo, y ese otro desgraciado. Puede que tenga también una esposa e hijos que lo esperen en casa. Quizá a Arroyo no se le ocurrió pensar que...

Mi mente parece apagarse. Durante un segundo todo tiembla, como el inicio de un mal viaje, pero tampoco es eso exactamente. Ya estoy de vuelta. Y ahí está él. Arroyo. De pie enfrente de la tubería, que está abierta, con el agua pasando por encima de sus pies. No se me ocurre pensar otra cosa que ésa es la misma agua por la que todo esto empezó. Lleva dos cuerpos sobre sus hombros: el de un lobo y el de una humana. La primera vez que lo vi también cargaba con un cuerpo. Debí haber sabido que no sería el último. No me fijo demasiado. Ya he visto a bastantes tipos despedazados por hoy. No me interesa saber qué les pasó. Sólo miro a Arroyo a la cara. Seguro que esos cuerpos eran su gente.

Gente. Quisiera reír. Quisiera escupirle. Me tapo la cara con la mano, pues no sé qué podría decir. No es un hombre como los que yacen a mi lado, no es humano. A veces necesito recordármelo, pero precisamente ahora mismo no se me va a olvidar. Sus ojos bullen de rabia, de una furia que me dice que el hecho de que todo vaya mal en el mundo no es culpa suya.

Está hecho una piltrafa, cubierto de heridas, con parches de pelo abrasado y tajos bastante profundos. Dios, todo esto se les echó encima, y ellos se levantaron sin más. ¿Es así como funciona? ¿Pensarán que a los humanos les pasa lo mismo? ¿Será sólo que se pasan en sus juegos? Esta vez sí que me carcajeo. Al escuchar el sonido, siento que se me desgarran el corazón.

Arroyo me mira la mano, la mano con la que me tapo la boca, la ve por primera vez. Me dejó tirada en un charco de sangre sólo para venir hasta aquí y poder liquidar a Floyd. Levanto la mano para que pueda verla mejor.

—¿Te gusta? —le pregunto. Parece confundido, ahí parado como un estúpido animal, cargando dos cuerpos sobre sus hombros—. Éste es mi amigo —le digo, asegurándome de que dirija la vista a Floyd—. Espero que pudieras solucionar eso que tanto te preocupaba, porque él iba a ayudarnos. Y no creo que pueda hacerlo ya.

Me gruñe. Ya no creo que esté tratando de decirme algo, pero que no encuentre las palabras adecuadas en esa boca lupina. Sé que sólo le sirve para matar.

—Esos son tus amigos —digo, señalando con la cabeza los cuerpos que porta—. Tu *gente*. —Él asiente pesadamente—. Muy bien —le digo—. Pues me alegra que estén muertos.

Un destello ilumina sus ojos y me enseña los colmillos. Ya está a sólo tres pasos de mí cuando me doy cuenta de que se ha movido. Uno de los cuerpos se tambalea, y tiene que reclinarsse rápidamente para impulsarlo de nuevo hacia arriba con su chepa. Probablemente esa distracción haya servido para detener su impulso, quizá me haya salvado la vida.

—¡No eres más que un animal! —le digo. No me asusta. No he tenido suerte intentado provocarle—. Un animal salvaje. Una bestia inmunda. —Se queda ahí, mirándome fijamente, resollando, respirando y exhalando con fuerza—. ¡Vamos! —le grito—. ¿A qué esperas? ¡Acaba conmigo o vete al infierno!

Se estremece, parece querer abalanzarse sobre mí, pero se frena, no sabe qué hacer. Puedo ver la pugna en sus ojos, pero no me asusta.

—¡Venga! —En algún profundo recoveco de mi interior me pregunto si sería capaz de hacerlo ¿*Podría* hacerme daño? Hay cadáveres repartidos por todo el suelo, y aún soy lo bastante estúpida para preguntármelo.

Puede que él tenga la misma duda. Titubea, se esfuerza por ahogar su rabia, quiere que me calle, quiere que sea obediente. Sería más fácil así, ¿no?

—¡Vete al infierno!

Quizá haya ocurrido así, pues ha desaparecido. Se ha evaporado, como hizo anteriormente, cuando me llevo de la mano al mundo de los espíritus. Se ha ido. Esta vez me ha dejado atrás. Creo que aún puedo sentirlo, como un fantasma, observándome.

—¡Vete al infierno, ser inmundo!

Apenas puedo oír mis propias palabras. Miro como salen de mi boca, en una bruma, llevadas por mi aliento. Siento como se dispersa, se disuelve, desaparece.

No estoy segura de cuánto tiempo llevo sentada aquí. Lo bastante para que la nieve le haya cubierto el rostro a Floyd. Eso facilita mi marcha. Me levanto. Dios, cómo me duelen las piernas. Las tengo agarrotadas, congeladas. Algo cruje bajo mis botas... las gafas de Floyd. Mierda. Se las coloco sobre el pecho, tan macabramente rígido... No se hincha ni se deshinch, como había necesitado que hiciera en sus días de vivo.

Trepar pendiente arriba me lleva un siglo, está resbalosa, y siento los dedos de pies y manos dormidos. Pero no puede haber pasado tanto tiempo. Nada parece haber sufrido el paso de años, meses o días. Ni siquiera han llegado los polis. Es un gran condado, y supongo que apenas habrá unos pocos destacamentos policiales. Empiezo a andar, dispuesta a no perder el paso. No todo el mundo está muerto, gracias a Dios. Los tipos que aún rondan por aquí están sentados en el suelo o se arrastran de un sitio a otro, aturcidos. Identifico su aspecto con cómo me siento. No me acerco a la entrada del laboratorio. No es que crea que otro hombre lobo vaya a salir a toda prisa del edificio, no del todo, pero mantengo las distancias, es sólo eso. Según alcanzo a ver, el resto de los bloques no parece haber sufrido ningún percance. No veo cuerpos esparcidos por sus alrededores. Aparte de Floyd y ese otro tipo, en la espalda del edificio, los daños y la matanza parecen haber tenido lugar únicamente en el laboratorio. Supongo que sería el foco, el lugar que originaba la corrupción del Wym.

«Corrupción del Wym». Días atrás creía casi comprender el significado de estas palabras. La había visto y la había olido, la había sentido en mis huesos. Arroyo la hizo real para mí. Ahora, bueno, no estoy muy segura. La siento lejana, borrosa, poco clara. Es como... como tratar de explicarle un sueño a alguien. Todo lo que me parecía real e importante se me antoja ahora estúpido, ha dejado de tener sentido. La realidad se me escurre entre los dedos. Todo lo que huelo es sangre. Todo lo que siento es frío.

Caminar, caminar. Me esfuerzo por devolver algo de vida a mis piernas. En el despacho, veo a Frances en la entrada, reclinada contra la pared. Me observa, pero no parece reconocerme. Quiero acercarme a ella. La persona que fui años atrás, quizá incluso días atrás, habría ido a abrazarla, pero ahora nos separa un abismo. Ella no ha visto lo que yo, y no puedo volver a donde ella está. Sigo caminando. Alejándome de los edificios, por la carretera. Mis instintos funcionan bastante bien con el piloto automático, tanto como para apartarme del camino de un coche de policía que cruza a mi lado. Intento no pensar en lo que va a encontrarse en solo unos minutos, pero claro que no pienso en otra cosa. Querrá hablar conmigo, él o cualquiera de sus

compañeros, en los próximos días. Una superviviente. Me carcajeo. El sonido de la risa me pone enferma. No debería emitir ningún sonido. Debería yacer allí atrás, con la nieve cubriéndome el rostro.

Me olvido de todo menos del siguiente paso, y luego el siguiente, y el siguiente. Arroyo. Pronuncio su nombre una y otra vez para mí misma, hasta que pierde cualquier sentido. En mis susurros, los sonidos parecen no encajar, al menos no en mi mente, no en mis labios adormecidos. Se han perdido en la realidad, cubiertos de nieve. Tampoco soy capaz de recordar el rostro de Floyd, ni el de Frances. Puedo recordar la entrada del despacho, pero no veo a nadie allí. Tampoco hay nadie dentro. No hay mesas de trabajo ni armarios, ni estanterías, ni archivos. El mundo real se me antoja tan escurridizo como el otro, como un sueño que alimenta mis esperanzas y que luego se escabulle, dejándome contemplando el techo, esforzándome por recordar. Iba a regresar al mundo real. Iba a completar mi regreso. Había pasado mucho tiempo sola, y ya estaba preparada. Puede que el mundo real tampoco estuviera preparado después de todo, al menos no para mí. Supongo que debo volver a la soledad. Si el mundo real no me quiere, no me costará demasiado mantenerme alejado de él. Están los espíritus, que parecen tener bastante mal genio, pero no me importa, ya los he esquivado antes. Podré hacerlo de nuevo.

No dejo de caminar. Primero un paso, luego otro. De nuevo vuelvo a sentir las piernas. Las noto cansadas, doloridas, a punto de ceder. Mejor no pensar en ello. Muevo los dedos de la mano a la que aún no logro acostumbrarme. Sólo han pasado unas horas. Es como si me la hubieran trasplantado. Es buena idea considerarlo así. Como hacen con los riñones, con los hígados, con los corazones. Pero claro, no se ven. No te hacen llevar todo el día el hígado a la vista. Debo seguir caminando. Todo lo que tengo en mi interior, eso es lo único que debe importarme. Nada de lo que hay aquí fuera es real, siempre cambia, no deja de transformarse. Es como Arroyo. Ese nombre otra vez. Como una voz sin cuerpo, ya no consigo vincularla a nada. Seguir caminando. No tardaré mucho en estar de vuelta. De vuelta a lo que era mi hogar, mi refugio. Debo olvidarme de todo lo demás.

Parecen sorprenderse cuando me ven aparecer por la puerta. Poco importa que sea mi propia casa. Están nerviosos. Clarence aferra su bolsa deportiva, su seguro de vida, como si no supiera qué guarda ahí dentro. ¿Esperabais a otra persona, chicos? ¿A alguien más? ¿Estáis temerosos por algo?

—¿Dónde has estado? —quiere saber. Por mi cara puede ver que algo ha sucedido, pero no sabe qué exactamente. Me resulta extraño que no lo sepa, que ninguno de ellos lo sepa. Toda esa sangre... El mundo entero debería saberlo, a estas alturas debería haberse enterado ya. Pero estos tipos tienen su propia sangre por la que preocuparse.

Paso junto a Clarence, empujándolo. Él me sigue, quiere saber dónde he estado. Los demás están justo donde los dejé, en el salón. Creo que el ciego estaba durmiendo. Ahora se sienta. Julia aún juega a ser enfermera. Ya he pasado por eso. Cuidar a alguien ayuda a hacer que pase el tiempo, evita que puedas pensar en algo más doloroso que cualquier problema del que tenga que ocuparse. Ahí está también ese otro tipo, el que me vio en la ciudad. Puede que, después de todo, realmente tuviera razón. Quizá necesitaba que alguien fuera a rescatarme. Por qué querrá jugarse el culo por alguien a quien ni siquiera conoce, que ni siquiera le cae bien y a quien, a su vez, tampoco le cae bien, no tengo ni idea. Pero es su culo, al fin y al cabo.

—Son una manada —digo antes de pararme a considerar las palabras. Clarence se calla—. Son siete u ocho en total, puede que ya no tantos. Viven en los bosques. Allí tienen un santuario, un murete de piedra. Creo que es lo que les da la fuerza. En la incineradora en la que trabajo... en la que trabajaba... hay una zanja de desagüe, en un gran barranco, que termina convirtiéndose en una corriente que va a parar a un arroyo. Girad a la izquierda al alcanzar este último y llegaréis a ese lugar.

Todos me observan. Incluso el que tiene la cara envuelta en vendas. Puedo sentirlo, me contempla. No saben cómo tomarse todo esto. Demasiadas preguntas que hacer, y no saben por dónde empezar. No les doy ninguna oportunidad. Vuelvo a pasar junto a Clarence, me encamino escaleras arriba. A la mierda el mundo espiritual, y a la mierda también el mundo real. Si esta gente puede volver a dejar las cosas en su sitio, perfecto. Si no, tampoco me preocupa. No tardarán mucho en marcharse de aquí, no tardaré mucho en volver a tener mi vida bajo control.

Que se vayan a la mierda. Todos.

**TERCERA PARTE:
«REGRESO»**

Capítulo veintiocho

—Diecinueve... veinte... —Sands hizo un descanso antes de seguir con sus abdominales, respirando profundamente. Interiormente se maldecía por todos los años que había descuidado su cuerpo. Claro, diez o veinte años atrás había sido un tipo fornido, pero vivir de los recuerdos de los viejos tiempos no iba a servirle de nada—. Veintiuna... —Volvió a tomar aire al subir, y se impulsó desde la espalda.

—Vas a hacerte daño en la espalda con tanto abdominal —dijo Julia desde la puerta. Sands se había puesto a hacer una serie tras otra en la habitación que antiguamente le había servido de dormitorio. Ahora dormía con los demás. Así había menos posibilidades de que pudieran pillarlo desprevenido en mitad de la noche, de que una de esas criaturas que acechaba en el bosque de fuera de la casa pudiera hacerle una encerrona—. Deberías hacer alguna flexión —apostilló.

Sands se dejó caer de espaldas y expulsó el aire que conservaba en sus pulmones, haciendo aletear los labios.

—¿Cuándo fue la última vez que hiciste tú algo de ejercicio? —preguntó con crudeza.

Julia lo miró fríamente, pero no mordió el anzuelo.

—Encuentro admirable el tesón con que te ejercitas, Douglas —se limitó a decir—. Estar en forma no puede hacer daño a nadie, y mejor aún, es una buena manera de aliviar tensiones.

—Bueno. La salud es la salud. Hay que visitar al médico cada poco y todo eso —dijo.

—Será útil en la caza —aseveró Julia—, como aprender a disparar con la escopeta.

Para sorpresa de Sands, Julia se había unido en la última semana a las prácticas de tiro que Clarence y él habían estado celebrando. Aún no parecía sentirse del todo cómoda con la recortada, pero había demostrado más destreza con la Glock que Douglas, muy a pesar de éste.

—Pero no te hagas el machito —dijo Julia—. Considero que la caza tiene más de espiritual que de físico.

Sands levantó la vista para observarla.

—¿En serio? Bueno, pues la próxima vez que nos topemos con uno de esos monstruos, por mí puedes ponerte a rezar. Yo me ocuparé de la recortada.

—Claro, la recortada sirvió de mucho la última vez, ¿verdad?

—¿Querías algo, o sólo has venido a incordiarme?

Ya le molestaba bastante que se pusiera a contemplarlo mientras hacía ejercicio, pero darle coba para, acto seguido, minimizar sus esfuerzos por ponerse en forma, sencillamente le tocaba la fibra sensible. A Sands le fastidiaba haber acabado

siguiendo los consejos de Clarence, ese tocapelotas. Pero a veces incluso alguien así tenía razón. Ser más fuerte y rápido, tener más resistencia física, podría dar el espaldarazo definitivo a Sands en caso de que volviera a encontrarse en una situación de vida o muerte. Además, fortalecer los músculos de su espalda y los abdominales serviría para ahorrarle sufrimientos la próxima vez (si es que iba a haber una próxima vez) que actuara de forma sobrenatural. Si quería poder proteger a Faye de todos los peligros que la esperaban ahí fuera, antes que nada debía ser capaz de sobrevivir. Por eso había decidido hacer series de abdominales y flexiones tres veces al día. Tampoco había mucho que hacer para matar el tiempo. Y no podía disfrutar de privacidad alguna, aunque habitaba una casa bastante grande, y vacía. Eso encrespaba los nervios de todo el grupo, lo hacía todo más complicado. Pero a Sands no se le pasaba por la cabeza salir a dar un paseo por el bosque, considerando lo que había allí afuera, de ningún modo. Aunque eso significara vivir en una pecera.

—¿Qué piensas? —le preguntó Julia.

—¿Qué pienso sobre qué?

—Ya sabes a qué me refiero. Sobre lo que hemos estado discutiendo toda la semana.

—Oh, vaya —Sands entornó los ojos—. ¿Cuántas veces hemos de...? ¿Por qué no dejas de preguntarme siempre lo mismo? No voy a cambiar de idea. Estoy listo para volver a casa, y por fin os libraréis de mí. Eso es todo lo que pienso.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿No vas a cambiar de idea?

—No, por el amor de Dios, no.

—Bueno —dijo Julia—. Estoy de acuerdo contigo.

—No me importa si puedes o no... —Sands hizo una pausa, pestañeó y repitió—: ¿Que estás de acuerdo conmigo?

—Así es. Hablemos con John y Clarence.

Se giró y salió de la habitación. Sands se levantó apresurado, con sus maltrechos abdominales acometiendo la más dura tarea que podría haberles sido encomendada en ese momento, y corrió tras ella.

—Bueno, chicos —dijo Julia dirigiéndose hacia el salón que hacía las veces de dormitorio y sala de hospital—, Douglas y yo nos hemos aclarado por fin. Creemos que es hora ya de volver a Iron Rapids. Si vosotros preferís quedaros unos días más cazando hombres lobo... —clavó la vista en Clarence, y entonces se acercó a John, se reclinó junto al vendaje que le cubría el rostro, para que no tuviera dudas de que estaba dirigiéndose también a él—, es que estáis locos.

—¿Y qué pasa con Kaitlin? —preguntó Clarence.

—Tráela con nosotros.

—¿Qué? —dijo Sands, a su espalda.

—¿Qué? —repitió Clarence, que estaba sentado con las piernas cruzadas—. ¿Y si no quiere venir?

—¿Y por qué no iba a querer marcharse? —preguntó Julia—. ¿Piensas que va a preferir quedarse aquí, sola, después de haber visto todo lo que ha visto?

—Puede que haya visto cosas aún peores en otros lugares —dijo Clarence.

—Mmm... Julia —dijo Sands—. Creo que te estás adelantando un poco. Quiero decir, y no te lo tomes como una ofensa, Clarence... —Sands se dio unos golpecitos en la cabeza con el dedo índice—, pero la chica no anda fina.

—Ha pasado por muchas cosas —dijo Julia.

—Todos hemos pasado por muchas cosas —espetó Sands—. ¿Has charlado alguna vez con ella en la última semana? ¿*Alguien* ha hablado con ella? —Aquella pregunta fue respondida por un silencio—. Respondió a ese pequeño interrogatorio de los polis, habló con ellos... de la mierda que pasara en la incineradora. Y antes de eso nos contó esa pequeña fábula de sepulcros de hombres lobo. ¡Pero desde entonces no ha vuelto a abrir la boca! Está bastante claro que no le interesamos en absoluto, que no nos quiere aquí. Además, qué demonios, yo tampoco quiero estar aquí. Y eso no significa que quiera llevarla de vuelta a Iron Rapids.

—¿La dejarías a merced de esas cosas? —preguntó Julia.

—No se trata de lo que podamos hacer o no —dijo Clarence—. Ella no vendrá con nosotros. Se ha arrastrado a su pequeño refugio. No vendrá hasta que no esté dispuesta a hacerlo. No hay nada que podamos hacer al respecto. Nunca ha sido una muchacha especialmente equilibrada. No creo que arrancarla de aquí vaya a servir de mucho, pero tampoco servirá dejarla con el tipo de cosas que hemos visto aquí.

—Escucha —dijo Sands—, hemos esperado porque así lo habéis querido. Si estábamos esperando que esos hombres lobo pudieran regresar, personalmente me alegra que finalmente no haya sido así. Leísteis los periódicos, pudisteis ver lo que le ocurrió a toda esa gente en la incineradora. Pero si hemos estado esperando a que la prima de Clarence se decida a superar su *canguelo*, entonces hemos estado haciendo el tonto. De cualquier modo, no nos quedan demasiadas opciones. O la llevamos con nosotros o la dejamos aquí, y considero las dos ideas bastante desafortunadas.

—No podría estar más de acuerdo contigo, Douglas —dijo Hetger. Todos los ojos se volvieron hacia él.

—¿De veras? —Sands se había habituado a mostrarse susceptible cuando los demás coincidían con él. Primero había sido Julia, y ahora era Hetger. «*Si Clarence admite estar de acuerdo con algo que diga, estaré metido en un problema*», pensó—. Estás de acuerdo, perfecto. ¿Pues qué hacemos entonces?

Hetger se encogió de hombros. Desde que había perdido los ojos, parecía haber adoptado aquel gesto como evasiva.

—No hay mucho donde elegir. O nos arriesgamos sabiendo que elegimos mal, o intentamos ser pacientes para ver cómo se desarrollan las cosas. Puede que se nos acabe presentando una buena oportunidad. O, al menos, una mejor que las que tenemos.

Sands negó con fruición con la cabeza, y entonces recordó que aquello no iba a significar nada para Hetger.

—De eso nada —dijo Douglas—. Ya he sido todo lo paciente que puedo ser. Si no pensáis regresar, entonces iré haciendo autostop hasta la estación de autobuses más cercana y cogeré un *Greyhound*.

—Pues no parece que vayas a dejar mucho sitio al consenso —dijo Clarence en tono sarcástico—. Julia quiere salvar a mi prima. Pete Sampras quiere salvar su culo.

—Mi esposa me espera en Iron Rapids —dijo Sands acaloradamente—. Sólo Dios sabe qué clase de... quizá ese vampiro no estaba solo. ¿Habéis pensado eso de vuestro hombre lobo? Kaitlin dijo que podían ser siete u ocho. ¿Pensáis matarlos a todos? ¿Qué pasará si lo lográis? Vosotros mismos me decíais que el monstruo que pude ver no era un espécimen único. ¿Pensáis ir matando por ahí todos los hombres lobos que os encontréis? ¿Cuánto tiempo creéis que podréis sobrevivir, teniendo en cuenta lo que sólo uno o dos de ellos nos hicieron?

—Douglas —dijo Hetger en tono calmado—, creo que todos recordamos perfectamente lo que sucedió.

Aquel lacónico comentario pareció consumir de repente todo el aire de la habitación. Sands pensó que iba a asfixiarse. Respirar había pasado a ser, de repente, un duro esfuerzo. Tragó aire y ahogó cualquier otra palabra que se le hubiera ocurrido pronunciar.

—Claro que lo recordamos, John —dijo Julia con voz sería, casi en tono de alegato—. Y por eso precisamente deberíamos regresar. Aquí estamos fuera de nuestro terreno. Debemos elegir nuestras batallas. Debemos ayudar a aquellos que podamos, y no ayudaremos a nadie si morimos todos.

—Así que tu hijo es más importante que mi prima —dijo Clarence—. ¿Eso es lo que insinúas?

Julia negó con la cabeza, exasperada.

—No, claro que no.

Clarence se dispuso a responderle, pero guardó silencio. Los cuatro se quedaron inmóviles durante unos momentos, escuchando el rumor del motor de un coche; no pasaba de largo, frenaba, se adentraba en el camino de grava. Entonces una nueva clase de tensión se apoderó de la habitación. Sands contempló como Julia caminaba hasta el ventanal que carecía de cortinas o persianas. Se puso a un lado, esforzándose por no ser vista por alguien que observara desde el exterior. Lo ideal para los cazadores era que nadie excepto Kaitlin tuviera conciencia de su presencia allí. Pero

las situaciones ideales no solían durar demasiado.

—Es una furgoneta roja —dijo Julia. El rumor de los neumáticos sobre la grava y la nieve se calló. Se escuchó abrirse la puerta del coche, luego cerrarse—. Mujer negra, de unos treinta y tantos. —Julia ladeó la cabeza al no reconocer a la visitante—. ¿Clarence, quieres ocuparte de esto?

Clarence asintió. Se dirigió hacia la puerta principal mientras el resto tomaba posiciones discretas, no exactamente escondiéndose, pero sin quedarse a la vista.

—No le dispaes ni nada de eso, ¿vale? —dijo Sands.

Clarence lo ignoró. Las pisadas de sus recias botas señalaban su avance hasta la puerta. No esperó a que nadie llamara. Cuando abrió, la mujer estaba entrando en el porche.

—¿Puedo ayudarle? —preguntó Clarence en un tono que no parecía demasiado servicial.

La mujer dudó por un momento. Parecía bastante indecisa.

—¿Es ésta... vive aquí Kaitlin Stinnet?

—Sí.

—Ah, bien. —El alivio le duró poco, y se evaporó en el transcurso de una incómoda pausa—. ¿Está... en casa? ¿Está aquí? ¿Puedo hablar con ella? —Detrás de una esquina. Sands podía imaginarse a Clarence cruzando los brazos, frunciendo el ceño a la mujer—. Es muy importante —dijo con una voz que de repente se tornó temblorosa. Le tomó un momento recuperar la compostura—. Mi marido... Kaitlin trabajaba con mi marido, y... —de nuevo volvió a callarse, incapaz de continuar hablando. Sands se alegró de no ser él quien estaba en la puerta, hablando con ella. Incluso dentro de la casa se sentía terriblemente incómodo. Clarence era perfecto para aquel trabajo, tan frío e indiferente como era.

—Déjala entrar —dijo Kaitlin desde los escalones, a medio camino entre el piso de arriba y el de abajo. Su voz sonaba calmada, grave y carente de emociones. Sin embargo, sus palabras ejercieron sobre Sands un efecto similar al de la primera vez que había escuchado el estallido de una Glock; dio un respingo.

«¿De dónde diablos ha salido?». Había estado tan absorto en la conversación en la entrada de la casa que no había oído sus pasos en el piso de arriba, ni tampoco la había escuchado bajar las escaleras. Claro que, ahora que lo pensaba, tampoco era algo muy sorprendente. Aquella chica siempre iba de un lado a otro de la casa como un fantasma, sigilosa, ocultándose, sin dejar rastro alguno de su paso. Sands casi había olvidado el sonido de su voz: aquella última semana se había mostrado muy poco comunicativa. El que estuviera hablando era tan sorprendente como su presencia en las escaleras.

—Déjala entrar —repitió.

Kaitlin no hizo movimiento que indicara que tuviera intención alguna de acabar

de descender el tramo de escaleras qué le faltaba por recorrer. Tenía aspecto ojeroso, demacrado. Del pelo le salían tirabuzones aquí y allá. Sands la observó allí arriba, inmóvil, vestida con un camisón raído que llevaba con total naturalidad. La delgadez parecía conceder mayor grosor a sus ya de por sí carnosos labios. La caída del camisón sobre sus pechos le recordaba lejanamente a Melanie, claro que Kaitlin carecía de su ardor, de su ambición. Se quedó helado al observarle los ojos. Hasta entonces, al menos se habían revelado hostiles. Ahora no tenían ningún brillo. Estaban muertos. Su mano, la que se había regenerado mágicamente o como quiera que fuese, estaba tapada con el lateral de la prenda de noche, descansando apoyada contra su estómago.

La mujer de la entrada debió de ver algo parecido, pues entró en el vestíbulo diciendo:

—¿Kaitlin, estás bien?

Kaitlin no le respondió, no dijo una sola palabra. *Dios, no me gustaría nada ser esa mujer*, pensó Sands. Ahí atrapada entre la mirada perdida de Kaitlin y la imponente presencia de Clarence.

—Las chicas querían venir a verte —dijo la mujer—. Sobre todo Mel. Pero les dije que no iba a ser buena idea. Más adelante.

Kaitlin rumiaba las palabras de la mujer. Ahora ya no tenía los ojos completamente perdidos. Claramente reconocía a su visitante, comprendía lo que decía, pero era incapaz de responder. Sands escuchó unas pisadas dubitativas. La mujer se acercaba a Kaitlin, y se detuvo al pie de las escaleras. Sands colocó su espalda contra la pared cuando le vio poner un brazo sobre el pasamanos. Se sentía como una especie de voyeur, escuchando a escondidas aquella dolorosa conversación, que más bien era un monólogo.

—He hablado con algunas de las personas en la planta... con la policía —dijo la mujer—. Bueno... me dijeron que... que fuiste tú quien encontró a Floyd. —Entonces guardó silencio, esperando algún tipo de asentimiento o confirmación por parte de Kaitlin. Pero no fue así—. No sé para qué he venido, bueno... No, espera, no es cierto. Me... me preguntaba si... necesitaba saber... —La voz le carraspeaba. La mujer se aclaró la garganta. Bajó la mano de la barandilla. Sands se reclinó levemente, lo suficiente para contemplar su rostro recorrido por las lágrimas. Cuando volvió a colocar la mano sobre la baranda, sus dedos agarraron la madera como si aquel apoyo fuera lo único que aún la mantenía de pie—. Necesito saber... cuando lo encontraste... ¿seguía... seguía con vida? ¿Te... te dijo algo?

El silencio se hizo pesado, insoportable. La mujer estaba erguida sin moverse un ápice. Quizá estuviera conteniendo el aliento. Sands escuchó el balanceo de los pasos de Clarence, en la entrada o ya en el mismo vestíbulo. Los ojos de Kaitlin carecían de la menor expresión, como si no estuviera viendo en realidad lo que ocurría justo

delante de ella. Parecía incapaz de hacer nada. Tenía la frente arrugada, el ceño fruncido. Dio una mínima respuesta a la pregunta, mordiéndose el labio, apretando los dientes hasta tener la piel blanca y tensa.

—¿Es qué no puedes decirme nada? —preguntó la mujer desesperada—. ¿Nada? —Pareció arrancar aquellas palabras de su corazón, de pura angustia y súplica.

Kaitlin negó con la cabeza, Sands era incapaz de determinar si lo hacía en respuesta a la pregunta o como negativa a admitir lo que estaba ocurriendo y lo que había ocurrido.

—Vete, Anne —dijo al fin Kaitlin. Y sus crudas palabras sonaron tan hirientes como clavos apuntillados en un féretro—. Vete. No vuelvas. No se te ocurra traer a las chicas. Ni se te pase por la cabeza.

La mujer, Anne, respiró profundamente. Soltó la barandilla y de nuevo volvió a agarrarla con fuerza. Sands pensó que podía haberse desmayado. Estuvo a punto de correr en su ayuda, pero entonces recordó que no se suponía que debiera estar allí, que no debía estar escuchando aquella conversación. Volvió a apretar su espalda contra la pared. No quería ver ni oír nada más.

Transcurridos unos momentos, Anne volvió a respirar. Sands escuchó su jadeo; reconoció el sonido de una mujer luchando por contener sus lágrimas. Se giró. Se detuvo, quizá esperando decir algo más, pero no encontró las palabras. Sus pisadas trazaron su rápida salida de la casa. Nadie en su interior se movió o habló hasta que el motor del coche volvió a sonar, y la furgoneta se alejó erráticamente por el camino de grava hasta desaparecer.

—Dios mío —murmuró Sands.

Clarence cerró la puerta, y sólo entonces Kaitlin se sintió libre para volverse y subir lentamente los escalones hacia el piso de arriba, hacia su soledad.

Capítulo veintinueve

Observar las manchas de humedad del techo es como ver crecer la hierba o la pintura secarse, sólo que lo hago tumbada. Podría cogerle el tranquillo, apretar los dientes, y aguantar así toda la vida. Siempre debe ser algo más grande, debe tener algún significado. No bastaba con que a un puñado de bastardos le diera por joderme la vida, tenía que estar la humanidad al completo queriendo cubrirme de mierda. No tengo otra cosa que hacer que salir corriendo. Seguir corriendo. Lo malo es que no hay ningún lugar lo suficientemente lejano. Aun así, vuelvo a intentarlo. Es como si el mundo me hubiera masticado y volviera a escupirme. No tiene sentido aparentar que todo va bien, que la vida volverá a la normalidad, incluso que exista una normalidad.

Eso me deja una sola opción, como mucho. Puede que ninguna.

Unas cuantas horas después del amanecer, Clarence me sube algo de comida. Quizá coma algo más tarde, cuando no haya nadie por aquí. A veces la mujer también me sube comida, pero casi siempre se ocupa Clarence. Puede que suponga que es su obligación, como familiar mío. A estas alturas debería saber que suponer no sirve de nada. Creo que le gusta estar en mi misma habitación porque así puede mirarme por encima del hombro, sentirse mejor que yo.

Hace unos días me subieron ropa, imagino que la comprarían en la ciudad. Ahí está todavía, apilada en una esquina. Aún no la he tocado. Ni pienso hacerlo. No les pedí nada. Ellos son los que han venido a ocultarse en mi casa. Podría haberles dicho que se fueran... pero no me atrevo. Si se lo digo y se niegan, entonces dejará de ser mi casa del todo, y habré perdido la última cosa que tengo y que significa algo para mí. Por eso es por lo que me quedo aquí tumbada, fingiendo que no existen, fingiendo que no están aquí, bajo mi techo. Contemplo las manchas de humedad. No sé nada de lo que ocurre en el mundo, fuera de estas paredes. Tampoco me interesa. No quiero saber lo que la poli ha podido resolver o no. No parece que tengan pruebas. Nadie recuerda demasiado. Toda esa gente vagando por la incineradora, estoy seguro de que alguno tuvo que ver algo... Pero nadie recuerda una maldita cosa. Por mi parte, yo no quiero recordar, no quiero saber qué ocurrió. Desde luego no pienso decirle nada a los polis. Pensaran que soy sólo otra estúpida más que no recuerda lo que ocurrió, ¿por qué iban a sospechar de mí? ¿Y por qué iba yo a sospechar de ellos? El mundo no tiene ya nada que me interese.

Maldita Anne. ¿En qué demonios pensaba al venir aquí? No iba a poder decirle nada. No iba a permitir que me arrastrara de nuevo de vuelta. No iba a pensar en Floyd, no iba a pensar en las chicas. Clarence y sus amigos se van, y yo me dejo ir. Todo como estaba. No necesito que Anne venga a llorarme. Tengo mis propios problemas. Si sólo supiera... No puedo permitirme ceder ni un centímetro. En cuanto

lo haga, será mi fin. No necesito sus lágrimas. No puedo soportarlas. Ella tiene a sus niñas. Se tienen las unas a las otras. ¿Qué tengo yo? Es algo con lo que es difícil vivir. Por eso me quedo mirando al techo. Puede que me eche a dormir. Y todo desaparecerá. La casa, la gente, el mundo, todo.

Pero mi cuerpo no. No desaparecerá. Es imposible. Y hay algo malo en ello, algo diferente. Aún no me ha venido el periodo.

La mente se me pone en blanco, como si me hubiera cubierto con una manta la cabeza. No puedo ni pensar en cómo eso lo cambiaría todo, lo que puede significar esa náusea en mi estómago. Probablemente sea sólo por el estrés, la mala alimentación, estoy demasiado delgada, necesito descansar. ¿Pero podré asumir ese riesgo? No creo. Pensar en ello, reconocerlo, no lo hace más real. Pero en cierto modo, sí sirve de algo. Es demasiado real para ignorarlo, basta con sospecharlo... estrés, agotamiento, hambre. Lo siento demasiado real para dejarlo ir, para olvidarlo todo. ¿Y si...? El mundo normal, el mundo humano, no funciona bien, no para mí. ¿Y entonces qué me queda? ¿El mundo de Arroyo? ¿Es mejor acaso? ¿Serviría de algo? Pero es la única salida que me queda. Antes debo asegurarme. Sólo por si acaso.

Por si... mierda. Lo sé. Aún es demasiado pronto, demasiado pronto para que pueda saberlo. Pero lo sé. Hay muchas cosas que sé y no debería saber, que ninguna persona debería saber. Pero eso no las hace desaparecer.

Espera hasta la llegada del amanecer para venir. Supongo que es el momento más adecuado, si es que finalmente viene. No podría culparlo si no lo hiciera, no después de lo que le dije. Incluso les he hablado a Clarence y a ellos del sepulcro. Aunque puede que se ocupen de eso sólo por mí, para que no tenga que volver a encontrarme con uno de ellos. Pero todo lo que hacen es criticarse los unos a los otros. Estoy otra vez donde empecé... sola en medio de todo esto.

No consigo dormir. Lo oigo trepar por la ventana, reconozco el sonido, aunque haya esperado una semana entera para hacerlo. Así que al final ha venido. Eso puede significar dos cosas.

La ventana se abre. Escucho unas pisadas silenciosas. Es endiabladamente sigiloso para tener ese tamaño, para andar con esa espalda retorcida y esa cojera. ¿Qué será esta vez, una mano sobre el hombro o unas garras dispuestas a arrancarme la cabeza? Está junto a la cama. Sólo ahí, sin más. Observando. ¿Decidiendo? ¿Se le hará tan largo a él como a mí? Se me hace eterno.

Me doy cuenta de que no lo oigo ni respirar. No escucho los sonidos animales que oiría si hubiera venido como monstruo esta noche. Casi antes de poder considerar esos pensamientos, siento su tacto. Una mano sobre mi hombro. Dios mío. Eso me asusta más que si hubiera intentado matarme. Pero ahora no puedo rendirme. Aún debo hallar mi camino. Su toque me sobresalta. Me dice que me tranquilice, me

susurra que me calme. Intento fijar la vista en él en medio de la oscuridad. Es un hombre, pero lo imagino como lo vi la última vez, todo abrasado y ensangrentado, cargando esos cuerpos sobre sus hombros. Le pongo la mano en la cara. Es como lija, pero no tiene ningún tajo ensangrentado, ninguna cicatriz rugosa. En la penumbra, casi logro olvidar que la mano con la que lo toco surgió de la nada, casi puedo olvidar los cambios que suceden en mi interior.

Quiero llorar, me esfuerzo por no hacerlo hasta no sentir las lágrimas recorriendo su rostro.

—Lo siento —le digo, casi atragantándome con las palabras—. Lo siento tanto... Siento lo que dije.

—No importa —dice—. No importa. Yo también lo siento. Lo siento por todo.

Pero son tantas cosas más... Hay mucho que poner en orden, pero ahora no es el momento. Así que me limito a asentir, le enjugo las lágrimas y él hace lo propio con las mías, ambos intentamos no sollozar. Ahora soy yo quien lo consuela. Señalo el suelo. Ellos están aún en el piso de abajo.

Él asiente.

—Acompáñame —dice.

Me deslizo dentro de mi ropa, agarro mi abrigo. Ha cambiado. Vuelve a ser monstruo, pero la rabia de sangre está aún debajo de la superficie. No tiene intención de asustarme. Me acaricia el pelo. Dejo escapar el aire suavemente, no lo había contenido de forma consciente. Me coge, me sostiene en sus brazos y atraviesa la ventana. Un segundo más tarde salta, y estamos viajando a través de la oscuridad de la madrugada.

Sands despertó a medias, ligeramente consciente de unos sonidos que no parecían proceder de demasiado lejos. Escuchaba movimiento, el crujido de ropa, y algo más. Dio un respingo al escuchar la voz, familiar y extraña al mismo tiempo... hueca, electrónica: «*Lo siento. Lo siento tanto... Siento lo que dije*».

Era la voz de Kaitlin. Sands echó un vistazo a la habitación. Julia estaba despertándose también. Clarence y Hetger estaban sentados el uno junto al otro. Clarence tenía algo en las manos... uno de los auriculares que utilizaron en las cloacas en Iron Rapids.

«*No importa* —dijo otra voz humana, la voz de un hombre—. *No importa. Yo también lo siento. Lo siento por todo*».

La mente de Sands tardó unos segundos en abandonar por completo el sueño e interpretar correctamente lo que estaba oyendo. Las voces fueron sustituidas por silenciosos llantos, igualmente electrónicos, transmitidos por los cascos. «*Estamos a cientos de kilómetros de Iron Rapids. No tienen tanto alcance*». Se dio cuenta de que no lo tenían para comunicarse con Nathan, pero sí para transmitir de una pareja de

cascos a otra.

«*Acompáñame*», dijo la voz masculina.

—Le has pinchado la habitación —susurró Sands. Clarence se colocó el dedo sobre los labios. Entonces escucharon más crujidos, movimientos y, finalmente, más sonidos: no procedían ya de los cascos, y probablemente Sands no los hubiera percibido de no haber escuchado antes aquella conversación. Parecían ser pisadas sobre el tejado del porche. Entonces volvió el silencio—. No puedo creer que le pincharas la habitación —dijo enojado, avergonzado, pero al mismo tiempo esforzándose por equiparar la voz humana que había escuchado a la del tipo que había visto acompañando a Kaitlin en la ciudad, y a la del monstruo que había visto en su propia casa.

—¿Te acuestas con nosotros todas las noches y dices que no puedes creer qué? —preguntó Clarence. Entonces se volvió a Hetger—. ¿Estás listo?

Hetger asintió.

Sands se quedó perplejo, sin acabar de creer lo que oía. Julia estaba también alarmada.

—No estaréis pensando ir tras ellos.

—Se trata del enemigo —dijo Clarence—, y no me importa si ella se ha vuelto loca o es estúpida, el caso es que no podemos dejarla en manos de esas cosas. Cuidamos de ella, y la traeremos de vuelta con nosotros. Esta misma noche.

—¿Cuidar de ella? ¿Cómo, matándolos? —farfulló Sands—. ¡La locura y la estupidez deben de ser cosa de familia! De ningún modo voy a salir ahí fuera.

—Ya suponía que no lo harías —dijo Clarence. Comprobaba su recortada y se rellenaba los bolsillos con cartuchos.

—John, ¿qué estás haciendo? —inquirió Sands. Hetger se estaba poniendo también el abrigo—. Estás ciego, por el amor de Dios. No se te ocurra ir con él.

John volvió el vendaje de sus ojos hacia Sands, *justo* hacia Sands, y no dirigiéndose hacia una dirección en general, como sospechando que por allí resonaba su voz.

—Claro que voy a hacerlo —dijo.

Sands se puso en cuclillas, consternado.

Julia no perdió el tiempo discutiendo con John o Clarence. Debía de conocerlos ya lo bastante bien como para saber cuándo estaban obcecados. En lugar de ello, se limitó a meter la mano en una de las bolsas del coche y pasó a cada uno una pareja de cascos.

—No veo la forma en que podamos ayudaros desde aquí —dijo—, pero no quiero quedarme aquí preocupada.

Clarence asintió con aire grave y tomó una de las parejas de cascos. Hetger alargó el brazo, y sin esperar a que le colocaran la otra pareja en la mano, la agarró él

mismo.

—Volveremos —dijo.

Julia no dijo nada, pero el dolor de su rostro traicionaba su estoicismo. John le pasó los dedos por la mejilla, luego se giró y, como si la oscuridad no le supusiera obstáculo alguno, siguió a Clarence hasta el exterior de la casa.

Capítulo treinta

Los árboles se doblan bajo el peso de la nieve recién caída, que los cubre como una segunda piel. Los de hoja perenne son los que se llevan la peor parte. Me recuerdan un poco a Arroyo, o a unos exóticos pájaros blancos. Todo parece estar apesadumbrado, cerca del suelo, incluso el propio cielo repleto de nubes espesas, sin un solo claro. Tras días y noches de arrastrarse sin tener ningún sitio al que ir, el tiempo parece haberse puesto en marcha de nuevo. Arroyo y yo nos abrimos paso lentamente por el bosque. Por ahora todo parece ir bien. Dejamos mi mundo, y aún no hemos alcanzado el suyo.

Aparento ser parte de él, intento pisar allá donde él ha pisado, pero mis piernas no son tan largas como las suyas. Incluso con su cojera. Me estiro para alcanzar los huecos en los que sus pisadas han interrumpido la capa de nieve, pero no lo logro del todo. Consigo hacerlo casi una de cada tres veces. Casi siempre acabo perdiendo el equilibrio, no del todo, sin caer de culo y hacer angelitos en la nieve, pero casi. Cada vez que aparto una rama, la nieve cae de ésta hasta el suelo, amontonándose. Me pregunto si Arroyo habría dejado algún rastro de no haber ido conmigo. Entonces hubiera sido un lobo que surcara el bosque, cazando, aullando, aislado completamente del mundo de los humanos. La otra vez que fuimos al lugar al que nos dirigimos ahora me condujo hasta él en forma humana, no como monstruo, como lobo. ¿Lo haría así por mi propio bien? ¿Qué forma adoptaría para sentirse él mismo? ¿Qué piel se pondría para estar en casa?

El lugar al que me lleva es secreto, sagrado, es un santuario. Siempre está con todo esto de los santuarios. Dice que la cerveza que guardo en el frigorífico, sin beber, es un santuario, y se siente mal porque no estuvo seguro hasta habérsela bebido del todo. No tenía sentido para él. Como este lugar no tiene sentido para mí, o para cualquier otro humano.

Pero me lleva hasta allí.

La última vez que lo hizo, sus compañeros no se lo tomaron demasiado bien. Quisieron matarme, quisieron matarlo. Lo hubieran hecho de no ser por el Lobo. «*Mirar al futuro*», dijo aquél. Ahora sé qué significa. Debería contárselo a Arroyo, pero soy incapaz de hacerlo. Debo hacerme a la idea de cómo serían las cosas aquí, en este mundo.

Quizá sea por eso que Arroyo me lleva de vuelta a aquel lugar, ahora que la mayoría de sus compañeros han desaparecido. Pude ver a dos de ellos, los vi espatarrados y sobre los hombros de Arroyo, en la trasera del laboratorio. Siempre los ha llamado su gente, incluso cuando querían matarlo. Y a mi no se me ocurrió otra cosa mejor que decirle que me alegraba de que hubieran muerto. Debería odiarme por eso.

Y yo debería odiarlo por lo de Floyd. Aún estoy furiosa, aunque no pueda abrir esa parte de mí a Anne. Sencillamente no puedo. Es porque algo más que Floyd murió ese día. Él era mi vínculo con ese mundo, mi última esperanza de regresar. Podría rendirme, eso fue lo que pensé hacer, por eso le hablé a Clarence del santuario. Pero cuando Arroyo regresó... ¿Es que está mal por mi parte que quiera aprovechar la única oportunidad que me queda, que quiera vivir? Clarence y sus amigos no tardarán ya demasiado en marcharse, y para entonces yo estaré aquí. Espero.

Observando a Arroyo, mientras avanzo a trompicones por entre los árboles intentando seguirle el paso, sigo sin acabar de entender cómo logra moverse tan bien. Con la chepa y todo eso, incluso cojo. Tiene una gracia especial, sobre todo ahora que no ahoga sus penas con una botella. Incluso como monstruo no pierde esa gracia. Puede incluso incrementarla; lleno de rabia, un asesino, pero con gracia. Ojos y garras y... prefiero no verlo así. Al menos no ahora. No después de todo lo que ha ocurrido. No después de lo de Floyd.

Agito la cabeza, intento deshacerme de esos pensamientos. Saboreo la sangre que brota de mi labio, me lo estoy mordiendo. No pensaré más en todo eso por ahora. No pensaré en Floyd. Hay que mirar al futuro. El Lobo se lo había dicho a Arroyo, y yo ahora puedo entenderlo perfectamente. La gente muere todos los días, en todas partes del mundo. Floyd no va a volver porque yo me haga tajos en las muñecas, no se va a generar por arte de magia un nuevo marido listo para ir con Anne, o un padre para esas niñas. Hay que mirar al futuro. Hay una imagen mayor que todo eso, y si me esfuerzo por contemplarla, podré llegar a formar parte de ella.

Arroyo lleva el abrigo que le compré por siete papeles. Nunca usará gorros o guantes, no le gustan, dice que le estorban. Mi gorro se me aplasta todo el tiempo contra las orejas. Probablemente tenga aspecto de tarada, pero qué diablos. Los mitones de lana son bastante útiles para mantener mis manos calientes; no tengo por qué mirarme la mano ahora, no tengo que pensar en ella. Llevo todas mis ropas de abrigo puestas, pero aun así no consigo librarme del frío. Me pregunto qué pensarían de mí mis antepasados si pudieran verme ahora. Sudando en las junglas o los desiertos de África, ¿habrían conocido alguna vez un frío así? No tengo ni idea. Tampoco sé exactamente de dónde procedían, ni lo que hubieran podido saber o no. Ni siquiera conozco sus nombres. Supongo que llegarían a este país encadenados. Era la única forma de hacerlo. Ni siquiera era aún exactamente este país. Puede que tuvieran inviernos fríos en las plantaciones del sur. No podría decirlo. Mi familia y sus parientes, esos sí que pasarían frío allí en Detroit. Y Clarence también, que se crió allí. En realidad es la última familia que me queda. Aunque sea un bastardo. Todo irá mejor después que se vaya. Quizá se marchen todos muy pronto.

Familia. Hogar, o lo que *solía* serlo. No voy a ese lugar. Si pienso así voy a conseguir volverme loca. No puedo olvidar toda la mierda que ocurrió allí. Si me

largué fue por una razón. La muerte estaba cada vez más levantisca. Lo suficiente como para no confiar en los vivos. Lo menos que los muertos pueden hacer es quedarse como están. Cadáveres caminando calle abajo o sentados en un restaurante, con la piel hecha jirones; un fantasma de pie en una esquina, esperando quién sabe qué: un semblante retorcido asomándose por la cara de otra persona; y nadie más que yo lo ve. Mierda, no. Otra vez estoy poniéndome nostálgica, con lágrimas en los ojos, al recordar todo eso. Tampoco es que ahora me vaya mucho mejor.

Eh, vigila, Arroyo se detiene y estoy a punto de lanzarme hacia las pisadas sobre las que él aún está en pie. Se reclina, comprobando una pequeña irregularidad en el terreno, frente a nosotros. La ventisquera me llega aquí por las rodillas. Lo veo excavar, con las manos desnudas, me hace sentir frío con sólo mirarlo, apartando la nieve.

—¿Qué haces? —le pregunto. Mi voz suena graciosa, amortiguada, como si estuviéramos en una cueva, una cueva de nieve. Me mojo los labios. Los siento fríos, secos, agrietados.

No me responde, sigue apartando nieve, y veo que ha encontrado algo: una pequeña franja de reluciente hielo. Y bajo ella hay agua, una pequeña corriente que sigue fluyendo.

Miro a mi alrededor. Ya he estado aquí antes, pero no había reconocido el lugar. Todo aquí fuera parece muy diferente según la hora del día o la estación. Día, noche, verano, invierno. No es así en la ciudad. Un edificio es siempre un edificio, con luz natural o artificial, en plena ola de calor o con ventisca. No importa.

Arroyo vuelve a alzarse y retomamos la marcha, siguiendo la senda de la depresión en el suelo, la corriente camuflada. Estoy atenta a no acercarme demasiado. No tengo ni idea del grosor que podrá tener ese hielo, y creo que prefiero no comprobar si mis botas son realmente resistentes al agua. Bueno, a lo mejor me crecen unos pies nuevos si éstos se me congelan. Vaya chasco.

Seguimos caminando un rato más. Cuando Arroyo se detiene de nuevo, esta vez estoy preparada. No me estampo contra su culo. Sin embargo, sí tardeo unos segundos en ver por qué ha parado. Hay un hombre en las cercanías de la depresión que sé que es la corriente. Está paralizado, casi formando parte del bosque, como un árbol. Es hermoso, del mismo modo que puede serlo un ciervo que salte por entre la maleza. De su largo cabello plateado brotan plumas. Viste unas pieles y botas de gamuza. Parece algo confundido, no demasiado contento, y sus ojos azul claro preguntan: *¿Qué hace ella aquí?* El extraño y Arroyo Negro intercambian tensas miradas.

Hombres. No dejo de repetirme que son sólo eso, pero sé bien que no es verdad. Al menos no del todo. No los miro. No en ese sentido. Igualmente, sin mi *visión* puedo percibir cómo Arroyo camina por el filo de la navaja. Alienta su rabia. Nunca la tiene demasiado escondida. Hay asuntos pendientes entre los dos, una especie de

desafío tácito. Casi puedo ver temblar cada uno de los bigotes del semblante blanco de Arroyo, en su esfuerzo por contener su furia. Me pregunto, y no por primera vez, qué pasaría si me dirigiera a mí esa mirada. ¿Sería capaz de hacerme daño? ¿Lo sería? Empiezo a tiritar.

Siguen como congelados, mirándose, esperando. Tras ellos hay un pequeño montículo nevado. Tiene algo de familiar, pero es diferente a como pude verlo la vez anterior, como la corriente cubierta de hielo. Ya sé dónde estoy. Aquí es donde estalló la pelea la última vez. Señalo al montículo.

—Ahí está el santuario —digo, como queriendo aliviar la tensión entre ambos—. No lo había reconocido con tanta nieve.

Lentamente, a la par, ambos se giran para mirarme. Ahora los dos parecen estar preguntándose qué demonios estoy haciendo aquí. Quisiera poder arrastrarme hasta detrás de una roca. Siento un nudo en la garganta. Finalmente apartan la mirada, vuelve a observarse mutuamente, como si yo no estuviera aquí. Pero lo estoy.

El otro toma la palabra.

—Evert no permitía la presencia de humanos.

—¿Acaso ves por aquí a Evert, Lunático? —pregunta Arroyo.

—¿Se llama Lunático? —susurro. Si pudiera distraer a Arroyo, no dejar que las cosas se pongan demasiado raras... Parece que todos tienen esos nombres tan extraños.

—Tanto como él puede llamarse Chepa —dice el extraño, ofendido.

Perfecto, quizá debería haber mantenido la boca cerrada.

—Podría haberme llamado Chepa todos estos años —dice Arroyo Negro, con el mismo resentimiento que el otro tipo. Malas noticias. Desearía que hubiera una salida de emergencia en lugar de kilómetros y kilómetros de árboles—. Éste es Ladra-a-las-Sombras —me dice Arroyo.

Entonces me carcajeo. Sí, claro, que bromista... pero nadie más parece reírse. Y él parece serio.

—Ladra-a-las-Sombras —susurro—. Entiendo.

Supongo que comparado con Arroyo Negro no es demasiado raro. Pero me guardo ese pensamiento para mí misma. Soy lenta, pero aprendo.

—Ella es Kaitlin Stinnet —dice Arroyo Negro a Ladra-a-las-Sombras—. Es una Pariente.

—¿Nacida de la Parentela? —pregunta Ladra-a-las-Sombras.

—Una Pariente de pleno derecho. —Dice Arroyo, y entonces añade—: Doy más crédito a esta persona que a tu línea de sangre Colmillo.

¿Pero qué diablos pretende? Estoy segura de que las palabras de Arroyo no van a servir para calmar a ese otro tipo. Parece que el resentimiento de Arroyo se hace más intenso, más profundo. Con todo...

—Tengo hambre —miento, esperando que no sea demasiado obvio. Vuelven a mirarme, como si acabara de aparecer de la nada. No importa que estén discutiendo por mí, pienso. Soy sólo una excusa—. Hoy aún no he probado bocado —le digo a Arroyo. Y eso sí que es cierto—. Podrías irme a por algo... cazar algo. Nosotros mientras encenderemos una hoguera. —Sólo de pensar en carne me entran arcadas, pero una distracción es una distracción.

No le gusta la idea, pero transcurridos unos segundos dice que bien, como sabía que iba a hacer, como había esperado que fuera a hacer. Se siente orgulloso de sus habilidades de cazador, y puede que sienta que me debe algo. Gruñe por unos instantes, de forma calmada, como desde el interior de su garganta. Puede que simplemente esté refunfuñando. Quizá sea sólo un aviso para mí, o para Ladra-a-las-Sombras. No estoy segura. Se aleja entre los árboles. En unos segundos ha desaparecido, como si nunca hubiera estado aquí.

Genial. Ahora estamos solos Ladra-a-las-Sombras y yo. A lo mejor no era una idea demasiado buena. Supongo que debería haberlo pensado mejor antes... antes que fuera demasiado tarde. Me observa. De cerca. Los árboles crepitan, cediendo lentamente bajo el peso de la nieve. No lo miro, al menos no directamente. Mirarlo fijamente no sería demasiado adecuado, ¿no? Sería un desafío, o algo así. No creo que sea buena idea. Miro el suelo, la nieve, empiezo a rebuscar, intento hacer un claro en el suelo para encender una hoguera. Ladra-a-las-Sombras se aleja. Respiro más tranquila ahora que no me observa como un halcón, como un halcón mirando... mirando a uno de esos pajaritos o conejos o lo que sea que coma un halcón. Pasados unos minutos, regresa con un montón de astillas para encender el fuego. Viene y va varias veces más, trayendo más palos y troncos más grandes de madera.

—¿Cómo lo hacéis, chicos? —empiezo a decirle—. ¿Cogéis dos palos y empezáis a frotarlos?

Se rebusca en el bolsillo y saca un encendedor.

—Vaya.

Lo observo mientras prepara la hoguera. Para él es como un acto reflejo. No necesita planearlo, ni pensar en ello. Cada trozo de madera encaja en su sitio, como si siempre hubiera estado allí. Una sola chispa del encendedor y todo empieza a arder. Todo el rato no dejo de decirme a mí misma que Arroyo no debería haberme dejado aquí con este tipo. No de nuevo. Casi empiezo a creerlo cuando lo pienso cien veces seguidas.

El chisporrotear de las llamas me entretiene. Al menos es algo que poder mirar. No tengo que esforzarme tanto por no mirar a Ladra-a-las-Sombras. No quiero que piense que lo estoy desafiando, como si pudiera ser tan estúpida. Además, tampoco creo que mi otra visión lo calme, y desde luego no tengo ganas de ver... bueno, el verdadero aspecto de este tipo. Al menos no ahora, no mientras Arroyo está fuera. A

él ya me he acostumbrado. Puedo verlo como *una persona*, no como una de esas cosas, no como que tiene *aspecto humano* pero que sólo está a la espera de revelar su verdadera forma. No dejo de rumiar estos pensamientos, y eso me pone muy nerviosa... pero tengo mis razones para estar aquí. Hay cosas que debo entender, y no tengo mucho tiempo para hacerlo.

—¿Todos los demás están...? —No puedo decirlo, soy incapaz de terminar la pregunta. Siento la lengua aturdida, congelada. Recuerdo cuánto me asustó Arroyo cuando le dije que me alegraba de que hubieran muerto. ¿Y si digo también las palabras equivocadas a este tipo? Para él no significa nada.

—Muertos o desaparecidos —dice Ladra-a-las-Sombras.

No dejo de observar el fuego. Miro también a mi alrededor, a cualquier cosa menos a él. Acercó un tocón a la hoguera, aparto algo de nieve, me siento. Respiro profundamente, y decido volver a intentarlo.

—No te gusta que esté aquí. —Alzo la mirada hacia él, apenas durante un segundo.

Se encoge de hombros.

—Evert no permitía la presencia de humanos aquí. Pero Arroyo Negro es el nuevo alfa.

Alfa. Muy bien. ¿Pero de quién? ¿De ti y de él mismo? ¿De este solitario y recóndito lugar? Siento náuseas. Arroyo por fin ha puesto en marcha su vida, ha conseguido llegar a ser algo. No lo entiendo del todo, pero para él parece significar mucho... y yo he echado a perder su secreto. Peor aún, no le he contado el mío, y él más que nadie merece saberlo. Podría encaminar mi vida a pesar de todo. No podría ser cierto si no fuera por él, pero aún no estoy preparada para decírselo, no hasta que esté segura, hasta que sepa que es así como debe ser.

Vuelvo a mirar a Ladra-a-las-Sombras. Aún parece algo confundido, parece estar así casi siempre, como un chico no demasiado brillante que no acabara de enterarse. Sí, escúchame. No te dejes llevar. Puede que tenga el cerebro de un niño de dos años, pero puede llegar a alzarse hasta dos metros y medio de altura, y tiene unas garras y unos colmillos capaces de rasgar el acero, rebanar cabezas, matar.

Un sonido repentino, un chasquido, me sobresalta. Doy un respingo. Es Ladra-a-las-Sombras que está partiendo un palo. Creo que no se da cuenta de que me ha asustado. Si es así, no lo veo reír, no parece encontrarlo divertido. En cierto modo me alegra.

—Los demás... los que han desaparecido —le pregunto al tiempo que me esfuerzo por calmar mi corazón—, ¿no sentían demasiado por Arroyo Negro, no?

—Es que no es muy agradable.

Le doy vueltas a esas palabras. No era lo que había esperado. Tiene que saber que Arroyo y yo estamos... especialmente unidos. Pero no se anda con miramientos. ¿Me

estará ocultando algo o me tomará por tonta?

—Entonces, ¿por qué aún estás aquí?

—Pertenezco a este lugar. Mi tribu no me quiere.

—¿Por qué no?

—No soy tan listo como debería. No doy la talla. Yo les avergonzaba.

Otra buena carga de franqueza. Ahora, en cambio, no transmite resentimiento, pues acepta este lugar, no espera encontrar nada mejor, no *merece* nada mejor.

—Pero te aceptaron aquí —digo.

—La madre de Arroyo Negro fue amable conmigo. Ahora está muerta.

—Lo sé. ¿Y qué pasa con Arroyo?

—¿Cómo que qué pasa?

—¿Por qué todos lo odian tanto? —le pregunto.

«¿*Lo odias tú también?* —estoy a punto de decir—, ¿*o sólo intentaste matarnos porque ellos te dijeron que lo hicieras?*».

Ladra-a-las-Sombras me observa con sus pueriles y confundidos ojos azul claro por más tiempo del que desearía. Parece que casi sintiera lástima por mí, como si yo fuera la estúpida, y se apenara porque tuviera que preguntar algo tan obvio.

—Es metis —dice—. Está maldito a los ojos de Gaia.

Esas palabras me hielan la sangre. La naturalidad con que las dice, no es que babe de odio... pero casi es peor: puro adoctrinamiento. Repite lo que le han inculcado, una aceptación superficial, tan mala como el sermón de uno de esos fanáticos que se dedican a infundir el odio. Por el modo en que dice *metis*, bien podría estar diciendo *negrata*. Sus ojos reflejan desprecio por Arroyo, no sólo por él, sino por cualquiera que sea como él... y sólo por cómo nació. Eso me revienta. Si pudiera transformarme en un gran monstruo malvado y arrancarle la cabeza de cuajo... Deshumanizan a cualquiera que sea diferente. Así es más fácil odiar. Es más fácil matar.

Claro que, entonces, consideraría a Arroyo algo más que un humano, y a Ladra-a-las-Sombras, y a todos los demás que son como ellos. Él es incapaz de verlo como yo. No le han enseñado a verlo así. Bastardo. Es incapaz de ver a Arroyo del modo que yo lo hago, y nunca lo hará. Metis. Negratas. *Humanos*. Me pregunto a quiénes odiará más.

Para cuando Arroyo vuelve, yo aún no he acabado de decidir qué respondería. Seguro que habría preferido cazar bajo alguna otra forma, pero ahí viene, como un humano, arrojando un conejo ensangrentado junto al suelo. El cuerpo renqueante choca contra la nieve derretida que hay junto al fuego. Ladra-a-las-Sombras se estremece, como si Arroyo le hubiera abofeteado la cara. Al instante pasa de estar completamente relajado a enfurecerse. Uno de los dos gruñe, quizá ambos. Es difícil asegurarlo. Es un sonido tan gutural...

Arroyo se toma cualquier cosa como una afrenta, un desafío, no importa si verdaderamente lo es o no. Es muy cabezota. Claro que Ladra-a-las-Sombras tampoco es que sea un santo. ¿Por qué odia tanto a Arroyo? ¿Por lo que es, porque los demás han muerto, porque las cosas no son ya como eran en los viejos días de gloria? Esto nunca funcionaría. Estos malditos bravucones estallarían antes de poder ceder el uno ante el otro. Nada que pueda hacer va a cambiar eso. Quizá si Arroyo supiera... si le dijera a lo que tengo miedo... ¿Bastaría eso para hacerlo cambiar, para que lo intentara? Arroyo es producto de su odio tanto como Ladra-a-las-Sombras. Puede que si tuviéramos años por delante... Pero no los tenemos. No puedo esperar tanto tiempo.

—Se me ha quitado el hambre —digo—. ¿Te importa llevarme a casa?

Arroyo me mira pero no discute. No me levanto del tocón, así que me coge en brazos. Ninguno de los dos nos despedimos de Ladra-a-las-Sombras, nos vamos sin más. Mientras me transporta, Arroyo cambia de forma. Al crecer, sus zancadas se hacen más largas y poderosas. Carga conmigo con total facilidad, como si no existiera, pero no del modo descuidado con el que llevaba al conejo. Su hocico lupino exhala chorros de vapor, agacha sus orejas al acelerar el paso y entonces el bosque, vestido entero de blanco, se desdibuja.

Me acurruco junto a él para calentarme, con los ojos cerrados. No sé el camino que está tomando. Seguramente me estará llevando de vuelta a casa. Vuelvo a posar mi mano sobre mi vientre. Incluso a través de mi parka puedo sentirla removerse. Es vida. Quiero contárselo. Voy a tener un bebé. No sé si será como tú o como yo, o algo intermedio. Pero no soy capaz de contárselo todavía. No puedo regresar al mundo normal. Necesito saber si podemos llevar una vida normal juntos. No sé por qué había esperado más de su gente, no después de lo que he visto. Supongo que pensé que, al no ser humanos, podrían tener un lado bueno. Y resulta que son más humanos de lo que pensaba.

Capítulo treinta y uno

Sands y Julia no escuchaban demasiado bien a Clarence y Hetger. Tampoco había mucho de lo que informar. Cada poco tiempo, Clarence registraba:

—*Hay algunas pistas. Puede que sean ellos, pero vamos a seguir el camino que nos dijo ella... nos encaminaremos hacia la incineradora, giraremos y veremos si podemos alcanzar ese arroyo.*

—Yo no me acercaría demasiado a ese lugar —advirtió Julia—. Seguramente aún estará atestado de medidas de seguridad.

—*Me has leído el pensamiento.*

—¿Qué tal lo llevas, John?

—*Bien.*

Hetger había permanecido extrañamente callado casi toda la tarde, como había acostumbrado a hacer desde el ataque en el que perdió los ojos. Sands, que estaba inmerso en sus propios traumas, creía poder entenderlo bien. Lo que no podía comprender era cómo John, sin ojos y con la cara cubierta de vendas, había podido clavarle aquella mirada.

—Julia...

—Yo tampoco lo comprendo —dijo ella, sin apartar la atención de los cascos, que justo se había quitado y colocado sobre su regazo.

—¿Me estás leyendo la mente?

Julia suspiró.

—No entiendes por qué esos dos idiotas han salido ahí afuera para hacer que los maten, o cómo John es capaz de ir de un sitio a otro como una persona con la vista intacta.

—Ha perdido los ojos, por el amor de Dios.

—Douglas, la gente corriente tiene ojos, pero aun así no ve lo que nosotros. Nosotros no fuimos siempre capaces de ver lo que vemos ahora. ¿De veras crees que los ojos, los ojos físicos, son importantes?

—Yo... bueno, yo... pensaba que servían para algo. La verdad es que, Dios, supongo que es sólo un poco más extraño que tú le hubieras podido sanar los ojos, o que Kaitlin hubiera hecho que le volvieran a crecer.

Julia se giró para mirarlo.

—Creo que podría haberlo hecho —dijo secamente, con el mismo tono cortante que empleaba para hacer esos comentarios sarcásticos que acostumbraba a dedicarle.

—Piensas que... Julia, sólo bromeaba... trataba de... —Entonces guardó silencio. «*Ya nada me debería sorprender. No debería esperar que nada volviera a tener sentido*». Pero sí que estaba sorprendido, y no conseguía evitar esperar que las cosas tuvieran cierto sentido—. ¿Crees que podría haber...?

—Y respecto a por qué esos dos idiotas están ahí afuera ahora mismo... —dijo cambiando de tema, ya fuera intencionadamente o no, sacudiendo las manos en un profundo gesto de frustración.

—Guárdate la rabia para gritarles cuando vuelvan —dijo Sands.

—No van a volver.

Aquellas palabras entonadas en voz suave cayeron como una losa sobre Sands, que sintió como se le formaba un nudo en el estómago. Allí estaba Julia, la misma Julia que no había sido capaz de volver a pronunciar el nombre de Albert después que éste fuera asesinado, que parecía haber tratado de no admitir lo que había ocurrido, y ahora era ella quien expresaba los temores de Sands, los mismos que él estaba tratando de negar.

—¿Que no van a volver? Claro que sí van a hacerlo.

—Douglas —dijo ella—. *Tengo* que regresar. Debo encontrar a mi hijo. La semana pasada... cuando esas cosas nos atacaron, supe que iba a morir. Nunca había estado tan aterrorizada. No porque fuera a morir, sino porque iba a hacerlo con Timothy aún ahí fuera. —Entonces guardó silencio, se aclaró la garganta, y luchó por reprimir las lágrimas—. *Tengo* que regresar.

«*Y no crees que John y Hetger vayan a volver, de no haber sido así hubieras ido con ellos*». Dubitativo. Sands le colocó la mano en el hombro.

—John normalmente es muy pragmático —dijo Julia—, al considerar siempre los beneficios potenciales respecto a los riesgos. Sin embargo, se ha estado mostrando tan... tan calmado y silencioso desde... desde el ataque... Temo que haya podido rendirse.

—Quizá vea algo que nosotros no alcanzamos a distinguir —sugirió Sands. No se sentía cómodo diciendo aquello, ni siquiera sabía qué podía significar. Sólo esperaba poder consolar a Julia. A pesar de todo lo que le hacía enfadar a veces, la prefería criticándolo que en esa llorera llena de confesiones.

—*Estamos a unos metros a la espalda de la incineradora* —dijo Clarence transcurridos unos minutos—. *Estamos viendo esa especie de zanja de desagüe que mencionó. Vamos a seguir su estela desde el complejo incinerador.* —Minutos más tarde volvió a hablar—. *Muy bien, hemos alcanzado otra corriente, está congelada, cubierta de nieve, pero la tenemos delante de nuestros ojos. ¿Adónde dijo que había que ir, a la izquierda o a la derecha?*

—Sí, a la izquierda —habló Julia por los auriculares—. ¿Qué tal vais, conseguís manteneros calientes? —dijo Julia, intentando sonar alegre. Nadie respondió. Su forzado buen humor no tardó mucho en desvanecerse—. ¿Clarence? ¿John? ¿Estáis ahí?

—Sí, sí, *aquí estamos* —dijo Clarence—. *Perdimos la comunicación por un segundo. ¿Qué decías?*

Julia suspiró aliviada.

—Nada importante. No os preocupéis.

—¿Qué hacéis aquí? —Julia y Sands se giraron y vieron a Kaitlin en la entrada. Se la veía muy chiquita, empequeñecida por la parka, el gorro y los mitones. Los miraba con desconfianza, con más de la que acostumbraba—. ¿Dónde está Clarence?

—Tu prima está de vuelta —habló Julia por los cascos.

—*Que se quede ahí.*

Sands había pensado lo mismo. No podían permitir que saliera corriendo y se interpusiera. ¿Trataría de alertar a los hombres lobos? ¿Sería tan estúpida para hacerlo, estaría tan demente? Sin embargo, no tuvo que ir tras ella. Escuchar la voz de Clarence pareció provocarle dolor. Hizo una mueca y se dejó caer de rodillas.

—¿Van tras él, verdad? —Kaitlin se quedó con la mirada fija, con los ojos puestos sobre Sands pero sin mirarlo en realidad—. Decidles que vuelvan.

—Hacemos esto para ayudarte —dijo Douglas—. ¿No es lo que querías? ¿No fue por eso por que nos hablaste de los hombres lobo, de su santuario?

Ella siguió sin apartar la mirada, y negó pesadamente con la cabeza.

—Él regresa. Los matará. Los matará.

Sands no estaba seguro de si ese *él* hacía referencia a Clarence (aunque éste nunca había estado allí para poder regresar) o a uno de los monstruos. Douglas era incapaz de entender cómo podía ella haber acompañado voluntariamente a esas bestias a cualquier sitio. Pero ya la había visto haciéndolo en la ciudad, y la había escuchado por los cascos aquella misma mañana. No parecía tener sentido que la semana anterior la hubieran atacado, pero seguramente no era momento de intentar que todo encajara, pensó finalmente. Bastaría con que no se interpusiera, que no saliera despavorida de la casa dispuesta a ayudar a esos monstruos. Y así fue: Kaitlin se limitó a quedarse sentada apoyada sobre sus pies y sus rodillas, repantigada, casi aturdida. Se sacó el abrigo de los hombros. Se quitó el gorro y los mitones, mostrando su mano, tan extrañamente perfecta.

El tiempo parecía alargarse. Sands y Julia no podían hacer otra cosa que esperar. Habían tomado su decisión, tal y como habían hecho Clarence y John. Douglas recordaba escenas del combate en el piso de arriba, en medio de la oscuridad. Su pulso se aceleraba, pero del otro lado de los cascos seguía sin llegar ninguna noticia. A cada segundo esperaba escuchar gruñidos y el ruido de pistolas, aullidos y alaridos, pero nada ocurría. Lo único que había era su desesperante inquietud y la de Julia. Kaitlin seguía sentada sin moverse un ápice.

Cuando la voz de Clarence resonó por fin electrónica en los cascos, la tensión en la habitación se endureció todavía más.

—*Algo parece haber excavado aquí, en la corriente helada, y hemos encontrado también algunas pisadas. Hay otra pista que acaba en la corriente y que discurre en*

la misma dirección en la que nos encaminamos nosotros. Parecen las pisadas de dos pistas distintas. Unas son bastante más pequeñas que las otras.

Sands observó a Kaitlin, intentando encontrar en ella alguna clase de respuesta. La chica no paraba de mecerse. Douglas comprobó que tenía las botas y la parte baja de los vaqueros mojados, por efecto de la nieve derretida.

—¿Puedes decirnos algo más que nos pueda servir de ayuda? —le preguntó—. ¿Cualquier cosa?

—No quise que esto pasara... me equivoqué —susurró, sin dejar de mecerse—. Me equivoqué.

—*Kaitlin.* —Sands alzó la voz, pero no consiguió atraer su atención—. ¿Puedes decirnos aunque sea algo? —De nuevo esperó, y no obtuvo respuesta alguna. Suspiró asqueado—. Claro que no puedes. Llevas ya una semana sin decirnos nada. ¿Por qué ibas a hacerlo ahora? Vete a la mierda. —Familiar o no, Sands no acababa de comprender por qué Clarence arriesgaba su vida por aquella miserable chiquilla, y John... a eso le encontraba aún menos sentido. «*No podía haberse rendido. Era imposible. Debía ver algo que a ellos se les escapaba. Aquellos monstruos suponían una amenaza tan grande que no podía, simplemente, haber decidido marcharse para dejarlos deambular por libre. No podía haberse rendido*»—. Diles que vuelvan —le dijo a Julia—. Que den la vuelta y vuelvan aquí. Puede que, por una vez, la chica tenga razón.

Pero Julia no se lo dijo. No hubiera servido de nada. Los tres siguieron sentados, inmersos en un tenso y deprimente silencio, hasta que Clarence volvió a hablar. Su voz era apenas audible; debía de estar susurrando:

—*Escuchad. Parece que lo hemos conseguido. Estamos delante de una especie de campamento. Hay una hoguera, o lo que queda de ella. Aún parece caliente. No hay nadie por aquí. Nos estamos acercando... Sí. Vemos lo que parece ser... debe de ser ese muro, el santuario del que ella nos habló. Vamos a ocuparnos de esta cosa y entonces saldremos pitando. John, pásame el saco que llevas en el hombro izquierdo, el de las granadas.*

—Granadas —dijo Sands para sí mismo—. Ay Dios.

De los cascos escucharon crujidos. Sands imaginaba a Hetger deslizando un saco de lona desde su hombro. Entonces la actividad fue interrumpida por un repentino silencio. Todo pareció estar en calma.

Julia estaba sentada muy tiesa. Sands descubrió que, sin darse cuenta, se había acercado mucho a ella. Agarró uno de los auriculares extras y se los acercó. Julia hizo lo propio con los suyos. Douglas sintió que Kaitlin se le acercaba, esforzándose por escuchar algo.

Entonces se oyó la voz de Hetger, poderosa, en tono fuerte, y sonaba tan alta después de tantos susurros que todos se sobresaltaron.

—Tú, quédate ahí. No te muevas.

Sands ya había presenciado aquella escena antes: Hetger bloqueando a un monstruo con su inquebrantable mirada y ordenándole que no se moviera. ¿Pero sin ojos?

—¿Qué cree que está haciendo? —murmuró Sands.

—¡Dios...! —Sonó esta vez la voz de Clarence. Y entonces sólo escucharon gruñidos, bufidos... sonidos que les resultaban familiares. Clarence respiraba rápida y entrecortadamente, pero al menos estaba respirando—. ¿Lo tienes, John?

—Sí.

—Perfecto. Mantenlo ahí.

—¿Dios santo, que está ocurriendo? —chilló Julia, frenéticamente, a los auriculares.

—Este tipo —dijo Clarence— aparece, nos ve, y justo a partir de ese momento deja de ser un hombre. Es una de esas criaturas. John lo tiene controlado por ahora, pero ahora no es momento...

—Salid de ahí —dijo Sands—. Haced lo que tengáis que hacer y largaos de ahí.

—Sólo serán dos granadas —dijo Clarence—. Cuidado con vuestros oídos.

Segundos más tarde, Sands agradeció aquel aviso. Los cascos rechinaban de estática y acoples. Y lo volvieron a hacer una segunda vez.

—Adiós al santuario... pero aún tenemos a un hombre lobo, y no parece muy contento. Preguntadle a Kaitlin si este tipo debería haberse vuelto negro ahora que el santuario está carbonizado.

Sands volvió su vista hacia Kaitlin, y por la expresión del más absoluto terror de su cara, supo que no iba a poder dar respuesta a ninguna pregunta.

—Creo que no va a servir de mucho en este momento —dijo.

—Sí, bueno, tenemos que abrirnos, así que creo que resolveremos esto al viejo estilo.

Sands escuchó el familiar sonido de la recortada de palanca al ser preparada, y entonces oyó un disparo, y luego otro más.

—Nada —un tercer disparo—. Este hijo de puta... Debería empezar a tirarle piedras. John, no dejes que se mueva hasta que pensemos cómo... ¡John, cuidado! ¡Dios!

Entonces otro disparo, e inmediatamente otros dos más. Gruñidos. Y Clarence gritando con todas sus fuerzas, desafiante, maldiciendo... y luego nada. La estática. Sólo eso.

Sands se sentó horrorizado, con el corazón a cien por hora, el sudor bajándole hasta la región baja de la espalda. La tarde había dado paso casi por completo a la noche. Sentía como la oscuridad se echaba sobre ellos.

—Largaos —dijo Kaitlin, en voz baja, desde su lado—. Largaos los dos. Ahora

mismo.

Sands y Julia levantaron sus miradas lentamente, hasta cruzarlas.

—Ya no hay nada que podáis hacer por ellos —dijo Kaitlin—. Nadie puede hacer ya nada por ellos.

Sands miró a Julia. Pensó en John y en Clarence, ahí fuera, en algún lugar perdido del bosque, e intentó calcular las posibilidades de que aún estuvieran con vida. Después sopesó lo que Julia le había dicho sobre su hijo. Sands no tenía ninguna intención de encontrar una muerte truculenta en el bosque, o allí mismo, en la casa. Sin embargo, dudaba en abandonar a sus amigos. No sabía qué debía hacer, pero era consciente de que los latidos de su corazón le marcaban una cuenta atrás y que, muy pronto, el no decidir se iba a convertir en sí en una decisión. Julia le agarró el brazo. Asintió. Así de simple, ya habían tomado su decisión. Recogieron sus bienes personales más preciados, abandonando sacos de dormir y mantas para tomar sólo los objetos personales.

—Bueno pues, nos vamos —dijo Sands a Kaitlin. Pero ella no se movió, ni siquiera mostró la menor intención de ir hacia la puerta—. *Nos vamos.*

—Es mi casa —dijo ella—. Idos vosotros.

—No seas idiota —le dijo Sands—. Ven con nosotros.

Pero Kaitlin lo ignoró y siguió sentada en el suelo, con la mirada perdida.

—Douglas —dijo Julia a su espalda. Ya se había puesto en movimiento, y lo esperaba en la puerta principal.

Sands recordó sus palabras acerca de Kaitlin, momentos antes: podría haberlo hecho. Y supo que Julia no estaba dispuesta a quedarse allí un solo segundo más sólo por la muchacha, no mientras un chico inocente seguía perdido, esperando a ser socorrido. Sands asintió. Se giró, dejó atrás a Kaitlin y siguió a Julia hasta el coche.

Capítulo treinta y dos

Cuando Arroyo Negro hubo acabado con los humanos, no quedó demasiado de ellos. Sin embargo, en lugar de saciarse con su masacre, aquello sólo sirvió para hacer crecer su furia. Había estado en el camino de vuelta al clan, no especialmente lejos de él, cuando pudo escuchar las explosiones. Tras correr apresurado había descubierto que el antiguo santuario dedicado a Serpiente de Agua, y más tarde reconstruido en favor de Meneghwo, había sido completamente destruido. Allí encontró a los humanos. Al abalanzarse sobre el primero de ellos, uno que había resultado ser ciego, Ladra-a-las-Sombras quedó liberado del poder mágico que lo tenía atenazado.

El tipo negro había estado disparado su pistola hasta decidir que era inútil, y en ese momento Ladra-a-las-Sombras lo atacó. El humano empleó entonces la pistola a modo de garrote, un feroz y brillante garrote con el que consiguió partirle el cráneo en dos al Garou, como hubiera hecho un klaive. Ladra-a-las-Sombras logró dar muerte al humano, pero ahora yacía inmóvil en el suelo.

«*La chica* —había dicho Ladra-a-las-Sombras antes de que sus sentidos lo abandonaran para siempre—. *La chica lo contó*».

La furia de Arroyo Negro se había desatado con tanta fuerza que los humanos quedaron reducidos a trizas antes de que pudiera volver a pensar con claridad. «*La chica. Kaitlin*». Ladra-a-las-Sombras, tan resentido como había estado porque el resto de sus compañeros hubiera perecido siguiendo a Arroyo, no habría mentido en algo así. Arroyo Negro podía vislumbrar la verdad en sus palabras, y sintió que la sangre estaba a punto de hervirle. Ella había vuelto a traicionarlo, había traicionado a su clan y a su gente, y ahora aquellos humanos que podían ver a los Garou por lo que eran, aquellos humanos que domeñaban poderes que no podían ser otra cosa que dones de engendros del Wyrms, habían lanzado su ataque, habían destruido lo que quedaba del santuario que su madre había construido con sus propias manos.

Una bruma rojiza envolvió la visión de Arroyo. Enfurecido aulló a la naciente oscuridad, y corrió adentrándose en la noche.

Capítulo treinta y tres

Me siento. Espero. Clarence se ha ido. Sus amigos se han ido. Arroyo volverá pronto. Por un motivo u otro acabará volviendo. No quiero saber qué le ha pasado a Clarence, no me interesa en absoluto. Pero lo sé. Y ha sido por mi culpa. Si no me hubiera enfurecido tanto, si no les hubiera contado que...

No había razón alguna para contárselo. Eso no iba a servir para hacer regresar a Floyd. Fui tan estúpida... Me estaba rindiendo a ese otro mundo, al mundo espiritual. Pero es la única oportunidad que tengo, la única que me queda. Eso o vivir el resto de mi vida sola, sola y con mi hijo. ¿Cómo pude pensar que eso iba a ser mejor? La vida con Arroyo no será perfecta, pero no puedo regresar allí de donde vengo. Para mí, ese mundo está ya muerto. Murió con Floyd. Para bien o para mal, ya fuera o no culpa de Arroyo. Así es como ha ocurrido. No puedo dar marcha atrás. Debo mirar al futuro.

Debo contárselo a Arroyo. Cuando se calme le hablaré. Ya no quedan muchos de su gente. Sólo Ladra-a-las-Sombras. Quizá Arroyo y yo podamos iniciar una vida en común. Puede que sea capaz de dejar todo eso, tal y como yo dejo a mi gente. Podríamos hacerlo. Sólo nosotros dos. Nosotros tres. Me coloco la mano en el vientre. Debo decírselo. Debí habérselo dicho antes. Debí. O no debí. Debí habérselo dicho. A quien no debí haber contado nada fue a Clarence. Se habrían acabado aburriendo, se hubieran largado de casa antes o después. Bueno, ahora también se han ido. Así que no hay mucha diferencia. Seremos Arroyo, mi bebé y yo. Podremos quedarnos aquí, o podremos construirnos una casa propia, lo bastante oculta entre los bosques como para que nadie nos encuentre, nadie nos moleste. Ni mi gente ni la suya.

Atraviesa la puerta de un golpe y doy un respingo. Quiero llamarlo, pero no puedo. Tengo los labios y la lengua de una momia: secos e inservibles. Entra en la casa. Las tablas de madera crepitan bajo sus pisadas. Ahora no es ningún hombre, no es humano. Es tan grande y poderoso... Está enfadado.

Puedo percibir su rabia desde aquí, como la llama de un fuego. Se mueve con parsimonia, con un pesado paso tras otro. Yo lo veo primero. Está cubierto de sangre. Otra vez. No puedo pensar en ello. No puedo pensar en Clarence o en John. De nuevo ha sido culpa mía. Como siempre. Debo acostumbrarme a vivir con ello. No puedo cambiar lo que es, lo que será mi bebé, pero si al menos viviéramos alejados de todos...

Por fin me ve. Empiezo a temblar. Entra en la habitación, mira a un lado y a otro, ve las mantas y todo lo que han dejado tirado por aquí. Gruñe, me muestra los colmillos. Los pies me tiritan. Él hincha su pecho, se esfuerza por respirar, intenta hablar.

—Tú...

No me hará daño. Es incapaz. Un parte de mi mente me dice que debo averiguarlo, que tengo que saber qué clase de monstruo será mi hijo antes de traerlo al mundo. No pasa nada. No va a hacerme daño. Se calmará. Le contaré todo. Eso lo cambiará todo.

—Tú... se... lo... contaste —dice entre bufidos, esforzándose por pronunciar cada palabra.

Soy incapaz de hablar. Me limito a asentir. Sí, se lo conté. Fui una estúpida. Se lo conté.

Está tan malherido... Con todas las cicatrices, los tajos, las quemaduras que ha sufrido, nunca lo había visto tan dolido. Le brota espuma de la boca. Apenas puedo distinguir el ondear de su mano.

Esta habitación no tiene manchas de humedad. No ocurre como en el piso de arriba, en mi habitación. No me siento la mano. Ni la nueva ni la antigua. Quiero volver a tocar a mi bebé. Quiero contarle. No es mi sangre la que cubre el suelo. No puede ser. Arroyo. Creo que pronuncio la palabra. Qué nombre tan gracioso. Seremos felices. No puede hacerme daño. Nadie puede...

Capítulo treinta y cuatro

Sands estaba al volante del coche. Luchaba contra el impulso de conducir más y más rápido de lo que debía. Sentía que debía dar la vuelta, regresar, hacer todo lo que estuviera en su mano para ayudar a sus amigos. Pero no pensaba hacerlo. Ellos habían tomado su elección. Él y Julia habían tomado la suya propia. «*Ya es demasiado tarde* —se decía una y otra vez—. *Fue demasiado tarde desde el momento en que salieron por la puerta*». Sin importar lo que le apremiara la conciencia, conducía hacia el sur. La única pregunta era a qué velocidad. Cada pocos segundos miraba por el espejo retrovisor, siempre esperando ver a una criatura lupina corriendo a una velocidad endiablada, alcanzándolo. Pegó el acelerador un poco más a la tabla.

Julia estaba a su lado, en silencio.

«*No fue cobardía* —pensó—. *No elegir el suicidio no es cobardía*». Tenía algo por lo que vivir. Y Julia igual. No iba a salvar al mundo de una batida. Lo mejor que podía hacer era cavarse una madriguera, cuidar de sus seres queridos. Miró a Julia, esperando que le devolviera el gesto. Pero no lo hizo. Entonces volvió a mirar la carretera que se abría frente a él.

—Julia. —No hubo respuesta—. Si algo me ocurriera... ¿podrías cuidar de Faye por mí?

—¿De tu esposa? —dijo. Sands asintió—. Lo intentaré.

—Eso es todo lo que me atrevo a pedirte.

Siguieron avanzando sobre la carretera, un kilómetro tras otro. Cada giro del cuentarrevoluciones era una acusación silenciosa. Sands no podía evitar sentirse aliviado al alejarse de aquel lugar. Habían huido de la ciudad inquietados por las acciones de la policía. Y ésta parecía ahora una amenaza menor. Sin embargo por otro lado, e impulsado por unos sentimientos más inmediatos y desconcertantes, la ausencia de aquellos a los que habían dejado atrás pesaba como una losa sobre él.

—No pudimos hacer nada —dijo—. Y aunque hubiéramos...

—Calla —dijo Julia—. Deja de... —Se sentía incapaz de hablar de los muertos. Primero Albert, y ahora John y Clarence.

Pero Sands no soportaba aquel silencio. Era incapaz de estar solo con sus pensamientos.

—Háblame de Timothy —dijo.

Julia se puso tensa. Pero sabía, debía de saber, por qué le preguntaba aquello. Entonces empezó a hablar. Al principio de forma entrecortada y cada vez con menos dificultad, pero siempre teniendo que esforzarse por hacerlo. Le hablaba de su hijo, le contaba todo lo que se le ocurría acerca de él. Sands nunca había visto a Timothy. Julia nunca le había enseñado una fotografía. Mientras charlaban, Sands se imaginó a otro niño pequeño, un niño al que había visto todos los días hacía ya varios años. Un

niño al que había vuelto a ver recientemente, aunque eso nunca debía haber ocurrido así. La voz de Julia hacía más soportable el zumbido del asfalto y, mientras tanto, iban dejando kilómetros a sus espaldas.

Capítulo treinta y cinco

Las cenizas se arremolinaban. La nieve caía desde la oscuridad hasta la tierra, cubriendo sangre, cadáveres, agolpándose sobre la chepa de una bestia jorobada, el color blanco sobre el negro. Su único movimiento era el de arrastrar las garras por una piedra agrietada, lentamente, una y otra vez. Creando nuevos surcos en el arenoso feldespató. Con añoranza, Arroyo deseó poder tomar una copa, pero su furia le había hecho saquear el bar de Canción de Víspera, hacerlo arder, abandonarlo a su destino como escombros carbonizados. Lo mismo había sucedido con la casa. Había desaparecido. Los años harían crecer la maleza sobre ella. Quedaría oculta, olvidada. Como si nunca hubiera existido. Como si ella nunca hubiera existido.

La nieve caía. Fría. Aturdidora.

Sintió como aquellos desiguales ojos lo observaban, y entonces se volvió para contemplar la horripilante y espantosa criatura lupina, con la piel cosida a partir de parches de la piel de Garou caídos. Arroyo gruñó. El lobo lo contemplaba sigiloso como la noche, hasta que la fina capa de nieve que le cubría la frente cedió bajo su propio peso y avanzó a modo de pequeña avalancha por la colina de la ancha nariz del lobo espiritual. Agitó la cabeza, convirtiendo el polvo en una fina bruma que se aposentó lentamente.

—¿Por qué? —fueron las únicas palabras de Meneghwo.

—La Perdición ha sido destruida —gruñó Arroyo—. Déjame en paz.

El lobo se sentó y lo observó. Entretanto, la rabia de Arroyo ardía. La nieve no podía caer con fuerza suficiente para ocultar los restos repartidos por el suelo de aliados y enemigos, ni tampoco los del destrozado santuario, aun cuando los montículos de nieve empezaban a adoptar una redondez poco distinguible, con los rasgos más precisos haciéndose vagos y romos.

—¿Por qué? —preguntó de nuevo Meneghwo, con su espeso pelaje oscurecido por nieve y sombras.

Arroyo mostró los colmillos, se esforzó por mover sus fauces como si estuviera masticando, como si no pudiera pronunciar las palabras que iba a decir.

—«*Mira al futuro*», me dijiste —se mofó Arroyo—. Pues eso haré. Porque el futuro es todo lo que me queda.

—Ya no hay futuro alguno en este lugar —dijo Meneghwo—. Al menos no para ti. —Arroyo ladeó la cabeza para hacer frente a aquel último tormento—. Tu futuro descansa entre cenizas y escombros.

A Arroyo se le erizó el pelo. No pronunciaría su nombre, no pensaría en ella.

—Mi futuro está con mi clan.

—Ya no hay clan.

—¡No hay clan porque hicimos lo que nos pediste! —gruñó Arroyo.

Meneghwo negó apesadumbrado con la cabeza, con un gesto lleno de lamentación.

—De veras que tanto tú como tus hermanos y hermanas me habéis servido bien. Pero todos ellos han desaparecido ya. Y tú... tú estás demasiado cerca del resentimiento que acabó por engullir a tu padre.

—Pero yo no soy mi padre —dijo Arroyo desafiante, con los dedos engarrados dispuestos a un lado, mientras la bruma rojiza amenazaba con inundarlo.

—No —dijo Meneghwo—. Pero al igual que él había estado dispuesto a arrebatar la vida de su propio hijo, tú completaste esa acción.

Arroyo se tambaleó, golpeado por el peso de unas palabras que no podían ser verdad. La bruma rojiza se disipó, dejándolo débil y vacilante ante su acusador.

—Pero no puede ser que... no... Soy un metis.

—Ella iba a darte un hijo.

—No es posible —musitó Arroyo—. Soy un metis. No puedo engendrar a un niño.

—¿Crees que por estar bajo el auspicio de la luna creciente conoces todos los misterios del mundo espiritual? —preguntó Meneghwo con una repentina agresividad en su voz. Ese tono se apagó rápidamente, y regresó al lamento—. ¿No te dije que el enemigo no era el pequeño? ¿No te toqué el pecho y te enjuagué la sangre de los ojos? El futuro era tu don, y aun así lo rechazaste. Superaste con éxito la prueba de la guerra, pero fracasaste en la de la sabiduría. —El lobo, pausadamente, negó con la cabeza—. El clan desapareció. Para ti ha dejado de existir. Los espíritus no te responderán ya más en este lugar. Presenciarás el Fin de los Tiempos. Blandirás garras y dientes en las batallas definitivas, pero tu camino hasta entonces será solitario.

Arroyo sintió que lo abandonaban las fuerzas.

—Pero eso no es posible —dijo dejándose caer de rodillas en la nieve.

Mas el lobo espiritual ya había desaparecido, y no hubo nadie que lo escuchara. Arroyo estaba solo con las cenizas de sus hermanos y hermanas, de sus ancestros, de su pasado.

GHERBOD FLEMING. Escritor de novelas de fantasía enmarcadas en el universo de *Mundo de tinieblas*. Gherbod Fleming es un seudónimo, y su verdadero nombre es John H. Steele. Nació en 1962 y en la actualidad vive con su mujer y tres gatos, posiblemente, en Atlanta, aunque, debido a que quiere mantener su vida privada en secreto, poco más se sabe, tanto de sus inicios en la literatura, como de sus inquietudes más básicas. Según sus más allegados, nunca ha sido empleado o ha recibido emolumento alguno de la Agencia Central de Inteligencia (a.k.a CIA), lo que no nos da demasiadas pistas acerca de sus afiliaciones, filias o fobias.

Tras mucho tiempo escribiendo relatos para los más variados fanzines, pasó al terreno profesional colaborando en varios módulos y suplementos de White Wolf, hasta que decidió, gracias a la buena aceptación que tuvo en la empresa, en 1997, la propuesta de su primera novela, *El abogado del diablo*, dedicarse sólo a escribir narrativa. Las buenas ventas posteriores de la trilogía avalaron su decisión así que, desde entonces, sólo ha escrito novelas de *Vampiro* en el *Mundo de tinieblas*.

A primeros de 1999 se comenzó a publicar, en Estados Unidos, la macrosaga, de libros de lectura independiente, *Novelas de clan*, que dedica una novela a cada uno de los clanes de vampiros del *Mundo de tinieblas*. Gherbod Fleming fue co-escritor de la serie (junto a Stewart Wieck), y escribió cinco de ellas: *Gangrel*, *Ventrue*, *Assamita*, *Brujah* y *Nosferatu*.

Notas

[1] **Nota del editor digital:** En el original en papel el nombre de este personaje es «Ladra-a-los-Coches». El motivo por el que se ha cambiado es para que concuerde con el volumen anterior (Cazador y presa: Hombre lobo) pues la editorial original utilizó a dos traductores diferentes para estos volúmenes y existen algunas discrepancias que se ha decidido homogeneizar. <<

[2] **Nota del editor digital:** En el original en papel el nombre de este personaje es «Canción del Crepúsculo». El motivo por el que se ha cambiado es para que concuerde con el volumen anterior (Cazador y presa: Hombre lobo) pues la editorial original utilizó a dos traductores diferentes para estos volúmenes y existen algunas discrepancias que se ha decidido homogeneizar. <<

[3] **Nota del editor digital:** En el original en papel el nombre de este personaje es «Evert Nube de la Muerte». El motivo por el que se ha cambiado es para que concuerde con el volumen anterior (Cazador y presa: Hombre lobo) pues la editorial original utilizó a dos traductores diferentes para estos volúmenes y existen algunas discrepancias que se ha decidido homogeneizar. <<

[4] **Nota del editor digital:** En el original en papel figura como «whisky». El motivo por el que se ha cambiado es para que concuerde con los volúmenes anteriores de la saga, pues la editorial original utilizó a traductores diferentes para estos volúmenes y existen algunas discrepancias que se ha decidido homogeneizar. <<

[5] EPA: Agencia de Medioambiente en los EE.UU. <<